GUARDIANES DEL AMANECER



ZHARSA

S. JAE-JONES

AUTORA *BEST SELLER* DEL *NEW YORK TIMES*

GUARDIANES
DEL AMANECER

ZHARA

GUARDIANES DEL AMANECER

ZHARA

S. JAE-JONES

Traducción de Carla Bataller Estruch

PUCK

Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

Título original: *Guardians of Dawn: Zhara*
Editor original: Wednesday Books, un sello de St. Martin's Publishing Group
Traductore: Carla Bataller Estruch

1.ª edición: marzo 2024

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2023 *by* S. Jae-Jones
Translation rights arranged by Jill Grinberg Literary Management LLC
and Sandra Bruna Agencia Literaria, SL
All Rights Reserved
© de la traducción 2024 *by* Carla Bataller Estruch
© 2024 *by* Urano World Spain, S.A.U.
Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.mundopuck.com

ISBN: 978-84-19936-39-4

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

Para todes les amigues que leían fanfics impresos en la bañera en vez de hacer los deberes de matemáticas.

Un apunte sobre el uso del lenguaje en Guardianes del amanecer: Zhara

Cuando publiqué *Canción de invierno*, une lectore me preguntó por qué había decidido ambientar mi novela debut en la Baviera del siglo XVIII en vez de en un país asiático. Por aquel entonces tenía una respuesta fácil para todo, y creo que dije algo como que no habría escrito sobre música clásica de no haber sido porque mi madre asiática me apuntó a clases de piano cuando tenía cuatro años. Sin embargo, la respuesta real a esta pregunta era que aún no había desarrollado las habilidades necesarias para poder transmitir normas culturales en inglés (y a un público occidental) sin recurrir a una introducción tosca o espantar a les lectores que no conocieran el contexto social o la filosofía asiática. Siempre hay una fina línea entre permitir que mi público averigüe cosas por sí mismo y llevarlo de la mano, y para *Guardianes del Amanecer: Zhara*, me decanté por la primera opción.

Cuando escribo sobre un mundo fantástico que no está inspirado en un país occidental, siempre me encuentro con el problema de la traducción. ¿Uso *hanfu* o *habok* o *kimono*, o me decanto mejor por «túnica»? ¿Una palabra como *boudoir* tendría sentido cuando el concepto de idioma francés ni siquiera existe? El territorio de los Reinos del Alba se inspira en Asia Oriental y, aunque no hay una correlación directa y unívoca entre las culturas y los idiomas reales, lo que sí que intenté transmitir de lenguas como el chino y el coreano fue el hecho de que no existe un pronombre de tercera persona con género. Por tanto, se usa el pronombre «elle», de tercera persona sin género, hasta que cada personaje revela explícitamente su género. A partir de ese momento, se emplean pronombres como «ella» y «él», pero solo en aras de proporcionar claridad. Del mismo modo, he intentado preservar los niveles de formalidad en el habla evitando el uso del pronombre de segunda persona «tú» o «usted» hasta que al personaje se le concede permiso explícito para hablar directamente a esa persona.

Al final, he tomado ciertas decisiones respecto al texto y las defiendo. Como descendiente de la diáspora coreana, no dejo de sondear lo que sé, lo que debería saber, lo que creo que sé y lo que creo que debería saber a la hora de explorar y escribir sobre mis raíces culturales. Si mis decisiones se pierden en la traducción, espero que me concedáis un poco de gracia y comprensión.

Otoño, invierno, primavera y estío,
Ascienden guardianes y justicia canta su himno.
Cuando Tiyok resurge en la tierra
Cae la oscuridad y el caos reina.
Madera, viento, agua y fuego,
Unidos para evitar su degüello.
Otoño, invierno, primavera y estío
Ascienden guardianes y justicia canta su himno.

—Canción infantil tradicional de los Reinos del Alba.

Primera Parte

EL CLÁSICO DE MIL CARACTERES

Y en el año 2647 de la dinastía Mugung, el emperador, al estar afectado por la magia, fue maldecido por les Inmortales y transformado en una abominación. El Gommun Kang, conocido por todos los Reinos del Alba como el Caudillo, cabalgó desde el norte con su Horda de Oro y pasó a cuchillo a todes les magues (sospechoses o no) para eliminar la plaga del territorio. También se lanzaron a las piras las herramientas de les magues (el pincel, la piedra de entintar y el sello) y cualquier ciudadane con conocimientos del idioma de las flores fue quemade junto con los libros de magia. Después de aquello, el emperador Gommun decretó que se produjera una purga cada año en cada ciudad, cada pueblo, cada aldea y cada provincia, para que las ascuas de la magia nunca prendieran de nuevo para convertirse en el fuego de la abominación.

—De *Los anales del Gran Oso.*

1

Había que pagar el alquiler, los roedores habían llegado hasta el arroz y a Zhara se le acababa de caer una bolsa de sal en la crema pastelera.

—¡Madre de demonios! —maldijo e intentó, en vano, sacar con los dedos la sal que sobraba del cuenco. Unos trozos de huevo batido y harina mancharon el libro abierto que había apoyado sobre la encimera. Zhara chilló e intentó limpiar desesperada el desastre con la manga—. No, no, no, no, no, no —se quejó, dando toquecitos a las manchas—. El maestro Cao me va a matar.

Sobre ella, en los estantes de la despensa, un sucio gato naranja resopló divertido desde su escondrijo.

—Calla, Sajah —replicó Zhara con irritación mientras intentaba que la página se quedara lisa. Con los años, el pequeño librero de las Fosas le había permitido tomar prestados todos los títulos que quisiera, siempre y cuando los devolviera en perfecto estado—. *La doncella amada por la Muerte* —dijo con pesar, aplanando la cubierta—. Y el siguiente volumen sale hoy.

La doncella amada por la Muerte era la novela romántica por entregas más popular de los Reinos del Alba, tan popular que el maestro Cao y sus escribientes apenas podían satisfacer la demanda cada vez que se publicaba un nuevo número. Una persona solo podía escribir una cantidad limitada de ejemplares a mano, así que cada libro de tapa blanda valía un extra. Uno que Zhara no se podía permitir.

Prrrrt, dijo el gato. El cascabel que le colgaba del cuello tintineó cuando saltó de su lugar para olisquear el monedero que Zhara llevaba en la cintura.

—Lo sé, lo sé.

Sopesó el monedero en la mano. Sus arcas estaban bastante vacías últimamente, ya que cada moneda sobrante se invertía en astrólogues, esteticistas, modistas y casamenteres con la esperanza de asegurar un buen matrimonio para su hermana pequeña, Suzhan. Casi todo el sueldo que Zhara ganaba como ayudante de apotecaria desaparecía en su creciente pila de deudas, aunque cada mes se las apañaba para ahorrar unas cuantas monedas para sí misma y su pequeña pero creciente colección de novelas románticas de segunda mano. Lo suficiente para comprarse un caprichito de vez en cuando.

No tanto como para que su madrastra sospechara.

Zhara contó las monedas y echó un vistazo a los zapatos desgastados que había junto al umbral de la cocina. Necesitaba con desesperación un nuevo par, pero pensó que podía arreglar las costuras ella misma y pagar al maestro Cao. Un libro nuevo costaba más que dos pares de zapatos comprados en la zapatería que había junto al muelle. Leer era un lujo, uno que ella no se podía permitir a menudo.

Miau, protestó Sajah y le dio con la pata al cuenco con crema pastelera salada.

—Maldita sea. —Hizo una mueca—. Los bollitos de crema.

Tenía la esperanza de tentar a Suzhan a que comiera algo, lo que fuera, antes de que se marchara más tarde a conocer a su futuro marido en la casa de le casamentere. Los nervios reducían el apetito de su hermana a cero, y Suzhan necesitaba todas las fuerzas que pudiera conseguir.

Ellas necesitaban que Suzhan tuviera fuerzas.

—A lo mejor lo puedo salvar. —Metió un dedo en la mezcla para una cata rápida. Le sobrevino una arcada—. Da igual —dijo, atragantada.

Niang, comentó el gato mientras se lavaba con remilgo los bigotes.

Zhara echó un vistazo exasperado al mísero contenido de su despensa. Era demasiado temprano para que estuvieran abiertas las tiendas y lo único que les quedaban eran dos cebollas mustias, un puñado de guindillas, una jarra de aceite para cocinar, otra de pasta fermentada de alubias negras y un bote goteante de salsa de soja. Aunque Zhara conocía la alquimia de estirar una comida en dos o tres o cinco, incluso su creatividad tenía sus límites.

—Puedo hacer magia —musitó—. Pero milagros no. Aunque… —Perdió el hilo de lo que decía y miró la placa de madera en la pared sobre la cocina. En ella había un nombre escrito: «Jin Zhanlong».

Miau, la advirtió Sajah.

Una luz tenue relucía donde la piel de Zhara se encontraba con la curva suave del cuenco. Podía oír el tono de advertencia de su padre en el fondo de su mente: *Sé buena, pequeña urraca. Sé buena y sé auténtica.*

—Un truco pequeño, baba —le dijo a la placa funeraria de Jin Zhanlong—. Tan pequeño que nadie se dará cuenta.

Miau, repitió Sajah, aunque Zhara lo ignoró. Cerró los ojos y buscó la luz en su interior. Siempre se había imaginado su magia como una llama constante dentro de ella y el mundo que la rodeaba como su cocina. Los elementos eran ingredientes con los que jugar, como masa bajo sus dedos. Contuvo el aliento y se concentró para aplicar la magia a la mezcla que tenía en las manos, como el calor a una olla de agua.

El estallido repentino de intensa luz la sorprendió tanto que casi tiró el cuenco, pero consiguió agarrarlo y lo depositó con cuidado en la encimera. Metió el dedo otra vez en la mezcla y dio un lametazo precavido.

Dulce.

—Bueno —murmuró con una sonrisa de satisfacción—. A lo mejor puedo hacer algún milagro de vez en cuando. —El gato sorbió aire por la nariz—. Yah. Dado que no tengo ni idea de cómo funciona la magia, creo que ha sido bastante impresionante. —Se dispuso a terminar los bollitos de crema; mezcló los huevos batidos, la leche, el azúcar y el almidón de arroz sobre el fogón—.

¡Es como cocinar sin receta!

En el pasado sí que hubo recetas (libros de hechizos) en los Reinos del Alba, pero los habían destruido (como a su padre, como a cualquier mague del territorio) en las purgas que siguieron a la Guerra Justa. Además de insólito, ser mague también era peligroso. No solo porque alguien podía entregarla al Halconero por traición, sino por el daño que podía causar de forma accidental con su poder.

Un daño que *ya* había causado.

En cuanto la crema espesó, Zhara sacó la olla del fogón y agarró la bola de masa que había dejado a un lado antes para dividirla en bolitas del tamaño de su palma y, con el rodillo, darles la forma de finos discos. Sajah le dio un golpecito en el brazo con la cabeza, ronroneando de forma sugerente.

—No es para ti —dijo y añadió una cucharada de crema en el centro de cada disco—. Si casi ni comemos nosotras, ¿cómo vamos a alimentar a un gato callejero?

El gato la miró de mala manera y la atizó resentido en los nudillos.

—¡Aiyo! —siseó. Con un movimiento diestro de los dedos, Zhara selló los bollitos y los colocó en una cesta de vapor—. Al menos *tú* tienes otros sitios a los que ir. —Los gatos eran sagrados para el León del Sur, guardián de Zanhei, y daba mala suerte ahuyentar a uno—. A diferencia del resto de nosotres —añadió en voz baja mientras estudiaba la placa funeraria de su padre.

—Sajah no es un gato callejero, nene —dijo una voz a su espalda—. Forma parte de la familia.

Zhara se dio la vuelta y se encontró con su hermanastra de pie en el umbral de la cocina.

—¡Suzhan! —la saludó, dando un salto para agarrarle la mano—. No te he oído bajar.

—Me dejé el bastón en el piso de arriba —replicó Suzhan con sequedad—. No quería despertar a mamá con sus golpes. —Sus ojos temblaron—. Ya sabes cómo se pone tras quedarse hasta tarde en la taberna.

Zhara lo sabía bien. Las dos se habían despertado a menudo con los moratones resultantes de su humor.

—Te has levantado temprano, mimi —dijo y fue a buscar el taburete bajo de la esquina para colocarlo ante su hermana—. Aún falta una hora para el amanecer.

—No podía dormir. Por los nervios. —Suzhan tanteó en busca del asiento, pero, al no acertar, tiró el montón de libros que había junto a la cama de Zhara—. ¿Qué es esto?

—N-nada —se apresuró a decir Zhara y escondió los libros debajo del jergón—. Solo unas notas para la profesora Hu.

Su hermana esbozó una sonrisita al sentarse en el taburete.

—¿Te refieres a *La chica cuyo amante murió*, nene?

—Es *La doncella amada por la Muerte* —la corrigió Zhara, un poco a la defensiva—. Quiero decir… —añadió, dejándose llevar un poco por el pánico—. N-no sé de qué m-me hablas.

Suzhan rio.

—Se te da fatal mentir. Tu lengua te traiciona cuando lo intentas.

Un rubor de vergüenza le calentó las mejillas a Zhara.

—No se lo digas a Madame —le pidió mientras amontonaba los libros en un pulcro montón—. Por favor.

Suzhan parecía dolida.

—No se lo contaré a mamá. Sabes que no.

La mirada de Zhara recayó en la constelación de verdugones que su hermana lucía en las pantorrillas y las espinillas, iguales a los de sus piernas.

—Lo sé —respondió con suavidad, pero era difícil mantener secretos delante de la caprichosa crueldad de la segunda esposa. Zhara carraspeó y abrió la cesta de vapor para comprobar los bollitos de crema—. Bueno, he preparado el desayuno. ¿Tienes hambre?

Suzhan negó con la cabeza.

—No sé si puedo comer —dijo, acariciándose la barriga—. Tengo el estómago como enredado en nudos.

—Deberías tomar algo, por lo menos —insistió Zhara—. Da mala suerte empezar una nueva aventura con el estómago vacío, ¿lah?

—Cierto. —Suzhan se abrazó más el abdomen—. Es que no puedo dejar de pensar en lo que pasaría si lord Chan decidiera no seguir adelante con el matrimonio.

Otras peticiones por la mano de Suzhan habían desaparecido por el camino.

—Estoy segura de que irá bien —dijo Zhara con una seguridad que no sentía.

—¿Tú crees? —Suzhan alzó la mirada hacia el rostro de su hermana y las pupilas fluctuaron sobre sus rasgos como si intentaran aferrarse a ellos—. ¿Y si lord Chan me conoce y decide que soy —se señaló los ojos— mercancía dañada?

La vergüenza recorrió a Zhara como un fuego descontrolado. Su hermana pequeña siempre había sido miope, pero ningún tipo de gafas, por muy potentes que fueran, podían mejorar el empeoramiento de su visión. Ya no. No después de lo que Zhara había hecho. La magia le iluminó las manos con un ligero resplandor, como si el recuerdo de su error aún perdurase sobre su piel.

—E-eso no es culpa tuya, mimi —replicó, ocultando las manos detrás de la espalda—. No estás defectuosa.

Suzhan apretó los labios.

—Eso no es lo que han dicho otras personas.

Aunque su hermana no podía ver su expresión, Zhara apartó la mirada de todos modos.

—Lord Chan conoce tu ceguera y todavía desea casarse contigo —dijo en voz baja. Apartó la cesta de vapor del fogón y colocó los bollitos en un plato para que se enfriaran—. Seguro que puedes encontrar consuelo en eso.

—¿Puedo? —Suzhan se toqueteó nerviosa el labio inferior y movió los ojos de un lado para otro, a más velocidad que antes—. ¿Qué tipo de hombre se conforma con una chica como yo, sobre todo cuando es tan rico y poderoso?

Zhara se estremeció al oír el eco de la opinión ácida de su madrastra en el tono de su hermana.

—Un buen hombre —dijo, con la esperanza de que sus palabras fueran ciertas—. Un hombre amable.

—¿De verdad crees eso? —Suzhan parecía escéptica.

—Pues claro que sí. —Zhara le acercó el plato de bollitos—. Toma, mimi. Tus favoritos.

Suzhan olisqueó el aire con admiración.

—Aah, nene —dijo y se le iluminó el semblante—. ¿Bollitos de crema?

—Sí. —Zhara sonrió—. Come.

Su hermana no necesitó que la animara más. Suzhan agarró el primer bollito, dio un bocado enorme y cerró los ojos para saborearlo antes de devorar el resto. Se comió el primero en tres mordiscos y el siguiente desapareció incluso más rápido.

—Están espectaculares —dijo con los carrillos hinchados.

Ver a su hermana comer tan a gusto caldeó el corazón de Zhara.

—Come despacio, mimi —rio—. O te entrará hipo.

Suzhan dejó de masticar.

—Ah —dijo, tragando y soltando el bollito a medio comer—. A lo mejor no debería terminármelos.

—¿Qué? —Zhara estaba sorprendida—. ¿Por qué no?

Suzhan encorvó los hombros.

—Mamá dice que debería ser consciente de lo que como —contestó en un hilillo de voz apenas audible—. Ningún hombre quiere a una mujer giganta y zafia por esposa.

De repente, la indignación avivó el horno en el interior de Zhara.

—No eres zafia ni giganta —replicó con ferocidad. En todo caso, su hermana estaba demasiado delgada, y sus muñecas y tobillos huesudos se asomaban dolorosamente por los dobladillos de su ropa demasiado corta. Con trece años, Suzhan crecía más rápido que un brote de bambú durante la temporada de monzones y sufría pinchazos tanto en los músculos como en el estómago—. Eres alta y ya, mimi.

—Ya, bueno. —Suzhan se toqueteó de nuevo el labio—. También dice que ningún hombre quiere casarse con una chica que sea el doble de alta que él.

—Menuda sarta de disparates —resopló Zhara—. Madame es alta y se ha casado. Dos veces.

—Ya, pero mamá es hermosa —dijo Suzhan con pesar—. Y yo… Bueno, no lo soy.

Como la hija normalucha de una madre atractiva, Suzhan era muy consciente de su apariencia menos que perfecta. La segunda esposa fue considerada una de las cinco grandes bellezas del sur en su juventud, alabada por pintores y poetas gracias a la simetría de sus rasgos.

Zhara respiró hondo varias veces para aplacar la rabia, y la magia, que hervían en su interior. Le escocían las palmas por el poder; el deseo de *hacer* algo con su don era arrollador. ¿Qué sentido tenía poseer habilidades mágicas si no podía ayudar a sus seres queridos? Luego recordó la última vez que había intentado ayudar a Suzhan con sus poderes. No había salido bien.

—Yah —dijo Suzhan de repente y miró hacia Zhara con los ojos entornados—. ¿Qué es esa luz de ahí?

Al bajar la mirada, vio que sus manos estaban envueltas en una luminiscencia rosada. Esa luz, ese brillo, era uno de los pocos signos de magia que no podía ocultar.

—Ah —exclamó y las ocultó dentro del delantal—. Seguramente sea el amanecer. Pronto tendré que irme a trabajar.

—Pero los tambores aún no han dado la hora del alba. —Suzhan frunció el ceño y su mirada desenfocada se fijó en el resplandor apagado dentro del bolsillo de Zhara—. ¿Estás segura?

—Claro. —El sudor le empapó el nacimiento del cabello, aunque la mañana primaveral seguía siendo agradable y fresca—. Come, mimi —dijo y le acercó un bollito de crema a los labios—. Tengo que irme.

—Pero… ¡aiyo! —Suzhan apartó la cabeza, sorprendida. Había una marca roja y reluciente en la comisura de su labio inferior, casi como una quemadura, donde los dedos de Zhara le habían rozado la piel—. ¡Me ha picado algo!

Durante un vertiginoso instante, Zhara pensó que lo había hecho de nuevo; que, de algún modo, había herido a su hermana. Sin embargo, la quemadura en el labio desapareció enseguida.

—Ah —dijo, y dejó rápidamente el bollito sobre el plato. Esa picadura, el roce de su magia, era la otra señal que tampoco podía ocultar—. A lo m-mejor deberías e-esperar a que los bollitos se enfriasen antes de comértelos.

Su hermana entornó los ojos.

—La lengua te traiciona de nuevo, nene. ¿Pasa algo?

Y justo entonces, un tambor persistente sonó desde las torres de vigilia de la ciudad para anunciar la hora del alba.

—Lo s-siento, mimi —dijo a toda prisa—. T-tengo que irme. ¿Podrás subir las escaleras tú sola?

—Sí. —Suzhan ladeó la cabeza—. ¿Seguro que estás bien?

—Pues claro —respondió, forcejeando con sus palabras para que la obedecieran—. Te veré esta noche, ¿lah? —Zhara se guardó el ejemplar de *La doncella amada por la Muerte* en la bolsa de trabajo y se la colgó del hombro—. Buena suerte, mimi. Come.

Mientras corría por el patio, notó la mirada ciega y preocupada de su hermana en la espalda.

—No hay suficientes bollitos de crema en el mundo para toda la suerte que *nosotras* necesitaremos —murmuró Suzhan—. ¿Verdad que no, Sajah?

El gato no respondió.

Zhara casi había alcanzado el portón del patio cuando el fuerte olor casi agrio de un perfume barato de osmanto le asaltó la nariz.

—Niña —le llegó una voz incorpórea desde la esquina—. Un momento, por favor.

Se dio la vuelta y vio a la segunda esposa descansando bajo la glicinia, con una túnica elegante pero desgastada alrededor de su silueta esbelta. La madrastra de Zhara nunca estaba despierta a esa hora; al igual que la dama de noche, la segunda esposa estaba marchita y mustia al amanecer, tras alcanzar su pleno esplendor la noche anterior en las tabernas y casas de té de la ciudad de Zanhei. El miedo empapó el cuerpo de Zhara con un terror frío.

—Por s-supuesto, M-madame —dijo con una reverencia y agarró la bolsa contra el pecho—. ¿En qué p-puedo servir a Madame?

La segunda esposa se apoyó en el muro del patio, con los brazos cruzados y el semblante inescrutable.

—No quiero nada de ti —respondió. El hedor a vino de arroz rancio impregnaba la neblina matutina—. Estoy aquí para advertirte.

—¿A-advertirme?

La segunda esposa se acercó para estudiar la apariencia de su hijastra con los ojos entornados. A esa distancia, Zhara captó los ojos inyectados en sangre de su madrastra y los vasos sanguíneos en la nariz y las mejillas, hinchados en el rubor de la embriaguez.

—Ve con cuidado —dijo la mujer y le echó su aliento alcohólico en la cara—, porque dicen que los Cernícalos han volado a Zanhei.

Un miedo completamente distinto inundó a la chica.

—¿Las tropas de p-p-paz del C-c-caudillo? —preguntó. En un instante, Zhara volvía a tener diez años y estaba escondida en el baúl de ropa de su madrastra mientras los Cernícalos se llevaban a rastras a su padre—. ¿P-por qué?

La segunda esposa tardó un largo momento en responder.

—Circulan rumores —dijo en voz baja— sobre monstruos en el pantano.

—¿Monstruos?

El semblante de su madrastra se endureció y las arrugas de la edad y la preocupación se ahondaron en su piel.

—Abominaciones.

Zhara se quedó de piedra. Había sido un bebé cuando la Guerra Justa comenzó, pero era lo bastante mayor para recordar las historias de les magues que se transformaban en monstruos, en criaturas horrendas, inquietantes y antinaturales que herían la mente y devoraban la carne. Lo bastante mayor para recordar los insultos que habían perseguido a sus padres mientras huían de una ciudad a otra, dos pasos por delante de la horda del Caudillo. Les magues eran una afrenta para la razón. Anatemas. Abominaciones. La bilis le subió hasta la boca, amarga como fantasmas

en su garganta.

—La vista de un Cernícalo es aguda —añadió la segunda esposa con suavidad y le dio unos golpecitos en la muñeca con su abanico. El brillo delator de su magia seguía siendo visible en la tenue luz de la mañana—. Así que ándate con cuidado.

Había recibido golpes más duros en la muñeca, pero unas inesperadas lágrimas le escocieron en los ojos al percibir la preocupación poco habitual en el tono de voz de su madrastra.

—Lo tendré, Madame —jadeó y se bajó las mangas sobre las manos.

La segunda esposa abrió el abanico y lo movió con desgana delante de su cara.

—Este es un mundo peligroso, Jin Zhara —dijo—. Recuerdas lo que tu padre te dijo, ¿lah?

—Sé buena y sé auténtica —susurró la chica.

—Eso es. —Su madrastra sonrió, pero fue una sonrisa tan cálida como el sol invernal—. Sé buena, no sea que olvides quién te ha protegido todos estos años.

Fue la segunda esposa quien escondió a Zhara de las tropas del Caudillo el día en que se llevaron a Jin Zhanlong; había ocultado a la niña bajo capas y capas de túnicas y vestidos hasta que el peligro pasó. La madrastra de Zhara era la única que conocía su magia, la única que le guardaba el secreto, la única que la mantenía a salvo.

—No lo olvidaré nunca —dijo Zhara con una reverencia—. Estoy en deuda con Madame en más de un sentido. Mi gratitud no conoce límites.

—Excelente. —La segunda esposa cerró el abanico con un golpe seco—. No llegues tarde esta noche —dijo y se ajustó la túnica sobre su delgada figura—. Tengo ganas de celebrar el compromiso de mi hija con algo delicioso para cenar. Se me ocurre… —Apretó los labios carnosos—. Estofado de costillas de ternera, al estilo azur. ¿Qué te parece, Jin Zhara?

Zhara tragó saliva.

—La ternera es cara, Madame. Pero ¿costillas de cerdo al vapor bastarán?

La segunda esposa entrecerró los ojos y su mirada se posó en el libro que sobresalía de la bolsa de Zhara.

—Si no hay más remedio —replicó con frialdad—. Aunque debo decir que estoy bastante decepcionada.

El tono de la segunda esposa era neutro, ni cruel ni informal, y era ese estado de incertidumbre lo que ponía nerviosa a Zhara.

—Veré… veré lo que puedo hacer —tartamudeó. Pensó en la mezcla que había transformado de salada a dulce ni siquiera una hora antes, y la magia llameó a modo de respuesta. Su madrastra le miró las manos y Zhara enroscó los dedos en puños para ocultar la luz.

—Buena chica. —Sus ojos relucieron—. Tengo ganas de celebrar esta noche. Disfruto mucho de tus comidas, niña.

Zhara se encogió.

—Hago l-lo que p-puedo, Madame.

Bajó la mirada e hizo una reverencia.

Durante un rato largo, la segunda esposa no dijo nada, y Zhara notó el escozor de su mirada en la nuca como si se hubiera quemado al sol. El momento se alargó, tenso, entre las dos, a cada segundo más insoportable, hasta que la tensión se rompió cuando la segunda esposa bostezó de cansancio.

—Bueno, vete —dijo con desdén y se dio la vuelta para subir a sus aposentos—. Confío en que no me decepciones. —La mujer se detuvo y miró por encima del hombro—. Al fin y al cabo, eres una buena chica. —Una maldad despreocupada se mezclaba en sus palabras—. ¿Verdad que sí, Jin Zhara?

2

El cielo empezaba a clarear de gris a rosa, pero el puente del Loto ya estaba abarrotado de transeúntes cuando Zhara bajó de la ciudad hasta las Fosas. Había una cantidad de gente poco habitual por las calles, y se preguntó si acaso no se estaba celebrando algún festival. Una cantidad significativa de pueblos procedentes de la otra orilla del mar Luminoso vivían en las llanuras pantanosas, justo a las afueras de Zanhei (buri, malang, cham, tuong), y todos ellos festejaban a sus propias divinidades y celebraban sus fiestas en los Reinos del Alba. No le sorprendería que ese festival fuera en honor a una de las deidades menores.

Oficialmente, el nombre del asentamiento al otro lado del Gran Canal era Puerto Zanhei, pero desde siempre lo habían llamado las Fosas. Mucho más antiguo que la ciudad amurallada que había cruzando el agua, las Fosas fueron ocupadas hacía siglos por mercaderes y migrantes procedentes de todos los rincones del imperio y más allá. Trajeron sus cocinas, vestimentas y costumbres al delta del río Infinito y establecieron el núcleo del comercio en las provincias sureñas. En el centro de la miríada de canales se hallaba el Templo de les Inmortales, rodeado por los cuatro costados del mercado cubierto más antiguo del imperio, donde se situaban tanto la librería del maestro Cao como la botica de la profesora Hu.

—¡Oiga, señorita! —le gritaban les vendedores y estibadores al pasar—. ¡Párese a desayunar con nosotres!

Los olores tentadores de guindillas rojas chisporroteando al fuego, estragón, ajo, pimiento rojo, comino, cilantro, tamarindo, albahaca fresca y limoncillo impregnaban el aire a medida que les vendedores colocaban las parrillas y braseros portátiles en sus barcas situadas en los canales que zigzagueaban por el mercado cubierto. Cada restaurante flotante alardeaba de su especialidad: fideos de huevo anchos y planos salteados con salsa de alubias negras, pescado al vapor envuelto en hojas de plátano, estofado de cangrejo y gambas de río con arroz… Platos de todas las culturas.

—En otro momento —respondía con pesar. Ese día, como el resto de días, sus bolsillos estaban tan vacíos como su estómago.

Aun así, mirar era gratis. Mientras se acercaba al corazón del mercado cubierto, Zhara se detuvo delante de la librería del maestro Cao para observar anhelante las mesas que había en la parte frontal, con montones bien altos de libros nuevos. La última entrega de *La doncella amada por la Muerte*. Una multitud ya se había congregado ante las puertas cerradas, y Zhara acabó zarandeada de un lado para otro por la presión de les viandantes.

—¡Yah! —gritó cuando une estudiante alte, vestide con la túnica blanca y negra de la universidad, le pisó el pie por descuido. Sintió que la última costura que mantenía unidas las

suelas de los zapatos cedía. Y ella que había querido esperar a comprarse otro par—. Mira por dónde pisas con esos enormes pies, letrade.

Le estudiante se giró, le dedicó una larga reverencia tardía y tropezó un poco con los susodichos pies enormes.

—Perdón, perdón, mil perdones. —De su túnica emanaba un olor a sudor rancio y vino de arroz, y Zhara se preguntó si no estaría un poco borrache. Les estudiantes universitaries iban a menudo a las Fosas para deleitarse con los múltiples placeres de la Ciudad de las Flores antes de regresar tropezando a sus casas al amanecer—. Es que no esperaba que hubiera tanta gente en la librería.

—¿Has venido también a por *La doncella amada por la Muerte*? —preguntó Zhara con cierta sorpresa. No creía que les universitaries fueran aficionades a las novelas románticas.

—¿La qué?

Los ojos de le estudiante se dirigían sin cesar a un par de norteñes que se hallaban a varios metros de distancia; llamaban la atención con sus túnicas de lana por la rodilla y botas de cuero, demasiado pesadas para la húmeda primavera sureña.

—*La doncella amada…* —Zhara perdió el hilo de lo que decía cuando le estudiante se encontró con su mirada, y de repente se quedó impactada por lo atractive que era. Una mandíbula angulosa rodeaba los pómulos cincelados y los labios carnosos, mientras que una poderosa nariz, un poco demasiado grande para su cara, anclaba dos grandes ojos redondos como de cachorrito.

—¿La doncella amada por quién?

Le estudiante la observaba con perplejidad.

Zhara tosió y sintió que una carcajada le burbujeaba en la garganta. Ay, no. La Risita de Gente Guapa. Intentó no taparse la boca con las manos.

—La siguiente parte de *La doncella amada por la Muerte* —consiguió decir.

—¿Qué es eso?

—Solo la novela romántica por entregas más popular escrita en este momento —dijo una voz emocionada por encima del hombro de Zhara. Le estudiante se sobresaltó cuando Madame Hong, la mejillonera, apareció junto a su codo con el ejemplar anterior de *La doncella amada por la Muerte* apretado contra su amplio pecho—. Dicen que el maestro Cao y sus escribientes se pasaron toda la noche haciendo copias, pero que solo hay trescientas en total.

—¿Tan pocas? —preguntó Zhara con pesar—. La última vez había cuatrocientas cincuenta disponibles.

—Sí, pero he oído que varies de sus escribientes desaparecieron anoche.

—¿Desaparecieron? —inquirió le estudiante—. ¿A dónde fueron?

Miraba una y otra vez a les norteñes y su mano acudió a un pequeño colgante prendido a una cinta que llevaba en la garganta. Les norteñes lucían peinados al estilo estepeño, con los costados rapados y el resto recogido en una larga cola de caballo trenzada con cuentas y plumas. Sendos

cuchillos de hoja larga les cruzaban la espalda, y a Zhara se le erizó el vello de la nuca. Solo les nobles y las tropas de paz del Caudillo tenían permitido llevar armas en los Reinos del Alba.

—A saber. —Madame Hong se encogió de hombros—. Les escribientes no le duran demasiado, la verdad. Es posible que dimitieran por sufrir calambres en las manos o algo así. —Puso los ojos en blanco—. En mi opinión, ese librero lo hace a propósito solo para subir los precios.

—No creo —rio Zhara—. Vender libros no es algo estacional. Su mercancía no va y viene como la marea.

—Bueno, eso tiene más sentido que el otro rumor que he oído —dijo la mejillonera con una sonrisa.

—¿Qué rumor? —preguntó le estudiante mientras jugueteaba con el colgante del cuello. Pequeño y redondo, tenía un agujero en el centro, como una moneda.

La pescadora bajó la voz, con lo que le estudiante tuvo que acercarse.

—Dicen que el librero hace algún tipo de contrabando ilegal en el sótano de la librería.

Zhara sacudió la cabeza.

—En el pantano no hay sótanos, señora.

—Es lo que he oído —protestó Madame Hong—. Les escribientes desaparecen todo el rato, la gente va y viene de la tienda, y el hombre sufre una escasez crónica de personal. ¿Qué otras conclusiones se pueden extraer?

—Conque le falta personal, ¿eh? ¿El maestro Cao está buscando contratar a gente nueva? Me vendría bien el dinero extra.

—No mientas. —La mujer le dio una palmada afable en el brazo—. Tú lo que quieres es leer lo que le pasa a Pequeña Llama y a su amante sobrenatural antes que les demás. Te tengo calada, niña.

—Sería la única forma que tendría de poder permitirme leer la siguiente entrega —suspiró Zhara, pensando en el ejemplar manchado que llevaba en la bolsa—. A menos que me preste el suyo. —Le puso ojitos a la pescadera—. ¿Por favor?

—Vete de aquí —replicó la mujer y la empujó, juguetona—. Sé cómo tratas los libros. Quemaduras y ceniza por doquier, porque te quedas dormida leyendo delante del fuego.

Zhara tropezó con el zapato roto y aterrizó directa en un pecho ancho como un tonel. Era une de les norteñes, robuste y de baja estatura.

—Perdón, perdón, mil perd… —Las palabras se congelaron en su garganta.

Una franja blanca de seda, donde había bordado un estampado de alas negras, rodeaba el brazo izquierdo de le norteñe. La Horda de Oro del Caudillo estaba compuesta por les guerreres de élite del norte, organizades en cinco alas (la Roja, la Blanca, la Azul, la Verde y la Amarilla), cada una centrada en una rama diferente de estrategia y armamentística militar. Pero también existía una sexta ala no oficial, la Negra, que servía como los ojos y oídos del Caudillo por todo el

imperio.

El resto del reino los llamaba Cernícalos.

—¿Has visto dónde ha ido le estudiante con quien estabas hablando? —preguntó le robuste norteñe con su acento cerrado del norte.

—¿Le e-e-estudiante? —Zhara se dio la vuelta, aliviada y sorprendida por no ser el objetivo de las tropas del Caudillo. Encontró a le estudiante agachade entre unes cuantes lectores esperanzades que hacían cola para la librería del maestro Cao. Se estaba esforzando por ocultar lo mejor posible su rasgo más distintivo: su altura. Los ojos de le estudiante se encontraron con los suyos, y Zhara apartó la mirada con cuidado—. N-n-no, no lo he visto. Espero que Su Excelencia me di-disculpe.

El Cernícalo gruñó y las miró, a ella y a Madame Hong, con dureza durante un momento antes de alejarse.

—Allá donde vuelen las alas negras, corazones negros encontrarán —murmuró la pescadora —. Un mal presagio. —Miró hacia el Templo de les Inmortales, con su alta puerta roja de múltiples niveles visible a metros de distancia—. Está pasando de nuevo, ¿verdad?

La mujer dibujó algo sobre su corazón con la punta del dedo, una forma que Zhara no reconoció.

—¿Qué está pasando de nuevo?

Pero Madame Hong no contestó.

Zhara tardó varios minutos en alejarse de la multitud que rodeaba la librería del maestro Cao y abrirse paso hacia la botica. Llegaba muy tarde, aunque la profesora Hu tampoco solía darse cuenta de su tardanza. A veces se preguntaba por qué la anciana herbolaria la había contratado, ya que no había mucho trabajo que hacer por allí. Zhara se pasaba la mayor parte del tiempo sentada detrás del mostrador leyendo novelas románticas mientras la profesora Hu iba y venía de la tienda.

—Li Ami y su padre se marcharon hace tiempo. —Era la voz del maestro Cao, procedente de un callejón oscuro—. La chica no ha trabajado en la librería desde hace seis meses.

Zhara se sorprendió al ver a le atractive estudiante arrodillade delante del diminuto librero, con la frente apoyada en el suelo sucio en una postura de súplica.

—¿Entonces podría… maestro Cao…? ¿El maestro Cao podría al menos decirme a dónde fueron?

Le estudiante apartó las manos del suelo y las dirigió hacia el colgante.

—No. —La respuesta del librero fue insólitamente cortante—. No puedo.

—¿No puede o no quiere? —El maestro Cao no respondió—. Si el librero no puede decirme a dónde han ido Li Er-Suan y su hija —dijo le estudiante, quitándose el colgante para depositarlo

con desesperación en la palma del hombre—, entonces ¿podría decirme dónde encontrar a les Guardianes del Amanecer?

En ese preciso instante, el librero captó la mirada de Zhara y se envaró. La chica se agachó detrás de un pilar, sintiéndose fatal por escuchar a escondidas. No era asunto suyo, aunque no podía refrenar la curiosidad. Les Guardianes del Amanecer eran un cuento de hadas, figuras elementales de leyenda y compañeres de le Guerrere del Sol, quien derrotó a Tiyok, madre de diez mil demonios, al encerrarla en un reino muy por debajo de la tierra.

—Ah —dijo el maestro Cao—. Comprendo. ¿Y por qué buscas a les Guardianes del Amanecer?

—Te… Tengo un hermano pequeño —dijo con una voz entrecortada y vacilante—. Un hermano pequeño con… dones.

Algo en su forma de decir «dones» llamó la atención de Zhara. Echó un vistazo alrededor del pilar, muerta de curiosidad.

El maestro Cao estudió el colgante antes de devolvérselo a le estudiante.

—Entonces tengo un libro que quizá te interese.

—¿Un libro? —Le estudiante parecía desconcertade—. ¿Qué clase de libro?

—Un manual. Contiene códigos y un idioma secreto. Códigos que, cuando se descifran correctamente, pueden conducirte a lo que buscas.

—¿Un mapa? —preguntó esperanzade le estudiante.

El librero echó otro vistazo en la dirección de Zhara.

—Ve con cuidado —le advirtió en voz baja—. Pues las paredes tienen oídos.

—¿Eh? —Le estudiante miró por encima de su hombro y captó la mirada de Zhara.

Sintiéndose culpable, la joven se esfumó a toda prisa y se dirigió hacia la botica. Mientras recorría el mercado cubierto, descubrió que la presencia cernícala abundaba más en las Fosas de lo que se había percatado. En casi todas las esquinas revoloteaban penachos de plumas marrones y blancas, distinguibles entre los moños lisos o las cabezas calvas de les sureñes. Algo tintineó por encima de su cabeza. Un ave rapaz, de un color rojo poco habitual y con un cascabel alrededor del cuello, la observaba desde el tejado cercano de una tienda con una mirada dorada aguda y penetrante. Un hormigueo le recorrió las escápulas y no pudo evitar sentir que la seguían. Por el rabillo del ojo, veía el aleteo persistente de tela desapareciendo de la vista. Zhara apretó el paso y corrió…

… directa hacia un pecho muy amplio y firme. Cayó al suelo y su bolsa salió volando, desparramando el contenido por doquier.

—¡Perdón, perdón, mil perdones! —Era le universitarie alte y atractive, que se había arrodillado para ayudarla a recoger sus cosas—. Pero tenía que detenerte antes de perderte de vista.

De repente, Zhara se dio cuenta de que el color de la túnica de le estudiante encajaba con el

revoloteo de tela que la había perseguido por el mercado cubierto.

—¿Eras tú? —preguntó, entre halagada y molesta por su atención—. ¿Por qué me seguías?

—Porque tengo algo que quería darte —dijo con sinceridad le estudiante e hizo amago de desatarse la faja.

—Espera… espera un momento. No soy ese tipo de chica, letrade. Al menos —le guiñó un ojo — no antes de que alguien me invite a comer.

—¿Eh? —Una arruga de confusión le frunció las cejas antes de que se alisaran en una expresión de tímida vergüenza—. Ah, no, no, no, no, yo tampoco soy ese tipo de chico. —Se rio nervioso y las mejillas se le ruborizaron de rosa. El estudiante sacó un libro fino de la faja y se lo presentó a Zhara con una reverencia—. Para ti.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué es esto?

—Un ejemplar de esa novela romántica tan popular. *La damisela que se casó con un demonio.*

Zhara tardó un momento en entender que se refería a *La doncella amada por la Muerte*. Se quedó de piedra.

—¿Por… por qué quieres darme esto?

El estudiante parpadeó.

—Porque… ¿lo querías? —Cuando Zhara no aceptó de inmediato su regalo, siguió hablando con incertidumbre—. Dijiste… dijiste que solo podrías permitirte leer lo que ocurría a continuación si trabajabas para el maestro Cao. —Bajó las manos—. ¿No… no te gusta?

Zhara notaba las Risita de Gente Guapa en el fondo de la lengua, apretándole los labios, pero se la tragó.

—Sí que… me gusta —consiguió decir—. G-gracias.

El estudiante le sonrió con tanta alegría que Zhara se atragantó. Hoyuelos. Tenía hoyuelos. ¿Por qué tenía que tener hoyuelos? Se echó a reír de un modo incontrolable y se dio la vuelta para no mirarlo a la cara.

—¡Oye! —Había un Cernícalo a cierta distancia y blandía uno de sus largos cuchillos de forma amenazadora en su dirección—. ¡Tú! ¿Qué tienes en la mano?

La alarma atravesó el cuerpo de Zhara y avivó el horno de poder en su núcleo. Ay, no. No. Se bajó las mangas para ocultar el brillo mágico delator de sus manos y sintió que las costuras de la túnica demasiado estrecha se rasgaban por los hombros y el pecho por culpa de la tensión. Buscó desesperada una escapatoria, sin saber si debía huir o fingir inocencia.

—Es solo una novela romántica, Excelencia —respondió el estudiante. Alzó el libro delgado a la altura de la cara del Cernícalo—. ¿Ve?

La otra persona entornó los ojos.

—*El clásico de mil caracteres* —leyó en voz alta—. No suena a título romántico. —Se giró hacia Zhara y ladeó la cabeza, con la mirada fija en el tenue brillo que emanaba a través de las

mangas—. ¿Por qué no me enseñas las manos…?

Un tintineo y un grito penetrante rasgaron el aire cuando el gran pájaro rojizo que Zhara había visto antes se lanzó a por el Cernícalo y le arañó la cara, para acto seguido regresar al tejado más cercano. La miró con sus ojos dorados como si la instara a correr.

—¡Vamos! —gritó el estudiante, agarrándola de la muñeca—. ¡Vámonos!

No necesitó que se lo repitiera dos veces y lo siguió cojeando todo lo rápido que su zapato en proceso de desintegración se lo permitió. Les viandantes y vendedores gritaban y se apartaban cuando pasaban a su lado.

—¡Tenemos que escondernos! —jadeó el estudiante.

Delante de elles había un gato pequeño anaranjado sentado en la calle, que miró a Zhara antes de desaparecer en el último segundo por un hueco estrecho entre unos edificios. La chica echó un vistazo por encima del hombro; el Cernícalo se hallaba a cierta distancia, tambaleándose de un lado para otro mientras se limpiaba la sangre de los ojos.

—¡Por aquí! —dijo sin aliento y se lanzó hacia el hueco por donde había desaparecido el gato.

Era de la anchura justa para que cupieran los hombros del estudiante. Consiguieron meterse y situarse el uno frente a la otra. Pegaron la espalda en paredes opuestas, con las piernas entrelazadas, los pechos casi tocándose, la respiración superficial y rápida. Zhara se mantuvo rígida y cerró los ojos, intentando no apoyar el peso en el estudiante. Así de cerca, el hedor a vino de arroz que emanaba de su ropa era insoportable, pero, para su sorpresa, por debajo captó un aroma a jabón de jazmín e ylang-ylang.

Ay, no.

La Risita.

Zhara se removió y sus piernas se rozaron sin querer. El estudiante profirió un gritito de sorpresa antes de cerrar con fuerza los labios.

En el otro extremo de su escondite, el tintineo de las botas del Cernícalo se aproximaba cada vez más. El miedo de Zhara crecía con cada paso… junto con su magia. Inhaló con fuerza e intentó crear el máximo espacio entre el estudiante y ella. Si su piel lo rozaba, si su poder lo quemaba…

—¿Quién anda ahí? —La voz del Cernícalo sonó justo al otro lado de su escondite. El estudiante le tapó la boca a Zhara. La chica abrió la boca de par en par y su magia se incrementó, pero, a pesar del contacto de piel contra piel, no parecía afectarlo. Su pulso se entrecortó y brincó emocionado mientras contenía el aliento. Oyó el metálico ¡ching! del desenvainar de dos cuchillos justo fuera del callejón—. ¿Qué está pasando ahí?

Zhara, rápida de pensamiento, rodeó la nuca del estudiante con las manos y acercó su cara a la suya en un ángulo estratégico para que parecieran un par de amantes furtives en medio de un encuentro secreto. El estudiante soltó un quejido, entre la protesta y el ansia, y aleteó las manos en vano alrededor de su cabeza antes de apoyarlas en la pared detrás de Zhara.

El Cernícalo profirió una exclamación de asco.

—Tortolitos —musitó—. Buscaos un hotel.

Zhara notaba el pálpito del corazón del estudiante contra las costillas, veloz, errático y acompasado con el suyo. Hasta que el tintineo de las botas no desapareció por completo, los falsos tortolitos no se relajaron.

—Ejem, eh, ah, esto, gracias —tartamudeó el estudiante y salió del callejón de lado—. Has… Bueno, has pensado rápido.

Un rubor intenso le cubría la cara y el cuello, tan brillante como la magia en las venas de Zhara.

La chica carraspeó.

—De nada —dijo con la voz pastosa e intentó, sin éxito, disimular la risita. El estudiante tosió.

—Bueno —dijo, rebuscando en su faja—. Antes de que nos interrumpieran con tanta grosería… —Sacó un libro ligeramente maltrecho—. Creo que estaba dándote un regalo.

Zhara rio al aceptar el libro.

—No será *Cuentos del terso delta*, ¿eh? —bromeó—. Las tropas del Caudillo no me arrestarán por tenerlo en mi posesión, ¿verdad?

El estudiante parpadeó con desconcierto.

—¿Eso es poesía?

Zhara se mordió el interior de la mejilla.

—Pornografía.

—¿Qué? —Alzó la cabeza, perplejo, y el pánico le redondeó más los ojos redondos—. Yo nunca… Jamás he… Quiero decir que no…

Ella rio.

—Eres muy inocente para alguien que huele como si hubiera dormido en una bodega.

—No bebo —protestó el estudiante. Luego se llevó con discreción la manga a la nariz, la olió y puso mala cara—. Soy alérgico al alcohol.

Zhara miró escéptica su túnica.

—¿En serio?

—¡Que sí! —replicó él con sinceridad—. Es humillante, pero todos los hombres de mi familia enrojecen como una ciruela en cuanto un poco de licor nos atraviesa los labios, así que me abstengo por vanidad. Y salud —añadió a toda prisa—. Aunque sobre todo por vanidad.

—¿Ah, sí? —Zhara se acercó más e intentó no reírse cuando el estudiante retrocedió de repente—. Porque ahora mismo te has puesto muy rojo, maestro Ciruela.

El estudiante extendió las manos sobre la pared detrás de él y tosió.

—Bueno, ejem, es por… —Carraspeó—. Es por tu presencia embriagadora y no por el alcohol, te lo aseguro.

Intentó guiñarle el ojo de un modo coqueto, pero fue un fracaso absoluto. Sin embargo, su

esfuerzo la hizo reír. Si no fuera tan irresistiblemente guapo, habría dicho que era mono.

—¿Conque es eso? —Lo miró a través de las pestañas y él se atragantó y tiró del cuello de su túnica—. Entonces me parece que soy más fuerte que el vino de arroz o que el brandi.

Sonrió y él tropezó con el dobladillo de la túnica.

—Lo he hecho aposta —anunció y se sacudió la ropa—. Es que estoy, eh… un poco mareado.

—A lo mejor sí que estás borracho, maestro Ciruela —dijo Zhara y le dio unos golpecitos en el pecho—. Pásate por la botica de la profesora Hu y encontraremos una cura para lo que sea que te aqueje. Bueno, excepto para tu inocencia —añadió con tono travieso—. Para eso tendrás que visitar la Ciudad de las Flores.

El estudiante se tornó más rojo que antes.

—Eh…

Los tambores de las atalayas del río empezaron a dar la primera hora.

—Madre de demonios —maldijo el chico—. Llego tarde. —Se giró hacia Zhara e hizo una reverencia, mostrándole los hoyuelos por última vez—. Adiós, doña Brandi. Gracias de nuevo por haberme salvado la vida.

Hasta que no se marchó, Zhara no vio que sostenía, de nuevo, el libro equivocado.

—Ah, maestro Ciruela. —Acarició la cubierta un tanto maltrecha de *El clásico de mil caracteres*. Parecía uno de esos folletos mal impresos de poesía pornográfica que se pasaban les estudiantes de la Universidad de Zanhei—. Conque un libro sórdido de poesía obscena, ¿eh?

Zhara abrió el libro, luego lo cerró de inmediato y se lo metió en la parte delantera de la túnica con manos temblorosas.

Las páginas estaban llenas de un idioma que no sabía leer, pero que reconocía demasiado bien. Pictogramas, logogramas, caracteres dibujados con precisión… El idioma de las flores. Zhara comprendía por qué el maestro Ciruela no había querido que el libro cayera en manos del Cernícalo. *El clásico de mil caracteres* no era un libro de poesía.

Era un libro de magia.

3

HAN ODIABA EL OLOR A ALCOHOL.

Sobre todo porque no bebía.

Pero en ese momento le habría venido bien olerlo, atrapado como estaba en un desagüe con el trasero por fuera. Y encima en los aposentos de las mujeres.

—No… entiendo… cómo… ha podido… pasar —gruñó mientras intentaba salir por el conducto—. Juraría que el pasaje era más grande la última vez. —Aunque deducía que él había *crecido* desde la última vez que atravesó ese pasaje de niño. Sobre todo en los hombros, que estaban encajados en la abertura, tan anchos que no cabían—. Tanto entrenar para esto. Atrapado en un desagüe hasta que me descubra el chanciller. —Calló un momento—. O me muera.

No sabía qué era peor.

Han alzó los ojos hacia el cielo.

—Vale, he aprendido mi lección —gritó—. La vanidad es un objetivo inútil. Y ahora, si envías a alguien para que me saque de aquí, prometo dejar de trabajar tanto en mi impresionante físico.

Silencio. Han suspiró. Según su tío Li, el anterior astrólogo de la corte, el heredero real había nacido en la mansión de le Segunde Inmortal, quien influía en los cambios repentinos, las ideas extrañas y la suerte retorcida. Diche Inmortal estaría en el cielo en ese momento, riéndose del aprieto en el que Han estaba metido. Probó a mover las caderas, por si podía recular por donde había venido.

—Me lo estoy currando y no hay nadie para admirar las vistas —se quejó.

—Yo no lo diría muy alto, Su Excelencia —dijo una voz, con tono ligero y divertido, a su espalda—. De hecho, hay alguien admirando las vistas en este instante.

Han se golpeó la cabeza contra la rejilla.

—¿Xu?

—Le únique e inigualable. —Han se estaba imaginando la sonrisa maliciosa en el rostro impecable y maquillado de su mejor amigue—. La respuesta a la plegaria del heredero real.

—Genial. Y ahora, hazme el favor de sacarme de aquí antes de que alguien vaya a buscar a mi padre o, peor…, al tuyo.

El padre de Xu era el chanciller y regente de Zanhei mientras durase el duelo del príncipe Wonhu.

Que llevaba en duelo seis años.

—¿Acaso el heredero real me permite colocar las manos sobre su augusta persona? —Su amigue ahogó un grito falso de espanto—. ¿Qué diría su padre? ¿Qué diría *mi* padre?

—Xu, te ordeno que pongas las manos sobre mi augusto y atractivo culo y que me saques de

este desagüe antes de que aparezca el chanciller y lo convierta en papilla.

—De acuerdo. —Xu asió los tobillos de Han y se preparó—. ¿A la de tres?

—A la de tres —accedió Han—. Uno, dos y tres…

Con un potente tirón y un desgarro, Han quedó libre. Xu gritó cuando la nuca del Han chocó contra su nariz y les envió a les dos al suelo con un audible crujido. Xu yacía tendide sobre los adoquines del patio y gemía, dramátique, con una manga sobre los ojos.

—Ay, no —dijo con la voz apagada—. Creo que se ha roto.

—¿El qué está roto? —preguntó Han—. ¿Te has hecho daño?

Xu rebuscó debajo de su espalda y sacó el abanico, partido por la mitad y unido por un único hilo.

—Y era de seda de Wulin —se lamentó. Han puso los ojos en blanco.

—Tienes *cinco* abanicos de seda de Wulin, presumide —replicó mientras le ayudaba a ponerse en pie. Echó un vistazo al pabellón de los Deleites Terrenales por si alguien había oído el escándalo. El patio estaba vacío, ocupado tan solo por los murmullos soñolientos de las doncellas y las sirvientas de palacio que se preparaban para la jornada.

—Ya, bueno, ahora solo tengo *cuatro* abanicos de seda de Wulin —repuso Xu con mala cara —. Cuatro es un número poco propicio. —Se sacudió la túnica y enderezó los hombros y su semblante—. Bueno… —añadió con cuidado—, ¿a Su Excelencia le gustaría explicar qué hacía en el patio de los aposentos de las mujeres y —olfateó el aire— por qué huele como si hubiera dormido toda la noche en la alcantarilla?

Han le dirigió lo que esperaba que fuera su sonrisa más encantadora. Había aprendido hacía tiempo lo efectivos que podían ser sus hoyuelos en el sexo bello, y Xu era le más belle de todes.

—Nada. Solo he tropezado en una de mis carreras matutinas por los terrenos del palacio.

Trotó en el sitio para demostrarlo.

Por desgracia, Xu también era le más liste de todes.

—Bueno, seguro que Su Excelencia no habrá hecho nada tan estúpido como salir del palacio sin mí, ¿verdad? —preguntó, cruzándose de brazos con expectación—. Ni ha intentado luego entrar a hurtadillas por el pabellón de los Deleites Terrenales, por si alguien lo reconocía en la puerta principal, ¿eh?

Han inclinó la cabeza.

—Sí —musitó avergonzado. El hedor penetrante y agrio del sudor de otra persona emanaba de sus brazos a modo de reconocimiento.

Xu se pellizcó la nariz e hizo una mueca.

—¿Qué le ha pasado a la ropa de Su Excelencia?

—¿Esto? La tomé prestada a une estudiante que dormía en el distrito universitario.

—¿Qué Su Excelencia hizo *qué*? —preguntó su amigue con espanto—. ¿Por qué?

—Para que nadie me reconociera —respondió Han, orgulloso—. No te preocupes, le dejé a le

estudiante mi ropa. Un intercambio justo, ¿no crees?

Xu tenía pinta de no saber si reír o llorar.

—Su Excelencia es consciente de que nadie sabe qué aspecto tiene, ¿verdad? Oficialmente, el heredero real nunca ha salido de los muros de palacio.

Han parpadeó.

—Ah. Me había olvidado de eso.

Su mejor amigue se dio una palmada en la cara.

—A veces —murmuró— me desespero intentando que mi príncipe llegue a la mayoría de edad vivo.

—No te preocupes —replicó Han con alegría—. Solo nos quedan seis meses hasta que cumpla los dieciocho.

Xu sacudió la cabeza.

—Si Su Excelencia quería una excursión prematura por los placeres de la Ciudad de las Flores, podría haberme pedido que lo acompañara. —Entornó los ojos—. Pero no salió de palacio por eso, ¿verdad que no?

—No —admitió Han. Xu suspiró.

—Esto es por Li Er-Shuan y les Guardianes del Amanecer, ¿verdad?

Han toqueteó el colgante que llevaba en el cuello.

—Sí.

Xu tardó en hablar.

—Ay, Han —dijo con suavidad.

Él apartó la cara. Le dolía más la lástima que el hecho de que su amigue no hubiera empleado un honorífico.

—Estoy muy cerca, Xu. Tan cerca que puedo saborearlo.

—Han pasado seis años, mi príncipe —le recordó elle con suavidad—. Seis años es mucho tiempo para buscar algo que puede o no existir.

Seis años desde que la madre de Han fuera arrastrada ante el verdugo del Caudillo para que la quemaran en una hoguera en el patio del mismo palacio en el que vivía. Seis años desde que le hiciera prometer que mantendría a salvo a su hermano costase lo que costase. Seis años desde que la consorte real le diera una moneda y le dijera que buscara a les Guardianes del Amanecer, una sociedad secreta dedicada a la liberación de les magues a la que su madre y su tío Li habían pertenecido.

—Les Guardianes del Amanecer *existen* —insistió Han, mostrándole el collar a su amigue—. El maestro Cao reconoció el colgante de mi madre.

A simple vista, el colgante parecía como una moneda cualquiera, pero con un agujero redondo en el centro en vez de uno cuadrado. En cada cara había dibujos de llamas circulares con un motivo solar en vez de las garras de oso que se acuñaban en las monedas imperiales del Caudillo.

Xu parecía escéptique.

—¿Quién es el maestro Cao?

—Un librero de las Fosas. —Han metió la mano en la faja para sacar su ejemplar de *El clásico de mil caracteres*—. Mi prima Ami trabajaba en su librería antes de que el tío Li y ella desaparecieran. El hombre sabía algo sobre les Guardianes. —Le entregó el libro a Xu—. Y me dio esto. —Han se mordió el labio—. Dijo que era un… —Frunció el ceño—. Un manual para un idioma y unos códigos secretos.

Su mejor amigue frunció el ceño.

—¿*La doncella amada por la Muerte*? —preguntó con desconcierto.

—¿Eh? —Han recuperó el libro y lo abrió por la primera página—. «Érase una vez, una niña tocaba música para un niño en el bosque…». Ay, no. Ay, no, no, no. —Alzó la mirada llena de pánico hacia Xu—. ¡Doña Brandi!

Elle arqueó una ceja dibujada a la perfección.

—¿Doña Brandi?

Un grito de sorpresa y el sonido de porcelana al romperse atravesaron el aire antes de que Han pudiera responder. Una de las doncellas que hacía la ronda por el pabellón lo había visto en los arbustos con Xu.

—¡Intrusos! —chilló—. ¡Hombres en el pabellón de los Deleites Terrenales!

—Disculpa —replicó Xu con irritación y las manos sobre las caderas—, pero ¿a quién estás llamando «hombre»?

Han no se molestó en oír la respuesta de la mujer. Se guardó *La doncella amada por la Muerte* en la faja y corrió hacia la Huida de les Amantes, un viejo arrayán que crecía en el rincón sudoccidental de los aposentos de las mujeres. A lo lejos, empezó a sonar un gong para dar la alarma. Por delante, vio que esa madrugada no era ni el único ni el primer intruso en el pabellón de los Deleites Terrenales en huir del gong. Varies guardias tímides y un puñado de sirvientes engreídes salieron de las habitaciones y las residencias privadas. Todes corrían hacia el pobre arrayán larguirucho condenado a sufrir. Une joven flaque y de baja estatura ya estaba escalando sus ramas atribuladas, mientras que une guardia fornide fuera de servicio aguardaba detrás de elle.

—A la porra —musitó Han—. No me puedo creer que haya *cola* para escapar.

Examinó los muros del patio; la parte superior quedaba justo fuera de su alcance. Si tomaba una buena carrerilla, a lo mejor podía agarrarse al borde y auparse sin tener que trepar por la Huida de les Amantes. A su espalda, los gritos de la guardia real se intensificaron.

—El momento de la verdad —se dijo, arremangándose—. Tanto ejercicio no puede haber sido en vano.

Retrocedió varios pasos, echó a correr hacia el muro y saltó. La parte superior era más ancha de lo que pensaba y a sus dedos les costó encontrar un agarre. Pero Han consiguió aferrarse el

tiempo justo para buscar un apoyo sólido en el muro rugoso de ladrillo y fue subiendo hacia el borde, avanzando poco a poco sobre la barriga. Con torpeza, pasó una pierna por encima del paredón y cayó de espaldas en el otro lado.

Cerró los ojos y dedicó un momento a recuperar el aliento.

—Vaya, vaya, vaya —dijo una voz sedosa—. ¿Qué tenemos aquí?

Han abrió los ojos. La sombra de un sombrero de ala ancha cayó sobre él y el susurro de una túnica de seda verde con grullas bordadas le acarició el brazo. Un colgante de jade pálido se balanceaba en un cordón con cuentas rojas por encima de su cabeza, con el grabado de la cara sonriente de una rana de boca ancha encima de un mono que se reía. El sello del regente. Solo un oficial de palacio llevaba ese sello.

El chanciller.

—Buenos días, Su Eminencia —dijo Han y cerró los ojos una vez más.

—¿El pabellón de los Deleites Terrenales? —bramó el príncipe Wonhu desde su trono sobre la tarima—. ¿En qué estabas pensando?

Han se arrodillaba delante de su padre en medio del pabellón de la Sabiduría Celestial, en la postura apropiada y adecuada de arrepentimiento, después de que el chanciller lo arrastrara sin contemplaciones por el cogote. Adoptaba esa postura bastante a menudo, aunque no solía hacerlo delante de toda una audiencia de ministros. Dos escribas se sentaban detrás de la tarima real con pinceles y tinteros listos, ocultes en parte por una mampara diáfana. Han no sabía si sentirse ofendido o halagado por que sus fechorías fueran documentadas para las crónicas del reinado de su padre.

—¡Has mancillado una esfera sagrada! —El príncipe Wonhu se paseaba de un lado para otro delante del trono y su cara estaba adquiriendo el mismo color que la amplia túnica escarlata que lucía en la corte. El padre de Han nunca había sido un hombre demasiado grande, pero últimamente parecía más pequeño que nunca, a medida que la pena y la mala salud lo dejaban en los huesos—. ¡Un hombre en los aposentos de las mujeres! ¿Acaso no tienes vergüenza?

Han mantuvo la frente pegada al suelo en señal de disculpa sumisa. En una plataforma debajo de su padre estaba el chanciller, que observaba al heredero real con un plácido semblante inexpresivo y unos ojos húmedos y protuberantes. Como regente de Zanhei, el chanciller controlaba el gobierno mundano de la provincia durante el periodo de duelo del príncipe Wonhu. Ni siquiera el heredero real superaba en rango al regente, no hasta que alcanzara la mayoría de edad a los dieciocho años. Seis meses más, se dijo. Solo seis meses más.

—¿Era una cita? —preguntó el príncipe Wonhu—. ¡Habla!

—¿Una c-cita? —farfulló al levantar la cabeza.

—Un amorío. Una aventura. Un encuentro amoroso. Una reunión ilícita. —Observó a Han con

semblante férreo—. ¿Necesitas un diccionario, hijo mío?

Se oyó una tos procedente de algún lugar de las filas ministeriales.

—No, no —se apresuró a responder Han, con las orejas candentes—. Sé lo que significa. Es que nunca, bueno, nunca se me había ocurrido que… —Se calló.

Otra tos de los ministros y, esa vez, se pareció sospechosamente a la palabra «virgen».

—No me hables con tanta informalidad —dijo con dureza el príncipe Wonhu—. En este pabellón, somos príncipe y heredero, no padre e hijo.

—Pero si apenas somos eso —musitó Han—. No desde que murió mamá.

El silencio reinó en la sala de audiencias. Seis años antes, el Halconero había ejecutado a la consorte real por traición, acusada de conspirar con magues. Tanto su nombre como cualquier mención de su persona estaban prohibidos, y los tablones del suelo crujieron a medida que la incomodidad recorría el mar de verde ministerial. La muerte de la consorte real era el motivo por el que el príncipe Wonhu había abdicado del trono y el motivo por el que también había abdicado de todas sus responsabilidades como padre, de ahí que designara al chanciller como regente.

—Si me lo permite, mi señor —intervino con suavidad el chanciller desde su asiento a los pies de la tarima—. Quizás una persona imparcial pueda ser de ayuda.

Han resopló. El regente de su padre era tan neutral como las islas Azur al este; es decir, causaba problemas con disimulo cada vez que podía. Solo seis meses más, se recordó. Seis meses más.

El príncipe Wonhu asintió.

—Adelante.

El chanciller hizo una reverencia.

—Su Alteza es muy misericordioso. —Se enderezó para hablar a los ministros congregados—. Bueno, ¿qué hacemos con el heredero real? ¿Qué lecciones podemos impartir a este joven descarriado para que desarrolle sabiduría y madurez?

Se oyeron susurros procedentes de las filas cuando los ministros se removieron y rieron. Han ansiaba ponerse de pie y mirarles a todes a la cara (al fin y al cabo, conocía a esos hombres de toda la vida), pero no podía levantarse a menos que su padre o el chanciller se lo permitieran.

—¿Confinamiento?

Ese debe de ser el funcionario Deng, pensó Han, a juzgar por su tono apacible. El inquieto ministro de Impuestos que se parecía a un conejo.

—Lo hemos intentado. Varias veces. —Han no situó la voz de ese ministro—. El infame Príncipe Mono siempre se escaquea de su arresto domiciliario. ¿Y trabajo manual? Hay que drenar sin cesar los pantanos a las afueras de la ciudad mientras terminamos de construir los pozos y las fuentes.

—Caballeros —dijo una melodiosa voz grave. El ministro de Cultura, el funcionario Quan—.

¿Acaso un hombre no debe reflexionar sobre sus errores y crecer espiritualmente a partir de la vergüenza? Dejemos que el heredero real escriba unas líneas de disculpa y las lea en voz alta ante la asamblea.

—¿Poesía? ¿Ese es un castigo para el heredero real o para nosotros?

El pabellón de Sabiduría Celestial estalló en risas. Han hizo un mohín. Su poesía no era *tan* mala.

—Tengo una idea.

Todo el mundo giró la cabeza hacia el fondo del pabellón de la Sabiduría Celestial, donde el general Hong llamaba la atención en una esquina por no llevar el atuendo de la corte. Aunque en teoría era ministro de Guerra, el general Hong eludía los símbolos de su cargo y prefería la utilidad a la etiqueta. Se rumoreaba que nunca se quitaba la armadura y que hasta iba a los baños ataviado con el traje militar completo.

—Propongo que enviemos al heredero real a uno de mis destacamentos militares en los confines occidentales. Unos cuantos meses sirviendo con mis soldados y el ejército imperial contra la resistencia le irían de maravilla para esa actitud.

—¿Resistencia? —El príncipe Wonhu se removió sobre la tarima—. ¿Qué resistencia?

—No es gran cosa… por ahora —respondió el ministro de Guerra en voz baja—. Mis exploradores informan sobre clanes y tribus que ondean el estandarte del Dragón de Cuatro Alas.

Todo el pabellón de la Sabiduría Celestial tomó aire a la vez con fuerza. Han se devanó los sesos para intentar recordar el significado del Dragón de Cuatro Alas. Xu lo sabría; elle sí que prestaba atención durante sus lecciones de historia.

—¡No se ha visto ese estandarte desde el final de la Guerra Justa! —exclamó el funcionario Quan.

—Así es —respondió el general Hong con su profunda voz—. La bandera de batalla de la dinastía Mugung. Simpatizantes de magues.

Simpatizantes de magues. Han se quedó de piedra, controlando las ganas de aferrar el colgante de sol de su madre. Les Guardianes del Amanecer *estaban* allá fuera. Tenían que estarlo. Si les encontraba, mantendría a salvo a su hermano.

«Prométemelo, lemurcito», le había dicho su madre antes de morir. Antes de que la mataran. «Prométeme que protegerás a Anyang».

—General —intervino con suavidad el príncipe Wonhu—, ¿acaso está sugiriendo que quiere enviar a mi hijo al frente occidental para sofocar una insurrección en potencia?

Los ministros se pusieron a discutir, cada uno argumentando a favor o en contra de las distintas propuestas para su castigo. Han se balanceaba adelante y atrás en el suelo para intentar que la sangre le fluyera por las piernas de nuevo. La postura de disculpa sumisa era horrible para las rodillas.

Al cabo de un momento, el chanciller habló de nuevo.

—¡Amigos! —gritó y dio una palmada—. Gracias por vuestras sugerencias. Y ahora, si se me permite, ofreceré mi propia solución. —Se giró hacia el príncipe Wonhu, que ladeó la cabeza—. He decidido proponer… una propuesta.

Unos cuantos ministros se rascaron la cabeza bajo sus sombreros de ala ancha.

—Explíquese, Su Eminencia —pidió el funcionario Deng.

Una sonrisa suave se extendió por los labios demasiado anchos del chanciller.

—El heredero real fue descubierto en el pabellón de los Deleites Terrenales. Pero ¿no es natural para los jóvenes sentir curiosidad, probar esos mismos deleites terrenales que se les ha prohibido?

—Ay, ay, ay —dijo el ministro de Cultura—. Sé a dónde va Su Eminencia y dejadme que sea el primero en decirlo: «Buena suerte».

—¿Qué? —preguntó Han, sin poder contenerse—. ¿De qué estamos hablando?

—Un matrimonio. —Al chanciller le relucían los ojos—. Dicen que el matrimonio convierte a los jóvenes en hombres.

—Entonces Su Eminencia se habrá convertido en hombre una y otra vez —susurró uno de los burócratas de bajo nivel—. Ya que he oído que pronto habrá que felicitarlo por cuarta vez.

Han examinó la cara del chanciller. No sabía qué atractivo le habían visto sus esposas como para haber estado casado tantas veces. Lord Chan no era viejo, pero casarse y enterrar a tres esposas en la última década se le antojaba excesivo. La madre de Xu murió cuando elle nació y cada madrastra desde entonces se había acercado en edad a elle.

—Llevamos años intentando casar al heredero real —dijo el ministro de Cultura—. Nadie lo quiere. Hubo una oferta de la Casa Durumi. Y otra de la Casa Haitun. Las retiraron sin más explicaciones en cuanto la chica vino de visita.

Han se permitió esbozar una sonrisita de satisfacción. No había sido fácil averiguar las aversiones y los desagrados de cada esposa en potencia, pero se había asegurado de que Xu sembrara cada mentira sobre el heredero real en las tabernas y casas de té de Zanhei. La chica de la Casa Durumi era sensible a los olores, así que fingió tener malas digestiones y peor aliento. Se rumoreaba que la chica de la Casa Haitun era vana, así que Xu propagó el rumor de que el heredero real tenía poco mentón, demasiadas orejas y que, además, se negaba a quitarse los pelos tercos que le salían de la nariz.

—Sé de buena mano los defectos del heredero real como posible pareja —dijo el chanciller. Luego metió la mano en la manga y sacó un pergamino—. Sin embargo, he recibido una oferta por la mano de Su Excelencia y, en esta ocasión, creo que no podemos negarnos. Ni tampoco es que queramos.

La sonrisa desapareció de la cara de Han. Sospechaba que esa propuesta de matrimonio no era una sugerencia espontánea, sino una estratagema que llevaba tiempo fraguándose, a juzgar por la expresión arrogante del chanciller. Se percató de que el regente había estado esperando la

oportunidad perfecta para anunciarlo. Un mal presentimiento frío se instaló en el estómago de Han.

El príncipe Wonhu se sentó más erguido en su trono.

—¿De quién es?

El chanciller hizo una reverencia.

—Si me lo permite, Su Alteza —dijo mientras desenrollaba el pergamino. El padre de Han asintió con cansancio—. Tenemos el honor de haber recibido una propuesta de matrimonio de la princesa Yulana, la primera hija del Gommun Kang, emperador de los Reinos del Alba y —una sonrisa triunfal le separó los labios viscosos— la nieta más querida del Caudillo.

4

Las campanas huecas sonaron sobre la puerta de la tienda de la profesora Hu en cuanto Zhara accedió a la botica.

—Siento llegar tarde —jadeó al entrar a toda prisa—. He…

Para su sorpresa, la herbolaria no estaba sola. La abuela Meng, una de las matriarcas del pueblo buri, estaba acomodada en un taburete delante del mostrador, con las manos nudosas sobre el bastón de ratán. Les buri no solían aventurarse dentro de Zanhei, ya que preferían quedarse en sus pueblos flotantes del pantano, pero la abuela Meng iba acompañada de dos miembros jóvenes de su clan: une progenitore y su hije, a juzgar por sus pulseras de cuentas rojas a conjunto.

—No lo entiendo —decía la profesora Hu. La apotecaria era una mujer de mediana edad, enjuta y de baja estatura, con el cabello gris hierro recogido en un moño bajo adusto—. ¿Me está diciendo que *no hay* brotes de helecho coronado o que su gente *no quiere* subir al monte Zanhei a buscarlos?

—Las dos cosas —respondió la abuela Meng, y las cuentas que colgaban de su tocado con un estampado azul tintinearon con frustración. Su clan se ganaba la vida buscando hierbas y otros productos comestibles en las laderas del volcán situado río arriba y había hecho negocios con la profesora Hu desde antes de que esta contratase a Zhara—. Le estoy diciendo que ya no es seguro para mi gente subir allá. Por el mal aire. La mala energía. El mal ki. La montaña está despierta y enfadada.

Zhara empezó a limpiar la tienda; apartó con discreción unas tazas de té a medio beber y los restos sin terminar de comidas pasadas. La profesora Hu sería la herbolaria más brillante de las provincias sureñas, aunque la meticulosidad no era una de sus virtudes.

—¿Despierta? —La apotecaria frunció el ceño y se quitó las gafas, que se quedaron colgando de un cordón de cuentas de topacio en su cuello—. ¿Quiere decir que está… activa?

—Quiero decir que está *despierta* —replicó con malhumor la abuela Meng—. Sé que aquí en la ciudad se venera a les Inmortales y a sus mansiones de la Razón, pero el mundo es más grande que la razón, la lógica y el orden. ¿No se acuerda de lo que ocurrió en el Año Sin Verano?

Zhara organizó las hojas sueltas de papel y los cuadernos que había desperdigados por ahí y procuró no llamar la atención; también ordenó y guardó los distintos ingredientes en sus correspondientes cajones. Descubrió un taburete debajo de un montón de recetas viejas y ofreció el asiento a las dos personas que había detrás de la abuela Meng. Le adulte se estremeció y se apartó con una mirada de recelo.

—A pesar de mi aspecto, no estaba viva hace un milenio, así que no, no me acuerdo —replicó

con sequedad la apotecaria—. Pero, según los anales históricos, el Año Sin Verano fue la última vez que el monte Zanhei entró en erupción y cubrió los Reinos del Alba en una nube de ceniza tan espesa que tapó el sol y sumió a la tierra en un verano sin fin.

La matriarca buri negó con la cabeza y las cuentas del tocado dieron vueltas sobre su rostro.

—Nuestra gente cuenta otras historias.

La profesora Hu arqueó las cejas.

—¿Como cuáles?

—Tiyok —susurró le niñe al lado de la abuela Meng. Le adulte le agarró los hombros.

—No maldigas, no es de buena educación.

—Perdóneles por hablar cuando no deben —comentó con ironía la matriarca buri—. Esta es mi nieta, Dieu, y su hijo, Thanh.

Dieu tensó los brazos alrededor de su hijo.

—Discúlpate por hablar con tanta grosería, Thanh.

Zhara le sonrió al niño para darle ánimos.

—¿Te referías a la madre de diez mil demonios? —preguntó con amabilidad, pero su madre lo apartó—. ¿A quien derrotaron le Guerrere del Sol y les Guardianes del Amanecer?

Thanh la miró de reojo y Zhara se quedó estupefacta. Había un vacío desconcertante en sus ojos; no era la mirada en blanco de un niño poco interesado, sino un vacío hipnotizante. Su oquedad arañó a Zhara y su magia se removió, inquieta e incómoda. Sintió un escalofrío, como si la estuviera observando alguien invisible, como si otra conciencia la mirase desde las profundidades de los ojos negros, negrísimos, del chico.

—Esta es mi ayudante, Jin Zhara —dijo la profesora Hu, presentándola también.

—Tu ayudante es lista. —La abuela Meng dio unos golpecitos con el bastón a los pies de Zhara—. Conoce las viejas historias.

Pero todo el mundo conocía la leyenda de le Guerrere del Sol y de les Guardianes del Amanecer. Era el mito fundacional de los Reinos del Alba y el cuento favorito de cada compañía de teatro ambulante desde la frontera occidental hasta las islas Azur. Justo el verano anterior, Zhara había visto a los Hermanos Bangtan representar la leyenda en las Fosas; la gente se pasó semanas hablando de su actuación.

Y entonces se acordó de la extraña escena que había presenciado entre el maestro Ciruela y el maestro Cao fuera de la librería. «¿Podría decirme dónde puedo encontrar a les Guardianes del Amanecer?».

—No sé qué tiene que ver la madre de diez mil demonios con… nada —replicó la profesora Hu, cruzándose de brazos—. La cuestión es que necesito brotes de helecho coronado para mis remedios y solo crecen en las laderas de ese volcán.

—¿No ha oído lo que le he dicho? —dijo la abuela Meng con exasperación—. Ya no hay. Las plantas se marchitan y mueren, los peces se pudren en los arroyos y los animales y los pájaros

han enmudecido en el monte Zanhei.

La apotecaria se dio unos golpecitos en el mentón, pensativa.

—¿Tal vez se trate de una especie de plaga?

—Es posible —admitió a regañadientes la anciana—. Si quiere pensarlo de ese modo, sí. —Asintió y las cuentas del tocado se balancearon adelante y atrás—. Una plaga que corrompe el ki de todo lo que toca. Plantas, animales y personas.

—¿Personas también? —preguntó la profesora Hu con sorpresa—. ¿A qué se refiere con eso?

Detrás de la matriarca buri, Dieu se removió nerviosa y toqueteó la cuenta roja de su muñeca.

—Abuela —dijo en voz baja, suplicante—. No lo diga.

Pero la anciana pasó por alto su comentario.

—Nuestros seres queridos desaparecen en las cavernas que rodean el monte Zanhei. Y quienes regresan… —Miró con recelo a su bisnieto—. Regresan cambiades.

—¿Cambiades? —La apotecaria alzó las cejas—. ¿Cómo?

La abuela Meng se atribuló un momento, pero luego le indicó a Thanh por señas que se acercara.

—Ven aquí, chico. Quiero que la apotecaria te eche un vistazo.

—No soy sanadora —protestó la profesora Hu—. Solo herbolaria.

—Y la única persona en esta ciudad que tiene la cabeza firme sobre los hombros —replicó la anciana—. Ven, chico.

La apotecaria tanteó en busca de sus gafas y se las colocó en la punta de la nariz.

—¿Qué tengo que buscar? —preguntó mientras rodeaba el mostrador para examinar al niño. La abuela Meng titubeó.

—Es una de las personas cambiadas —dijo en voz baja. Con tristeza, añadió—: Thanh siempre ha sido un niño alegre. De ojos brillantes, risa y llanto fáciles. Pero ahora…

Dieu ahogó un sollozo.

—¿Qué ocurrió?

La profesora Hu agarró con cuidado la muñeca del chico y le tomó el pulso.

La matriarca buri daba vueltas al bastón como si fuera un taladro.

—No estamos segures. De les cinco niñes que salieron a jugar en el pantano ese día, tan solo regresaron tres. Thanh es el único que habla, pero no quiere decirnos nada.

—¿Al pantano? ¿No al monte Zanhei?

—No, aunque es la misma enfermedad que sufren aquellas personas que regresan de la montaña. La misma… corrupción de espíritu.

—¿Y les otres niñes? —Persuadió a Thanh para que abriera la boca y pudiera mirarle la lengua. El chico obedecía sin problemas, aunque sus movimientos parecían carentes de vida, rígidos, como una marioneta manejada por una mano invisible—. ¿Les que regresaron?

—También cambiades, también… corrompides —respondió la abuela Meng con tono sombrío

—. Es como si fueran muertes vivientes, con la mirada y la mente vacías.

Dieu enterró la cara en las manos y los hombros le temblaron por el llanto. Un silencio incómodo se apoderó de la botica mientras la joven mujer sollozaba. La abuela Meng y la profesora Hu parecían desconcertadas, y Thanh, indiferente.

Zhara carraspeó.

—¿A la señora le… le gustaría un té?

Al cabo de un momento, Dieu se sorbió la nariz y asintió.

—¿Podría tratarse de la vieja plaga? —murmuró la profesora Hu mientras examinaba al chico. Le sobrevino una idea repentina y buscó algo encima del mostrador—. Zhara —la llamó con fastidio—, ¿dónde está mi cuaderno? ¿Y por qué siempre cambias de sitio las cosas para que no las encuentre?

—¡Lo siento, lo siento!

Zhara dejó el té que estaba preparando y recuperó el cuaderno que había depositado en la mesa.

—¿Y la gente que ha desaparecido? —prosiguió la apotecaria mientras apuntaba sus observaciones—. ¿Alguna idea de a dónde han podido ir?

—Ninguna. —La matriarca buri se hundió en su asiento; de repente parecía muy anciana y frágil—. Por eso esperaba que pudiera tratar a Thanh de alguna forma, para que nos contara a dónde han ido.

La profesora Hu cerró el cuaderno, con unas arrugas de preocupación entre las cejas.

—No sé qué decirle, abuela Meng. Está sin fiebre y con la garganta despejada. Su pulso es un poco lento para alguien de su edad, pero nada fuera de lo normal. —La apotecaria se puso de pie y se quitó las gafas—. Físicamente, a este chico no le pasa nada malo.

—Pues claro que no le pasa nada malo —estalló Dieu, que se levantó de un salto—. ¡Nada! Es un niño de lo más normal. —Movió los ojos de izquierda a derecha—. ¡Lo es!

—Yo nunca he dicho que no lo fuera —dijo la profesora Hu con suavidad—. A menos que… haya algo que no me ha contado, joven.

—No, no —se apresuró a responder Dieu—. No tenemos nada que ocultar.

Pero lo dijo sin mirar a la apotecaria a la cara y sin dejar de toquetear la cuenta roja en su muñeca. Zhara entornó los ojos y estudió a la joven madre mientras servía las tazas de té.

—Mmm —dijo la profesora Hu y devolvió el niño a los brazos de su madre—. No creo que pueda tratar a Thanh. Quizás esté bajo de ánimo por algún bloqueo en su meridiano. Puedo recomendarles a une acupunturista, si quieren.

—No creo que las artes de le Sexte Inmortal puedan curar al muchacho —musitó la abuela Meng—. Es una cuestión de magia, no de medicina.

—¡Abuela! —gritó Dieu.

¡Plaf!

La tetera se hizo añicos al caer el suelo.

—¡Perdón, perdón, mil perdones! —se disculpó Zhara. Le temblaban las manos mientras reunía las piezas.

—Vaya con cuidado, abuela Meng —respondió la profesora Hu en voz baja—. El Halconero tiene ojos y oídos por toda la ciudad.

—¿Me va a entregar a la justicia del Caudillo? —resopló la anciana. La apotecaria negó con la cabeza.

—Claro que no —declaró con firmeza—. Usted sabe mejor que nadie el poco cariño que siento por los Cernícalos.

Zhara se detuvo. Nunca había oído a su mentora expresar una opinión sobre la magia, ya fuera positiva, negativa o lo que fuera. Recogió la escoba de detrás del mostrador y barrió despacio los trozos mientras escuchaba con atención. Y esperanza.

La abuela Meng cerró los ojos.

—El mundo está desequilibrado. Y, cuando el equilibrio entre el Orden y el Caos desaparece, los demonios empiezan a vagar por la tierra.

Dieu ahogó un grito y abrazó con fuerza a Thanh.

—¿Demonios?

El niño comenzaba a inquietarse.

—Seguro que no es eso —comentó la profesora Hu con escepticismo—. No se han visto abominaciones en los Reinos del Alba desde el final de la Guerra Justa.

—Es una cuestión de tiempo —vaticinó con aire siniestro la matriarca buri—. El riesgo de posesión persiste siempre y cuando existan magues a quienes convertir en monstruos.

En las manos de Zhara, la escoba parpadeó y, durante un brevísimo instante, se vio sosteniendo una espada oxidada. Casi la soltó de la sorpresa cuando se transformó de nuevo en la escoba. La dejó a un lado y se metió las manos en las mangas.

—Pero no todes les magues se convierten en abominaciones, ¿verdad? —preguntó Dieu con nerviosismo. En sus brazos, Thanh protestó por el abrazo asfixiante de su madre y se apartó de ella—. ¿Algunes… mejoran?

La profesora Hu y la abuela Meng intercambiaron una mirada.

—La posesión no tiene cura —respondió la apotecaria—. Si existiera, no habríamos ido a la guerra.

—Pues claro que hay cura —rebatió la matriarca—. Lo cuentan las viejas historias. Dicen que, en la guerra contra Tiyok, le Guardiane del Fuego transformó todos los monstruos de la tierra en magues otra vez.

—Ay, abuela Meng —suspiró la herbolaria. Tiró sus anotaciones sin cuidado sobre el mostrador y se frotó los ojos—. Está la magia y luego está el mito.

Reinó el silencio en la tienda; los únicos sonidos que se oían eran unos rasguños suaves que

producía Thanh al jugar con algo en el suelo. Zhara se sobresaltó al ver que se trataba del pequeño cuchillo que la apotecaria usaba para cortar raíces y hierbas secas. Fue corriendo a su lado e intentó quitárselo de las manos.

—No, no —le dijo con amabilidad—. Esto no es un juguete.

Thanh le enseñó los dientes y le agarró la mano en un intento de recuperar su premio.

Y el mundo se tornó blanco.

Cuando el niño la tocó, la alarma recorrió el flujo ki por todo el cuerpo de Zhara, pero no fue el miedo lo que encendió su magia, sino el reconocimiento. Una repentina sensación de familiaridad le inundó los huesos, una ráfaga de sensaciones que era tanto íntima como intimidante. El peso de la mano del niño en la suya era un idioma que conocía en una tierra extranjera, un amigo entre desconocides. Conocía ese contacto y lo conocería para siempre.

Thanh era mago.

El niño era mago, pero había algo terriblemente malo en él. Su contacto estaba podrido. Envenenado. Era como si su alma no formara parte de los hilos que conectaban el mundo, pues no había ni rastro de vida en su interior. En cambio, algo ajeno, algo inhumano, se aferraba a la mano de Zhara a medida que la corrupción se expandía despacio desde el alma del niño hasta la suya.

Su magia se movilizó.

Una oleada de poder brotó de sus manos, se adentró en el cuerpo del niño y encendió el flujo ki de sus meridianos. Era como si pudiera ver las líneas de poder fluir por los brazos y las piernas, y luego en sentido contrario. Lo que debería ser un poder brillante y radiante era, sin embargo, desolación, enfermedad y corrupción. Thanh siseó con dolor cuando la magia de Zhara quemó la oscuridad y se alejó de ella antes de derrumbarse en el suelo con la mirada en blanco.

—¡Thanh! —chilló Dieu, lanzándose a por su hijo que se convulsionaba. Fulminó a Zhara con la mirada—. ¿Qué le has hecho?

—¡N-nada! —Zhara retrocedió entre trompicones y notó que le caía sudor frío de la frente—. ¡No he hecho nada!

El recuerdo de Suzhan retorciéndose y quejándose del mismo modo hacía tantos años regresó a su mente. Se tapó la boca con las manos para ahogar un sollozo. ¿También le había hecho daño al niño con su magia?

—Ya está, ya está —dijo con calma la apotecaria, arrodillándose junto a Dieu—. Deja respirar al niño. —La profesora Hu desenredó los brazos de Dieu del cuello de Thanh y le apoyó la cabeza sobre las piernas. Enseguida dejó de agitar las extremidades y la rigidez de sus músculos menguó—. Ahora tiene fiebre —comentó con el ceño fruncido. Le tocó la frente con el dorso de la mano—. Seguramente eso es lo que ha causado el ataque.

Dieu se giró hacia Zhara.

—Le ha hecho algo —dijo, apuntándola con un dedo acusador—. ¡Es un monstruo!

Zhara se encogió, recordando los ojos ciegos de su hermana.

—Lo… lo siento —se disculpó, dando un paso adelante con impotencia—. No sé qué ha pasado…

—¡No te acerques a él! —Dieu agarró a Thanh, que dormía, e intentó colocárselo sobre la espalda—. ¡Ayúdeme, abuela!

La anciana se apoyó con pesadez sobre su bastón cuando se puso en pie.

—Supongo que nos vamos ya —dijo con pesar. La profesora Hu abrió y cerró varios cajones para sacar hierbas y polvos que después metió en un papel.

—Tomen —dijo, entregándoselos a la abuela Meng—. Para la fiebre del chico. Y para ti —le dijo a Dieu, aunque dudó antes de meter la mano en la bolsita de monedas que le colgaba de la cintura—. Llévate esto. —Alzó una moneda pequeña de bronce con un agujero circular en el centro—. Si tú o tu hijo necesitáis ayuda, enséñaselo al maestro Cao, que vive aquí, en la ciudad.

Dieu apretó la boca. Al cabo de un momento, aceptó el colgante con una reverencia.

Thanh se removió en la espalda de su madre y, mientras salían, dirigió los ojos hacia Zhara; su mirada ya no estaba vacía ni en blanco. Una extraña expresión le atravesó el semblante y una inteligencia que no había estado ahí antes, algo más antiguo y menos humano que el niño, animaba sus rasgos.

«Circulan rumores sobre monstruos en el pantano».

A Zhara se le puso todo el vello de la nuca de punta.

5

Se había hecho de noche, su hermano estaba desaparecido y Han necesitaba con desesperación el próximo número de *La doncella amada por la Muerte.*

—¡No me puedo creer que acabe así! —chilló, lanzando el fino libro al otro lado de su habitación.

Tras la desastrosa audiencia con su padre y el chanciller, lo habían escoltado sin miramientos a sus aposentos, donde lo confinaron sin poder recibir visitantes y sin nada que hacer. Aunque no le entusiasmaba leer, había decidido darle una oportunidad a esa *Damisela que se casó con un demonio* o como se llamase, solo para pasar el rato. Varias horas más tarde, se lo había terminado de una sentada y estaba angustiado por el destino de Pequeña Llama, ya que había accedido a ser la esposa del Señor de la Muerte a cambio de la vida de su hermana. Necesitaba desesperadamente hablar con alguien sobre ese final tan en suspense, pero les guardias apostades fuera de su puerta no estaban interesades en mantener una conversación que durase más de dos sílabas.

Sin nada más en lo que ocupar su tiempo y su mente, Han se puso en pie y empezó a hacer sentadillas junto a la cama para intentar sudar la ansiedad que acaparaba sus pensamientos. También podía trabajar en su último poema, aunque la semana anterior había perdido el interés en el tema (las flexiones) y le faltaba motivación para terminarlo. Por otra parte, se le había ocurrido una idea para un poema acróstico por sílabas para doña Brandi y podía intentar escribirlo…

—Do… —musitó, sintiendo el ardor en los muslos—. Do… doña… dorada… ¡Uf!

Se dejó caer al suelo de espaldas y se quedó mirando el techo. Casi era medianoche y no tenía noticias de Xu sobre el paradero de su hermano pequeño. La última niñera de Anyang había dimitido el día anterior y su hermano ya estaba causando problemas.

El problema de las niñeras de Anyang era un enigma que ni él ni Xu sabían resolver. Tan solo en el último mes había tenido seis; la que más duró estuvo una semana entera antes de salir corriendo de los aposentos del segundo heredero presa del terror. Balbuceó algo sobre jarrones flotantes, sonidos extraños y manchas misteriosas, segura de que el palacio estaba encantado. Han no dijo nada para desincentivar esa suposición y le pagó una generosa suma a la mujer antes de enviarla a su casa.

Para quienes lo conocían bien, Anyang era un muchacho tierno, lleno de afecto y ansioso de amor. Pero para quienes no, el segundo heredero era un niño errático y voluble, propenso a sufrir extraños estallidos destructivos. Las rabietas eran incontrolables, decían las niñeras antes de presentar su dimisión. El niño estaba poseído.

Eso se acercaba demasiado a la verdad.

Han se dejó caer en la cama, enterró la cara en los cojines y gritó.

A veces el peso de sus responsabilidades era insoportable, le aplastaba las costillas bajo una montaña de pavor. Intentaba no pensarlo demasiado; de hecho, intentaba no pensar en general. Pensar conducía a preocuparse, que conducía al pánico, y la última cosa que Anyang necesitaba era que su hermano mayor perdiera la cabeza. Con su madre muerta y su padre perdido en el duelo, Han era la única persona que podía protegerlo de la justicia del Caudillo.

Se dio la vuelta y se tapó los ojos con el brazo. Era tarde y debía dormir, pero no lograba sacarse de la cabeza la mirada triunfal del chanciller. Durante años, había jugado al gato y al ratón con el regente de su padre con tal de evadir todas las trampas y obstáculos matrimoniales que le había tendido, pero Han sabía que la princesa Yulana era el único cepo del que no se libraría tan fácilmente. Como nieta del emperador Gommun, la princesa Yulana era una pareja con tanto poder político que no podía rechazarla. Y como la nieta del hombre que había emprendido una guerra contra les magues, también era la más peligrosa.

Ris, ris, ris.

Han se enderezó con el ceño fruncido. ¿Un ratón? ¿Una rata?

Ris, ris, ris.

—¿Gogo? —dijo una vocecita desde la ventana—. ¡Déjame entrar!

Se puso en pie a toda prisa y abrió el pestillo.

—¿Anyang? —Bajó la mirada y vio a su hermano pequeño agachado justo debajo del alféizar, escondido de les guardias que patrullaban los terrenos de palacio—. ¿Qué haces aquí? ¿Y dónde has estado?

—No… no lo sé, gogo.

Levantó el semblante aterrorizado hacia su hermano y alzó las manos para que Han las viera. Las palmas brillaban ligeramente en la oscuridad, como si los huesos y la sangre estuvieran hechos de fuego.

La alarma empapó las extremidades de Han. Se inclinó por la ventana y agarró a su hermano por debajo de los hombros para auparlo en su dormitorio; luego cerró los postigos con fuerza.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás herido?

Anyang negó con la cabeza.

—Creo… —Tragó saliva—. Creo que he tenido un sueño malo.

Han parpadeó.

—¿Un sueño malo? —preguntó con incredulidad. Su hermano pequeño iba cubierto de tierra de la cabeza a los pies, con la túnica real embarrada y rota como si se hubiera enzarzado en una escaramuza. Deslizó las manos por su cuerpo con ligereza, aunque el niño no parecía estar herido de ningún modo—. ¿Estás seguro?

—Eso creo —replicó Anyang con la voz temblorosa—. Porque el demonio rana también

estaba allí.

Desde la muerte de la consorte real, Anyang sufría terrores nocturnos. Sus sueños estaban llenos de monstruos y otras criaturas horribles, pero la peor de todas era la que llamaba el demonio rana. Se trataba de un ser recurrente en las pesadillas del chico, una criatura temible hecha de ausencia y vacío que solo la presencia de Han o una vela encendida toda la noche mantenían a raya. Han había aprendido a lo largo de muchas noches en vela que la apariencia del monstruo cambiaba: unas veces era una rana, otras era un ser terrorífico con serpientes en vez de pelaje y con la cola de un escorpión. Daba igual la forma que adquiriera, porque el tormento espeluznante de su hermano pequeño siempre quería lo mismo: tomar su magia y consumirla.

—¿«Allí»? —Han arrugó el ceño—. ¿Dónde estabas?

Anyang tardó un momento en responder.

—En los jardines de meditación.

—¿Es ahí donde te has escondido todo el día? —La preocupación tornó aguda la voz de Han —. ¿Qué hacías en los jardines?

Anyang se estudiaba los pies.

—Jugaba con Yao.

—¿Yao? ¿Quién es Yao?

—Un sirviente de la cocina. Y… mi amigo.

—¿Tu amigo? —El miedo cubrió de hielo los huesos de Han—. Didi… no. —Rodeó el brazo de su hermano con los dedos entumecidos—. Por favor, dime que no le has contado a ese chico lo de tu… tu…

—¿Mi magia? —Han se estremeció—. Lo he hecho.

—¡Anyang!

—¡Pero solo porque él también es mago! —se defendió el muchacho. Han trastabilló hacia atrás.

—¿Qué? —jadeó. Una extraña mezcla de curiosidad, alivio, euforia y miedo se removió en su pecho. ¿Acaso ese niño y sus padres formaban parte de les Guardianes del Amanecer? O a lo mejor sabían dónde podían encontrarlos. ¿Y por qué su hermano no le había comentado nada al respecto?—. ¿Cómo… cómo sabes que…?

«¿Que puedes confiar en él?», quiso decir.

Anyang se encogió de hombros.

—Lo supe y ya está. —Extendió la manita reluciente hacia Han, que se la tomó—. Con él siento lo mismo que contigo, gogo —añadió con suavidad—. Estoy a salvo.

—¿Lo sabe alguien más? Lo de Yao, quiero decir. —Se tiró de unos pelos que le salían en la barbilla—. ¿Sus padres? —preguntó esperanzado. Alguien a quien hablar… con quien hablar… con quien consolarse.

Anyang frunció el ceño y sacó el labio inferior, pensativo.

—No lo sé.

—A lo mejor puedo hablar con Yao —añadió con desesperación—. ¿Podrías organizar un encuentro?

Anyang parpadeó rápido varias veces; las lágrimas se le desbordaron y dejaron sendas embarradas por sus mejillas.

—Ay, gogo —dijo con voz temblorosa—. Creo que no.

—Puedes decirle que es seguro hablar conmigo…

El chico negó con la cabeza.

—Se ha ido, gogo. Se ha ido ¡y es culpa mía!

Han se quedó de piedra y toda su ansiedad regresó de golpe.

—¿Qué quieres decir con que se ha ido? —preguntó, tenso—. ¿Qué ha pasado?

—Yao y yo hemos pasado el día jugando al pilla-pilla en los jardines de meditación, pero me cansé y decidí echarme una siesta —dijo Anyang, sorbiendo por la nariz—. Yao tenía que vigilar por si alguien iba a buscar al chanciller y me metía en un lío por haberme saltado las clases.

A pesar del miedo que le inundaba los pulmones, Han sintió los bordes de una tierna nostalgia amenazando con curvarle los labios en una sonrisa. Xu y él habían hecho payasadas similares cuando eran jóvenes.

—He soñado con el demonio rana. —Anyang se abrazó el cuerpo y se balanceó un poco hacia delante y hacia atrás—. Ha ido… mal.

—¿Cómo de mal? —preguntó Han con suavidad.

—Normalmente, cuando sueño con el demonio rana, se sienta a mi lado y me pide que le dé mi magia. Cuando me niego, intenta agarrarla a través de mi pecho y tira. Duele —añadió Anyang y se llevó una mano sucia al pecho—. Siempre duele. —Han no dijo nada. Los gritos penetrantes que despertaban al palacio en la madrugada eran prueba de los dolores nocturnos de su hermano —. Pero esta vez, el demonio rana me dijo que… que no podía esperar más. Así que me… me… —Se le quebró la voz y se echó a llorar con ganas—. Me ha abierto las costillas y ha intentado meterse dentro.

Han no supo qué dolía más: ver las lágrimas de su hermano o no poder hacer nada al respecto. Se arrodilló y abrazó a Anyang; se sentía protector e incómodo a la vez.

—Grité y grité y entonces… —Anyang hipó—. Entonces Yao apartó al demonio rana de mí.

Han se apartó para mirar a su hermano a la cara.

—¿En el sueño?

Anyang frunció el ceño con confusión.

—No… no estoy seguro —respondió con desconcierto—. Al verlo, el demonio rana siseó y dijo que Yao tendría que servirle por el momento. Los dos desaparecieron y, cuando abrí los ojos, era de noche y Yao se había ido.

—¿Ido?

Anyang asintió y se pasó la mano por los ojos.

—Creo que… que el demonio rana se lo llevó. —Alzó la cara sucia de lágrimas, mocos y barro para mirar a su hermano—. ¡Y todo es culpa mía!

Lo más probable era que el niño hubiera regresado a su casa, pero Han se contuvo.

—Mañana. Iremos a buscar a tu amigo mañana.

Anyang se relajó.

—Gracias, gogo. Es un chico de mi edad, con una marca de nacimiento morada aquí. —Se señaló la clavícula y entonces un enorme bostezo amenazó con partirle la cabeza en dos—. ¿Puedo quedarme contigo esta noche?

Han esbozó una sonrisa torcida.

—Vale, didi —dijo con delicadeza—. Pero antes vamos a lavarte.

Lo ayudó a quitarse la ropa sucia y le lavó la cara y las manos con un trapo húmedo antes de darle un camisón. Los dos se subieron a la plataforma de la cama y Anyang se acomodó en el hueco donde el brazo de Han se encontraba con el hombro. El príncipe se removió intentando no perturbar a su hermano. El verano llegaba temprano a las provincias del sur y ya hacía un calor incómodo por la noche. Y Han ya pasaba calor de por sí.

—Muévete para allá —gruñó el niño—. Me voy a caer. —Han obedeció y se alejó para dejarle más hueco, pero Anyang se quejó malhumorado—: Más. Eres demasiado grande, gogo.

—¿Y de quién es esta cama?

Notó que los labios de su hermano se curvaban en una sonrisa contra su hombro.

—Es agradable —murmuró el pequeño, soñoliento—. Como cuando mamá estaba viva y solíamos dormir en su cama.

—¿Te acuerdas de eso?

Anyang solo había tenido cuatro años cuando su madre murió. El niño asintió.

—A veces voy a sus antiguos aposentos y duermo en su cama.

—¿En serio? ¿Por qué?

Su hermano se encogió de hombros.

—Es un buen sitio donde esconderse.

Han supuso que era cierto. Tras la muerte de su esposa, el príncipe Wonhu había ordenado que cerraran el edificio de Elegante Serenidad y cubrieran las ventanas, con lo que lo condenó al deterioro y la decadencia. Su padre había abandonado el recuerdo de su madre, igual que había abandonado a sus hijos.

—¿No tienes miedo, didi?

—¿De qué? —preguntó un somnoliento Anyang. Pestañeó y los párpados se le fueron cerrando. Han sacó el colgante del sol de debajo de la camisa y lo estudió.

—De los fantasmas —dijo en voz baja.

No había pisado Elegante Serenidad desde la ejecución de la consorte real. Los pasadizos y

corredores estaban plagados de demasiados recuerdos. En los buenos, estaba sentado a los pies de su madre mientras a un hijo le enseñaba poesía y al otro hechizos. Anyang solo tendría unos tres años o así, demasiado joven para hacer algo con la tinta y el pincel aparte de un desastre, pero Han recordaba cómo su madre envolvía los puños regordetes de Anyang con su mano y escribía, canalizando su magia para crear burbujas de tinta flotantes y luciérnagas de papel, o simplemente hacía bailar y cantar los carillones de fuera.

Solo había un mal recuerdo.

El día en que los Cernícalos habían ido a por la consorte real para sacarla a rastras de sus hermosos y elegantes aposentos y condenarla como traidora, monstruo y maga delante de una multitud. El chanciller había obligado al heredero real y a su hermano a quedarse junto a su padre y observar mientras su madre ardía en la pira, los había obligado a mantener los ojos abiertos y los dientes apretados mientras sus gritos de dolor resonaban por Zanhei. Han debía ser fuerte por Anyang, mantener un semblante valiente por su hermano pequeño, porque no tenía a nadie más. Desde su muerte, Han y su hermano se habían convertido en huérfanos; perdieron a su madre en las llamas y a su padre en la tristeza.

«Prométemelo, lemurcito. Prométeme que protegerás a Anyang».

Observó a su hermano pequeño, que dormía tranquilo a su lado. Estrechó su abrazo y, durante un momento, el peso de ese cuerpecito dormido alivió el manojo infinito de preocupaciones y miedos de su interior. Mientras Anyang estuviera vivo y seguro, tenía motivos para seguir luchando.

Porque Han estaba muy, muy cansado.

Cada año, cada día, cada hora que pasaba, la carga del secreto de su hermano le pesaba más y más en el alma. Tenía a Xu para compartir ese peso, pero Xu era le únique hije del chanciller. La posición de le mejor amigue de Han en el palacio era, en muchos sentidos, tan precaria como la de Anyang, ya que se movía entre los reinos masculinos y femeninos de la vida cortesana, desafiándolos a ambos y a ninguno a la vez. Todes pataleaban en el agua, luchando para mantenerse a flote, para seguir con vida. Han necesitaba ayuda con desesperación.

Estudió el dibujo del sol grabado en la cara del colgante. El motivo casi había desaparecido de tantas veces que había acariciado la moneda. Les Guardianes del Amanecer. Una sociedad secreta de magues y simpatizantes. A lo mejor solo estaba persiguiendo un cuento de hadas, como le había dicho Xu.

Pero les Guardianes *eran* reales. Sostenía la prueba en sus manos.

Han suspiró y dejó caer la mano. Le echó un vistazo al ejemplar de *La doncella amada por la Muerte*; estaba en el suelo, donde lo había tirado. Se preguntó si doña Brandi habría descubierto el intercambio de libros. Esperaba que no. Si adivinaba la importancia de *El clásico de mil caracteres*… Bueno. Esperaba que no.

—Ay, mamá —murmuró—. Te hice una promesa y la mantengo lo mejor que puedo. —Se

guardó el colgante debajo del camisón—. Pero es muy difícil.

Al oír sus palabras, Anyang se removió.

—¿Gogo? —preguntó con voz ronca.

—Lo siento, didi. Vuelve a dormirte.

Su hermano pequeño asintió y se dio la vuelta. Sin embargo, al cabo de unos minutos, se giró de nuevo y miró a Han a la cara.

—No puedo —se quejó y pateó nervioso las sábanas—. Ya no estoy cansado.

Han se puso bocabajo, enterró la cara en un cojín y gimió.

—No puedo seguir así, didi —musitó en la almohada. Luego alzó la cabeza—. Duérmete o vuelve a tus aposentos.

—¡No! —Anyang se aferró a su brazo—. Me portaré bien, lo prometo. Pero… ¿podrías contarme una historia?

Lo primero que le vino a la mente a Han fue *La doncella amada por la Muerte*; aunque entretenida, no era algo que un niño de diez años querría oír como cuento antes de dormir.

—¿Y si te canto una nana? —sugirió.

Su hermano se encogió de hombros.

—Lo que tú quieras.

Han carraspeó.

—*Otoño, invierno, primavera y estío* —cantó con suavidad—. *Ascienden guardianes y justicia canta su himno*. —Anyang cerró los ojos y su respiración se ralentizó—. *Cuando Tiyok resurge en la tierra* —prosiguió, con la voz pastosa del sueño—. *Cae la oscuridad y el caos reina.* —Oyó unos ronquidos tenues en el lado de la cama de su hermano—. *Madera, viento, agua y fuego, unidos para evitar su degüello.*

Han cerró los ojos y dejó que los últimos versos de la canción flotaran en la brisa nocturna.

Otoño, invierno, primavera y estío

Ascienden guardianes y justicia canta su himno.

6

El encuentro con lord Chan no había ido bien.

La primera señal fue su hermana llorando en un rincón, con el ojo izquierdo hinchado por algo más que las lágrimas.

La segunda señal fue la segunda esposa sentada con el rostro pétreo en la mesa baja del centro de la habitación, con las manos juntas como una magistrada a la espera de dictar sentencia.

La tercera (y la más peligrosa) señal fueron las botellas abiertas de vino de arroz ante ella.

—¿Dónde has estado, Jin Zhara?

La voz de la segunda esposa sonaba serena, fría, tranquila, pero unos relámpagos de temperamento parpadeaban en las profundidades de sus ojos como una advertencia distante.

—Perdón, perdón, mil perdones.

Zhara atravesó la puerta con la bandeja grande, cargada con cuencos de arroz recién hecho y el estofado de costillas de ternera al estilo azur. Al final de la jornada, se había tragado el orgullo y pedido un adelanto de su sueldo a la profesora Hu con tal de poder pagar la carne cara, pero incluso así el plato tenía más taro y rábano que ternera. Las costillas habían tardado más tiempo del previsto en cocinarse, aunque Zhara se sentía orgullosa del festín que había preparado. Pese a todo, cuando depositó los platos ante su madrastra en esa habitación estanca y rancia, la comida parecía más apropiada para un funeral.

Zhara hizo una reverencia y se retiró, preparada para la reprimenda de la segunda esposa.

Pero esta no llegó.

—Quédate —le dijo su madrastra y señaló el asiento que tenía enfrente—. Come.

Zhara echó un vistazo rápido a Suzhan y luego miró la mesa. Solo había dos cubiertos y ninguno era para ella.

—¿M-madame?

—Me da la sensación de que nunca hablamos mucho —continuó con voz sedosa la segunda esposa—. ¿Verdad que no, Jin Zhara? —Entornó los ojos—. Siéntate.

Zhara obedeció con otra reverencia y se arrodilló en la esterilla raída al otro lado de la mesa. Mantuvo las manos cruzadas sobre el regazo mientras la mujer tomaba los palillos y probaba la ternera.

—Delicioso. —La segunda esposa se limpió con delicadeza una comisura de la boca con la servilleta—. Qué cocinera más competente eres, niña.

Zhara se estremeció. Lo único que había querido en la vida era ser digna de la aprobación de su madrastra. De su aceptación. De su afecto. Sin embargo, las alabanzas de la segunda esposa solían llegar mezcladas con veneno y Zhara se preparó para el dolor.

—Vi… vivo para servir, Madame —susurró.

—Qué buena chica. —Su madrastra esbozó una sonrisa de bordes afilados—. Algún día serás una esposa maravillosa para un hombre afortunado. —Su mirada se deslizó hacia su hija, encogida en el rincón—. ¿Tú qué opinas, tesoro mío?

La herida provocada por las palabras era profunda, pero fue el tono dulzón el que alcanzó el hueso. Zhara notó el calor acumularse en sus mejillas mientras se esforzaba por mantener la mirada gacha y las manos para sí para no hacer algo que pudiera provocar a su madrastra. La magia le cosquilleaba en las palmas y, por debajo de la mesa, se las frotó con disimulo contra la tela de los pantalones.

—¿Y bien? —La sonrisa de la segunda esposa no flaqueó—. ¿Por qué no respondes, cariño? ¿O, aparte de ciega, también eres tonta?

Suzhan tomó varias bocanadas entrecortadas de aire.

—Sí, mamá —dijo con la voz pastosa.

—Sí, ¿qué?

Zhara contuvo la respiración. Su hermana alzó la cabeza y sus ojos se movieron ciegos de un lado para otro, sin captar la escena que tenían delante.

—Sí —repitió, en voz baja pero clara—. Creo que nene será una esposa maravillosa algún día.

—Mmmm. —La segunda esposa siguió comiendo, poco satisfecha con la respuesta de su hija, aunque no pudo encontrarle ningún fallo—. Tú —dijo irritada y apuntó a Zhara con los palillos —. ¿Por qué no comes?

Zhara tomó los utensilios con presteza y se obligó a tragar varios bocados pequeños de arroz, aunque se le quedó pegado en la garganta. Se había acostado muchas noches con el estómago tan hueco como un tambor, pero ese día habría preferido el hambre.

—Bueno, Jin Zhara, dime una cosa —prosiguió la segunda esposa plácidamente; arrastraba y difuminaba las vocales por el vino—. ¿Cuáles dirías que son las cualidades más importantes en una esposa?

Terreno peligroso. Zhara sabía que tendría que planear el rumbo con cuidado.

—D-diligencia, d-deber y d-dedicación a la familia, Madame.

La segunda esposa la estudió con los ojos enrojecidos.

—¿Y qué implica la d-dedicación a la familia, Jin Zhara? —preguntó con desdén. Suzhan hipó con desesperación en su rincón. Zhara mantuvo los ojos fijos en su cuenco de arroz. Con dureza, su madrastra añadió—: ¿Implicaría, por ejemplo, o-obediencia a tus mayores?

Zhara tragó saliva.

—Sí, Madame —respondió con cuidado.

—¿Incluso cuando lo que te piden no es de tu —el labio de la segunda esposa se curvó con desprecio— agrado?

Suzhan sollozó con más fuerza. Zhara dejó los palillos y cerró los ojos.

—Sí, Madame.

—¿Porque elles son más sensates que tú?

—Sí, M-madame.

—No te oigo, Jin Zhara.

La chica miró con impotencia a su hermana pequeña.

—Sí, Madame —repitió con más claridad.

—Bien. —La segunda esposa entornó los ojos con malicia—. Y ahora, sé una buena chica, Jin Zhara. ¿Harías lo que fuera por ayudar a tu familia, lah? ¿Sobre todo si nuestros destinos dependieran de ello? —Zhara asintió sin poder hablar—. ¿Y si ya hubieras hecho una promesa? ¿La romperías solo porque toda la situación no era de tu agrado?

El temor arrastró el estómago de Zhara a profundidades insondables. Observó el moratón púrpura que se estaba hinchando en la mejilla de su hermana y comprendió que Suzhan había rechazado a su pretendiente. Cerró los ojos.

—Respóndeme —insistió la segunda esposa con aspereza.

—N-no, Madame.

Lo único que Zhara quería era desaparecer por los tablones del suelo de vuelta a su cocina para esconderse entre el hollín y las cenizas de la chimenea, en vez de aguantar lo que ocurriría a continuación: que la obligaran a ser cómplice del sufrimiento de su hermana.

—Pero claro, todo el mundo tiene que cargar con sus obligaciones. —La segunda esposa sirvió vino de arroz en una taza de té y la deslizó por la mesa hacia su hijastra—. Hemos llevado el destino de esta familia sobre nuestras espaldas durante mucho tiempo, ¿verdad, Jin Zhara? —Alzó otra taza de vino y le exigió—: Bebe.

Zhara tomó enseguida su taza y brindó con su madrastra mientras observaba cómo la mujer se bebía el alcohol de un solo trago. Se giró, apretó los labios para llevarse el borde de la taza a la boca y fingió que daba un sorbo.

—No le estoy pidiendo tanto a mi hija, de mi carne y de mi sangre, solo que comparta esa carga, ¿verdad que no? —La segunda esposa mantuvo los ojos fijos en Zhara y no en Suzhan—. ¿Verdad que no…, hijas?

Hijas. El corazón de Zhara brincó y trastabilló. La esperanza y el desprecio revoloteaban en sus costillas con la misma fuerza. Mantuvo la mirada en la taza de vino aún llena que sostenía con las manos.

—N-no, Madame —respondió con suavidad.

Suzhan lloriqueó su conformidad desde el rincón.

—Bien. —La segunda esposa se sirvió más vino y acercó la botella al vaso de Zhara—. ¿Por qué no bebes? —Sus labios formaron una sonrisa maliciosa—. Venga, niña. ¡Para dentro!

A Zhara se le revolvió el estómago. Nunca había bebido alcohol, aunque conocía de cerca el hedor dulce y amargo del vómito rancio que había tenido que limpiar a menudo las noches que

su madrastra salía por ahí. La magia se alzó junto con la bilis de su garganta, hasta calentar y ablandar la taza de porcelana entre sus dedos. Zhara engulló con rapidez su contenido, tragando el vino junto con la magia.

Vino no. Agua. Zhara tosió por la sorpresa y dejó la taza vacía con un cosquilleo en las palmas. Se resistió para no examinarse las manos y las juntó de nuevo debajo de la mesa.

—Dicen que el primer trago es el más duro —comentó la segunda esposa con tono consolador mientras le servía más vino—. Por desgracia, el sabor no se suaviza con el tiempo, pero todo lo que te rodea sí. —Se rio y, de repente, su actitud fue relajada, amistosa y cálida. Se inclinó sobre la mesa con una sonrisa cordial—. Bebe —repitió. Le había rellenado la taza con lo que quedaba del licor y frunció el ceño al sacudir las últimas gotas.

Zhara rodeó la taza con las manos, pero la magia parecía haberse retraído. El primer trago sí que fue duro; el vino se parecía más al fuego que al agua al bajar por la garganta. Tosió y se limpió las lágrimas que le caían por las mejillas, intentando no vomitar. El hambre se encontró con el licor en su estómago y se sintió mareada.

—No estás comiendo.

Zhara alzó la mirada para encontrarse con la de su madrastra, que la estudiaba con una sonrisita y los enrojecidos ojos vidriosos y ladinos.

—No… no tengo hambre, Madame.

—¿No? Yo tampoco. Pues es una lástima que todo esto —la segunda esposa señaló la comida ante ella— se vaya a desperdiciar.

Suzhan alzó la cabeza. Zhara veía el fantasma del hambre que aguardaba en las sombras bajo sus mejillas y las puntas afiladas de su clavícula.

—Madame —titubeó—. No es necesario…

—La comida no aguantará. —La segunda esposa recogió un plato y se acercó a la ventana que daba a la calle—. Será mejor tirarla ya.

Se encontró con la mirada de su hijastra con una sonrisa maliciosa en los labios.

—¡No, espere! —Zhara se puso en pie a toda prisa—. Yo… Verá… —Captó la expresión suplicante de Suzhan, el ligero temblor de su cabeza. Sería peor para las dos si Zhara intervenía, si suplicaba por su hermana. Lo sabía y lo odiaba. Zhara agachó la cabeza y regresó a su asiento —. Lo siento, Madame.

La segunda esposa observó el silencioso intercambio entre sus hijas y otra sonrisa se extendió por su cara.

—¿Tienes más hambre de lo que creías, Jin Zhara? —preguntó con dulzura. Llevó el plato de vuelta a la mesa y lo dejó delante de su hijastra—. Come. —Le acercó los palillos—. Venga. A nosotras no nos importa, ¿verdad que no, Suzhan? —Miró hacia el rincón donde estaba su hija —. ¿Verdad que no, tesoro mío?

Suzhan contuvo las lágrimas.

—No, mamá —respondió, las palabras coaguladas de hambre. Debajo del moratón hinchado de su mejilla, apenas le quedaba carne para llenar los huesos de su cara—. Venga, nene —dijo con un hilillo de voz comprimido—. Estoy bien. De verdad.

Zhara agarró despacio los palillos y toqueteó las costillas. La sonrisa fría y cruel nunca abandonó el semblante de la segunda esposa mientras comía un bocado reticente tras otro. La carne estaba grasienta y, al deslizarse por el esófago, le supo a culpa.



Pasaba de la medianoche cuando el suave tap, tap, tap del bastón de Suzhan bajó por las escaleras y despertó a Zhara.

—¿Nene?

Al oír su voz, Zhara se sentó de inmediato en su jergón delante de la chimenea y tosió mientras apartaba con la mano una nube de ceniza. Se había quedado dormida delante del fuego cuando intentaba descifrar *El clásico de mil caracteres*. El libro de magia yacía abierto en su almohada junto a un dormido Sajah; las páginas estaban manchadas de ceniza y babas.

—¿Mimi? —graznó y le acercó los brazos mientras se ponía de pie. Suzhan se estremeció y siseó con dolor—. ¿Te he hecho daño? —preguntó Zhara con nerviosismo y tocó con cuidado el moratón en la mejilla de su hermana—. ¿Madame te ha…? —No terminó la frase.

—Estoy bien —replicó Suzhan, apartando su mano—. Solo me has sorprendido.

Un poco a regañadientes, Zhara se acercó a la chimenea y prendió una astilla, que llevó al fogón para encenderlo y recalentar el congee que había preparado a partir de las sobras de la cena.

—Debes de estar muriéndote de hambre —dijo. Sacó una mesita redonda plegable de un rincón y depositó el cuenco de congee delante de su hermana—. Sé que no es gran cosa —se disculpó.

—Es mejor que nada —replicó Suzhan en voz baja—. Gracias, nene.

Se comió una gran cucharada, pero hizo una mueca cuando el movimiento tiró de la hinchazón en su mejilla.

Zhara empapó un trapo y se lo apretó contra el moratón.

—Tiene mala pinta, mimi —dijo, siseando con un dolor compasivo. A la luz del fuego, el moratón era una telaraña enorme que cubría un lado de la cara de Suzhan, con motas negras y rojas en la mejilla púrpura.

—Los he tenido peores.

Las dos los habían tenido. Las cicatrices, ya curadas, en la espalda y las piernas de Zhara palpitaban al compás de los músculos amontonados en la mejilla de Suzhan mientras masticaba y tragaba, masticaba y tragaba. Zhara se contuvo para que cenara en paz. Hablaría cuando estuviera lista.

Suzhan terminó lo que quedaba de congee sorbiendo ruidosamente y depositó el cuenco en la mesa con un chasquido satisfecho de los labios.

—Estaba delicioso, nene. Gracias.

Una comida hecha a partir de los tristes restos de un festín mejor.

—Sé que no era lo que querías, mimi —dijo con pesar.

—Lo que yo quiero no importa —replicó con amargura su hermana—. Nunca ha importado. A todo el mundo le da igual lo que yo quiero. —Bajó los hombros y de repente parecía mayor, mucho más que sus trece años, con la piel de la cara llenando los huecos de sus huesos—. Supongo que querrás saber qué ha pasado hoy.

Zhara recogió los platos y la mesa plegable.

—Solo si quieres contármelo —dijo. Quitó la olla de congee del fogón.

—Sé… sé que he decepcionado a todo el mundo —titubeó Suzhan. Se oyó un cascabel en la cama cuando Sajah se despertó y se frotó contra las piernas de la chica para consolarla—. Lord Chan era… es… nuestra última y única oportunidad de salvarnos de la servidumbre por deudas. —Suzhan agarró al gato y enterró la cara en su pelaje—. O algo peor.

Zhara fregó los platos sin decir nada. Toda su vida con la segunda esposa era una servidumbre sin remuneración, pero con una deuda que nunca podría pagar. Sin embargo, Suzhan tenía razón: la vida podía empeorar mucho más. La magia le calentó las manos y emanó una tenue luz en la oscura cocina.

—Tenía mucho miedo de conocerlo —susurró Suzhan—. Tenía miedo de que mi marido pudiera ser cruel o duro o desagradable. Cuando fui a la casa de té en el Jardín de las Peonías, descubrí que sería su cuarta esposa.

—¿La cuarta? —se sobresaltó Zhara. Su hermana asintió.

—Mientras mamá y la casamentera estaban cerrando el trato en la otra sala, oí a les camareres hablar de lord Chan. —Arrugó los labios y añadió con ironía—: A veces la gente cree que, si las personas ciegas no vemos, tampoco oímos. Y no se comportan con discreción.

Zhara casi tenía miedo de preguntar.

—¿Qué dijeron?

—Que mis tres predecesoras habían muerto en circunstancias misteriosas.

A Zhara se le puso el vello de la nuca de punta. Sajah alzó la mirada para observar a Suzhan con preocupación y movió la punta de la cola adelante y atrás, inquieto.

—¿Circunstancias… misteriosas?

Suzhan jugueteó nerviosa con el pelaje de la cabeza de Sajah, que bufó y puso cara de descontento, pero no intentó zafarse de sus ásperas caricias.

—Tuve miedo de preguntar —replicó su hermana con un hilillo de voz tan fino que a Zhara le costó oír sus palabras—. ¿Sabes cómo lo llaman? —Soltó una carcajada lúgubre—. El Viudo Negro.

Zhara se estremeció.

—Estoy segura de que hay una explicación razonable…

—¿Para la muerte prematura de tres esposas diferentes? —repuso Suzhan con desdén—. O lord Chan tiene muy mala suerte o es muy desatento. —Tornó su mirada opaca hacia el parpadeo del fuego—. Si hubiera sido el primer caso, habría dicho que sí. Necesitamos el dinero. Pero en cuanto conocí a mi futuro marido, supe que era lo segundo.

—¿Por qué lo dices?

Suzhan tardó un momento en responder.

—Una cosa es ser cruel o desagradable —dijo en voz baja—. Y otra es estar vacío.

—¿Vacío? —Zhara frunció el ceño—. ¿A qué te refieres?

Su hermana contempló la oscuridad.

—Falto de sentimiento —dijo al fin—. Sin alma. —Se mordió una uña que ya era un muñón —. Hay personas muertas, aunque respiren.

Zhara no supo qué responder. No podía ofrecer ninguna palabra de consuelo a su hermana, ni tampoco esperanza o ánimos. La magia parpadeó en sus venas, como truenos lejanos antes de una tormenta.

—Deberías volver arriba —murmuró—. Antes de que Madame se dé cuenta de que no estás.

—Mamá está muy borracha —replicó Suzhan con sequedad—. Ni siquiera el regreso de Tiyok y los diez mil demonios podrían despertarla ahora mismo. —Estiró las manos para agarrar el brazo de su hermana y le suplicó—: Déjame quedarme aquí esta noche, nene. No se enterará de que me he ido.

Zhara sabía que, como hermana mayor, debía ser la responsable y asegurarse de que Suzhan regresara al piso superior, a su propia cama, antes de que la segunda esposa descubriera la desaparición de su hija. Pero ver que su hermana contenía las lágrimas derritió su resolución. Sacudió la cabeza con un suspiro.

—De acuerdo. Aunque tienes que marcharte antes del amanecer.

—Lo prometo —respondió Suzhan con ganas y subió a la cama de su hermana—. ¿Eh? — Sacó un libro un tanto arrugado de debajo—. ¿Qué es esto?

El clásico de mil caracteres. Zhara se apresuró a quitarle el libro sobre magia y lo guardó bajo su almohada.

—N-nada. Solo una novela romántica.

Suzhan rio.

—¿Has conseguido el último volumen de *La chica cuyo amante murió*?

—¿Qué? —Zhara parpadeó con desconcierto.

—Es broma, nene. Sé que se llama *La doncella amada por la Muerte*.

El rostro del maestro Ciruela apareció a toda prisa en su mente y la Risita de Gente Guapa regresó.

—Oh. —Se rio al darse cuenta de que su encuentro había producido tan solo unas horas antes —. No, me temo que no lo he conseguido.

—Qué lástima. —Suzhan se acurrucó más en el jergón con Sajah enroscado en sus brazos—. Sé que sufriste con el último final. —Bostezó—. A lo mejor podrías leerme un poco.

Zhara deslizó *El clásico de mil caracteres* más hacia el fondo.

—Está demasiado oscuro para leer, mimi.

—Ah. —Suzhan parpadeó—. A veces me olvido. Da igual. —Sonrió y cerró los ojos—. Cántame una nana —dijo, pronunciando las palabras con más suavidad y lentitud a medida que le entraba el sueño.

—Ya sabes que no sé cantar. —Zhara se tumbó a su lado—. Además, es a ti a quien se le da bien la música.

Cuando su padre vivía y tenían dinero de sobra, Suzhan había recibido clases de cítara. Una tutora incluso había dicho que poseía un talento extraordinario y la había recomendado en la academia de Jingxi. Pero ese sueño, como muchos otros, había desaparecido por el abismo de deudas.

—La música no es solo las notas, sino también el sentimiento. —Sus dedos tañeron unas cuerdas invisibles. El recuerdo de las canciones que había tocado en el pasado aún persistía en sus manos—. Canta, nene. O, si no cantas, cuéntame una historia.

Zhara se acurrucó más a su lado a pesar del calor del fuego que notaba en la espalda. Sajah salió del abrazo de Suzhan y se tumbó a sus pies; su profundo ronroneo le resonaba en los huesos.

—Solo conozco historias de amor y tú odias los romances.

—Da igual. Solo quiero oír el sonido de tu voz—. Bostezó—. Háblame de nuevo sobre les amantes urraca.

El sueño cubrió con sus pesadas alas los ojos de Zhara; lo notaba en los labios, los dientes, la lengua.

—Hace mucho, mucho tiempo, antes de que la Razón y el Orden gobernaran la tierra, un príncipe de las hadas se enamoró de la hija de un leñador.

Su hermana se quedó dormida mucho antes de que Zhara alcanzase el punto álgido de la historia, cuando les dioses soltaron el Río de Estrellas sobre el manto de la noche para separar a les dos amantes desafortunades para siempre. Solo en la Noche de los Siete, cuando la estrella urraca aparece entre sus constelaciones y crea un puente sobre el río celestial, se pueden reunir el príncipe de las hadas y la hija del leñador, y la tierra se regocija con su amor. El cuento de les amantes urraca ocupaba un lugar especial en el corazón de Zhara, porque había nacido la Noche de los Siete y su padre la había llamado «pequeña urraca», la estrella nacida del amor imposible entre un mago y una chica del otro lado del mar Luminoso.

Y, al igual que en el cuento de hadas, el amor de sus padres había acabado en tragedia.

A pesar del cansancio, el sueño parecía una costa lejana a la que no podía llegar. La fatiga acabó con las últimas defensas emocionales de Zhara y la ahogó en las secuelas del miedo y la ansiedad con los que había cargado todo el día. Los Cernícalos, el niño mago, las abominaciones, el matrimonio de Suzhan, la amenaza inminente de la servidumbre por deudas… Todas y cada una de estas preocupaciones la golpearon una y otra vez como una marea, cada ola más alta que la anterior. Ni la presencia de su hermana a su lado ni el peso de Sajah a sus pies pudieron calmar el pánico en su interior, y Zhara dio más y más vueltas, inquieta e intranquila.

Rozó con los dedos *El clásico de mil caracteres* debajo de la almohada.

Una nariz demasiado grande, unos hoyuelos adorables y unos enormes ojos de corderito aparecieron en su mente, y acabó riéndose sin control de nuevo. Suzhan se removió a su lado, dormida, y Zhara se tapó la boca con las manos para intentar, en vano, contener sus carcajadas.

El maestro Ciruela. Recordaba el olor a ylang-ylang y jazmín de su piel cuando se apelotonaron en el callejón, el pulso de su corazón contra su pecho mientras aguardaban a que el Cernícalo se marchase. No se había permitido hasta ese momento revivir su encuentro en el mercado cubierto, porque quería esperar a saborear ese recuerdo como un trozo de barba de dragón que se hubiera guardado para más tarde.

Por primera vez en todo el día, Zhara se permitió desenrollar el sentimiento sobre el chico que había conocido en el mercado. Era tanto emocionante como tierno, apasionante y terrorífico a la vez. La calidez se encendió en su corazón, un resplandor que envolvió su cuerpo y su piel como magia. Parecía magia. Parecía…

Esperanza.

El maestro Ciruela no había querido que los Cernícalos lo encontrasen con un ejemplar de *El clásico de mil caracteres* porque era un libro sobre magia. El maestro Cao le había dado un libro sobre magia al maestro Ciruela. Y el librero se lo había dado porque su hermano pequeño tenía… dones.

Dones.

Zhara se incorporó en la cama.

El hermano pequeño del maestro Ciruela era un mago. Si su hermano pequeño era mago, eso significaba que el maestro Ciruela era…

Una persona segura.

—Nene —farfulló Suzhan—. ¿Todo bien?

Zhara se tumbó de nuevo debajo de las mantas.

—Sí, mimi —dijo con suavidad—. Todo irá bien.

A medida que la marea de ansiedad empezaba a disminuir, el sueño ocupó su lugar. La esperanza llenaba los bajíos de su alma como un pozo. Por primera vez en mucho tiempo, Zhara esperaba con ganas el día de mañana y no temía la llegada del amanecer.

7

Les magues, decidió Zhara, eran un grupo de gente obstinado y obtuso.

—«El cielo era negro, la tierra amarilla» —leyó en voz alta mientras recorría con el dedo la primera línea de *El clásico de mil caracteres* e intentaba descifrar su significado por milésima vez—. «El universo vasto e ilimitado».

La profesora Hu se había marchado temprano de nuevo en uno de sus misteriosos recados y había dejado a Zhara al mando de la botica hasta el cierre. En general, habría aprovechado esa oportunidad para ponerse al día con una de sus muchas novelas románticas por entregas, pero había dedicado la tarde a intentar encontrarle el sentido a *El clásico de mil caracteres*.

Por lo que había podido deducir, *El clásico de mil caracteres* era una especie de manual sobre el idioma de las flores, el sistema de escritura que les magues usaban para registrar su historia y sus hechizos. Lo que no *entendía* era el idioma en sí. Les magues no parecían usar un alfabeto; de hecho, cada palabra estaba representada por un único logograma compuesto por una serie de líneas y trazos complejos. Si estaba en lo cierto, entonces une mague tendría que conocer al menos unos doscientos caracteres para escribir un único pensamiento, y miles si quería apuntar algo más que un puñado de hechizos.

—Qué forma tan poco eficiente de hacer magia —gruñó Zhara mientras pasaba las páginas. Solo tenía unos pocos recuerdos borrosos de su padre lanzando hechizos de forma activa. Zhara había pasado los primeros años de su vida en una aldea rural a varias leguas de Zanhei, donde su padre había sido el único mago a kilómetros a la redonda. Para ella, la magia era el sonido de los pasos en la tarima al otro lado de la puerta. El sonido de las campanillas que anunciaba la llegada de une visitante. Los murmullos bajos y las peticiones de lluvia, una buena cosecha y remedios para todo, desde fiebre hasta corazones rotos. El intercambio de bienes o dinero. Las manos de su padre abriendo una caja esmaltada de palisandro. Y, dentro, sobre una capa de seda, un colgante con un cuarzo lavanda y el dibujo de un sol, una piedra de entintar violeta y un pincel. Las herramientas de une mague.

Esas herramientas ya no existían; acabaron reducidas a cenizas, como los restos de su padre.

Zhara trazó los primeros cuatro caracteres de *El clásico de mil caracteres* en el mostrador de la profesora Hu y se imaginó la magia fluyendo como tinta de sus dedos.

—Cielo, tierra, negro, amarillo —dijo, y ahogó un grito de asombro cuando las letras emitieron un brillo rosa dorado y dejaron restos de luz en la superficie de madera. Con el pulso latiéndole con fuerza de la emoción, Zhara contuvo el aliento hasta que la luz desapareció.

No pasó nada.

Con cierta vergüenza, Zhara se estudió las manos y se preguntó qué habría hecho mal. Unas

líneas de fuego aún le recorrían las palmas en zigzag, pero la magia persistía bajo su piel. Recordó el pincel y la piedra de entintar que su padre se colgaba del cinturón cuando iba a hacer un encargo y reflexionó sobre los extraños símbolos y caracteres en la página que tenía delante. Nunca había necesitado una forma de escritura para hacer magia; para ella, la magia parecía ser una cuestión de voluntad, no de escritura. Pero quizás aprender a escribir en el idioma de las flores podría ayudarla a canalizar y controlar sus poderes. Zhara se frotó las palmas y se acordó de Suzhan, de la crema que había convertido de salada a dulce y del vino de arroz que había transformado en agua. En sus manos aparecieron unas llamas como un ramo de flores, intensas y hermosas.

La campana sobre la puerta de la profesora Hu tintineó.

Presa del pánico, Zhara juntó las manos para extinguir las llamas e hizo una reverencia nerviosa.

—Bienvenide, cliente, bienvenide… Ah, abuela Meng —dijo, un tanto aliviada—. La profesora Hu no me ha dicho que les buri vendrían hoy.

—¿Dónde está la herbolaria? —preguntó la matriarca buri con brusquedad. Había irrumpido en la botica sin ningune acompañante. Les buri no solían viajar a solas a la ciudad, y una persona con el mismo prestigio de la abuela Meng casi seguro que *nunca* iba a ningún lado sin un miembro de su familia escoltándola.

—Por desgracia, la profesora Hu se ha ido por hoy —respondió Zhara y se apresuró a situarse al lado de la anciana—. Pero ¿quizá pueda ayudar yo?

—No te quiero a ti —espetó la abuela Meng y la apartó con impaciencia—. Necesito a la profesora Hu.

Zhara vaciló y se llevó otra vez las manos a la frente para hacer una profunda reverencia.

—Mis disculpas —susurró—. No quería ofender a la abuela Meng.

—Ah, para ya. —Zhara alzó la cabeza con sorpresa y la matriarca buri negó con un suspiro—. No quiero regañarte, es que… —Se retorció las manos nudosas sobre el bastón—. Thanh y Dieu han desaparecido y todo es culpa de la entrometida de la herbolaria.

El niño mago y su madre. Zhara se frotó los brazos sin darse cuenta, intentando deshacerse de la sensación del ki retorcido de Thanh, pegajoso, podrido, *mal*.

—¿Han desaparecido?

La abuela Meng asintió.

—Nadie les ha visto en casi una semana. —Enroscó las manos alrededor del bastón de ratán e hizo girar la madera pulida una y otra vez debajo de los dedos—. Pensé… Esperaba que… que la apotecaria supiera a dónde habían ido.

Zhara negó con la cabeza.

—Lo siento —dijo con pesar—. No he visto a Thanh ni a Dieu desde la última vez que estuvieron en la tienda.

Al oír sus palabras, la matriarca buri pareció derrumbarse sobre sí misma, y Zhara corrió a buscarle un asiento antes de que la mujer cayera al suelo. Su piel oscura estaba cenicienta debajo de las cuentas de su tocado azul medianoche y tenía las ojeras flácidas e hinchadas de miedo.

—Qué chica tan tonta —musitó la anciana para sí—. ¿Qué le habrá hecho ahora a mi bisnieto?

—¿La profesora Hu? —preguntó Zhara, confundida.

—Dieu —bramó la mujer con furia—. Siempre ha sido voluble. Inquieta y nerviosa, como un conejo. Y ahora el chico y ella han huido, derechites a las garras del Cernícalo más cercano. Debería… —La abuela Meng giró la cabeza de repente y las cuentas chasquearon cuando se limpió las lágrimas de rabia de las mejillas—. Debería haberla enseñado mejor —terminó en voz baja.

Zhara no sabía qué decir. Cualquier palabra de consuelo sonaría insuficiente y falsa ante el miedo y el dolor de la matriarca buri, y tocarla le parecía demasiado íntimo e impertinente a la vez. Le habría ofrecido un té, pero no se había acordado de reemplazar la tetera rota.

—¿No nos habríamos enterado de si los Cernícalos hubieran arrestado a alguien? —preguntó con cautela.

—Cierto —respondió lúgubre la anciana—. La última vez que las tropas del Halconero atravesaron el sur, dejaron cuerpos quemados a su paso.

Zhara hizo una mueca al recordar las piras de purgas en los pantanos a las afueras de los muros de la ciudad, el humo, los gritos, el olor.

—Entonces tal vez Thanh y su madre hayan huido sin más —dijo en lo que, esperaba, fuera un tono de voz tranquilizador.

—¿Y a dónde han ido? —La mujer golpeó el suelo con el bastón, con un nervioso rat-a-tat-tat —. ¿Y por qué? Supongo que es demasiado esperar que la tonta de mi nieta sea lo bastante astuta para encontrar a eses maldites rebeldes que se hacen llamar les Guardianes del Amanecer.

En un primer momento, Zhara creyó que había oído mal a la anciana.

—¿Les Guardianes del Amanecer? ¿Igual que… que les compañeres elementales de le Guerrere del Sol? ¿Les Guardianes del Fuego, la Madera, el Viento y el Agua?

La matriarca buri resopló con desdén.

—Al menos parece que tienes la cabeza amueblada. Deduzco que tú tampoco das crédito a los rumores sobre una organización secreta de resistencia mágica.

El vello de los dos brazos se le puso de punta cuando la magia saltó a la superficie de su piel.

—¿Una organización secreta de resistencia mágica? —preguntó, intentando ocultar la emoción en su voz. De repente, la súplica del maestro Ciruela al librero tenía sentido. «¿Podría decirme dónde puedo encontrar a les Guardianes del Amanecer?». Zhara ahogó un jadeo al darse cuenta de que si *El clásico de mil caracteres* procedía del maestro Cao, entonces sabría algo sobre magia—. N-no, no he oído nada sobre eso.

La abuela Meng entornó los ojos con recelo cuando metió la mano por el cuello del vestido y

sacó un colgante atado a un trozo de cordel. Se lo quitó y lo depositó en las manos de Zhara.

—¿Y sobre esto sabes algo? —preguntó.

Zhara examinó el colgante.

—¿Qué es? —A simple vista, parecía una moneda con un agujero circular en el centro en vez del cuadrado habitual, estampada con el dibujo de un sol en la cara—. ¿Una especie de símbolo?

—¿Cómo voy a saberlo? —dijo con irritación la anciana—. Tu profesora Hu se lo dio a mi impresionable nieta cuando vinimos aquí la otra vez. Le dijo que buscara a un vendedor de revistas guarras o algo así. —Soltó un quejido de asco desde el fondo de la garganta—. Y yo que pensaba que tu apotecaria era una persona razonable. Para lo que ha servido.

Zhara examinó de nuevo el colgante. El sol le resultaba familiar; lo había visto antes sin duda, aunque no lo situaba. Por algún motivo, se acordaba de las manos de su padre abriendo la caja esmaltada de palisandro, pero esa caja tenía dibujos de urracas y ciervos moteados, no un sol.

Y entonces lo recordó.

El sello de cuarzo lavanda que proclamaba a Jin Zhanlong como mago imperial de la dinastía anterior. El sol era el símbolo de les Mugung, la familia a la que habían derrocado cuando el Caudillo se apoderó del Trono del Sol.

Tomó aire con fuerza cuando la magia rugió en su interior; ese dato había alimentado el horno de su poder. El colgante en sus dedos se transformó de bronce a hueso. Lo soltó con un sobresalto y aterrizó en el suelo con un apagado ¡clac! Cuando Zhara lo recogió de nuevo, vio que lo que había sido una moneda de metal era ahora un botón de marfil. El sudor le goteaba por el nacimiento del pelo mientras intentaba con desesperación volver a convertir el colgante sin que la matriarca buri se diera cuenta.

—¿P-podrían ser reales les Guardianes del A-amanecer? —susurró. Su magia parpadeó y flaqueó bajo ella, sacudida por los vientos de las expectativas y un miedo nada desdeñable. En la palma, notaba el colgante cambiando entre el bronce y el hueso, el bronce y el hueso. La posibilidad de que hubiera otres magues vives en los Reinos del Alba, de que hubiera gente que había conseguido escapar de las purgas del Caudillo tras la Guerra Justa, la hacían sentir… esperanzada.

Durante un momento, pensó que la abuela Meng resoplaría y desestimaría su pregunta como una mera ilusión. Al fin y al cabo, la idea de una sociedad secreta de magues rebeldes era absurda. Sin embargo, la matriarca buri arrugó los labios, pensativa, y su mirada se suavizó con compasión mientras estudiaba la luz que emanaba de las manos de Zhara.

—Si les Guardianes del Amanecer son reales, entonces creo que se les da fatal cumplir con su deber.

—¿Y qué deber es ese?

La abuela Meng le sostuvo la mirada.

—Proteger a quienes lo necesiten. Y sacar a ese norteño usurpador del Trono del Sol.

Zhara se tapó la boca con la mano.

—Eso es traición, abuela Meng.

La anciana se encogió de hombros.

—Y quizá sea eso lo que el mundo necesita ahora. Por el bien de mi bisnieto. —Estiró la mano curtida y marchita y la apoyó en el brazo de Zhara. La chica se estremeció, pero, al igual que con el maestro Ciruela, su magia no pareció quemar ni escocer a la matriarca buri—. Y por el tuyo. —Zhara giró la mano. El colgante descansaba en su palma, de un sólido bronce de nuevo—. Quédatelo —le dijo la abuela Meng y le cerró los dedos sobre el adorno. Su sonrisa era cálida, pese a que sus ojos transmitían tristeza—. ¿Quién sabe? A lo mejor tienes la oportunidad de usarlo y descubrir si les Guardianes existen de verdad.

—Pero ¿y Thanh? ¿Y Dieu? ¿No lo necesitarán? ¿Y si regresan?

La anciana sacudió la cabeza y las cuentas de su tocado chasquearon con pesar alrededor de su cara.

—No sé a dónde habrán ido mi nieta y mi bisnieto —murmuró—, pero me temo que no podemos ayudarles.

8

Por desgracia, el retratista real era bueno.

Muy bueno.

Demasiado bueno.

Han miró taciturno el retrato a tinta de su cara y odió la precisión con la que el maestro Kong había conseguido captar no solo sus rasgos, sino el ki que los animaba. El rostro que le devolvía la mirada desde el pergamino de seda tenía una mandíbula fuerte y obstinada, con grandes ojos intensos, una nariz prominente y una expresión bonachona. Mirar el retrato era como mirar las caras de su madre y de su padre a la vez. Los ojos y la boca de su madre estaban enmarcados por la nariz y la mandíbula de su padre, ambos familiares y desconocidos para él al mismo tiempo. Han se dio cuenta, con cierta sorpresa y un poco de orgullo, de que era guapo. Siempre había sabido que lo consideraban atractivo, por supuesto, pero creyó que lo decían por su título real, no por su auténtico aspecto. Por primera vez, Han se preguntó si otras personas lo verían así, como una colección de rasgos dispuestos de un modo agradable.

Se preguntó si así fue como lo vio doña Brandi.

—Extraordinario —comentó Xu, levantándose de su asiento en el sofá para examinar el retrato de cerca—. No cabe duda de que el maestro Kong es un genio con el pincel. El parecido es asombroso. Ahora todo el mundo reconocerá a Su Excelencia por la calle. —Han miró malhumorado a su mejor amigue, que abrió el abanico para desviar su ceño—. Aah, mire, mi príncipe. El maestro Kong hasta ha conseguido plasmar los hoyuelos de enfado de Su Excelencia.

Dichos hoyuelos de enfado se acentuaron cuando Han apretó la mandíbula.

—Muy impresionante —replicó con frialdad.

—Espero que Su Excelencia esté contento con el resultado —dijo el artista con nerviosismo mientras limpiaba los pinceles con un trapo suave. Sus ayudantes se afanaban por la habitación, apartando cuencos sucios de tinta y agua—. El príncipe Wonhu decretó que su hijo fuera retratado de la forma más favorecedora y precisa posible.

Han sonrió, pero fue más una mueca que una sonrisa.

—Tiene demasiado talento, maestro Kong —dijo con los dientes apretados—. De verdad.

El artista parecía aliviado.

—Su Excelencia es demasiado amable. —Hizo una reverencia—. Le estaría muy agradecido al heredero real si pudiera recomendar mi obra al chanciller.

Han suspiró mientras observaba al maestro Kong y a sus ayudantes llevarse con cuidado su retrato.

—¿Cuánto tiempo falta para que anuncien el compromiso?

Siguiendo la tradición de Zanhei, su padre había encargado que pintaran el retrato de Han y lo difundieran por la ciudad junto con el anuncio de su compromiso con la princesa Yulana. Lo que Han quería preguntar era: «¿Cuánto tiempo falta para que se me acabe el anonimato?», pero se contuvo. Nadie conocía el aspecto del heredero real porque el heredero real nunca había salido de palacio en un asunto oficial. Sin embargo, dentro de poco no le bastaría con cambiarse de ropa para disfrazarse cada vez que quisiera salir del palacio en un asunto *no* oficial.

Eso *si* alguna vez conseguía salir de nuevo del palacio de forma no oficial.

—Mis ayudantes tardarán unos días en producir suficientes copias para distribuirlas por la ciudad —respondió el maestro Kong—. Pero no tema, mi príncipe. Estarán listos antes de que la princesa Yulana llegue la próxima semana.

Han y Xu intercambiaron una mirada de sorpresa.

—¿Cómo? —preguntó Han—. ¿Tan pronto?

Desde la capital norteña de Urghud hasta Zanhei se tardaba por lo menos dos meses, y más durante la inminente temporada de monzones. A menos que la princesa Yulana y su séquito hubieran viajado en corceles mágicos, era imposible que su futura esposa llegase a Zanhei tan pronto… a menos que ese matrimonio se hubiera concertado mucho antes de lo que él creía.

—Así es, Su Excelencia —dijo el maestro Kong. Su mirada pasó de los hoyuelos de enfado de Han a su ceño fruncido—. La princesa Yulana llegará a tiempo para la Noche de los Siete, en la cual creo que Su Eminencia, el chanciller, pretende presentarla formalmente a la ciudadanía de Zanhei durante el baile de máscaras.

La Noche de los Siete era el festival más famoso de la ciudad, cuando viajeres procedentes de todos los Reinos del Alba inundaban la capital sureña para presenciar las celebraciones sobre les amantes urraca que abarcaban toda la semana. Había ferias callejeras, farolillos de deseos, bailes y festejos que culminaban en una mascarada y un espectáculo de fuegos artificiales en el palacio. Era la fiesta favorita de Han… o, mejor dicho, ya no lo era.

—Qué romántico —canturreó Xu y dio unas palmadas de emoción. Sin embargo, al ver el semblante lúgubre de Han, condujo al maestro Kong y a sus ayudantes hacia la puerta sin dejar de hablar con alegría—. Bueno, como siempre, un trabajo exquisito, maestro Kong. Inmaculado. Maravilloso. Completamente encomiable. Muchas gracias por su tiempo y su talento.

Xu consiguió echar con éxito al artista y a les ayudantes de la residencia del heredero real antes de que el temperamento tempestuoso de Han estallara.

—¡Madre de demonios! —exclamó, tirando y rompiendo la miríada de cordones y botones en su atuendo principesco. El collar rígido y almidonado de su túnica azul real se le clavaba en el cuello y lo único que quería era arrancarse la parafernalia de su título y lanzarla al sol—. Me han tendido una trampa.

Xu soltó un suspiro de paciencia mientras cerraba con firmeza las enormes puertas de madera

detrás del maestro Kong.

—Su Excelencia siempre ha sabido, como heredero al trono de Zanhei, que su matrimonio sería una cuestión de política, no de preferencia personal —le recordó con amabilidad.

—Lo sé —gruñó Han. Se estaba peleando con uno de los muchos nudos que mantenían unido el atuendo—. Pero podría haberlo descubierto antes.

Frunció el ceño mientras tiraba del cordón, lo que solo pareció complicar más el enredo.

—Creo que mi padre ha aprendido ya que Su Excelencia debe saber lo justo y necesario en lo que respecta a las propuestas de matrimonio —replicó Xu con ligereza—. Solo hay que ver cómo acabaron los otros compromisos.

Han gruñó de frustración y agarró las capas de seda que lo rodeaban para intentar sacarse los siete velos de su parafernalia real por la cabeza.

—Sácame de aquí —bramó—. Antes de que lo rompa.

—Como ordene mi príncipe —ronroneó Xu. Sus ágiles dedos terminaron enseguida con los cientos de cierres del atuendo de Han—. Pensé que nunca me lo pediría.

Sabía que su mejor amigue estaba intentando quitarle el mal humor con bromas, pero Han se hallaba en un pozo de desesperación del que no podría escapar. Una profunda sensación de impotencia se apoderó de él al pensar en su situación… y en la de Anyang. La princesa Yulana era la nieta del Caudillo. Y el Caudillo había declarado la guerra para deshacerse de les magues. El segundo heredero era un mago. Y si la nieta del Caudillo lo descubría…

Han agarró el tocado y lo tiró al otro lado de la habitación. Luego pateó la túnica alrededor de sus pies por si acaso.

—Su Excelencia —dijo Xu con suavidad.

Fue el dolor en la voz de su amigue, y no la censura, lo que hizo que Han recogiera la ropa desechada y la estirase sobre la cama. Se planteó llamar a les criades que aguardaban justo fuera de la puerta para encargarse de la parafernalia y que la guardasen con el respeto y el cuidado que se merecía, pero tras llevar su rostro real durante los últimos días, solo quería quitarse la máscara y ser Han durante un momento. Un chico de diecisiete años a punto de casarse en contra de su voluntad con la nieta de la persona que había destruido todo lo que amaba.

Se sentó en la cama y enterró la cara en las manos.

—¿Qué voy a hacer? —La moneda con el sol se deslizó por el cuello de la camiseta interior y se balanceó ante sus narices. Han jugueteó con el colgante y notó los surcos familiares en la palma de la mano—. ¿Hay alguna forma de… de anular el compromiso?

—Creo que no —respondió Xu con pesar—. Todos los Reinos del Alba pensarán que Su Excelencia está loco por rechazar la mano de la nieta del emperador… Loco o algo peor.

—¿Qué podría ser peor que la locura…? Ah. —*La magia. Por supuesto*—. Me estás diciendo que si me niego a casarme con la princesa Yulana, ¿nos estoy delatando? —Han se pellizcó el puente de la nariz para mantener a raya el dolor de cabeza que se cocía ahí—. Odio esto. ¿Por

qué no podemos decir que hemos tenido problemas de… incompatibilidad?

—Su Excelencia siempre ha sabido que su matrimonio sería una cuestión de política, no de…

—Preferencia personal —terminó Han y suspiró—. Lo sé.

Sin venir a cuento, la imagen de doña Brandi regresó a su mente o, mejor dicho, el recuerdo de su risa mientras se burlaba de él por sus mejillas sonrosadas. Aunque nunca lo admitiría delante de nadie, se imaginaba su cara cada vez que leía a la heroína de *La doncella amada por la Muerte* y a sí mismo como el misterioso héroe guapo y oscuro. Como siguiente en la línea de sucesión para el trono de Zanhei, Han nunca había pensado mucho en el romance. Sus padres habían estado enamorados y, al final, su amor poco importó. Porque, al final, su padre había visto a su amada morir en la hoguera y no había hecho nada para salvarla. Sin embargo, por primera vez en su vida, Han se preguntaba cómo sería estar casado con alguien que le… gustara. Alguien a quien quisiera ver una vez. Y otra. Y otra. Para conocer mejor y mejor a ese alguien, cada vez más y más.

—Siempre podemos intentar que la princesa anule el compromiso por su parte —sugirió Xu—. Ha funcionado en varias ocasiones.

Han resopló.

—Si ha oído todos los rumores poco favorecedores sobre mí y, *aun así*, ha accedido a casarse, entonces es una pusilánime o es más tenaz de lo que creemos. —Frunció el ceño—. No sé qué es peor.

Xu suspiró y se puso a alisar con cuidado las arrugas de la indumentaria real de Han.

—Bueno, aparte de enviar a alguien a asesinar a la princesa Yulana (método que no recomiendo, por cierto, porque contratar a unes asesines es una *pesadilla* burocrática), quizá lo más sencillo sea encontrar a les Guardianes del Amanecer para ver si se puede hacer algo sobre los… arrebatos del segundo heredero.

Han le dirigió una mirada mordaz a su amigue.

—¿Cómo sabes tanto sobre contratar asesines?

Elle no respondió y siguió doblando con cuidado la túnica real; una sonrisita le jugueteaba en los labios.

—Bueno, si tienes alguna sugerencia sobre por dónde comenzar a buscar, soy todo oídos.

Xu negó con la cabeza.

—No sé por dónde buscar a les Guardianes del Amanecer, pero creo que podemos comenzar con algo más sencillo y más del agrado de Su Excelencia.

Han se enderezó en la cama.

—¿El qué?

Su amigue se acercó al armario que contenía su ropa interior y rebuscó por el fondo antes de sacar un libro más que leído.

—Propongo un intercambio.

—¡Yah! —Han se echó hacia delante—. ¿Cómo lo has encontrado?

—Ah, por favor —replicó Xu con desdén—. Conozco a Su Excelencia desde que éramos bebés en los brazos de nuestras madres y sé que él, al igual que cualquier otro chico de su edad, no tiene imaginación a la hora de esconder algo que no quiere que nadie encuentre. Aunque —sonrió— debo admitir que esta es la primera vez que veo a un chico esconder una novela romántica y no *Cuentos del terso delta*.

Han le arrebató *La doncella amada por la Muerte* de las manos.

—No es *solo* una novela romántica —dijo, un tanto a la defensiva—. Es una historia sobre amor egoísta y abnegado.

—Y sobre besos robados a la luz de la luna. —Xu agitó el abanico y las pestañas a la vez—. No podemos olvidarnos de eso.

—Aún no se han besado —musitó Han y luego frunció el ceño—. Aunque eso no es lo importante. —Se cruzó de brazos con un mohín—. Has dicho que me gustaría tu plan.

—Sí. Porque implica salir disfrazades del palacio. —Los ojos le brillaban a propósito— Y ver a doña Brandi otra vez.

Han bajó de su asiento lleno de emoción.

—¿A doña Brandi? —exclamó, pero entonces carraspeó y recuperó la compostura—. ¿Para qué?

—Para que nos dé *El clásico de mil caracteres*, por supuesto.

Han sintió un pinchazo inesperado por la pérdida de su querida novela romántica, antes de darse cuenta de que seguramente podría comprar otro ejemplar. Y los otros números de la serie. Y cualquier cosa que le autore, Jae Hyun, hubiera escrito. Se animó de nuevo justo antes de volver a desanimarse.

—Eso si aún lo tiene. Y si no lo ha… No sé, si no lo ha entregado a los Cernícalos o algo.

—Lo dudo, mi príncipe. Si la misteriosa dama de Su Excelencia hubiera entregado un libro de magia a las tropas del Caudillo, nos habríamos enterado ya. La noticia de que alguien siga produciendo libros de magia no es nada desdeñable. No, lo más probable es que lo conserve o lo haya destruido.

—¿Y si lo ha destruido?

Xu se encogió de hombros.

—Pues lo ha destruido. Pero al menos sabremos que es de fiar.

La comprensión se reflejó en el semblante de Han.

—Porque no nos habrá traicionado ante la justicia del Caudillo.

Elle ladeó la cabeza.

—Así es, mi príncipe.

Han se animó de nuevo.

—Vale —dijo con ganas—. ¿Cuándo salimos?

Xu frunció el ceño.

—En cuanto averigüemos una forma de sacar a Su Excelencia del palacio sin que lo reconozcan. Esos retratos reales se diseminarán por la ciudad dentro de unos días y para entonces será demasiado tarde.

Han miró el ejemplar de *La doncella amada por la Muerte*, que seguía en manos de su mejor amigue.

—Sobre el disfraz… Creo que tengo una idea.

9

En los días posteriores a la visita de la abuela Meng a la botica, Zhara no tuvo muchas ocasiones para preguntarle a la profesora Hu sobre les Guardianes del Amanecer, aunque tampoco sabía cómo sacar el tema. Si la apotecaria estaba implicada de verdad en una organización mágica secreta de la resistencia, eso explicaría sus ausencias misteriosas e impredecibles en su trabajo. Zhara se sentía avergonzada por no haber preguntado ni una vez sobre las extrañas horas de la profesora Hu, pero había respetado su privacidad porque la herbolaria había respetado la suya. Fue la discreción de la mujer, más que el sueldo, lo que convenció a Zhara de aceptar el trabajo. La discreción no era tan buena como la protección y, sin embargo, bastaba para seguir sobreviviendo.

«Sé buena, no sea que te olvides de quién te ha protegido todos estos años», le había dicho la segunda esposa.

Desde que Zhara tenía uso de razón, su madrastra la había mantenido a salvo de la justicia del Caudillo. En los meses posteriores a la muerte de Jin Zhanlong, la segunda esposa había testificado ante el Halconero que no tenía ningún conocimiento de la magia de su segundo marido y que su hija, Jin Zhara, había muerto con su madre durante la Guerra Justa. Según los registros de la ciudad, Jin Zhara estaba muerta. Jin Zhara había muerto para que Jin Zhara pudiera vivir.

Nunca supo por qué su madrastra le había salvado la vida. No se había atrevido a preguntárselo, porque dudaba entre si quería saber o no la respuesta. Cuando los Cernícalos vinieron para llevarse a Jin Zhanlong a rastras, la segunda esposa no había sabido que la niña escondida en el baúl de la ropa era también maga. En ese momento no lo supo. No fue hasta que Zhara había prendido fuego por accidente a las rosas del jardín cuando su madrastra descubrió lo que había aceptado en su casa. Eso fue cuando tenían una casa con jardín. Antes de que llegaran les recaudadores de deudas.

La segunda esposa podría haber entregado a su hijastra a la justicia del Caudillo en ese instante. El Cernícalo principal, también conocido como el Halconero, aún no había disuelto los tribunales que supervisaban los juicios y sentencias de les magues acusades, y cada semana llevaban ante la justicia al menos a un par de personas. Algunas hasta habían sido niñes más jóvenes que Zhara, y todes fueron sentenciades a la hoguera. Sin embargo, la segunda esposa nunca la entregó y nunca la traicionó.

Y, por eso, Zhara nunca podría pagar esa deuda. Por mucho que respetase y admirase a la profesora Hu, quien le dio trabajo en la botica cuando no tenía ningún otro sitio al que ir, la apotecaria nunca podría alcanzar ese nivel de confianza.

Sonaron los tambores de la hora del atardecer. Otra jornada, otra tarde sola en la tienda. Pero a Zhara no le importaba; le encantaba cerrar el negocio. Después, se permitiría vagar por el mercado cubierto y mirar los preciosos y caros artículos expuestos para el próximo festival de la Noche de los Siete, mientras se imaginaba lo que se pondría si la invitaran alguna vez al baile de máscaras del palacio.

Y se imaginaba bailando con el maestro Ciruela en la noche más romántica del año.

Era una tonta, lo sabía, por soñar despierta con un chico cuyo nombre desconocía, pero los vestidos eran caros y los sueños eran gratis.

Se detuvo delante de un puesto para admirar un par de zapatos de satén blanco. El intrincado diseño de cuentas de cristal en los dedos atrapaba la luz del sol poniente y relucía como las estrellas sobre el agua. Había nenúfares de color rosa y amarillo muy pálido bordados en los costados. El interior estaba forrado con grueso terciopelo rojo. Zhara solo podía imaginar el lujo que desprenderían los zapatos bajo sus pies. Sería como caminar sobre nubes. Se miró los suyos, donde el dedo pequeño empezaba a asomarse por la tela desgastada, y suspiró.

—Si lo tocas, lo pagas —dijo una voz desde el interior de la tienda. Une mercadere gruñone con ojos soñolientos salió de entre las sombras—. Y si no vas a comprar, lárgate.

—¿Cuánto cuestan? —preguntó. Sabía que no se los podía permitir, pero le daba igual.

Le mercadere examinó su túnica y sus pantalones raídos, las costuras remendadas de sus hombros y mangas y los bajos irregulares y sin terminar de los pantalones que le venían cortos. Zhara se removió, consciente de cómo la tela se amontonaba y estiraba por su pecho y axilas desde que le habían salido curvas.

—Demasiado para alguien como tú —replicó le mercadere con un resoplido—. Y ahora vete.

Sonrojada, Zhara se dio la vuelta con brusquedad para marcharse a toda velocidad, como si pudiera dejar atrás la vergüenza que le pisaba los talones. Abandonó el sector con las mercancías de lujo y acabó en el distrito religioso, donde una gran multitud se había congregado en la plaza junto al Templo de les Inmortales. Una persona ataviada con la túnica rojo púrpura y el sombrero de plumas de le pregonere real se hallaba en la plataforma de proclamación, rodeada por dos Cernícalos. Sostenía en alto un pequeño gong de latón y lo hacía sonar con un mazo para llamar la atención de toda la plaza.

—¡Un anuncio, un anuncio, una proclama real! —gritó le pregonere—. ¡Acercaos para oír las palabras de nuestro soberano, el príncipe Wonhu!

El terror atenazó el cuello de Zhara y se preguntó si estaría a punto de presenciar el primer arresto de une mague desde la llegada de los Cernícalos a la ciudad. Sus manos enseguida tantearon el ejemplar de *El clásico de mil caracteres*, guardado en la parte trasera de su faja, y miró a un lado y a otro en busca de la salida más cercana.

Le pregonere real sacó un pergamino de la faja con una floritura.

—«Ciudadanes de Zanhei —leyó en voz alta con una voz sonora—, se hace saber que la Casa

de Wonhu ha sido honrada con una oferta de matrimonio con el Gommun Kang, el clan del Gran Oso del Norte, de quien desciende nuestro amado y augusto emperador. Que su reinado dure al menos diez mil años».

Un murmullo de sorpresa recorrió al público. Zhara se detuvo; quería enterarse de más a pesar de la presencia de los Cernícalos en la plataforma. Sabía que no debía quedarse mucho tiempo, pero la familia real de Zanhei no había hecho ese tipo de anuncio desde la ejecución de la consorte real. Llevaban seis años sin ver ni saber nada del príncipe de Wonhu, quien dejó la regencia del trono en manos del chanciller.

—«Por tanto —proclamó le pregonere—, el príncipe Wonhu decreta que la ciudad se prepare para la llegada de la princesa Yulana, la adorada nieta del Caudillo. Que se barran las calles, se limpien las paredes y se decoren las puertas y ventanas para celebrar esta buena nueva».

Enrolló de nuevo el pergamino con gran pompa, esperando oír vítores.

Un aplauso desperdigado brotó de la multitud, con poco entusiasmo y mucha aprensión. Los Cernícalos tenían la mirada fija al frente, con el semblante impasible, pero le pregonere parecía decepcionade.

—Venga, venga —animó a la muchedumbre—. ¡No os oigo celebrar esta ocasión tan memorable!

Se llevó la mano a la oreja y el público lo complació con unos vítores carentes de emoción.

—¿Quién se cree que es? —musitó une espectadore junto a Zhara; era una persona joven con un sombrero puntiagudo—. ¿Los Hermanos Bangtan?

Le pregonere sacó otro pergamino del cinturón con aire abatido.

—¡Tengo un retrato del heredero real! —gritó. La perspectiva de ver el rostro de su futuro soberano animó a la multitud.

—¡Pásalo aquí! —gritó alguien—. ¡Veamos el rostro que ha asustado a mil doncellas!

—¡Yo he oído que le faltan dientes!

—¡Y yo que el aliento siempre le huele a cebolla!

—¡Y yo que nunca se lava los pies!

—¡Y yo que nunca se cambia la ropa interior!

Se oyeron carcajadas estridentes entre el público mientras intercambiaban las diversas historias poco favorecedoras sobre el heredero real que habían oído en la Ciudad de las Flores. Le pregonere parecía inquiete y alzó el pergamino a la defensiva ante elle. La multitud se echó hacia delante con ganas y apretó a Zhara por los cuatro costados. La chica estiró el cuello y se puso de puntillas, con la esperanza de ver algo por encima de las cabezas de toda la gente que tenía delante, pero su estatura era demasiado baja.

—Wah —exclamó alguien con incredulidad—. ¡Resulta que el heredero real es bastante guapo!

Le joven que había junto a Zhara resopló.

—Cualquier retratista real sabe que debe exagerar los buenos atributos de un príncipe y minimizar los que no le favorecen.

Zhara rio y miró a le joven, quien le dedicó una sonrisa torcida. Le desconocide iba vestide con ropa demasiado pesada para el tiempo que hacía: la parte de arriba, de lana azul oscuro, le llegaba hasta las rodillas y los pantalones tenían dobladillos con rayas arcoíris. Además de ese sombrero en punta tan extravagante, lo más llamativo eran los mechones rojizos que asomaban por debajo del ala. Zhara nunca había visto a nadie en los Reinos del Alba con el cabello del color de la sangre.

—El heredero real sí que es guapo —comentó otra persona con desdén—. Aunque no se parece en nada a los Hermanos Bangtan, sobre todo al que siempre representa todos los papeles románticos.

Zhara dio saltitos para ver el retrato del heredero real. La curiosidad la consumía y se moría por saber cómo era el príncipe comparado con la imagen de un héroe real de sus novelas románticas.

—¿Quieres que te describa al heredero real, pequeño lemming? —Zhara miró a le joven con el sombrero puntiagudo, que la estudiaba con interés. Hablaba con el acento cerrado e informal de las estepas norteñas, extrañamente encantador entre los tonos más musicales del sur—. Te levantaría, pero, de donde vengo, se considera de mala educación tocar a una señorita antes de conocerla mejor.

Le pelirroje le guiñó un ojo con aire coqueto y Zhara se fijó en unas pecas rosas sobre sus mejillas bronceadas y el puente de la nariz.

Ay, no. La Risita de Gente Guapa le subió por la garganta, amenazando con ahogarla.

—No pasa nada. —Tosió y notó que le ardía la cara por la vergüenza—. Lo miraré de cerca cuando se despeje la multitud.

Sin embargo, la multitud no parecía dispuesta a dispersarse pronto; de hecho, cada vez había más y más gente. El sudor le empapaba la parte trasera de la túnica, por la humedad y la cercanía humana, pero, cosa rara, a le desconocide norteñe no parecía afectarle el calor.

Ni la gente.

Ni… el entorno.

Alguien tropezó con Zhara por detrás y la tiró al suelo. La chica extendió las manos por instinto y agarró la muñeca de le pelirroje para evitar caer.

Un gong de profundo reconocimiento recorrió a Zhara. Sorprendides, se miraron a los ojos y una conmoción muda pasó entre elles como una conversación.

—Tú… —jadeó Zhara. Debajo de sus manos, notaba la magia de le pelirroje, familiar y desconocida a la vez. Se acordó de cuando Thanh le había agarrado la mano en la botica de la profesora Hu, cuando sintió las líneas de poder fluyendo por los meridianos del chico. Sin embargo, ese joven era distinte; no había carne, ni venas ni cuerpo que contuviese su magia.

Estaba *heche* de magia, una aparición fantasmal.

—¿Puedes… puedes tocarme? —preguntó le pelirroje, con los ojos abiertos de par en par por el miedo y la esperanza—. Pero… pero… ¡si no estoy allí!

—¿Allí? —Zhara miró los dedos que rodeaban la muñeca de le desconocide—. ¿No quieres decir… aquí? —Con un sobresalto se percató de que no notaba el pulso de esa persona… de que podía ver el suelo *a través* de su cuerpo, aunque ligeramente. Zhara alzó la mirada hacia su rostro. Las líneas de sus rasgos estaban un poco desdibujadas y los bordes borrosos y transparentes—. ¿Qué eres? ¿Un fantasma?

—No. —El no-fantasma intentó soltarse y entornó los ojos—. ¿Quién eres *tú*? ¿Qué clase de maga *eres*?

La palabra *mague* apagó la multitud a su alrededor en un manto de silencio. En la plataforma junto a le pregonere real, los Cernícalos giraron la cabeza hacia Zhara y le pelirroje.

—Por las garras de Gommun —musitó le desconocide—. Me han detectado.

Gritos tenues y exclamaciones de protesta recorrieron la muchedumbre a medida que los soldados del Caudillo se abrían paso hacia el origen de la consternación. La magia se incrementó en las manos de Zhara, pero, en vez de quemar a le pelirroje, solo pareció solidificar su presencia.

—Suéltame —siseó le otre—. Suéltame o nos meterás a les dos en problemas.

Miró con desesperación por encima de la cabeza de Zhara hacia el penacho de plumas marrones y blancas que flotaba hacia ellas.

Con cierto esfuerzo, Zhara abrió las manos y se apartó del no-fantasma. Le pelirroje desapareció enseguida en medio de gritos de sorpresa.

—¡Abominación!

A lo lejos se oyeron más gritos, esa vez de dolor, cuando los Cernícalos apartaron a un lado a más gente para llegar a donde había estado le pelirroje.

Justo donde estaba Zhara.

Tenía que huir.

Se giró para abrirse paso a codazos hacia los canales, pero la masa de cuerpos ante ella era demasiado grande. Tiró la prudencia por la borda y apoyó las manos en la persona más cercana, que gritó cuando su magia le quemó la piel.

—¡Abominación!

Sin tiempo para pensar ni para arrepentirse, apoyó las manos sobre más espaldas y más hombros y más codos para nadar por la multitud todo lo rápido que pudo, sin atreverse a mirar hacia atrás, sin atreverse a respirar.

Se había quedado demasiado rato allí.

Y la iban a atrapar.

10

Las sombras eran alargadas, pero a Zhara se le había acabado el tiempo.

El índigo perseguía el lavanda, que perseguía el oro a través del cielo occidental a medida que el sol se deslizaba por debajo del horizonte. Zhara corría por las calles del mercado cubierto hacia el puente del Loto, desesperada por atravesar los muros de la ciudad antes de que los tambores de las atalayas dieran la hora del atardecer. Una vez que se cerraban las puertas de Zanhei, la única forma de entrar en la ciudad era mediante dinero o un pase oficial, y Zhara no tenía ninguno de los dos. La segunda esposa la castigaría si no llegaba a tiempo de preparar la cena.

Pero otras preocupaciones más graves le pisaban los talones.

Tras la confusión y el caos producido por la aparición y desaparición del no-fantasma pelirrojo, Zhara había conseguido perderse en medio del barullo y la aglomeración del gentío. Por una vez, agradecía su aspecto anodino y su ropa gris; los colores apagados de su túnica y de sus pantalones raídos la camuflaban en las paredes de color polvo de los edificios en las Fosas. Pero, a su alrededor, los Cernícalos seguían a la caza de une mague rebelde; recorrían y circulaban por las calles del mercado cubierto como enormes aves de presa de alas negras, con sus atentos ojos alerta por si captaban rastros de magia.

Y Zhara se esforzaba al máximo por mantener oculta la suya.

Un brillo tenue y persistente se filtraba entre los dedos de sus puños apretados, un brillo que se volvía más intenso a medida que las sombras se oscurecían. Zhara miró con nerviosismo el atardecer que la rodeaba. Sobre su cabeza daba vueltas un enorme pájaro de lo más insólito; la inminente noche manchaba sus plumas carmesíes de púrpura. Se decía que la luz del sol revelaba muchos secretos, pero la oscuridad descubriría los suyos. Zhara se ceñía a las calles vacías y silenciosas del mercado cubierto mientras intentaba llegar al puente Locus, aunque avanzaba muy despacio por los desvíos y retrocesos que había tenido que hacer para evitar a otras personas.

¡Bum, bum, bum, bum!

Los tambores de la atalaya dieron la hora del ocaso.

Zhara mandó al infierno toda precaución y aceleró, aunque tropezó un poco con la zapatilla que se le deshacía. Para su sorpresa y consternación, había gente reunida en la entrada del puente del Loto; el flujo de tráfico que salía de las Fosas camino a Zanhei se había reducido hasta convertirse en un atasco.

—¿Qué está pasando? —gritó una voz—. ¡Dejadnos pasar!

—Dame la mano —contestó otra voz, con las vocales aplastadas por un distintivo acento

norteño—. Nadie entra en la ciudad antes de enseñarnos la mano.

Zhara se envaró. Un par de Cernícalos montaban guardia en la entrada del puente del Loto, con los penachos visibles sobre las cabezas de la muchedumbre. Frustrados por la cacería, habían tendido una trampa delante de los muros de la ciudad. Los ojos de Zhara recorrieron el gentío hasta los canales. Unas góndolas blanquinegras flotaban por el agua desde la esclusa del Loto hacia la Ciudad de las Flores a cualquier hora de la noche para llevar pasajeres al distrito del placer. A lo mejor podía llegar al muelle y buscar otra ruta hacia su casa.

—Pero ¿por qué? —inquirió otra voz exasperada—. ¡Somos todes humanes, míranos! Ni escamas, ni pelaje ni colmillos. No podemos ser magues, ¡no somos monstruos!

—¡Eso! —replicó un coro de asentimiento entre la multitud—. ¿Por qué perdéis el tiempo con ciudadanes limpies y respetables? ¡Id al pantano y buscad abominaciones entre los embarrados que viven allí!

«Embarrados». Les buri, malang, cham, tuong y hasta el pueblo al que perteneció la madre de Zhara, del archipiélago sureño, que habitaban los pantanos río arriba. Inmigrantes. Refugiades. Les pobres, incultes e indeseades. Tiró con impotencia de sus mangas demasiado cortas como si pudiera cubrirse la piel demasiado oscura y llena de callos de trabajar.

—Una abominación se puede ocultar con facilidad entre seres humanos —respondió otro Cernícalo—, ya que engaña los ojos de la gente virtuosa mediante la belleza. Solo por el tacto podemos reconocer a une mague como malvade —dijo, alzando una mano descubierta por encima de las cabezas de la muchedumbre.

—¿Por el tacto? —repitió otra persona—. ¿Cómo funciona eso?

—Su piel quema —replicó con solemnidad el Cernícalo.

Zhara se contempló las manos. El fuego seguía las líneas de sus palmas. Las cerró deprisa otra vez para extinguir la luz.

—Wah. —A su lado, una persona alta y vestida en brocado verde ahogó un grito—. ¿Qué es eso?

Una a una, las cabezas cercanas se giraron para mirar.

—¿Qué? ¿Ha visto algo? ¿O a alguien?

Zhara empezó a retroceder poco a poco, deseando que su magia menguara, desapareciera, se disipara, pero sintió que el control sobre su poder se le escapaba de las manos.

—Esa persona de ahí. —La persona bien vestida apuntó un dedo acusatorio hacia Zhara—. Su piel…

Un grito agudo hendió el aire cuando una forma escarlata atravesó la multitud y dispersó a todo el mundo con varios aleteos de sus enormes alas. Era el pájaro rojo con el cascabel en el cuello. Fijó sus ojos dorados y familiares en Zhara y chilló como si le dijera que echara a correr.

Zhara obedeció.

Gritos de confusión estallaron detrás de ella y el caos descendió. Zhara zigzagueó a izquierda y

derecha, con las manos traicioneras pegadas al cuerpo. Ni siquiera se atrevía a moverlas para mantener el equilibrio mientras corría, por miedo a que un roce accidental la delatara. Por delante, el pájaro bajaba y subía, dirigiéndola por un callejón y luego por otro, hasta que desapareció de su vista. Zhara no se atrevió a mirar atrás a ver si alguien la seguía; solo le preocupaba que cada paso la distanciase más y más del peligro.

Jadeando, entró a trompicones en una calle abandonada. A su espalda, los sonidos de la multitud sonaban apagados, lejanos, pero el chapoteo de sus zapatillas por los charcos un tanto fétidos de agua de río resonaban con fuerza contra las paredes vacías. Dedicó un momento a recuperar el aliento y ver dónde se encontraba.

En un callejón sin salida.

Aún no se había hecho por completo de noche, pero en esa parte de las Fosas las sombras se espesaban. No había luces en las ventanas de los edificios que daban a esa calle y la bruma húmeda de la primavera ocultaba las estrellas sobre su cabeza. Zhara no reconoció nada y no tenía forma de saber cómo regresar. Estaba perdida: incluso su magia la había abandonado y lo había dejado todo frío y oscuro.

Un chillido. Un crujido. Un murmullo. Un susurro.

Zhara.

Se le heló la sangre en las venas. En el extremo más alejado de la calle relucían un par de ojos, iluminados por una luz fantasmal que no podía distinguir. En ese instante, sintió la presencia de otra criatura y su respiración condensaba el aire entre las dos.

No estaba sola.

—¿Quién v-va? —Se acordó del no-fantasma pelirrojo y se preguntó si la habría seguido—. ¡Muéstrate!

Zhara saltó cuando algo pequeño y peludo le pasó por encima del pie. Ratas. Solo eran ratas. El corazón se le aceleró de alivio y asco y se le puso la piel de gallina al darse cuenta de que ese callejón rebosaría de ratas, ya que a su alrededor había montones de cabezas de pescado desechadas, verduras podridas y otros trozos de basura en descomposición. El aire hedía a desperdicios, aunque también captó otro olor intenso y curioso, casi dulce. Contuvo el pánico y razonó que aquello se debía a los restaurantes junto a los canales que conducían al distrito del placer. Las puertas de la ciudad estaban cerradas, pero quizá podría llegar a la esclusa del Loto y encontrar un camino de vuelta.

—Paso a paso —murmuró—. Paso a paso. —Los ojos en el otro extremo del callejón habían desaparecido—. Te estás imaginando cosas.

Zhara.

El murmullo de las ratas pareció intensificarse cuando echó a andar.

—Ignóralo —se ordenó—. Estás cansada, Jin Zhara, eso es todo.

Ese olor dulzón se volvía más fuerte con cada paso. Se llevó la mano a la nariz, pero nada

podía detener la fetidez; el hedor a deterioro no solo abrumaba sus sentidos físicos, sino también algo más.

Ayúdame…

Con un sobresalto, Zhara tropezó y aterrizó de cabeza en un charco de agua viscosa. En esa ocasión, no le pareció que se había imaginado la voz que le hablaba y le pedía ayuda.

—¿Quién a-anda ahí? —gritó con la voz temblorosa. Se oyó el tintineo de un pequeño cascabel y luego un par de ojos dorados relucientes se materializó de repente delante de ella. *Niang*.

—¿Sajah? —dijo con incredulidad.

Niang, respondió el gato anaranjado. Le restregó el morro por la cabeza como para tranquilizarla y luego le dio un azote en la oreja con la pata. *Niang*, ordenó.

—¡Aiyo! —protestó la chica—. ¿A qué ha venido eso?

—Zhara…

Esa ocasión, la voz se hallaba justo a su lado. Zhara se puso en pie de un salto y pegó la espalda a la pared. Una cabeza desaliñada con ojos vacíos y atormentados se asomó desde detrás de un barril de basura, y entonces salió un cuerpecito marrón y enjuto. Era une niñe que llevaba los restos manchados y destrozados de lo que había sido una tela con un estampado azul y blanco. Un estampado que pertenecía al clan Meng.

—¿Thanh? —jadeó Zhara. Se acordó de la matriarca buri, que había irrumpido en la botica de la profesora Hu una tarde, con miedo a que los Cernícalos se hubieran llevado a su nieta y su bisnieto—. ¿Eres tú?

El chico asintió.

—Ayúdame —susurró en un hilillo de voz aguda, como si le costara un tremendo esfuerzo pronunciar las palabras—. Por favor.

El alivio dejó a Zhara débil.

—Lo haré —dijo y extendió una mano hacia el niño—. Vamos a llevarte a casa. Tu abuela estaba muy preocupada por ti. —Se arrodilló ante él para intentar ver su estado en la oscuridad —. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está tu madre?

Thanh toqueteó la cuenta roja de la pulsera. Sus ojos hundidos miraban al frente sin ver nada.

—Mamá —dijo con voz ronca—. Mamá. Mamá.

A Zhara se le hundió el alma a los pies. El chico estaba claramente traumatizado y necesitaba más ayuda de la que ella podía proporcionarle. ¿Lo habían secuestrado las tropas del Caudillo? ¿Había conseguido escapar? Zhara extendió los brazos y se movió para abrazarlo cuando un fogonazo rojo pasó a su lado soltando arañazos, escupitajos y gritos de miedo.

—¡Sajah! —exclamó Zhara e intentó agarrar al gato fuera de control, que estaba furioso y agitado. Thanh siseó dolorido y apartó el brazo para acunarse el otro—. ¿Estás herido? —Zhara consiguió alejar a Sajah antes de que pudiera causar más daño—. Déjame verlo…

—¡No! —La fuerza de la voz infantil la dejó de piedra—. Mamá. Quiero a mi mamá.

Dieu.

—Lo sé —dijo Zhara, con el corazón en un puño—. Lo siento. —Se acercó poco a poco, con delicadeza, para no asustarlo—. No soy tu madre. Pero puedo ayudarte. Ven, te llevaré a…

—¡No! —El estallido de Thanh fue más intenso esa vez—. Se la llevaron. —Incluso en la oscuridad, Zhara vio el blanco que bordeaba las pupilas de sus ojos—. Los Cernícalos.

A la chica se le puso todo el vello de la nuca de punta.

—¿A dónde, Thanh? —susurró, sin saber si el chico sabría responder—. ¿Sabes a dónde se llevaron los Cernícalos a tu madre?

El niño encorvó los temblorosos hombros y se rodeó el cuerpo con los brazos flacuchos, como si intentase mantenerse quieto. Una calma repentina se apoderó de él y dejó caer los brazos y las piernas al suelo.

—A donde duerme la madre de demonios —murmuró—. Que aguarda el momento para adentrarse en este mundo.

Zhara frunció el ceño. La voz de Thanh no había sonado como la de un chico joven, sino que era más profunda, monótona y extrañamente formal. El miedo le subió por la garganta al recordar la sensación de ver a otra inteligencia asomarse por las profundidades de la mirada de Thanh.

—¿Qué s-significa e-eso?

El niño no respondió, sino que puso los ojos en blanco y empezó a agitar las extremidades. Con un grito, Zhara se levantó de un salto. Quería darse la vuelta y huir, pero no podía. No debía. Thanh solo era un niño y le había pedido ayuda; no podía abandonarlo.

De la nada, Sajah saltó encima del chico, maullando y bufando y escupiendo. Thanh gritó, entre convulsiones y espasmos; arañaba y golpeaba el aire mientras peleaba con el gato, hasta que lo agarró por la cola y lo lanzó contra la pared con todas sus fuerzas. Una explosión de ratas salió corriendo de detrás de los barriles en dirección a Thanh, como si quisieran asfixiarlo con sus cuerpos garrapatosos en constante movimiento. Zhara oyó mordiscos, el rechinar de dientes, piel desgarrada, y quiso vomitar.

—¡Thanh!

Metió el brazo en la masa de roedores para agarrar el hombro del chico.

Al tocarlo, la magia cobró vida en su cuerpo y esa sensación de podredumbre, descomposición, suciedad y corrupción regresó. Las convulsiones de Thanh cesaron de inmediato y abrió los ojos con una sonrisa cómplice. Zhara retrocedió trastabillando. Si antes parecía vacío y atormentado, ahora estaba lleno y… hambriento. Una inteligencia inhumana la observaba a través de esos ojos oscuros. Los rasgos del chico se movieron y se deslizaron sobre los huesos de su rostro como si alguien se estuviera probando la piel de Thanh para considerar la talla.

—Guardiana del Fuego —dijo el chico, lamiéndose los labios. Pero no era él; la voz sonaba doblada, como si otra voz más grave le moviera la garganta, los dientes y la lengua—. Conque

aquí estás. He reconocido tu roce.

Zhara se apartó despacio.

—¿Thanh?

El chico rio, pero su risa pertenecía a una entidad mucho mayor que un niño de diez años. Le puso la piel de la nuca de gallina y tropezó con las prisas de marcharse, de salir de ese callejón húmedo y estrecho, de escapar. Oyó un cascabel cuando Sajah se levantó y regresó a su lado. De repente parecía mucho más grande que antes, con el pelo de punta y rayos chisporroteando.

—Guardiana del Fuego —repitió Thanh—. ¿Has regresado a este mundo junto con mi señora?

—No sé de qué me estás hablando —dijo Zhara con impotencia—. ¿Quién es tu señora? ¿Quién es la Guardiana del Fuego?

—Pronto lo descubrirás. —La cosa que llevaba la cara de Thanh sonrió—. Pequeña guardiana. Qué poco sabes.

La mano del chico salió disparada, atrapó una rata y le rompió la columna. De repente, las otras ratas se desplomaron y se quedaron inmóviles, como si también les hubiera roto el cuello. Zhara retrocedió. Thanh la miró con frialdad; no había emoción ni expresión en esa mirada. Un vacío imitaba los ojos ciegos y vidriosos de la rata, pero iba acompañado de esa sonrisa espeluznante e inhumana.

Debería haber huido. Debería haber gritado. Debería haber pedido auxilio.

Pero no hizo nada de eso cuando Thanh alzó el roedor muerto y lo acunó contra su pecho. La acción fue como la de un niño abrazando un juguete querido en busca de consuelo, y Zhara dudó. Daba igual lo que fuera o quien fuera aquella cosa: Thanh era solo un niño. Un niño mago, un niño monstruoso… igual que ella. No podía abandonarlo. No podía entregarlo a las aves de presa del Caudillo. La abuela Meng nunca se lo perdonaría.

Y nunca se perdonaría a sí misma.

—Thanh —dijo con la boca seca—. Thanh, por favor…

El niño no respondió, solo acarició la cabeza del cuerpo sin vida de la rata. La criatura empezó a retorcerse y bailar, igual que si la picaran un millón de tábanos. Un sonido de succión, como si algo aspirase el aire a su alrededor, llenó los oídos de Zhara hasta que se le taponaron. La rata chilló y Thanh la soltó bocarriba. La alimaña se retorció sin éxito, con movimientos rígidos y antinaturales, como movida por una mano invisible. Consiguió darse la vuelta y empezó a arrastrarse, dando tumbos, hacia los pies de Zhara. La cosa seguía muy muerta, con los ojos igual de vacíos y el cuerpo roto torcido y curvado de un modo terrible.

—¿Qué…? —graznó Zhara—. ¿Cómo…?

Con un grito, el chico se convulsionó y se retorció de dolor. Le chasquearon las extremidades y los ligamentos mientras se revolvía en el suelo. La piel le burbujeó y se le ampolló, los bultos de su columna se estiraron, crecieron y alargaron en espinas. Las ampollas en los brazos y la espalda se convirtieron en pústulas, en ojos, en pequeños agujeros que cubrieron el paisaje de su

piel como la parte inferior de una vaina de loto. La mandíbula del niño se abrió y prolongó, con los dientes sobresaliendo en la boca rota. Las fosas nasales se convirtieron en hendiduras y subieron por su cara hasta situarse en medio de la frente. Los ojos se abultaron más y descendieron. Cuando Thanh se giró hacia ella, la parodia grotesca de una sonrisa se extendía en su boca imposiblemente larga para revelar una hilera tras otra tras otra de dientes afilados como agujas.

Zhara estaba clavada en el sitio por el miedo. Ahora entendía por qué el Caudillo había estado tan aterrorizado por su gente, por qué el imperio había ido a la guerra por la magia, por qué los Cernícalos aún recorrían el territorio en busca de magues.

Porque, aunque la criatura que tenía delante había sido un mago, ya no era un ser humano.

Era una abominación.

11

En retrospectiva, ponerse el atuendo de una sacerdotisa de Do no se hallaba entre las mejores ideas de Han.

—Ese disfraz es *ridículo* —comentó Xu.

Por desgracia, Han estaba de acuerdo. La túnica blanca, que ocultaba su identidad, junto con el sombrero de ala ancha y los velos negros que llegaban hasta el suelo, le habían parecido el método perfecto para salir a la ciudad sin llamar la atención, o eso había pensado mientras descansaba en los recovecos frescos del palacio, pero en la ciénaga bochornosa de la primavera sureña lo único que quería era arrancarse todo el traje.

—Me da igual —replicó con cabezonería y procuró no tropezar con el dobladillo de la túnica. La humedad se pegaba a la miríada de capas de seda y raso, hasta el punto de que las telas pesaban tanto que se le enredaban en los brazos y las piernas—. Al menos nadie se fijará en mí de esta guisa.

Por el rabillo del ojo vio *otro* cartel en una pared que anunciaba su compromiso con la princesa Yulana. Les aprendices del maestro Kong habían sido bastante diligentes a la hora de producir las copias necesarias de su retrato para difundirlo por la ciudad, aunque el grado de precisión variaba. En ese ni siquiera tenía sus hoyuelos de enfado.

—¿Reconocer a Su Excelencia? Seguramente no. Pero con esto —Xu miró con énfasis la apariencia pesada y fatigosa de Han— sí que llama la atención.

Por desgracia, su amigue tenía razón. A su paso se hacía el silencio; varias personas miraban en su dirección con temor o desconcierto cuando pasaban a su lado. Las sacerdotisas de Do no solían salir de sus retiros de duelo, excepto para dos ocasiones: para ayudar a traer vida al mundo o para supervisar la partida de una. Para mucha gente, ver esa túnica larga y vaporosa y los velos que ocultaban el rostro era una señal de mal agüero, pues las sacerdotisas solían facilitar la muerte de les ancianes o de les gravemente enfermes. Aunque se decía que sus manos eran duchas en el arte de la sanación, circulaban muchos más rumores sobre que eran igual de hábiles en el arte de la muerte.

O al menos eso era lo que Han había leído en *La doncella amada por la Muerte*.

—Bueno, no sugeriste algo mejor a tiempo, así que me temo que nos quedamos con la monja letal —replicó con irritación—. No puedo arriesgarme a salir con el rostro descubierto, no después de… Bueno, ya sabes.

Señaló un anuncio distinto sobre el compromiso. Ese retrato parecía contener más nariz que cara, y Han se tocó el puente de su nariz, inseguro de repente sobre su tamaño.

—Sí que ofrecí una propuesta mejor, mi príncipe —contestó Xu, con tan solo un pequeño

suspiro. Había renunciado a su maquillaje y accesorios habituales para vestirse como un hombre noble, con una túnica larga de corte ajustado sobre pantalones holgados y botas, un cinturón justo por encima de las caderas y el pelo recogido en un sencillo moño alto; elegante, pero discreto. Sin embargo, Xu, porque era Xu, claro, se las había apañado para darle al atuendo su toque inimitable con una cinta escarlata en la frente, un collar de cuentas con una pluma de pavo real que le colgaba del cinturón y un poco de carmín en los labios—. Sugerí buscar a la chica yo misme para evitarle a Su Excelencia —movió el abanico en la dirección de Han— todo *esto.*

—Tenía que venir contigo —protestó el príncipe—. Soy yo quien conoce su aspecto.

Las comisuras de los labios de Xu se alzaron muy ligeramente.

—¿Y qué aspecto es ese?

—Guapa.

La palabra se le escapó antes de que pudiera contenerse. A pesar del calor sofocante que hacía bajo el disfraz, de repente se alegró mucho del velo que le ocultaba la cara y el sonrojo.

—¿Guapa? —Su mejor amigue abrió el abanico y lo agitó con emoción—. Ooh, y yo que pensaba que Su Excelencia tenía miedo a las mujeres.

—¡No tengo miedo a las mujeres! —exclamó, y luego tosió—. Algunas es que son… demasiado. —Se acordó de las cortesanas y sus doncellas y de cómo sus rostros agradables se transformaban en depredadores ante su presencia. Siempre ocultaban cuánto ansiaban el prestigio de Han detrás del elegante maquillaje y los caros abanicos. Se necesitaba agilidad, tanto física como mental, para evadir las trampas matrimoniales—. Además, la búsqueda ha ido más rápida porque te he acompañado.

Xu miró el sol que colgaba en el borde del horizonte. Las atalayas no tardarían en hacer sonar la hora del atardecer y en cerrar las puertas de la ciudad.

—¿Lo ha sido, mi príncipe? —preguntó con suavidad—. Hemos buscado en casi todas las boticas desde el palacio hasta las Fosas porque no podía recordar el nombre de la tienda donde trabaja la chica. ¿O acaso Su Excelencia —dijo, acercándose con una sonrisa pícara— ha insistido en venir porque quería ver de nuevo a doña Brandi? —Xu arrugó la nariz y agitó la mano delante de su cara—. Uf, ¿eso es *sándalo*?

—¿Qué pasa, huele mal? —preguntó Han con nerviosismo. Alzó el cuello de la túnica para olerlo. En todo caso, estaba un poco sudoroso por el velo sofocante, pero no creía que apestase.

Xu arrugó los labios con asco.

—El sándalo no es una colonia tan atrayente como creen los chicos, mi príncipe, sobre todo en las grandes cantidades que usan.

—Me dijeron que a las chicas les gustaba —replicó Han a la defensiva.

—¿De verdad? —Xu se cruzó de brazos—. ¿Quién lo ha dicho? —Han musitó una respuesta —. ¿Puede repetirlo, mi príncipe?

—Lo leí en *La doncella amada por la Muerte* —respondió su amigo, jugueteando con el collar

del sol en su cuello—. El héroe huele a sándalo y a hogueras invernales, y eso a la heroína le encanta, aunque no pueda admitir que lo *ama.*

—No me puedo creer que vaya a decir esto, pero… Su Excelencia no debería creer todo lo que lee en los libros — gruñó Xu. Luego ladeó la cabeza para intentar vislumbrar la expresión en la cara de Han a través del velo negro vaporoso—. Un momento —dijo, encantade—. ¿Debo entender que Su Excelencia se ha rociado con perfume de sándalo… solo para impresionar a una *chica*? —Se llevó las manos al pecho y fingió llorar con dramatismo—. Mi pequeño príncipe… ha crecido y se está convirtiendo en un hombre. —Xu se limpió una lágrima imaginaria—. ¡No sé si animarme o sentirme dolido!

Han no se dignó a responder, sino que alargó las zancadas para intentar sobrepasar su incomodidad. De joven, no le había prestado mucha atención al romance o la atracción; como príncipe, importaba menos a quién amase y más quién era su esposa: su linaje, su estatus, su fortuna. Por supuesto, ser el heredero real nunca había detenido a nadie a la hora de buscar relaciones menos «oficiales», y Han estaba seguro de que tenía varies parientes desconocides repartides por las provincias del sur gracias a las numerosas indiscreciones de sus antepasades. Ese tipo de relaciones nunca le habían interesado demasiado, y ahora tampoco. Sin embargo, cada vez que pensaba en doña Brandi, una calidez extraña y cosquilleante parecía inundar su estómago.

De hecho, su estómago seguía dando pequeñas volteretas de la emoción cada vez que pasaba junto a una persona femenina de baja estatura con la piel muy morena y el pelo ondulado, aunque sus ojos insistieran en que ninguna era ella. Todas eran demasiado viejas, demasiado delgadas, demasiado altas, demasiado jóvenes y, pese a que muchas le parecían bastante encantadoras, ninguna le quitaba el aliento del mismo modo que doña Brandi cuando la vio de pie delante de la librería por primera vez. Sus ojos habían relucido como azabache pulido, brillantes e intensos, mientras contemplaba con ansia los montones de libros apilados sobre las mesas, como si pudiera devorarlos con tan solo la mirada. Su rostro había estado tan vivo con todo ese anhelo que, por primera vez en su vida, Han comprendió lo que significaba el deseo. Querer. Nunca había sabido lo que significaba desear, tan solo lo que era *no* desear. Desear era *vivir* y, hasta ese momento, él no se había dado cuenta de que se había dedicado a sobrevivir.

Y por eso le compró el ejemplar de *La doncella amada por la Muerte*. Había querido darle lo que *ella* deseaba, para hacerla… feliz. Viva. Su viveza hacía que Han se sintiera más vivo, como si hiciera algo más aparte de sobrevivir. Vivía.

Unos tambores lejanos sonaron por el aire. La hora del atardecer. Les últimes compradores habían desaparecido y ahora solo quedaban les rezagades y les vendedores que cerraban sus tenderetes.

—Mi príncipe —dijo Xu con pesar—, creo que deberíamos regresar. Tras el cierre de las puertas, cruzar los muros con guardias resultará más difícil que salir del palacio, incluso con el

disfraz de Su Excelencia.

Tenía razón, claro, pero Han no podía evitar ansiar quedarse, seguir buscando a doña Brandi. En parte porque no quería regresar al palacio, al mundo con el matrimonio inminente y los hermanos pequeños cada vez más mágicos, pero sobre todo porque quería aferrarse a esa expectativa llena de emoción. Por primera vez en mucho tiempo, sentía que podía tener un futuro en vez de repeler el presente. Había una burbuja liviana en su pecho que se expandía cada vez que pensaba en doña Brandi. La notaba cálida. Agradable. Era como… esperanza.

O a lo mejor era hambre. Les vendedores que había en los canales entre el mercado cubierto y el distrito del placer estaban sacando los esquifes y los tenderetes a la espera de la hora de la cena, y los olores a comida grasienta y frita permeaban el aire.

—Ai-yah, ¿qué pasa aquí? —gruñó Xu. Delante de elles se había reunido una gran multitud que bloqueaba la calle en distintas direcciones. Su amigue se puso de puntillas y ladeó el cuello para intentar ver qué ocurría—. Parece que algo, o alguien, está bloqueando el puente del Loto.

—Pues vayamos a comer algo antes de regresar —sugirió Han—. La cocina de palacio habrá cerrado para cuando lleguemos.

—¿Y el toque de queda?

Han miró los faroles que iluminaban las aguas entre el mercado cubierto y el distrito del placer.

—Mucha gente entra y sale de la ciudad después del anochecer —dijo, señalando las góndolas blanquinegras que llevaban a la clientela desde Zanhei hasta la Ciudad de las Flores—. Podemos subir a una de esas, ¿verdad?

Xu arqueó las cejas.

—¿Lo he oído bien? ¿Mi querido, tierno e inocente príncipe está sugiriendo que pasemos la noche en los brazos de una miríada de pétalos de la Ciudad de las Flores?

—¿Qué? N-no —farfulló Han. Miró la hilera de barcas que se abría paso hasta las casas de té y las tabernas; todas se dirigían en la misma dirección—. Pensé que…

Perdió el hilo de lo que estaba diciendo al percatarse de que no había taxis acuáticos que fueran en dirección contraria, hacia la ciudad. Con un pánico que crecía por momentos, comprendió que, una vez que entrabas en la Ciudad de las Flores, no podías salir de allí hasta la mañana siguiente.

Su mejor amigue sacudió la cabeza.

—Los restaurantes junto al canal deberían estar abiertos ya —dijo y le dio una palmadita en el hombro—. Venga, conozco un sitio que sirve las mejores gambas picantes de todo Zanhei.

Animado y distraído ante la perspectiva de marisco delicioso, Xu lo condujo al muelle donde una serie de restaurantes flanqueaban las calles frente al distrito del placer. Pero, al acercarse, descubrieron que los locales estaban a oscuras, con los postigos cerrados y las mesas vacías.

—Qué raro —murmuró Xu—. Ya deberían haber abierto. —Se acercó a uno de los

restaurantes y echó un vistazo entre los listones—. Ratas.

—Ya ves —gruñó Han, masajeándose la barriga—. Me muero de hambre.

—No. *Ratas.*

Xu alzó el abanico con una mano temblorosa y señaló una extraña masa ondeante a lo lejos. Oían los suaves susurros de arañazos y chillidos, que se iban intensificando por momentos. Han entornó los ojos para intentar discernir lo que estaba viendo y oyendo.

Xu tenía razón.

Había ratas.

Muchas, muchas, muchísimas ratas.

—¡Ouch!

Retrocedió de un salto y se apretó contra el restaurante cuando una oleada de roedores fluyó hacia ellos. Para su espanto, vio que algunas ratas no gozaban de buena salud: les faltaban extremidades, trozos de carne e incluso cabezas enteras, pero seguían retorciéndose y avanzando con movimientos rígidos y poco naturales. Cientos de ojos rojos relucían a su alrededor, miles de dientes blancos brillaban bajo la luna, acercándose cada vez más. Y más. No veía el final de las ratas.

—¡Mi príncipe! —gritó Xu desde el tejado—. ¡Aquí arriba!

Han se quedó inmóvil durante un segundo para valorar lo que le daba más miedo: las alturas o las ratas. Pero entonces las colas escamadas y carnosas de los reyes rata empezaron a rodearle las pantorrillas y los tobillos. Han saltó detrás de su amigue, encogiéndose cada vez que pisaba una rata. Se le revolvió el estómago mientras aplastaba y hacía crujir los cuerpos rotos de los roedores. Bueno, al menos ya no tenía hambre.

—¿Qué… qué es eso? —preguntó Xu con voz débil. Miraba hacia el otro lado de la calle.

Una figura avanzaba con torpeza hacia elles, cojeando y dando tumbos. Estaba tan oscuro que no podían distinguir gran cosa, aunque a Han no le pareció humana. Se le puso la carne de gallina mientras su mente se esforzaba por aceptar que lo que estaba viendo era cierto.

Aquello era un monstruo.

12

Colmillos chorreantes. Ojos relucientes. Extremidades, dedos y garras donde no debería haberlos. Pellejo lleno de agujeros hacia el abismo, diminutos pinchazos por la piel que seguía siendo demasiado humana. Moscas. Bichos. Enfermedad. Moho. Aquel espanto era indescriptible y Han no sabía dónde mirar. A su lado, Xu gimió y se tapó la cara con el abanico.

El monstruo giró su ¿cara?, ¿cabeza?, ¿ojos?, al oír el sonido y las ranuras en la cabeza se ensancharon cuando respiró hondo. Xu gimió de nuevo y la criatura olfateó y se acercó más. Han tiró de su amigue hacia el centro del tejado, luego se quitó el sombrero, el velo y la túnica.

—¡Corre! —le gritó a Xu—. ¡Yo lo detendré!

—¿Estás loco? —gritó elle y abandonó cualquier pretensión de formalidad—. Puede que tengas un físico atractivo, mi príncipe, ¡pero no estás en forma para esto!

A lo mejor Xu tenía algo de razón; Han hacía ejercicio más por aspecto que por funcionalidad. Buscó algún arma, la que fuera, y se decantó por una teja suelta que tenía bajo los pies. Pesaba más de lo que había esperado, pero no tanto como necesitaba, visto el tamaño del monstruo que avanzaba hacia elles. Tuvo buena puntería y, con un golpe sólido, la teja aterrizó de lleno entre los dos agujeros que podían ser ojos. O quizá no. Había muchos agujeros.

Poco a poco y con seguridad, como cuerpos hundiéndose en un pantano, los trozos rotos de la teja fueron absorbidos por la piel del monstruo. Mientras se tragaba la cerámica, el barniz y la masilla, unas burbujas negras oleosas aparecieron tras el paso de cada pieza. Las burbujas parpadearon varias veces y Han se dio cuenta de que eran más ojos. Tenía ganas de vomitar. Arrancó otra teja y se preparó para lanzarla de nuevo cuando oyó una voz que gritaba:

—¡Thanh!

Tanto el monstruo como Han se giraron para ver la fuente de esa nueva voz.

—¿Doña Brandi? —jadeó. Sí que era cierto que había nacido bajo la estrella de le Segunde Inmortal. Después de haberse pasado todo el día buscándola, iba y la encontraba *justo* en ese momento. Con un monstruo. A punto de morir.

—¿*Esa* es doña Brandi? —Detrás de él, Xu alzó la mirada al cielo—. Sí que tienes la suerte retorcida de Tendi, mi príncipe.

—¡Thanh! —gritó de nuevo la chica—. ¡Por favor! ¡Sé que puedes resistirte!

—¿Soy yo o está *brillando*? —musitó Xu.

Han se restregó los ojos. Ya había llegado el anochecer y, en la luz cada vez más tenue, la piel de doña Brandi parecía iluminada por los rayos de un sol invisible. Han se la quedó mirando, transpuesto. Brillaba como la punta de la llama de una vela y un halo de luz la rodeaba como si fuera una de esas doncellas celestiales en los cuentos de hadas que su madre solía leerle.

La bestia olfateó y arañó el suelo con sus enormes garras, dejando unos enormes surcos en los adoquines. Durante un instante, algo parecido al arrepentimiento o a la desesperación apareció en la miríada de ojos, y Han se estremeció con asco por la humanidad que percibió en ellos.

Pero entonces el monstruo bajó la cabeza y se preparó para atacar.

—¡Vamos, Xu! —gritó Han y, sin prestar atención a su miedo a las alturas, saltó del tejado—. ¡Tenemos que ayudarla!

—¿Qué te hace pensar que soy el tipo de persona que corre *hacia* el peligro en vez de ir en dirección contraria?

Han agarró una silla de uno de los restaurantes callejeros, una construcción endeble hecha de bambú endurecido, y salió corriendo hacia doña Brandi para interponerse entre la criatura y ella y estampar la silla contra las hendiduras dorsales de la bestia. Las patas se doblaron, rebotaron y se rompieron con el impacto. La criatura sacudió su cabeza… o esa cosa… como si apartara una mosca y rugió. Luego retrocedió y extendió las garras. Doña Brandi se apartó de un salto, pero gritó al tropezar. Han estiró un brazo y la enderezó de nuevo.

—¡Corre! —gritó mientras ella se alejaba cojeando—. ¡Yo lo entretendré!

Esquivó el golpe del monstruo hacia la izquierda, luego hacia la derecha, y agradeció todo el tiempo que había dedicado a los ejercicios de agilidad. Unas vigas de madera se rompieron detrás de él cuando la criatura arrastró las garras a través de edificios y toldos. Llovieron cristales y piedras en todas direcciones y Han se agachó para no acabar empalado. Tropezó con una viga y cayó al suelo. Se levantó con dificultad, pero entonces un dolor lacerante en el costado lo obligó a doblarse de nuevo.

¡Bum! Algo se rompió encima de él y se tapó la cabeza cuando llovieron escombros. La abominación rugió. Han se enroscó en una bola y cerró los ojos, a la espera de su final. Al menos sería un final sensacional. Morir a manos de un monstruo era algo memorable.

Sin embargo, el golpe letal nunca llegó, sino que se oyó un fiero aullido y un pequeño gato naranja apareció volando de la nada para arañar los múltiples ojos del monstruo. La criatura se encogió y bramó de dolor hasta que apartó de un manotazo al felino.

—¿Sajah? —Doña Brandi corrió hacia el gato, que yacía en el suelo, y se arrodilló a su lado—. ¡Sajah!

Distraída por el gato, no se fijó en que la bestia avanzaba y aceleraba a su espalda.

Han se levantó de un salto, con una mueca cuando un dolor penetrante le atravesó las costillas. Tenía que hacer algo. Lo que fuera. Vio una gran viga delante del él, en el suelo, afilada por ambos extremos, y la agarró. La sopesó por encima del hombro como una jabalina, separó los pies y apoyó el peso en el de atrás.

—¡Yah! —gritó—. ¡Apártate de ella!

Echó hacia atrás la jabalina improvisada y la lanzó hacia la criatura con todas sus fuerzas.

La viga le rozó el costado sin hacerle daño.

Bueno, ahora sabía que debía añadir lanzamiento de jabalina a su rutina de ejercicio. Eso si volvía a hacer ejercicio, claro. Pese a todo, el proyectil tuvo el efecto deseado y la bestia alzó la cabeza para mirarlo a él, bien lejos de doña Brandi. Han elevó los puños en señal de victoria antes de percatarse de que no había planeado que su estratagema funcionase. Empezó a retroceder despacio cuando la criatura bajó la cabeza y se preparó para ir a por él.

Oyó un chillido agudo por encima del hombro que fue creciendo en intensidad hasta que una figura esbelta pasó corriendo a su lado y escaló por los hombros y la espalda del monstruo hasta alcanzar su cuello.

—¡Corre, mi príncipe, corre! —gritó Xu mientras le clavaba las espigas del abanico en los ojos.

Han no necesitaba que lo convenciera. Sin prestar atención al dolor del costado, aprovechó sus largas piernas y corrió en busca de refugio mientras la bestia se sacudía y rugía de dolor. Xu se aferraba con todas sus fuerzas y lo cegaba lo mejor que podía, hasta que se libró de elle y le estampó contra Han.

—¡Thanh! —En el extremo más alejado de la calle, doña Brandi se levantó con paso inestable —. ¡Déjales en paz!

Y entonces, con un gesto de sus manos, el mundo estalló en llamas.

Han retrocedió por el repentino calor abrasador, igual que la criatura. Cuando se le aclaró la visión, vio que doña Brandi, además de brillar, también estaba… *en llamas*. No, en llamas no, sino *hecha* de fuego. Era un ser etéreo de luz y fuego, un incendio en forma de chica que se aferraba al brazo del monstruo mientras su piel ardía bajo sus manos.

—Lo siento —sollozó ella—. ¡Lo siento mucho!

Gritando de dolor, la criatura se deshizo de doña Brandi, que aterrizó a varios metros de distancia. La luz crepitó y se apagó a medida que se transformaba de chica a fuego, de chica a fuego, mientras ella se esforzaba por mantenerse consciente. El monstruo centró sus múltiples ojos en la joven y se lanzó a por ella, todo mientras arrasaba edificios y creaba más escombros.

Han buscó con desesperación alguna forma de ralentizar a la abominación, de atraparla. A cierta distancia había un pilar de piedra inestable apoyado con precariedad sobre un toldo caído. Era grande. Y pesado. Quizá pesara lo suficiente para detener a un monstruo.

—¡Doña Brandi! —gritó—. ¡Por allá! —Señaló el toldo e imitó el pilar cayendo con las manos. Luego corrió hacia las vigas derrumbadas y escaló el tejado cercano, agarrándose a la columna de piedra sin mirar abajo—. ¡Xu, ayúdame!

Doña Brandi se mantenía consciente con cierto esfuerzo, aunque captó lo que Han pretendía hacer y se apartó.

Xu subió al tejado y juntes apoyaron todo su peso contra el pilar; empujaron y rezaron, llenes de esperanza.

—¡Ahora! —gritó doña Brandi—. ¡Ahora!

Con un último empujón hercúleo, Han y Xu dieron todo lo que tenían.

Despacio, demasiado despacio, el pilar empezó a moverse.

—Venga —dijo Han con los dientes apretados.

Agarró la mano de Xu y se apartaron de un brinco justo cuando la columna empezó a caer. El tiempo pareció detenerse mientras observaban a la abominación acercarse centímetro a centímetro y al pilar caer más y más rápido hasta que…

¡Pam!

El edificio en el que estaban se derrumbó, con lo que Han y su amigue acabaron en el suelo. Al otro lado hubo una enorme explosión y una nube de escombros apareció en el cielo y envió polvo por todas partes. Han se tapó la boca y la nariz con la manga de la ropa interior, pero se ahogó igual y le entró polvo en los ojos. Entre toses, intentó escuchar los resoplidos de la abominación. Oyó un borboteo, un gemido, un suspiro largo y estertóreo… y entonces…

El estallido de luz más intenso que se podía imaginar.

Seguido por el silencio.

Pasó una eternidad antes de que Han y Xu consiguieran moverse y salir del edificio en ruinas hasta la calle.

—¿Está muerto? —gimió Xu.

Han se limpió los ojos llorosos e intentó, en vano, parpadear para deshacerse de las lágrimas. El polvo y el humo se pegaban a elles como niebla, y la luna proyectaba una luz extraña, con sombras sobrenaturales. Aún le pitaban los oídos del derrumbe y el fragor de la batalla, pero le pareció que la calle estaba tranquila.

—¿Creo… creo que sí? —dijo con voz ronca.

—Bien. —Xu se materializó a su lado como un fantasma, cubierte de blanco de la cabeza a los pies—. ¿Doña Brandi está bien?

A cierta distancia, a Han le pareció oír el tintineo de un cascabel. Sacudió la cabeza para intentar deshacerse del pitido de los oídos.

—No lo sé. —Lo único que quería era tirarse al suelo; de repente se sentía débil, porque cada magulladura, arañazo y herida se dieron a conocer en ese momento. Se frotó el brazo y descubrió que estaba pegajoso. Sangre. Tenía un corte profundo en el antebrazo—. Echemos un vistazo.

Se abrieron paso con cautela hasta el pilar. Costaba ver con la ceniza y el humo, que ocultaban la luz de la luna. Pero, cuando se acercaron al lugar de la columna caída, vieron que la criatura había desaparecido.

—¿A dónde ha ido? —preguntó Xu con asombro. No había nadie, ni tampoco se oía ningún ruido, excepto un suave tintineo que resonaba en los edificios destrozados—. ¿Eso es… un cascabel?

—No estoy seguro. —Han atravesó las ruinas cojeando con dificultad mientras buscaba metódicamente cualquier señal de doña Brandi—. Pero creo que viene de allí.

Señaló hacia el otro extremo de la calle y siguió el sonido a medida que se volvía más y más fuerte.

Con un gruñido, Xu se arrastró con esfuerzo tras él. De repente, dos brasas cobraron vida ante elles. Han profirió un grito agudo y, al retroceder, tropezó con un trozo roto de adoquín.

—¿Qué pasa? —preguntó Xu—. ¿Es el monstruo?

Las brasas parpadearon y entonces un pequeño gato naranja se materializó en la bruma. Con la pata, le tocó el pie una y otra vez. Era el mismo gato que había atacado a la criatura con sus garras y la fuente del tintineo era el cascabel que colgaba de una cinta alrededor de su cuello.

—No, es solo un gato —dijo, sintiéndose como un tonto. El felino ladeó la cabeza y le enseñó los dientes en lo que le pareció una sonrisa burlona—. Sí, sí, muy bien, qué valiente has sido. Y ahora vete.

Era alérgico a los gatos.

El animal resopló con altanería y se giró hacia Xu.

—Hola, leoncito —dijo y estiró un brazo para rascarle detrás de las orejas—. ¿De dónde has salido?

La criatura ronroneó y se enroscó entre las piernas de Xu. Han resolló con fastidio.

—Déjalo, es otro de los miles de gatos callejeros de Zanhei que van pidiendo comida. —Se sacudió la ropa al levantarse. Las calles estaban en silencio, carentes de cualquier sonido o presencia—. Venga, tenemos que encontrar a doña Brandi y ver si está bien.

—Por casualidad no sabrás dónde podemos encontrar a doña Brandi, ¿verdad, guapetón? —canturreó Xu mientras acariciaba el pelaje deslucido del gato y le hacía sonar el cascabel—. Seguro que conoces estas calles mejor que nadie.

—Es un gato, no un perro —replicó Han con sequedad—. No nos ayudaría ni aunque pudiera entenderte.

La criatura se giró para lanzarle una mirada siniestra. Luego alzó los ojos hacia Xu, le contempló con adoración y, tras una última caricia, echó a correr hacia la bruma.

—¿Ves? —Han estornudó—. Demonio despreciable.

Estornudó de nuevo.

Al cabo de un momento, el gato reapareció. Se los quedó mirando, moviendo la cola con impaciencia, y luego se dio la vuelta y desapareció en las sombras. Volvió a aparecer poniendo mala cara.

—Creo que quiere que le sigamos —titubeó Xu.

El gato asintió. Han parpadeó.

—Ese gato… ¿acaba de asentir?

El animal lo miró con exasperación y luego centró su extraña mirada inteligente en Xu.

—Bueno —dijo elle con ecuanimidad—. Después de todo lo que he presenciado hoy, un gato con una inteligencia poco común es hasta normal. —El felino asintió de nuevo y Xu lo siguió por

la bruma—. Venga, mi príncipe. Este plan es tan bueno como cualquier otro.

Dejaron que el gato les condujera a través de montones de rocas y escombros, hasta que se encontraron con una pequeña figura tirada en el suelo.

—¡Doña Brandi!

Han escaló por encima de trozos rotos de madera y ladrillo para acudir a su lado. Pero, al acercarse, vio que no era doña Brandi, sino une niñe pequeñe de unos diez años. Yacía tumbade de costado en medio de un cráter de destrucción, como si estuviera durmiendo. En sueños, movía ligeramente las manos, apretadas en puños, mientras el sube y baja firme de su pecho le aseguró a Han que no estaba muerte. Despacio y con cuidado, le tomó en brazos y el peso de sus articulaciones le recordó a cuando solía llevar a Anyang a la cama después de que las pesadillas lo hubieran llevado a la habitación de Han.

—¡Mi príncipe! ¡Por aquí!

Siguió el sonido de la voz de Xu hasta que le encontró arrodillade junto la figura inerte de una chica, con el gato a su lado. Una fría gota de miedo se asentó en su estómago y se extendió como hielo por sus venas.

—¿Es…?

—Está viva —confirmó Xu—. Pero desconozco la gravedad de sus heridas. —Miró a Han y frunció el ceño—. ¿A quién lleva Su Excelencia en brazos?

—No lo sé. —Miró a le niñe, que empezaba a removerse y murmurar—. Parece que necesita a une sanadore.

—Creo que puedo ayudarles con eso.

Han y Xu se dieron la vuelta y, con los ojos entornados, buscaron en la niebla el origen de la voz. Un brillo como de búho apareció a su derecha cuando la luna se reflejó en los bordes de un par de gafas. Distinguieron a una silueta regordeta entre las nubes de polvo cambiantes, pero entonces las gafas desaparecieron y su propietarie se adelantó.

—Soy la profesora Hu —dijo la silueta con gafas—. Y les Guardianes del Amanecer han venido para salvaros.

Segunda Parte

LES GUARDIANES DEL AMANECER

13

Lo primero en lo que Zhara se fijó al despertar fue el olor. Mohoso, húmedo y parecido al de los champiñones, como si estuviera tumbada en el fondo de un pozo.

Lo segundo en lo que se fijó fue en que había algo cálido y peludo a su lado, que tintineó cuando cambió de postura.

Y lo tercero fue el terrible dolor de cabeza que tenía.

Guardiana del Fuego…

Abrió los ojos con un gruñido y se encontró con una oscuridad total. Se sobresaltó con cierto pánico por no saber dónde se hallaba, si estaba herida o si había muerto.

—Ya está, ya está —dijo una voz tranquilizadora. Una mano con callos se apoyó en su frente; olía un poco a alcanfor y canela. Un aroma familiar, y uno que reconoció de inmediato: la profesora Hu. La calma se asentó en los huesos de Zhara y se permitió relajarse mientras la mujer le quitaba un trapo húmedo de los ojos. Un par de gafas atadas a un cordón de cuentas de topacio colgaba delante de su cara. Poco a poco pudo discernir su entorno.

—No deberías hacer esfuerzos.

—¿Profesora? —graznó. Tenía la voz ronca por la falta de práctica. Algo peludo le rozó los dedos y, al bajar la mirada, encontró a un gato pequeño de color naranja acurrucado junto a su cadera—. ¿Sajah? —El gato la saludó con un maullido—. ¿Cómo…?

—Ya está —repitió la apotecaria y humedeció el trapo en un cuenco de agua fría y fresca que tenía a su lado en el suelo—. Ve con calma. Has pasado por todo un calvario.

Zhara parpadeó. Su mente intentaba con desesperación rellenar los huecos de los últimos… ¿minutos?, ¿horas?, ¿días?, mientras examinaba lo que había a su alrededor.

—¿Dónde estoy?

—Con les Guardianes del Amanecer. —La profesora Hu intentó colocarle el trapo sobre la frente—. A salvo. Por ahora, al menos.

—¿Les… Guardianes del Amanecer? —La cabeza le dio vueltas cuando, aturdida, intentó extraer el significado de las palabras que comprendía, pero no entendía. Guerreres elementales. La abuela Meng. Sociedades secretas—. ¿Quién…? ¿Qué…?

Se enderezó con un gruñido y un pinchazo de dolor en las sienes. Intentaba encauzar sus pensamientos descarriados en algo semejante al orden.

—Quédate quieta —le ordenó la profesora Hu y la empujó hacia atrás—. Por suerte, no parece que tengas heridas físicas de gravedad, pero tu energía mágica ha soportado una buena paliza y tardarás un tiempo en recuperar fuerzas.

«Les Guardianes del Amanecer», había dicho la matriarca buri, que también le dio un colgante

con un sol grabado. Una conversación susurrada entre el maestro Ciruela y el librero en el callejón. Una voz espeluznante que siseaba: «Guardiana del Fuego, conque aquí estás…».

—¡Les Guardianes del Amanecer! —gritó Zhara.

—Sí, acabo de decirlo —replicó la profesora Hu con un poco de impaciencia—. Y ahora tranquilízate, niña, para que puedas recuperarte.

A pesar de las protestas de la apotecaria, Zhara se enderezó más para ver la habitación.

—¿Qué es este lugar?

Se hallaba en una pequeña sala sin ventanas hecha de tierra compacta. La fuente del olor a moho parecían ser las estanterías de un rincón, apiladas con textos húmedos y podridos de origen indeterminado. Había un montón de trapos sucios en la esquina opuesta, sobre un jergón relleno de algo semejante a pelo de caballo.

—Es el sótano de la librería del maestro Cao. Les demás están arriba.

Madame Hong, la pescadera, tenía razón: el maestro Cao sí que tenía un sótano. Zhara se habría reído si no le doliera tanto la cabeza.

—¿Les demás? ¿Quiénes son les demás?

—Les dos jóvenes que encontramos contigo. Uno esbelte y bien vestide y otre alte y atractive con hoyuelos.

Unos fragmentos de los acontecimientos previos regresaron a la mente de Zhara. Recordaba haber visto a alguien sobre un tejado lanzando proyectiles a… Pero ahí su memoria flaqueó y solo le dejó una imagen borrosa.

—¿El maestro Ciruela?

—Supongo que ese es el de los hoyuelos. Ha preguntado mucho por ti. —La profesora Hu dejó de intentar persuadir a Zhara de que se tumbara de nuevo y se acercó al montón de trapos en el otro lado de la habitación—. No sabía que tenías novio, muchacha.

Zhara se sonrojó.

—No es mi novio. Es… —Perdió el hilo al darse cuenta de que, a pesar de la presencia desmedida del chico en sus sueños, no sabía prácticamente nada sobre el maestro Ciruela. Ni siquiera conocía su nombre real—. Es un desconocido. Un desconocido muy amable.

Recordó su sonrisa mientras le ofrecía un ejemplar de *La doncella amada por la Muerte*, una sonrisa que lo único que pedía era otra a cambio.

—No conozco a muchas personas dispuestas a arriesgar su vida para salvar la de una completa desconocida —comentó la profesora Hu—. Ese joven debe de ser muy amable. Deberías casarte con él.

La apotecaria empapó dos tiras limpias de tela en el cuenco de agua y los colocó sobre el montón de trapos. Zhara se sobresaltó. La profesora Hu no estaba cuidando de un montón de ropa sucia, sino de une niñe.

Une niñe buri.

«Guardiana del Fuego… Conque aquí estás… He reconocido tu roce».

Las imágenes borrosas en su mente cobraron nitidez: mandíbulas con chorros de baba sobre su cabeza, piel con ampollas y una miríada de ojos aceitosos donde antes había un niño pequeño. Llamas a su alrededor, alrededor de ella, dentro de ella; el horno de su magia se había convertido en un incendio que no podía controlar.

—¡Thanh! —exclamó, con lo que despertó a Sajah. Con esfuerzo, Zhara salió del jergón para arrastrarse al lado del niño—. ¿Está bien? —Recordaba el fogonazo cegador de luz que emanó de sus manos cuando lo tocó, y la imagen de los ojos ciegos de Suzhan acudió a su mente—. ¿Está… ileso?

La profesora Hu asintió.

—Dormido por ahora. Con una salud perfecta, por lo que he podido ver, tanto física como mágica. Solo está cansado.

Despacio, Zhara colocó titubeando la mano en la mejilla de Thanh. Enseguida se encendió esa sensación de afinidad que llegaba más hondo que la sangre y que los huesos: era el conocimiento de que ambes eran magues. Pero esa vez la magia era sutil y limpia: los meridianos de poder fluían por el cuerpo del niño sin corrupción ni oscuridad. No notó ninguna podredumbre ni veneno. El chico se removió, sin llegar a despertarse.

—Ha desaparecido —murmuró Zhara. La apotecaria la observó con curiosidad.

—¿El qué?

La joven apartó la mano de la mejilla de Thanh y se acuclilló.

—Había una… plaga… en su magia —dijo, atascándose con las palabras. Conocía muy poco sobre el funcionamiento, la historia o incluso el vocabulario de la magia y no sabía explicar ni describir lo que había ocurrido. Siguió hablando despacio—: La sentí por primera vez cuando la abuela Meng vino con él a la tienda. Cuando me agarró la mano. —Se frotó las palmas contra la pierna y Sajah le mordisqueó los dedos—. No sabía que les magues podían sentirse entre elles de esa forma. Con tocarse, quiero decir.

La profesora Hu sonrió.

—Es el caos de nuestra sangre, que llama a más caos.

—¿*Nuestra* sangre? —Zhara estudió a su mentora con los ojos entornados—. ¿Usted también es maga?

No sabía si sentirse dolida o emocionada por esa revelación.

—Por desgracia, no. —La sonrisa de la apotecaria se tornó triste—. Pero mi hermano sí. Él y yo compartíamos ese caos en nuestra sangre, aunque a mí me falta la habilidad de manipular el vacío. —Resopló—. Soy lo que llaman una antimaga.

—¿Una antimaga?

Zhara estaba perdida.

La profesora Hu extendió el brazo hacia ella. Zhara deslizó la palma dentro de la mano de la

herbolaria y ahogó una exclamación cuando esa sensación tan profunda de reconocimiento resonó entre ellas.

—¿Lo notas? —preguntó la apotecaria—. ¿Esa resonancia entre las dos, como dos cuerdas cantando juntas en una cítara?

Suzhan podría haberle explicado lo que la mujer quería decir, pero Zhara no tenía ni idea. Aun así, cuando se permitió relajarse y considerar la sensación que fluía entre la apotecaria y ella, se dio cuenta de que el contacto con la profesora Hu repetía y amplificaba su magia.

—Sí —respondió con aire de sorpresa.

—Eso es el vacío. —La apotecaria apartó la mano y la sensación se desvaneció—. El espacio entre la materia, el caos entre el orden, el lugar del potencial.

Zhara nunca había pensado en su magia como una *ausencia* o como *el espacio entre* las cosas. Cada vez que pensaba en sus dones, se los imaginaba como una fuerza externa a ella o, quizá, como una fuerza *adicional* a ella. Un horno, no un vacío. A lo mejor por eso sus intentos de lanzar hechizos habían sido tan impredecibles y caóticos. A lo mejor había malinterpretado y usado mal los principios subyacentes de la magia.

—¿Eso es la magia?

—Bueno —contestó evasiva la profesora Hu—. La magia no es una cosa en sí misma, sino más bien algo que *hacen* les magues. La magia es acción. Es cambio. Como el agua que se congela en hielo, la madera que se quema en cenizas, la tierra que se funde en metal. El vacío es lo que les magues manipulan para crear ese cambio. —La apotecaria se observó las manos—. Yo no puedo crear el cambio ni tampoco me afecta.

—¿Qué significa eso?

La apotecaria sonrió.

—Significa que no puedo hacer magia ni la magia funciona en mí. De ahí lo de *antimaga*. La mayoría de antimagues proceden de familias mágicas. —Su expresión se tornó sombría—. Tal vez por eso hay tantes antimagues en les Guardianes del Amanecer. Porque muches perdimos a nuestros seres queridos ante la justicia del Caudillo.

La herida aún era reciente.

—¿A quién perdió usted? —preguntó Zhara con suavidad.

La profesora Hu retorció los labios, secos y sin humor.

—A mi hermano. Vivíamos en Fanwe, una aldea minúscula en la provincia de Jingxi que ya no existe. Nuestra familia siempre ha estado especializada en sanación y mi hermano dedicó gran parte de su vida a estudiar hechizos de curación. —La mirada de la profesora Hu se tornó distante y su expresión se suavizó—. Trabajábamos juntes, mezclando la práctica médica y la mágica para tratar a les pacientes. —Apretó la boca, su mirada se endureció—. Y entonces llegó la guerra. Y las purgas. —Se apartó de Zhara—. Fueron les Guardianes del Amanecer quienes me ayudaron a escapar a Zanhei cuando los Cernícalos se llevaron a mi hermano.

Los nombres y los lugares cambiaban, pero la historia era la misma que la de Zhara.

—Lo siento —susurró—. Los Cernícalos se llevaron a mi padre cuando yo tenía diez años.

La mirada de la apotecaria emanaba una terrible compasión.

—Lo sé.

—¿Que lo sabe? —El dolor y la conmoción le formaron un nudo en la garganta—. ¿Qué quiere decir con que lo sabe? ¿Cómo…? ¿Cuándo…?

La profesora Hu apartó la mirada.

—Fueron tus padres quienes me ayudaron a escapar —respondió en voz baja—. También formaban parte de les Guardianes del Amanecer.

Zhara ya no notaba las puntas de los dedos ni la nariz. Era como si su alma se hubiera desprendido para dejar tan solo entumecimiento.

—Después de la muerte de Jin Zhanlong, intenté acogerte —prosiguió la profesora Hu y fue a comprobar los carbones de un brasero cercano—. Pero para entonces esa madrastra malvada que tienes ya había clavado sus garras en ti. —La apotecaria arrugó el rostro con disgusto mientras vertía agua de una jarra cercana en una olla, que colocó encima del brasero para preparar té—. Y juré que solo revelaría la existencia de les Guardianes del Amanecer a quienes lo necesitasen.

—La segunda esposa no es malvada —dijo Zhara de forma automática—. ¡No lo es! —insistió al ver la expresión de incredulidad de la mujer—. Estaba allí cuando la necesité. Me protegió de la justicia del Caudillo.

La profesora Hu no parecía convencida.

—Les Guardianes del Amanecer podrían haberte protegido. Podemos protegerte ahora —dijo mientras buscaba té en varios cajones—. Te buscaríamos un refugio, como hemos hecho para tantas personas.

Zhara sacudió la cabeza.

—Le debo mi vida a la segunda esposa.

—A esa mujer no le debes nada —replicó con severidad la apotecaria.

Pero ¿acaso no se lo debía? «Sé buena y sé auténtica». Una buena chica nunca olvidaría las deudas que tiene ni los errores que ha cometido. Se acordó de los ojos ciegos de Suzhan y el pómulo amoratado.

—No puedo marcharme —dijo con suavidad—. No cuando aún me necesitan.

La profesora Hu soltó un suspiro de frustración.

—Tú decides, supongo —gruñó. Luego sacó una mesa plegable del rincón y la colocó en el suelo entre las dos—. Pero ahora debes jurarme que nunca revelarás la existencia de les Guardianes del Amanecer *a nadie*, o te meteré en la siguiente caravana que se dirija al oeste más lejano. Mírame cómo lo hago.

Zhara frunció el ceño.

—Pero ¿qué son exactamente les Guardianes del Amanecer? La abuela Meng dijo que era una

organización mágica clandestina de la resistencia.

—Más bien somos una sociedad secreta que una resistencia —explicó con cansancio la herbolaria, como si ya hubiera contado eso mismo en muchas, muchísimas ocasiones—. Lo último hace que parezca que estamos intentando organizar una sublevación.

Zhara pensó en el colgante con el símbolo solar de la última dinastía Mugung derrocada.

—¿Y no lo sois?

La profesora Hu resolló con desdén.

—Claro que no. Les Guardianes del Amanecer no somos una organización política, sino una sociedad de ayuda mutua y de preservación histórica. Proporcionamos fondos, atención, asistencia y hasta medios de huida para quienes lo necesiten. Magues, antimagues o cualquiera que simpatice con la causa de la liberación maga.

—No sé qué decirle —titubeó Zhara—. Eso para mí es una organización política.

La apotecaria gruñó.

—Supongo que es la función que tenemos en esta época que nos ha tocado vivir. La existencia de la magia se ha convertido en algo político. —Sacudió la cabeza—. Pero el objetivo principal de les Guardianes del Amanecer siempre ha sido preservar y proteger, no derrocar y deponer tiranes. A pesar de lo que algunes de nosotres digan.

Zhara arqueó las cejas.

—¿Qué significa eso?

La profesora Hu la miró con severidad.

—Eso da igual. No quiero que te codees con gentuza revolucionaria, ¿me oyes? Estamos aquí para ayudar, no para que nos maten. Ya he presenciado suficientes muertes para toda esta vida y la siguiente. —La apotecaria encontró un juego de té y lo colocó en la mesa. Llenó la tetera con varios puñados de oolong y vertió el agua hirviendo sobre las hojas—. Y ahora, bebe.

Zhara aceptó la taza que le ofrecía la mujer con las dos manos. Tomó un sorbo, ahogando el siseo de dolor cuando el té le quemó la lengua. Como siempre, la herbolaria no se había molestado en comprobar la temperatura del agua antes de echarla en las hojas; el té estaba amargo, quemado y ardiendo. Tosió y dejó la taza sobre la mesa.

Al otro lado de la habitación, Thanh se removió dormido.

—Mamá —murmuró. La herbolaria fue a atenderlo.

—¿Qué le ha pasado a la madre del chico? —preguntó mientras le limpiaba el sudor de la frente.

—Al parecer, los Cernícalos se la llevaron. Lo encontré solo en un callejón cuando… cuando…

Cada vez que su mente se aproximaba a los recuerdos de esa noche, se apartaba por instinto, como para protegerla de todo ese horror. La masa enrollada y turbulenta de cuerpos de ratas y colas, los chillidos y murmullos burbujeantes, la voz que la llamó «Guardiana del Fuego»…

—¿Cuando perdió el control de su magia? —La apotecaria estudió a Zhara a través de sus gafas de carey, con esos ojos grandes como de búho—. Les niñes empiezan a mostrar señales de su habilidad mágica a esta edad, aunque no de un modo tan espectacular. El maestro Cao tuvo que limpiar un buen destrozo.

Zhara observó los posos que se habían acumulado en el fondo de la taza. Notaba el ojo mental confuso y lo único que parecía recordar con cierta claridad era esa luz cegadora que había quemado la oscuridad.

—¿Eso fue lo que ocurrió? —murmuró—. ¿Une se convierte en un monstruo cuando no controla su magia?

Recordó la naturaleza caótica de su poder, su incapacidad de canalizarlo en lo que deseaba, y sintió miedo.

—¿Un monstruo? —La profesora Hu arqueó las cejas—. Supongo que si une mague no va con cuidado, puede hacer daño sin querer a otras personas o causar muchos destrozos, pero llamarles «monstruos» es pasarse un poco, lah.

Zhara negó con la cabeza.

—No —susurró y se estremeció cuando la imagen de la miríada de ojos aceitosos sobre la piel llena de ampollas cobraba más nitidez en su mente—. Quiero decir que se convirtió en un *monstruo de verdad*. Se convirtió en… —Tragó saliva y se obligó a sacar las palabras a través de los labios—. En una abominación.

La palabra cayó con un golpe en el suelo entre las dos. Oyó la advertencia de la segunda esposa resonando en el silencio: «Circulan rumores sobre monstruos en el pantano».

La profesora Hu tardó un rato en responder.

—Está volviendo a pasar —murmuró, con el rostro descompuesto y los labios pálidos. Zhara alzó la mirada.

—¿El qué?

La apotecaria se puso a limpiar la frente del niño para evitar los ojos inquisitivos de Zhara.

—La plaga —respondió en voz baja.

—¿La plaga? —Zhara se imaginaba la oscuridad en la magia de Thanh como puntos de enfermedad y recordaba a la abuela Meng y a la profesora Hu discutir en la tienda sobre la escasez de brotes de helecho coronado—. ¿Qué plaga?

La herbolaria alisó la manta sobre la silueta dormida del chico y se puso en pie.

—Niña, recuérdame cuántos años tienes.

—Cumpliré diecisiete la Noche de los Siete.

—Demasiado joven para recordarlo. —La profesora Hu se puso a recoger las tazas y el té de la mesa—. Demasiado joven para recordar un mundo donde la magia era tan normal como respirar y lo mucho que cambió todo con la plaga. —Negó con la cabeza—. Nadie sabe cómo comenzó —relató, con los ojos fijos en un punto intermedio delante de ella—. O la causa. Pero, hace

veinte años, les magues de todos los Reinos del Alba empezaron a convertirse en monstruos. El primer mago en convertirse fue… el último emperador Mugung.

Zhara asintió. Todes les escolares de Zanhei sabían que la transformación en abominación del emperador Mugung había sido el origen de la Guerra Justa. El Caudillo bajó del norte con su horda para pasar a cuchillo al antiguo gobernante por el bien del imperio; luego se instaló en el Trono del Sol como el nuevo emperador Gommun y dirigió esa misma arma a todes les magues del reino.

—Empezó con apatía —prosiguió la profesora Hu—. Un cambio curioso de temperamento. Y entonces, de repente, sin previo aviso y de forma inesperada, les salieron escamas a les afligides. Garras. Colmillos. Alas. —Cerró los ojos y se quitó las gafas, que le quedaron colgando del cuello—. Antes de darnos cuenta, una plaga de abominaciones empezó a destruir la tierra y a su gente. —Centró la mirada en Zhara, con el semblante lúgubre de la aprensión—. Y me temo que está pasando de nuevo.

Zhara dio vueltas a su taza sin beber.

—¿Hay alguna forma de detenerla?

—Dicen que más vale una pizca de previsión que una gota de cura. —La apotecaria miró al dormido Thanh—. Tengo que ir al pantano y averiguar la causa de esta extraña corrupción.

Zhara se enderezó.

—Iré con usted.

—¿Tú? —La profesora Hu no parecía conforme con aquello—. ¿Por qué?

—Porque puedo sentir la corrupción —respondió Zhara, extendiendo las manos—. Y… porque parezco capaz de curarla.

La mujer la miró con lástima.

—Niña, no hay cura para la abominación.

Pero la existencia de Thanh (sano, entero, humano) indicaba lo contrario. Zhara sacudió la cabeza.

—No importa, el caso es que puedo serle de utilidad. Soy maga. Déjeme ayudarla en lo que pueda.

La profesora Hu no respondió enseguida.

—Será peligroso —dijo al fin—. Preferiría que estuvieras a salvo.

A salvo. Para Zhara, la seguridad era tan frágil como el perfume barato de olivo dulce. El aroma de la ropa de su madrastra mientras se escondía entre las túnicas, el sabor del terror amargándole la boca.

—¿Acaso estaré a salvo de verdad hasta que no salvemos al mundo? —dijo, más para sí que para la apotecaria.

—Seguramente no —respondió su mentora con aire pragmático—. Aunque no puedes hacer nada, solo sobrevivir.

Sobrevivir. Zhara conocía bien la supervivencia. Sobrevivir era la cocina en la que dormía, la estancia que contenía la placa funeraria de su padre, el taburete de su hermana en un rincón, sus novelas románticas y su jergón cubierto de cenizas junto a la chimenea. Pero el mundo era más grande que eso y la existencia de *El clásico de mil caracteres* lo demostraba. Había hecho falta un encuentro accidental con un chico ruborizado en el mercado para que Zhara comprendiera que sobrevivir y vivir una vida plena no eran lo mismo.

—El mundo es peligroso —dijo con suavidad—. Y no quiero sobrevivir, lo que quiero es *vivir*.

14

HAN DESCUBRIÓ QUE LA MAGIA HACÍA COSQUILLAS.

—Deja de retorcerte —le espetó el maestro Cao y dibujó por tercera vez un símbolo de curación en su brazo. Han había contemplado con asombro mientras el diminuto librero hacía lo mismo con las heridas de Xu; las suaves pinceladas dejaban trazos de luz lavanda a medida que la piel rota se juntaba de nuevo. Su mejor amigue se había recuperado por completo de su pelea contra la abominación, sin ningún rastro físico de los horrores que habían vivido esa noche.

Su mirada, por otra parte, permanecía atormentada.

—¡Quédate quieto!

El maestro Cao le agarró la muñeca y pasó el pincel con un poco más de firmeza sobre los moratones que le cubrían el brazo.

—Es que pica —se quejó Han. Vio que el corte en el brazo se sellaba durante un momento antes de volver a abrirse—. ¿Por qué el hechizo no funciona conmigo?

—No lo sé —replicó irritado el librero, irascible por el cansancio. El maestro Cao había pasado las últimas horas arreglando la devastación y la destrucción de su pelea con el monstruo con unos cuantos trazos rápidos de su pincel, con el que escribía hechizos lavanda en el aire. Han y Xu se maravillaron al contemplar los trozos de edificio y escombros repararse por sí solos; las grietas se arreglaron, suavizaron y desaparecieron—. Pero a lo mejor tenemos que hacer esto a la antigua. Tú —dijo, señalando a Xu, que miraba inexpresive a la nada—. En la estantería detrás del mostrador, hay una caja de madera con el mortero de Lo tallado. Tráela para que podamos vendar a este joven.

Xu acató la orden y presenció cómo el librero intentaba con torpeza limpiar la herida de Han, hasta que tuvo que intervenir.

—¿Puedo? —preguntó, quitándole con delicadeza los vendajes de las manos—. Creo que tengo más experiencia en esto que el maestro Cao. He pasado toda la vida intentando que mi pr… mi amigo llegue vivo a la mayoría de edad.

—Adelante.

El librero le cedió la tarea de vendarle las heridas.

—Supongo que no es necesario aprender a hacer cosas a la antigua si une sabe hacer magia —comentó Xu mientras limpiaba y vendaba con eficacia el corte en el brazo de Han.

—Ah, ya se me daba mal todo incluso antes de saber que era mago —respondió el maestro Cao con ironía—. Pero tuve suerte: esos libros me salvaron la vida cuando apareció mi magia.

—¿*El clásico de mil caracteres*? —preguntó Han, al acordarse del manual sobre el idioma de las flores que le había dado el librero.

—No. —El maestro Cao sonrió—. Las novelas. —Señaló las estanterías que lo rodeaban y que soportaban montones elevados de ejemplares y más ejemplares y más ejemplares de títulos como *El monje vagabundo* y *El meollo de la cuestión*—. Historias de aventuras. A menudo soñaba con convertirme en un héroe, como los que leía en los cuentos, alguien que volaba sobre una nube y podía traer justicia al mundo. Al igual que ellos, tenía poderes. —El librero alzó las manos y rio —. Pero, a diferencia de ellos, no eran gran cosa.

Han se enderezó en su asiento. Reconoció el afecto en la voz del maestro Cao; era la misma emoción que sintió al leer *La doncella amada por la Muerte*.

—¿Qué me dice de las novelas románticas? ¿Esas también las disfruta?

El librero rio.

—Cuando era joven, no. No obstante, desde entonces he aprendido a apreciarlas. —Le brillaban los ojos—. ¿Hay alguna que te guste en particular?

—*La doncella amada por la Muerte* —respondió Han de inmediato.

—Ah, sí, ese escritore es bastante popular. —El maestro Cao asintió—. Y prolífique. —Señaló el almacén, en la parte trasera de la librería, donde la profesora Hu, doña Brandi y el niño habían desaparecido por una trampilla. Han se sorprendió al descubrir la existencia de un sótano debajo de la tienda estando tan cerca de las aguas de los canales, pero el maestro Cao explicó que solo era posible gracias a la magia. Había hechizos grabados en los postes de madera y en el suelo de tierra que mantenían el agua del río a raya—. Ahí atrás hay varios títulos que mis escribientes aún no han tenido tiempo de copiar. Últimamente —hizo una mueca— me falta personal.

—¿Le falta personal? ¿Por qué? —preguntó Xu.

El maestro Cao suspiró.

—La librería es en parte una tapadera para les Guardianes del Amanecer. Y la gente que trabaja para mí son miembros de la organización que me ayudan a encontrar a magues por toda la ciudad para ayudarles a escapar.

Así que la pescadera tenía razón, pensó Han. El librero *sí* que hacía contrabando, en cierto sentido.

—¿Escapar? —preguntó, al acordarse del tío Li y de su prima Ami—. ¿Escapar a dónde?

El maestro Cao le dirigió una mirada cómplice.

—No te lo voy a decir, niño. Por su seguridad y por la tuya.

—¿El motivo por el que le falta personal es porque todes les magues han huido en busca de un lugar seguro? —preguntó Xu.

—Por desgracia, no. —El maestro Cao negó con la cabeza—. Ojalá fuera ese el caso. No, varias de esas personas han desaparecido en las últimas semanas y nadie sabe a dónde han ido. Ni por qué.

Xu se mordisqueó el labio inferior.

—¿Han sido los Cernícalos?

—Lo dudo. —El librero jugueteó distraído con el cordón trenzado de su cadera—. Si ese fuera el caso, habrían puesto anuncios por todas partes.

Han se toqueteó el vendaje del brazo.

—¿Todas las personas desaparecidas eran magas?

Se acordó del amigo de su hermano, Yao, que trabajaba en las cocinas.

—Eso parece. —El maestro Cao suspiró de nuevo—. En fin, joven, puedes ir a mirar esas novelas románticas y tomar prestada la que se te antoje, siempre y cuando la devuelvas en buenas condiciones.

Han se puso en pie de un salto, pero hizo una pequeña mueca cuando la herida se reabrió por culpa de su emoción.

—¡Yah! —exclamó Xu—. ¡No te pases!

Ignoró el comentario de su amigue y acarició los montones de libros con respeto mientras examinaba los títulos en busca de alguno que le llamase la atención.

—Ve con cuidado —le advirtió el maestro Cao—. Es un desastre y no hay nada organizado. Ah, y cuidado con esa estantería, que está vieja y destartalada de tanto que la hemos movido.

Han se sentó feliz detrás del mostrador junto a un montón de libros y empezó a revisar los títulos.

—*El buscador de perlas* —leyó en voz alta—. *El conquistador de conejos.* —Sentade en el otro lado de la tienda, Xu soltó un resoplido divertido—. *Varas y mástiles*. *Tratado sobre el deleite de la veneración de tótems*. —Abrió la primera página—. Esto no parece una novela rom… Aaaaaah. —Cerró el libro de golpe y Xu se rio encantade—. Cállate —le ordenó Han con el rostro encendido.

Fue en ese preciso momento cuando el suelo debajo de él se movió y rodó. Han gritó al caer de rodillas.

—¡Aparta! —dijo una voz amortiguada por los tablones del suelo—. ¡No puedo levantarte si te sientas *encima* de la trampilla!

Con un sobresalto, Han se apartó a un lado e hizo una mueca cuando las costuras del traje prestado se abrieron por los hombros. Como había tirado el disfraz de la sacerdotisa de Do durante la pelea, el maestro Cao había tenido la amabilidad de prestarle una muda de ropa. Por desgracia, Han era mucho más grande que el librero, y la túnica del maestro Cao apenas le llegaba a la mitad de la pantorrilla.

La trampilla se abrió por completo para revelar un rostro en forma de corazón con rasgos delicados rodeados por una masa de pelo oscuro y rebelde.

—¡Doña Brandi! —gorjeó Han sorprendido. Se puso en pie y tiró del bajo de la túnica para asegurarse de que todo estuviera tapado y en orden. Se apoyó en la vieja estantería destartalada y se esforzó por parecer cortés. Elegante. Sofisticado—. Me alegra ver que aún sigues respirando —dijo, con una voz varias octavas más grave que la suya normal, en lo que esperaba que fuera

un tono de desdén. Así era como el héroe de *La doncella amada por la Muerte* parecía tener más efecto.

La chica alzó la mirada hacia él con una expresión extraña.

—¿Te has resfriado, maestro Ciruela? ¿Qué le pasa a tu voz?

Al otro lado de la habitación, Xu se rio y Han sintió que la cara se le enrojecía más.

—Estoy bien. —Tosió—. Solo tengo un… eh… picorcillo en la garganta.

Los estantes en los que se había estado apoyando de repente cedieron bajo su peso y enviaron un montón de libros al suelo. Presa del pánico, Han saltó hacia delante para ponerlos en su sitio, pero su pie resbaló en las páginas sueltas y acabó tropezando con otra estantería, que se desplomó y lo enterró en una avalancha de libros. Algo tintineó y Han estornudó.

Entornó los ojos y se encontró con la dorada mirada risueña del gato de doña Brandi justo delante de su nariz.

—Ya está —dijo con pesar—. He llegado al fondo del pozo. Enterrado bajo los restos de mi dignidad y un gato demonio.

Estornudó de nuevo.

—Sajah —lo regañó la chica, pero Han oyó la sonrisa en su voz—. Pórtate bien.

El gato resopló y luego se giró para enroscarse entre los tobillos de doña Brandi, no sin antes darle a Han una buena panorámica de su trasero. El chico gruñó e intentó zafarse de la pila de libros y estanterías. Doña Brandi se agachó para ofrecerle la mano.

Al tocarla, algo surgió de las profundidades de sus huesos y de su sangre, una nota musical o un sonido, una sensación que resonaba con reconocimiento. El contacto con doña Brandi era como una tarde veraniega en los jardines de meditación, como la calidez que recorre las articulaciones tras entrenar en el patio, como la cabeza de su hermano pequeño apoyada en su hombro mientras dormían. Han reprimió la necesidad tanto de apartar la mano como de rendirse a esa sensación de consuelo. Doña Brandi abrió los ojos de par en par, retiró la mano enseguida y apartó el rostro a un lado con vergüenza.

—Ho-hola —la saludó Han con una sonrisa atolondrada. Ella se la devolvió.

—Hola.

Durante largos minutos, nadie habló y todos los ojos, tanto humanos como felinos, fueron de uno a otra a la espera de que Han o doña Brandi dijeran algo. Xu y Sajah intercambiaron una mirada, hasta que Xu se puso en pie con un suspiro de sufrimiento.

—Disculpa los terribles modales de mi amigo, querida —le dijo a la chica e hizo una reverencia respetuosa, doblándose por la cintura con las manos ante elle—. Permíteme que nos presentemos. Soy Chan Xuhei y este tonto de aquí —señaló a Han con la cabeza— es Won…

—Li —intervino Han con rapidez. Era el apellido de su madre, mientras que Wonhu era el de la familia gobernante de Zanhei. No quería que conocieran su auténtica identidad como heredero real. No hacía falta meter al palacio, ni a Anyang, en ese asunto por el momento—. Me llamo Li

Han.

Doña Brandi inclinó la cabeza.

—Jin Zhara. Es un placer conocer a todo el mundo.

—Si ya habéis terminado —dijo una voz incorpórea desde la trampilla—, tenemos un problema más grande entre manos.

Una figura rolliza con gafas salió del sótano. *La apotecaria, la profesora Yu o Wu o algo así,* pensó Han, sin acordarse de su nombre.

—¿Todo bien, profesora Hu? —preguntó el librero—. ¿Le pasa algo al niño?

—En cierto sentido, sí. Al parecer, se convirtió en una abominación y luego recuperó su aspecto normal.

El color desapareció de las mejillas del maestro Cao y lo dejó pálido y ceniciento.

—No —dijo, conmocionado—. Eso es… imposible.

Xu carraspeó.

—Me temo que no nos herimos al caer de unos edificios por accidente, sino que más bien el edificio cayó sobre nosotros, por así decirlo. Nos lo lanzaron encima. Y lo hizo un gigantesco monstruo horripilante compuesto por mil ratas y cien mil ojos. —Se estremeció del asco—. Puede que mi cuerpo esté curado, aunque mi mente nunca se recuperará. Tendré pesadillas durante semanas.

El librero sacudió la cabeza.

—No —repitió—. No. Si las abominaciones caminan entre nosotres, entonces eso significa que… que…

—No lo digas —dijo la profesora Hu con fastidio—. No lo digas.

—Que hay demonios —concluyó el maestro Cao con un susurro apenas audible. El miedo redondeaba sus ojos castaños.

—¿Demonios? —se sobresaltó Han, recordando la voz rota de Anyang al gritar sobre el demonio rana que entraba en sus sueños—. Pero no son reales… ¿verdad?

—Pues claro que no lo son —resopló la profesora Hu—. La religión es una cosa, pero ¿demonios? Los demonios son como llamamos a la parte oscura de la naturaleza humana cuando no queremos hacernos responsables.

El librero se cruzó de brazos.

—No desdeñarías tanto la existencia de los demonios si te pudieran poseer. —El semblante del maestro Cao se oscureció—. La posesión es un destino peor que la muerte.

La apotecaria bufó con burla.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿Acaso te han poseído?

—No —respondió el librero en voz baja—. Pero a mi hermano sí. Tuve que matarlo yo mismo cuando se transformó en una abominación.

Se hizo el silencio en la librería y Han se removió incómodo en su asiento. «El demonio rana

se sienta a mi lado y me pide que le dé mi magia».

—¿Hay distintos tipos de demonios? —preguntó. El maestro Cao le lanzó una mirada penetrante.

—¿Qué quieres decir, muchacho?

Han miró a Zu, pero los ojos de su mejor amigue no revelaron nada.

—Mi hermano a veces habla de un demonio rana que lo persigue en sueños.

Xu se envaró, aunque mantuvo la boca cerrada. Al oír las palabras de Han, el librero se quedó muy, muy inmóvil.

—El demonio rana del Veneno y la Pestilencia —murmuró—. ¿El primer lord de Tiyok?

—Otra vez con lo mismo, no —se quejó la profesora Hu.

—¿El primer lord de Tiyok? —repitió doña Brandi con aire reflexivo—. ¿En los viejos cuentos de hadas no había cuatro lores de Tiyok?

El maestro Cao le dedicó una sonrisa de aprobación.

—Sí. Según *Canciones de orden y caos*, había cuatro generales de alto rango en el reino del Caos: el demonio rana del Veneno y la Pestilencia, el demonio langosta del Hambre, el demonio víbora de la Discordia y el rey sin nombre de Tiyok, al que llaman le Antigüe. Estos generales lucharon contra les Guardianes del Amanecer mientras le Guerrere del Sol batallaba contra la madre de demonios, antes de encerrarlos a todos con la Estrella del Resplandor.

Han creía recordar un poco de esa historia por la actuación de los Hermanos Bangtan del verano anterior, aunque lo cierto era que había prestado más atención a las escenas de acción que a cualquier otra cosa. Sin embargo, si todo aquello era cierto, seguro que se daría cuenta de si Anyang estaba poseído por un gran demonio. ¿Verdad?

—¿Cuáles son las señales de la posesión? —preguntó. Se acordó de las rabietas mágicas de su hermano, de los estallidos descontrolados de poder, de las dimisiones de media docena de niñeras presas del pánico. «Me ha abierto las costillas y ha intentado meterse dentro»—. ¿Y qué la causa?

—Las señales de la *corrupción* —intervino la profesora Hu, que taladraba al maestro Cao con la mirada— son el nerviosismo, el cambio de temperamento y la irritación. En cuanto a la causa… aún no la sabemos.

—La apotecaria cree que la abominación es una cuestión médica, no mágica —rezongó el librero—. Da igual que les afectades se conviertan *literalmente* en monstruos de verdad. —El hombre suspiró y sacudió la cabeza—. Lo cierto es que sabemos muy poco sobre demonios. Y ese poco procede de *Canciones de orden y caos*, un libro antiguo sobre cosmología y demonología, pero el original se perdió hace siglos.

—Pensaba que aún existía una copia —dijo la profesora Hu, frunciendo el ceño.

—Había una copia que nuestres erudites e historiadores habían empezado a reconstruir a partir de fuentes archivísticas y anecdóticas, pero desapareció hace seis meses con Li Er-Shuan y su

hija.

—¡El tío Li! —exclamó Han.

Las cabezas de la apotecaria y del librero se giraron para estudiar su rostro.

—¿El *tío* Li? —repitió el hombre con interés—. Nunca mencionaste que estabas emparentado con él.

—Eh… yo… —Han sintió un pinchazo de aviso en el costado: el abanico estropeado de Xu contra sus costillas—. Éramos primes lejanes. Muy lejanes —añadió cuando Xu le clavó de nuevo el abanico. La cara del maestro Cao se iluminó.

—Ah, ¿por eso me preguntaste si sabía a dónde habían ido? —Una sombra pasó por su semblante—. Ami era una chica inteligente. Su padre era un tanto extraño y no se le daba bien cuidarla. Brillante, pero raro.

—Sí, lo sé. —Pinchazo—. Señor —añadió con educación y, frotándose el costado, taladró a su mejor amigue con la mirada—. Ami y yo nos conocíamos de niñes.

Una arruga apareció entre las cejas del librero.

—Pensaba que Li Ami vivió de niña en el palacio, con su padre.

—Ah, esto… ¡sí! —Han tosió—. Mis padres también trabajan en el palacio.

—¿Ah, sí? —dijo el maestro Cao, pensativo.

—Ni lo pienses —lo advirtió la profesora Hu.

—Nos vendría bien tener ojos y oídos en el palacio —protestó el librero—. La noticia del compromiso del heredero real con la princesa Yulana nos tomó completamente por sorpresa.

Sí, lo mismo le pasó al heredero real, pensó Han con amargura.

—¿Qué necesitarían les Guardianes del Amanecer? —preguntó Xu.

—Bueno… —El maestro Cao se tiró del labio inferior—. Si alguien pudiera encontrar las notas de Li Er-Shuan sobre *Canciones de orden y caos*, sería una gran ventaja para nuestra organización. Trabajaba con su hija y Huang Jiyi, otra de nuestras eruditas mágicas, en la reconstrucción del texto.

—¿Qué le hace pensar al maestro Cao que hay algo en el palacio? —preguntó Zhara—. Seguro que Li Er-Shuan habrá destruido cualquier prueba que lo relacionase con la magia.

Zhara había guardado silencio durante la mayor parte de la conversación, con los ojos abiertos de par en par mientras intentaba procesar toda la información nueva. Ese peligro en forma de gato naranja dormitaba en su regazo, pero abrió un siniestro ojo dorado hacia Han y luego lo cerró de nuevo. El chico estornudó.

Xu carraspeó.

—Si eso es lo que necesitan les Guardianes del Amanecer, entonces puedo ser de ayuda para la organización —dijo, mirando a Han de reojo—. Ya que yo vivo en el palacio.

—Les *dos* vivimos en el palacio.

Xu sacudió con sutileza la cabeza y Han lo fulminó con la mirada. Si por Xu fuera, Han se

quedaría encerrado en el palacio real, bien lejos de cualquier peligro, hasta alcanzar la mayoría de edad. Sin embargo, no soportaba estar a salvo cuando la existencia de Anyang corría peligro. No cuando por lo menos podía *hacer* algo al respecto.

—Solo sois niñes —dijo la profesora Hu. Su mirada pasó de Han a Xu y, finalmente, a Zhara.

—Y también lo fuimos nosotres cuando todo esto comenzó —añadió el maestro Cao con suavidad.

Han se encontró con los ojos de Zhara al otro lado de la habitación. Recordó su anhelo mientras observaba los libros expuestos y se dio cuenta de que podía vivir por mucho más.

—Mi madre era maga —dijo despacio—. Cuando los Cernícalos se la llevaron, me hizo prometer que protegería a mi hermano pequeño de la justicia del Caudillo. —No apartó los ojos de Zhara mientras hablaba—. Hasta ahora, no me había dado cuenta de que sobrevivir no es lo mismo que vivir.

Los ojos de la chica relucían a la luz de las velas.

—Queremos vivir más, no solo sobrevivir —añadió en voz baja.

La adrenalina recorrió a Han, cubriéndolo de la cabeza a los pies con un cosquilleo. «Queremos», en plural.

La profesora Hu y el maestro Cao intercambiaron una mirada. La apotecaria negó con la cabeza, pero el librero no parecía estar de acuerdo con su opinión.

—Solo son niñes —repitió la mujer.

—Son niñes ahora, pero no lo serán durante mucho más tiempo. —El maestro Cao tenía el semblante sombrío—. En la guerra no hay niñes.

La profesora Hu parecía triste.

—Aún no estamos en guerra.

El hombre cerró los ojos.

—La guerra nunca terminó.

La apotecaria estudió los rostros brillantes y entusiastas de aquelles a quienes había llamado «niñes» y sostuvo sus miradas durante un rato largo.

—De acuerdo —dijo al fin, con la voz grave—. Bienvenides, camaradas, a les Guardianes del Amanecer.

15

Han pensó que la maldita túnica real era demasiado calurosa para el clima sureño; notaba unas gotas de sudor bajándole por las patillas hasta uno de los tres cuellos almidonados que constituían la vestimenta formal. Siete capas de algodón, seda y brocado eran demasiadas para un día normal, y encima en el día en que el heredero real debía conocer oficialmente a su futura esposa. No estaba seguro de cuánta cantidad del sudor que se le acumulaba debajo del tocado se debía al calor o al estrés.

Al fin y al cabo, la princesa Yulana llegaba ese día.

No ayudaba, por supuesto, que estuviera de pie bajo el sol en la parte superior de las escaleras que conducían al pabellón de la Sabiduría Celestial. Han nunca había pensado en lo lejos que estaba la sala del trono del portón principal hasta que tuvo que aguardar a que la procesión norteña lo alcanzara. A su lado, dos personas sostenían sendos postes de un toldo con flecos para ofrecer cierto alivio del calor implacable, aunque de poco servía. La humedad agobiaba bastante ese día; formaba un manto grueso y pegajoso que cubría la cuenca del río Infinito como una tela sobre una cesta de panecillos de taro al vapor. A pesar de las personas que lo abanicaban con suavidad desde todas partes, notaba el aire viciado. Asfixiante. Han removió los pies. Ojalá pudiera sentarse.

Un repentino estruendo de trompetas anunció la llegada de la procesión norteña. Una fina capa de un nervioso sudor glacial le humedeció el cuerpo por la sorpresa y la conmoción. De repente, agradeció las siete capas de tela entre sus axilas y el público. El sonido de los tambores colmó el patio, casi tan alto como para ahogar el latido de su corazón mientras aguardaba a saludar a su prometida.

La distancia desde los portones hasta el pabellón de la Sabiduría Celestial era larga, y la espera se hizo agonizante. Se le cerraban los ojos sin cesar y las cuentas de su tocado tintineaban cada vez que alzaba de nuevo la cabeza de golpe. Si Xu estuviera con él, seguramente lo pincharía con el abanico para mantenerlo despierto, pero su mejor amigue no tenía el rango necesario para acompañar al heredero real mientras saludaba a una comitiva extranjera. Además, seguro que se estaba echando una siesta en ese momento para recuperarse de las desaventuras de la noche anterior con les Guardianes del Amanecer.

Qué suertude.

El recuerdo del monstruo contra el que se habían enfrentado le empapó las palmas de sudor. Han se estremeció y las cuentas en su cabeza danzaron con solidaridad. Esa abominación, esa… esa cosa había sido un chico, un niño pequeño de la edad de su hermano, y la idea de que el mismo destino le aconteciera a Anyang lo aterrorizaba. Ojalá pudiera traer a doña Brandi, a

Zhara, al palacio para que obrara la misma magia en su hermano.

Zhara.

Mientras su futura esposa avanzaba a un ritmo insoportablemente lento desde los portones, Han no pudo evitar pensar en cómo se diferenciarían Zhara y su prometida. El fiero sol de la mañana caía a plomo sobre su tocado, mientras que un calor totalmente distinto le subió por el cuello al pensar en la sonrisa de Zhara. Había visto a mujeres hermosas antes (el palacio estaba lleno de mujeres hermosas), pero ni una lo había afectado tanto como lo hacía doña Brandi. Su presencia le provocaba cosas curiosas. Las piernas se le tornaban agua, las entrañas desaparecían, los labios y la lengua perdían la coordinación y, al mismo tiempo, su sangre parecía hervir efervescente y lo dejaba mareado.

Casi se le escapó una risita, pero se la tragó con un hipido.

Y luego otro.

Y luego otro más.

Ay, no.

Detrás de él, notaba que el chanciller le dirigía una mirada de desaprobación. El séquito de la princesa Yulana aún se hallaba lejos; quizá podría tragarse los espasmos antes de que llegara.

Por debajo de los tambores, Han oía el ruido de cascos sobre los adoquines del patio. Delante de él, todavía a varias puertas de distancia, distinguió a une jinete robuste de estatura baja sobre un caballo negro que se había adelantado a la procesión; detrás le seguía un criade sosteniendo un enorme estandarte escarlata con el símbolo del Gommun Kang: un oso negro rodeado de una corona de espinas. Han entrecerró los ojos para buscar el palanquín que le traía a su prometida, pero no lo encontró. Se contuvo para no hacerse sombra en los ojos, ya que se suponía que el heredero real no debía mostrar emociones en público; debía permanecer inmóvil y sereno como una estatua en todo momento.

Ser príncipe era una ridiculez.

—Acuérdese, Su Excelencia —murmuró el chanciller sobre su hombro—, de no hacer una reverencia cuando llegue la princesa. Su Excelencia deberá cerrar la mano derecha en un puño y golpearse el pecho con él, encima del corazón.

—Eso, ¡hip!, lo sé —replicó molesto Han—. A veces, ¡hip!, sí que, ¡hip!, presto atención, ¡hip!, a mis lecciones, ¡hip!

Se frotó el pecho con pesar.

A medida que la procesión cruzaba la última puerta hacia el patio interior, les ministres y burócratas reunides hicieron una reverencia, todo un mar ondeante de verde, azul y púrpura según su rango. Les criades junto a Han también se inclinaron cuando la delegación norteña se acercó, con lo que solo quedó de pie el chanciller por su título como regente.

Para entonces, Han ya distinguía los rasgos de le jinete, así como el segundo estandarte que volaba debajo del Gran Oso: una bandera dorada con cinco tiras: blanca, roja, azul, verde y

amarilla. La bandera de la Horda de Oro, les guerreres de élite de las estepas. Le jinete al frente de la procesión debía ser une guerrere importante, ya que era le únique sobre una montura, un caballo recio y robusto con borlas rojas en la brida. Un cernícalo normal, con motas marrones y blancas, iba encaramado sobre el hombro de le jinete, bastante manso a pesar de que no estaba ni encapuchado ni atado. La armadura de le jinete también resultaba mucho más impresionante que la coraza práctica de cuero y los brazales del resto de la escolta, aunque era mucho más sencilla que la armadura de placas ceremonial que Han había visto llevar a su padre alguna vez. La coraza de cuero lucía un grabado de espinas doradas, los herrajes y hebillas que mantenían juntas las correas estaban hechos de oro pulido y no de latón y, en vez de un gorro de cuero, le jinete llevaba un casco dorado en punta sobre un alpartaz de malla dorada. Una larga pluma blanca salía de la cresta del casco, perteneciente a un pájaro que Han no reconoció. Le jinete era mucho más joven de lo que había creído que sería une guerrere ensalzade.

—Su Excelencia —siseó el chanciller.

Han lo miró por el rabillo del ojo.

—¿Qué?

—La princesa —dijo el ministro con un severo suspiro— cabalga al frente de la columna. El heredero real debe saludarla *ahora.*

—Que ella, ¡hip!… ¿Qué?

Los tambores dejaron de sonar cuando la princesa Yulana alcanzó la parte inferior de las escaleras del pabellón de la Sabiduría Celestial y desmontó. El cernícalo sobre su hombro ni siquiera agitó las alas cuando bajó al suelo y aguardó, mirando a Han con expectación. El príncipe empezó a hacer una reverencia, pero entonces recordó que debía saludarla al estilo norteño. Con otro hipido, se golpeó el pecho con el puño derecho. La princesa le devolvió el gesto y se quedó allí plantada hasta que une ayudante delgade con la vestimenta de chamán salió del séquito para susurrarle algo al oído. Ella se sobresaltó y luego juntó las manos delante del cuerpo e hizo una reverencia según la costumbre sureña. Su ayudante le dio un codazo para que se quitara el casco. La princesa tenía el pelo rapado por los laterales y trenzado en una larga cola como una guerrera de la estepa, aunque lo más sorprendente no era el estilo masculino, sino su color rojizo.

—Ahora, Su Excelencia —dijo el chanciller entre dientes.

Con un sobresalto, Han devolvió la reverencia con movimientos tan rígidos como los de su futura esposa. Carraspeó para proclamar los saludos que había preparado y extendió los brazos.

—Os… ¡hip!… Os damos la bienvenida, estimades invitades —graznó—. Wonhu, ¡hip!, Han del Mono, ¡hip!, Sonriente recibe, ¡hip!, con alegría, ¡hip!, a les representantes del Gom… ¡hip!… mun Kang.

El sonido de sus hipidos resonó por todo el patio casi tan alto como los tambores que habían anunciado la llegada de la princesa Yulana. A su espalda, Han notaba al chanciller hervir de

vergüenza y se permitió una pequeña sonrisa de satisfacción. Tras terminar con las formalidades, se metió las manos en las mangas. Ya había concluido su parte.

El regente dio un paso adelante para actuar como representante de su padre.

—Bienvenides, Su Alteza y apreciades invitades —dijo el chanciller, pero su voz, viscosa y empalagosa, no llegaba lejos—. La Casa de Wonhu se siente honrada de recibir a la primera hija de Gommun Kang.

Por detrás de los brazos extendidos del regente, Han intentó echar un buen vistazo a la princesa Yulana. Su futura esposa era alta y muscular, algo nada sorprendente, dada la facilidad con la que había entrado a caballo. La heredera del Gommun Kang no era una flor delicada a la que llevar en palanquín, de ahí que no viera ninguno en la procesión. Su armadura ceremonial incluía una espada al costado y, basándose en la forma natural y casi inconsciente con la que apoyaba la mano en la empuñadura, Han sospechaba que se sentía tan cómoda con las armas como sobre un caballo.

—Y la futura Gran Kang de las Diez Mil Familias se siente honrada por la invitación —dijo le asistente al lado de la princesa. A diferencia del resto de la delegación, esa persona no iba ataviada con una armadura, sino con una simple túnica azul cielo atada en la cintura con un cordón rojo con borlas. Las mangas eran largas y llegaban al suelo, hechas con bandas de colores contrastados como rojo, blanco, amarillo, verde y azul real. Un gorro puntiagudo con largos hilos colgantes de cuentas azules y blancas le coronaba la cabeza, y un pequeño gong de calabaza y latón le colgaba del cordón de la cintura. Han dedujo que era una especie de chamán.

—¿La futura Gran Kang? —dijo el chanciller con asombro y, por primera vez, Han oyó que el hombre sonaba nervioso y desconcertado—. Ese no es el acuerdo al que… —Recuperó la compostura y esbozó una sonrisa fina, todo dientes y sin labios—. Ah, pero no importa. Lo hablaremos durante el refrigerio, por supuesto.

—Por supuesto —respondió con suavidad le asistente. Se dio la vuelta y dirigió un asentimiento de la cabeza a las personas del séquito que cargaban con paquetes y cofres para indicarles que debían adelantarse. Cuando la princesa no se movió, su acompañante carraspeó con discreción. La joven se sobresaltó y luego hizo otra reverencia rígida.

—Como agradecimiento por la hospitalidad del heredero real —dijo con monotonía—, le ofrezco algunos tesoros de mi pueblo a modo de tributo.

Han reprimió un bostezo e intentó no gruñir de aburrimiento. La presentación de los regalos se alargaría varios minutos más, y él estaba desesperado por sentarse de nuevo. También por escapar del banquete que se celebraría a continuación en el pabellón del Sereno Descanso, donde les dos reticentes amantes debían conocerse en un ambiente supuestamente informal. Como si estar sentades en el jardín rodeades por sus veinticinco consejeres más cercanes e íntimes se pudiera considerar informal.

Su mirada se deslizó a la princesa Yulana, que parecía igual de aburrida. Intentó examinar con

discreción su cara. De lejos le costaba discernir si era o no atractiva, pero Han pensó que se trataba del tipo de chica a la que la gente llamaría «guapa» en vez de «bella». Tenía un rostro anguloso, casi masculino, y, a pesar de la armadura que lucía con orgullo, su semblante parecía amistoso. A Han le hizo gracia que el pájaro sobre su hombro consiguiera imitar casi a la perfección su expresión, del mismo modo que las doncellas y sus perros falderos acababan pareciéndose. El azul cielo de los ojos del cernícalo era un color poco habitual. Quizás estuviera ciego y por eso parecía tan domesticado.

—Agradecemos al Gommun Kang los generosos regalos —entonó el chanciller una vez que abrieron todos los cofres, cajas y paquetes—. La princesa debe de estar cansada por el largo viaje. Hemos preparado unos refrigerios en el pabellón del Sereno Descanso que, esperamos, sean del agrado de Su Alteza. —Dio unas palmadas y varias doncellas del pabellón de los Deleites Terrenales se adelantaron—. Estas sirvientas guiarán a la princesa a sus aposentos en cuanto el heredero real considere apropiado terminar el encuentro.

Han empezó a alzar con ganas las manos cuando la princesa intervino.

—Preferiría pasar el tiempo en la biblioteca real, si no les importa —dijo con osadía—. He oído grandes cosas sobre la colección de Zanhei.

La princesa Yulana le había hablado con bastante informalidad al chanciller, y esto pareció sentarle como una bofetada. Han sonrió. Tal vez su prometida y él se llevasen bien, después de todo.

—Comprendo —dijo el chanciller y arrugó los labios, viscosos como los de una rana—. No sabíamos que Su Alteza era una erudita además de guerrera. Solo debe mencionar lo que busca y llevaremos los textos a sus aposentos de inmediato.

La princesa Yulana se encogió de hombros.

—Prefiero examinar las estanterías yo misma. Nunca sé lo que puede llamarme la atención.

Han frunció el ceño. Le parecía raro que lo primero que pidiese la nieta del Caudillo después de viajar desde Urghud fuera visitar una *biblioteca*. Aunque más que extraño… era sospechoso. Unas gotas de nerviosismo se acumularon en su tripa cuando se percató de que él también estaba buscando un libro. Un libro muy concreto.

El chanciller parecía desconcertado, pero juntó las manos ante él e hizo una reverencia.

—Por supuesto, Su Alteza. Podemos hablar sobre los detalles durante el refrigerio.

—Perfecto —contestó ella. Su mirada se posó en Han e incluso de lejos percibió que era astuta e inteligente. Junto con el cernícalo sobre su hombro, se sentía curiosamente expuesto. Miró al chanciller, que le indicó por señas que despidiera a la multitud.

Han alzó de nuevo los brazos.

—Se suspende el encuentro —dijo, aliviado de que el hipo hubiera pasado al fin—. Les ofrezco a les guerreres Gommun la hospitalidad de Zanhei. —Recordó que debía golpearse el pecho con el puño derecho—. Mi señora —le dijo a la princesa. Ella le devolvió el saludo. El

cernícalo le picoteó la oreja.

—Aceptamos tu… la hospitalidad de Su Excelencia —replicó ella con rigidez. Y entonces, un segundo demasiado tarde, se dobló por la cintura y extendió las manos, aunque mal—. Tengo ganas de cenar con… con él en el pabellón del Sereno Descanso.

Han sintió que se le tensaban los labios en una especie de sonrisa.

—Yo, ¡hip!, también.

Maldita sea.

16

Zhara aguardaba junto al Templo del León en el pantano e intentaba con desesperación rascar el lodo del zapato con un junco. Las carreteras en las llanuras eran menos *carretera* y más *camino de bueyes* y en más de una ocasión había acabado metida hasta los tobillos en algo que, esperaba, fuera barro.

La profesora Hu y ella habían acordado reunirse con la abuela Meng a las afueras del asentamiento buri, que se hallaba río arriba en las planicies aluviales, a una legua o así desde Zanhei. La apotecaria había enviado a Zhara antes, porque tenía que terminar con les últimes clientes de la tienda y no quería hacer esperar a la matriarca. La abuela Meng debía reunirse con ellas en el Templo del León, uno de los monumentos en la carretera que usaban les viajeres para rezar a sus distintas divinidades.

Zhara había llegado primero. Estudió la modesta estupa, llena de varillas de incienso a medio quemar, flores, comida y dinero fantasma. El Templo del León era más antiguo que Zanhei, construido en el pantano para una divinidad desconocida que ya había sido olvidada. La reliquia que había albergado la estupa también había desaparecido hacía tiempo, reemplazada por la llama perpetua de la verdad. Zanhei, al igual que otras provincias sureñas del imperio, rezaba a les seis Inmortales, unes seres celestiales que gobernaban distintas mansiones de la Razón: lenguaje, astronomía, artes marciales, música, matemáticas y medicina. Sus símbolos estaban pintados en la base del Templo del León: el pincel para Yuo, la brújula para Tendi, la espada para Wu, la flauta para Omhak, un par de balanzas para Shua y el mortero para Lo.

Zhara frunció el ceño al ver un séptimo símbolo extraño junto a los demás, un círculo vacío pintado de rojo con un punto en el centro. Le recordó a la forma del colgante del sol que repartían les Guardianes del Amanecer. Con cuidado, pasó los dedos sobre la marca. Seguía húmeda.

—Hola, Jin Zhara. —La chica alzó la mirada y se encontró con la abuela Meng, que llegaba cojeando por el sendero agarrada del brazo de una persona joven. La anciana levantó la mano a modo de saludo—. Pensaba que la profesora Hu vendría contigo.

—Vendrá pronto, espero. Tenía que cerrar la tienda. ¿Cómo está Thanh?

La apotecaria había devuelto al chico con su gente el día anterior, en cuanto se recuperó por completo de su pesadilla.

—Bien. De hecho, vuelve a ser el mismo de antes, un chico alegre. —La anciana frunció el ceño—. Dice que no recuerda lo que ocurrió, lo que me parece una bendición. —Suspiró y se giró hacia le joven a su lado—. Este es otro de mis muchos, muchísimos bisnietos, Kam. —El chico saludó a Zhara con la mano y ella le devolvió el gesto—. Nos enseñará dónde estaban

jugando les niñes antes de que… cambiaran.

—¿Dónde era?

—Junto a la fuente —respondió Kam—. La ciudad construyó una nueva hace meses, pero no la usamos mucho.

—No nos podemos fiar de lo que construyáis la gente de la ciudad —musitó la abuela Meng y señaló las carreteras estropeadas a su alrededor—. No dura nada. —Tocó la base del Templo del León con el bastón—. Solo las antiguas estructuras aguantan el paso del tiempo. ¡Bah! —espetó y observó con desaprobación los símbolos que había pintados en la estupa—. Mira esta tontería. ¡No saquéis a vuestres dioses de los templos de la ciudad!

—¿La abuela Meng sabe lo que significa este símbolo? —preguntó Zhara, señalando el último, el círculo con el punto en el centro—. Parece nuevo.

—Ah. Ese es el símbolo de Mara.

—¿Mara? —preguntó Kam—. ¿Ese no era el nombre de la primera abominación?

La abuela Meng le propinó una colleja a su nieto.

—No dejes que la gente de la ciudad te oiga mancillar el nombre de le Séptime Inmortal con tus tonterías —le reprendió con dureza.

—¿Le Séptime Inmortal? —preguntó Zhara—. Pero yo pensaba que solo había seis mansiones de la Razón. —Contó con los dedos, empezando por el pulgar—: Lenguaje, astronomía, artes marciales, música, matemáticas y medicina.

La matriarca la miró con algo semejante a la lástima.

—Instaláis a vuestres dioses en nuestra tierra, convertís a nuestres niñes a su culto y, aun así, sabéis muy poco sobre elles —dijo, sacudiendo la cabeza con consternación—. Magia. La magia es la séptima mansión de la Razón. —La mujer dio unos golpecitos con el bastón a la base de la estupa mientras avanzaba por los símbolos—. Yuo, Tendi, Wu, Omhak, Shua, Lo y le últime y más joven de les Inmortales… Mara.

—Nunca había oído hablar de Mara —se maravilló Zhara—. ¿Qué le pasó a su culto?

—El Caudillo, eso fue lo que le pasó —replicó la abuela Meng con tono sombrío—. El viejo oso destruyó cualquier rastro de le Séptime Inmortal y toda referencia a la magia que pudo encontrar cuando se instaló en el Trono del Sol como emperador de los Reinos del Alba.

Kam tenía pinta de que aún estaba intentando comprender el concepto.

—Entonces… ¿Mara no fue la primera abominación?

La anciana removió los pies.

—Bueno —titubeó—. No es que *no* fuera la primera abominación. Según las leyendas, claro. —Zhara arqueó las cejas. La matriarca suspiró y accedió a regañadientes—: De acuerdo. Mara sí que fue la primera abominación. Pero esa no es una historia que les guste contar a les magues. —Alzó la mirada hacia la cúpula del cielo, donde las estrellas eran más grandes y luminosas ahora que las luces de la ciudad no las apagaban—. Dicen que todes les niñes que nacen en la mansión

de le Séptime Inmortal reciben la bendición, o la maldición, de andar con un pie en el reino del Orden y otro en el reino del Caos. Que les magues, al igual que Mara, son les hijes de Tiyok, madre de diez mil demonios.

Zhara se quedó de piedra.

—Entonces… ¿les magues son en parte demonios?

Su magia parpadeó a modo de protesta.

—¿Conoces la historia de cómo se creó el mundo?

—Pues claro.

Todes les niñes en los Reinos del Alba conocían la historia sobre el origen del cosmos. Do, el lugar de los comienzos y los finales, creó a Jun y a Yan, las encarnaciones divinas del Orden y el Caos. Juntes crearon la luz y la oscuridad, la materia y el vacío, la razón y la locura, con la humanidad atrapada en medio. Orden y Caos en un único ser, siempre en equilibrio.

—Cuando el mundo se creó —prosiguió la anciana—, los cielos y el abismo lucharon por el alma de la humanidad. Les Inmortales y los espíritus en un bando y Tiyok y sus diez mil demonios en el otro. Enzarzados en una batalla eterna, un hada y un demonio buscaron la paz uniéndose en su amor. De esa unión nació Mara, quien, al igual que la humanidad, nació del Orden y el Caos.

Zhara frunció el ceño.

—Si Mara nació de un hada y un demonio, ¿por qué es entonces una abominación?

—Porque viola la razón —dijo la anciana—. Porque es algo extraño. Algo que no debería existir. —Examinó la carretera—. Ah, ahí llega la profesora Hu.

En cuanto la apotecaria se reunió con elles en el Templo del León, les cuatro se dirigieron juntes al corazón del poblado buri. A medida que se acercaban a las llanuras, empezaron a aparecer campamentos como flores de loto por las riberas del río Infinito. La sección de refugiades de las Fosas se hallaba río arriba, donde aún no habían drenado la tierra para construir habitáculos humanos. Unos palafitos se juntaban como cigüeñas por la orilla, con las patas larguiruchas sosteniendo los cuerpos bamboleantes de las apresuradas casas hechas de quincha. El canto vespertino de los grillos del delta subía y bajaba a su alrededor como el oleaje. Les pescaderes y sus cormoranes amaestrados se impelían con las pértigas en sus esquifes de ratán tras una jornada de trabajo en el agua.

A medida que las casas de juncos aparecieron en escena, la magia de Zhara empezó a cosquillearle por las vías ki de su cuerpo. Era como si hubiera una arruga en el liso flujo del universo a su alrededor, como agua que se divide para eludir una roca y dicha roca fuera la aldea que tenía ante ella. El pantano empezó a dar paso a senderos de tierra compacta y el aroma a humedad y agua salada se convirtió en el aroma de revuelto con curri.

—Ahí —dijo Kam, señalando una larga casa elevada sobre unos pilares en el extremo más alejado de la calle, un poco apartada del resto de edificios—. Esa es la casa para enfermes donde

están les otres… eh… niñes corrompides.

—Deberíamos examinarles antes de ir a la fuente —sugirió la profesora Hu.

—De acuerdo —accedió la abuela Meng—. Pero no nos quedaremos mucho rato.

Al aproximarse, Zhara notó las corrientes del universo girando más rápido a su alrededor, como un remolino que rodase en torno a un vacío. La presión le llenó los oídos y un silencio inquietante cayó sobre elles. Hasta los grillos se habían quedado en silencio; los únicos sonidos eran el murmullo quedo del río a lo lejos y el delicado susurro de los juncos danzando en la brisa vespertina.

—Hemos llegado.

Kam apartó la esterilla de juncos que cubría la entrada. Mientras ascendía por una escalera desvencijada de bambú hacia la enfermería, Zhara prestó atención por si oía respiraciones. Nada. Ni voces quedas. Solo el golpeteo rápido de su corazón mientras apartaba la esterilla y seguía a la abuela Meng y a Kam.

—¡Dejad los zapatos en la entrada! —gritó la anciana—. Puede que seamos unes aldeanes de pantano, pero no somos *bárbares*.

La primera cosa que sorprendió a Zhara fue el olor. El ambiente dentro de la enfermería era cerrado, sofocante y espeso con el hedor familiar a humanidad: sudor, lágrimas, comida sin digerir y pelo sucio, aunque por debajo había un curioso aroma dulzón que no podía distinguir.

Lo segundo que le llamó la atención fueron los cuerpos.

Al principio no se había fijado en cuántos había, ya que pensaba que eran jergones vacíos y montones de sábanas en el suelo. No fue hasta que las sábanas se movieron cuando vio que había un cuerpecito marrón enroscado debajo de cada una de ellas. Había personas adultas por aquí y por allá, cerca de las camas, de les niñes. Padres, dedujo, o familiares.

—Hay muches más niñes corrompides ahora que antes —observó la profesora Hu en voz baja. La abuela Meng asintió.

—Dos cuando el último grupo de forrajeo regresó del monte Zanhei ayer y otra persona más cuando volvió de jugar junto a la fuente río arriba. El resto —les señaló con su bastón— son todes adultes. Llevan así semanas.

—¿Por qué el gobierno construyó la fuente? —preguntó Zhara.

—El agua subterránea alrededor del pantano no es apta para beber. Por eso solíamos sacarla de los pozos cerca de las Fosas.

Zhara se quedó perpleja.

—¿Desde tan lejos?

La abuela Meng asintió.

—El gobierno comenzó a construir nuevas fuentes mucho más cerca de las planicies hace unos meses y las terminaron hace poco. Unas tres semanas o así, creo. —El rostro de la matriarca se tensó con una furia muda—. Les dio igual que desaparecieran personas de nuestros pueblos. A

los ministros solo les importaba que hubiera cuerpos suficientes que explotar en las obras. Todo para construir esa fuente inútil.

Al cabo de un momento, la profesora Hu carraspeó.

—¿De dónde procede el agua de la fuente?

—De los manantiales cerca de Viejo Changxi —respondió Kam. La apotecaria lo anotó.

—¿Y cuándo comenzó la corrupción a extenderse entre vuestra gente?

La abuela Meng juntó las cejas.

—¿Hará unas tres semanas? —Y entonces se alarmó—. ¿Crees que todo esto está relacionado?

—Podría ser —respondió la apotecaria, sin comprometerse—. Viejo Changxi está justo en la base del monte Zanhei. —Se giró hacia su ayudante—. Zhara, ¿te importaría examinar a les pacientes para ver si todes están afectades por la misma… eh… plaga que percibiste en Thanh?

—Claro. —Zhara se limpió con nerviosismo el sudor de las manos en la túnica y se acercó a la persona convaleciente más cercana—. ¿Puedo? —le preguntó a su progenitore. Cuando le dio permiso, se arrodilló junto a le niñe y apoyó una mano en su mejilla.

Al igual que le ocurrió con Thanh, su magia enseguida respondió ante la presencia de otre mague, aunque ahora pudo diferenciar mejor entre lo que era magia y lo que no. La magia era hogar, familiaridad, consuelo; la plaga era… podredumbre. Enfermedad. Con una vista que no era vista, Zhara recorrió los meridianos del cuerpo de le niñe y percibió la misma oscuridad, el mismo *vacío* que apagaba su luz interior. Apartó la mano y pasó a le siguiente paciente, y luego a le siguiente y siguiente y siguiente. Examinó a todes antes de regresar junto a la profesora Hu. Asintió para confirmárselo.

—Muy bien —dijo la herbolaria—. Vamos a investigar esa fuente.

La fuente se hallaba al menos a una hora a pie y, para cuando llegaron, se había hecho de noche por completo. La profesora Hu llevaba pedernal y acero en su bolsa, pero toda la vegetación a su alrededor estaba demasiado húmeda para buscar leña decente o preparar una antorcha. Así que caminaron detrás de la abuela Meng y de Kam, a quienes no parecía molestarles la oscuridad.

—Menos mal que has venido, Zhara —musitó la profesora Hu—. Tenía la esperanza de hacer unas pruebas en el lugar, aunque de nada sirve si no puedes ver a tres dedos de distancia.

En el cielo se podía ver una tajada finísima de luna y la miríada de estrellas que emitían un leve resplandor. Cerca del horizonte, Zhara percibió la gruesa cinta que era el río Resplandeciente y, por costumbre, buscó las estrellas en cada lado que representaban a la hija del leñador y al príncipe de las hadas. En una semana, estarían celebrando su reencuentro en la Noche de los Siete.

—Hemos llegado —dijo Kam, señalando hacia delante—. La fuente.

Era una cosa grande, fea y descomunal que se encorvaba como un monstruo en medio del

pantano. A simple vista, parecía más un templo que una fuente, con una enorme estructura construida de algo que parecía piedra caliza sacada de la cantera que había río arriba. Cuatro columnas gigantescas se elevaban desde un lecho llano pavimentado, y cada una estaba tallada con un animal guardián distinto. Al principio, Zhara pensó que representaban las tradicionales bestias cardinales de los Reinos del Alba (el León del Sur, el Unicornio del Oeste, el Águila del Norte y el Dragón del Este), pero, de cerca, resultaron ser otras criaturas completamente distintas. Una… ¿rana? ¿Una especie de polilla? ¿Un lobo? La última figura era completamente irreconocible como animal o ser humano, y parecía ser una especie de quimera espantosa y horripilante que ondulaba y se movía en la oscuridad.

En el centro de la estructura había una charca de agua excavada en la superficie plana, perfectamente redonda y serena. La suave superficie cristalina reflejaba el cielo y, durante un momento, Zhara se sintió mareada, como si el mundo se hubiera dado la vuelta. Ya no estaba segura de si estaba mirando el agua o el cielo. Parpadeó y el mundo se enderezó otra vez.

—Qué raro —comentó la profesora Hu, sentándose en el borde del agua—. La fuente parece más un baño ritual que un pozo.

La apotecaria rebuscó en la bolsa y sacó varios frascos pequeños de cerámica con tapones de corcho. Llenó cada uno con muestras de agua sacadas de distintos lados y profundidades de la charca.

—No la bebas —la avisó la abuela Meng cuando la mujer acercó la cara a la superficie para examinarla de cerca.

La herbolaria ignoró la advertencia de la matriarca buri: metió una taza de madera en el pozo y tomó un sorbo. Les demás contuvieron la respiración, por si la profesora Hu caía en un trance o se producía cualquier otro cambio. Sin embargo, cuando pasaron varios minutos sin que tuviera lugar una reacción adversa, la apotecaria frunció el ceño y tomó otro sorbo.

—No está envenenada, al menos no con algo que pueda detectar. De hecho, diría que es una de las aguas más dulces que he probado nunca. Zhara, niña, ven aquí a ver qué te parece. Si lo que contamina el agua es de naturaleza mágica, lo vas a detectar.

Zhara se había quedado en el borde de la fuente, reacia a cruzar el umbral y pasar bajo las atentas miradas sobrenaturales de las gárgolas de piedra. Un escalofrío le recorrió el cuerpo cuando entró en la fuente. Sintió frío de repente, como si la hubieran metido en una bañera helada.

La abuela Meng y Kam también se aproximaron al borde de la fuente y ahuecaron las manos para probar el agua.

—Está buena —dijo la anciana con sorpresa—. Menos mineral de lo que esperaba, considerando que procede de las laderas del Zanhei.

—No huele a tierra —añadió Kam—. Ni tampoco está estancada como en otros pozos que hay por los pantanos.

Zhara les imitó e introdujo los dedos en el agua, pero enseguida apartó la mano, sorprendida.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Kam con temor.

Con el ceño fruncido, metió de nuevo la mano en el agua y la agitó en las frías profundidades.

—No es agua.

—¿Qué quieres decir con que no es agua? —inquirió desconcertada la abuela Meng.

Zhara sacudió la cabeza, frustrada porque le faltaban las palabras para describir lo que sentía.

—Simplemente… no es agua. Es tan diferente al agua como el color rojo a un pato.

Con cierto recelo, se llevó una gota a la lengua. De nuevo le sobrevino la sensación, la certeza, de que lo que llenaba el pozo no era agua, sino *otra cosa* convertida en líquido.

Notaba la mirada de la profesora Hu en su rostro.

—A lo mejor, como no somos personas mágicas, solo notamos la esencia del líquido que tenemos delante. Pero para una maga… esta sustancia tiene otra dimensión.

Zhara tragó aire con fuerza al comprenderlo.

—Han transformado el agua. Como el ki de Thanh antes de que… antes de que se convirtiera en una abominación. Ya no era humano, sino *otra cosa*. —Se giró para mirar a quienes la rodeaban—. Algo… demoníaco.

Se hizo el silencio en el pantano, como si el mundo entero contuviera el aliento.

—¿Eso es posible? —susurró la profesora Hu.

—No lo sé —respondió Zhara en voz baja. Miró hacia el noroeste, donde la severa silueta del volcán dominaba el paisaje, coronado por su velo omnipresente de nubes—. Pero creo que tendremos que viajar al origen para averiguarlo.

17

Zhara suponía que debería haber recelado por lo fácil que le resultó entrar de nuevo en Zanhei después del anochecer, pero no pensaba quejarse. La profesora Hu le había enseñado la grieta en el lado suroeste de los muros de la ciudad, que un seto de azaleas ocultaba de las atentas miradas de la guardia nocturna y de posibles observadores casuales. La habían atravesado con facilidad para luego emprender caminos separados sin apenas desearse buenas noches. Cada una corrió hacia su casa para dormir lo máximo posible antes del amanecer.

Las calles estaban oscuras y silenciosas, los faroles de las primeras plantas apagados ya. La luz diseminada de la luna iluminaba los callejones vacíos con un tenue brillo plateado. Zhara pisaba con cuidado los adoquines irregulares. La zapatilla había empezado a deshacerse de nuevo y tendría que arreglarla al llegar a casa. Bostezó. O quizá nada más despertarse.

Al doblar la esquina de su calle, las risas distendidas y los murmullos borrachos procedentes de la taberna local se vertieron en la noche. Zhara solía evitar pasar por allí de noche, sobre todo para no encontrarse con la segunda esposa, aunque de vez en cuando también tenía que esquivar las insinuaciones amorosas e indiscriminadas de les borraches del barrio.

—¿Y quién es este desconocide? —dijo una voz dulce y ligera. A Zhara se le puso la piel de gallina.

Era la segunda esposa.

Se agachó detrás de un árbol con el corazón a mil por hora.

—Une amigue —dijo otra voz, aguda, aflautada y extrañamente familiar, aunque Zhara desconocía el motivo. Le parecía que la había oído hacía poco. En algún lugar oscuro, u oculto, que olía a humedad…

—¿Lo eres? —respondió la segunda esposa con un tono directo e insolente—. Entonces, ¿por qué no te he visto nunca?

—Puede que la señora no me conozca, pero sí que conoce a mi señor.

—¿Y quién es tu señor?

—Lord Chan.

Pasó un instante antes de que la segunda esposa hablase de nuevo.

—No bromees, gnomo —dijo, cortante—. ¿Por qué lord Chan te enviaría a ti para hablar conmigo? Sobre todo después de que la tonta y corta de miras de Suzhan se negase a casarse con él.

Zhara tomó aire con fuerza y se tapó la boca con las manos.

—Porque las cosas han cambiado.

La segunda mujer resopló.

—De todas las hijas elegibles en Zanhei, tu señor quiere casarse con la mía. ¡La mía! Una chica zopenca pobre, normalucha y poco agraciada. Una chica zopenca *ciega*, pobre, normalucha y poco agraciada. Alguien completamente inútil.

La rabia hervía en las venas de Zhara, cada músculo y cada nervio estaba vivo y alerta por la furia. Suzhan era mucho más que su apariencia, su pobreza o su discapacidad. Tenía talento musical, era amable, tierna y leal. Cualquier persona tendría suerte de casarse con ella.

—A mi señor nunca le ha importado su ceguera —respondió le desconocide—. Tu hija tiene… otras ventajas.

Justo entonces, un grupo bullicioso de rufianes salió de la taberna. Sus gritos borrachos resonaron en las tejas y Zhara no captó la respuesta de le desconocide. Intentó escuchar el resto de la conversación de su madrastra por encima del jaleo.

— … tráela a…

— … la otra chica…

— … por qué ella…

— … porque es mag…

Pero entonces les juerguistas tropezaron con Zhara… de un modo bastante literal.

—Vaya, ¿a quién tenemos aquí? —dijo le más cercane y le echó en la cara el aliento que hedía a cerveza y vómito. Zhara tosió y reprimió una arcada—. ¿Qué hace una chica tan guapa paseando a estas horas de la noche?

—Puede que no sea guapa ni que sea una chica —comentó une de sus acompañantes.

—¡Me da igual! —replicó el primero—. La necesidad carece de ley, ¿lah?

El poder le cosquilleaba en las palmas, pero Zhara no necesitaba magia para lidiar con eses pobres desgraciades borraches. Un buen pisotón o una patada irían igual de bien o incluso mejor. Rauda y veloz, estampó el pie en el empeine de la persona que se le había insinuado, clavó el codo en su barriga y echó a correr por la calle. Mientras abría la puerta del patio y cruzaba el portal, oyó a su espalda las risas y burlas de les amigues de le desdichade. Zhara echó un vistazo para asegurarse de que no la siguieran.

Sajah la saludó con un malhumorado *¿prrrrt?* cuando entró en la cocina. Se metió en la cama y se le cerraron los ojos a pesar de que quería desentrañar el sentido de la conversación que había oído entre la segunda esposa y le misteriose amigue de lord Chan. Sin embargo, los acontecimientos del día empezaban a hacerle efecto, se apoderaron de ella y, al cabo de poco, Zhara se quedó dormida.

Los tambores de la ciudad sacaron a Zhara de la cama a la mañana siguiente. La luz entraba por la ventana de la cocina y se tapó los ojos, desorientada por el resplandor. En general, estaba más oscuro cuando se levantaba.

Un momento más tarde, se dio cuenta de que se había quedado dormida y, sin pensar, salió a toda prisa de la cama en busca de la ropa doblada que había dejado en el taburete junto a su jergón. La segunda esposa estaría esperando el desayuno en cualquier momento. Soñolienta y cansada, Zhara metió una pierna en los pantalones y luego la otra; pero, tras ponerse la túnica y atarse una faja en la cintura, se dio cuenta de que los llevaba al revés.

Congee. Para desayunar tendría que valer congee. Aún le quedaban sobras de arroz que no se habían puesto malas. Vertió varios cucharones de agua en el wok y lo puso en el fogón; luego removió las brasas del horno con un atizador para avivar las llamas. Tras quitar un poco del arroz quemado y pasado del fondo con una cuchara, lo introdujo también en el wok. Luego lo tapó para que hirviera más rápido. Mientras tanto, encontró otra olla y añadió media docena de huevos para preparar huevos duros de té.

—Ah, bien, estás despierta.

Zhara se sobresaltó y casi se quemó cuando una silueta alta y esbelta apareció en el umbral de la cocina. Sajah bufó a la intrusa desde su sitio en los estantes de la despensa. Era la segunda esposa.

—M-madame —tartamudeó Zhara y enseguida extendió las manos ante ella e hizo una reverencia—. No pensé que se levantaría tan temprano. Le… le prometo que el desayuno estará listo dentro de nada.

—Relájate. —Su madrastra agitó una mano y entró en la cocina. Llevaba recogido el largo cabello oscuro en una coleta suelta en la nuca, y Zhara podía ver el patio a través de la seda raída de su batín—. Solo quería disculparme por mi comportamiento de la otra noche. Tras volver de nuestro primer encuentro con lord Chan.

Zhara se estremeció.

—N-no hace falta, M-madame.

No sabía qué le sorprendía más, si la disculpa de su madrastra o que parecía… casi sincera. La gratitud y el recelo se enroscaron en su estómago y la constriñeron como un corsé. Los fragmentos de una conversación flotaban en su memoria, y le pareció recordar dos voces discutiendo en voz queda, pero todo desapareció antes de que pudiera comprenderlo.

La segunda esposa la miró con ojos entornados.

—Por todos los cielos, niña, ¿por qué está tan oscuro aquí dentro? Enciende unas cuantas velas, querida.

En general, Zhara trabajaba con más oscuridad que esa. La luz que entraba por la pequeña ventana parecía incandescente en comparación.

—No… no tengo velas en la cocina, Madame.

—¿Cómo? —Su madrastra arqueó una ceja perfilada—. ¿Por qué no?

—El… el fuego de la chimenea me… me suele bastar.

La segunda esposa suspiró.

—Niña, en serio, me duele que pienses que te voy a negar unas cuantas velas para que ilumines la cocina mientras trabajas. Luego si quieres puedes tomar unas cuantas de la cómoda.

—S-sí, Madame.

La mujer pasó a su lado para sentarse junto a la chimenea. De cerca, Zhara vio con más claridad las arrugas de la almohada en la mejilla de la segunda esposa, el cuello y las mangas deshilachadas del batín y las ojeras en sus ojos oscurísimos, de dormir y tomar demasiado vino de arroz. Le sorprendió un tanto ver que había hebras grises en las sienes de su madrastra y arrugas alrededor de la boca. Sin maquillaje y sin la armadura de glamour que se ponía todos los días, la edad de la segunda esposa empezaba a notarse.

—En fin, quería hablar contigo antes de que te marchases a trabajar, Jin Zhara.

La chica se envaró. Sabía que no podía fiarse de la actitud arrepentida de la madrastra, ya que su crueldad siempre andaba al acecho. Igual que la magia creciente de Zhara.

—P-por supuesto, Madame —dijo. Le entró el pánico al ver que el leve brillo rosado de su magia atravesaba las líneas de la palma. Cerró las manos con fuerza mientras mantenía la reverencia.

—Ah, levántate. Me duele la espalda con solo mirarte agachada todo el rato.

—Sí, Madame. —Zhara se enderezó y enseguida dejó caer las manos a los costados—. ¿Puedo… puedo seguir preparando el desayuno mientras Madame habla?

Los huevos traqueteaban en la olla con el agua hirviendo que los agitaba, y Zhara los sacó enseguida del fuego.

La segunda esposa bostezó y agitó una mano.

—Prosigue. No tardaré, pero tengo que pedirte un favor.

Zhara se detuvo mientras lavaba los huevos duros.

—Por supuesto, Madame —dijo, y retomó la tarea de quitar las cáscaras para devolver los huevos a la olla.

—Verás, es sobre Suzhan.

Zhara rellenó la olla con más agua del depósito y añadió las hojas de té negro, canela, cáscara de naranja, semillas de hinojo y anís estrellado, además de un poco de salsa de soja.

—¿Qué pasa con Suzhan, Madame? —preguntó con cuidado mientras colocaba la olla de nuevo en el fogón. Su madrastra sacudió la cabeza.

—Aunque quiero mucho a mi tesoro, la terquedad de Suzhan pone a prueba mi paciencia. —Le dirigió una sonrisa melancólica y llorosa—. Y me temo que nunca he podido controlar bien mi temperamento. Una actitud poco decorosa, lo sé.

Zhara recordó el moratón en la mejilla de Suzhan. Tomó unas cebolletas del almacenaje en frío y empezó a cortarlas con furia. Debajo de sus manos, el mango de madera del cuchillo se calentó y se tornó maleable antes de convertirse en un puerro. Zhara lo dejó caer de la sorpresa y causó un estrépito cuando aterrizó en la tabla de cortar, convertido de nuevo en cuchillo.

—¿Todo bien, niña? —La voz de la segunda esposa era empalagosa y solícita—. No te habrás cortado, ¿verdad? Déjame ver.

Se levantó del asiento junto a la chimenea y buscó la mano de Zhara.

—Estoy bien, Madame.

Con un esfuerzo inmenso, Zhara aplacó su magia para no quemar a la mujer.

La segunda esposa examinó con atención su mano.

—Eres una buena chica, Jin Zhara. —La madrastra acarició con ligereza su piel callosa de trabajar en un gesto reconfortante—. Ojalá Suzhan se comportara tan bien como su hermana mayor acerca de todo este asunto del matrimonio, pero mi hija se niega incluso a considerarlo desde mi punto de vista. Sobre todo porque lord Chan está dispuesto a pasar por alto su… dificultad juvenil. Nos ha hecho la oferta de nuevo.

—¿Otra vez?

Algo le cosquilleaba en la mente, una preocupación persistente que le instaba a intentar recordar… ¿el qué? No podía pensar por la sensación del contacto turbado de su madrastra, que la distraía.

—Así es. —La segunda esposa siguió acariciando los callos de Zhara—. Lord Chan es un hombre razonable. Ha organizado otra reunión y quiero que esta vez nos acompañes… ¡Aiyo!

Se oyó un tintineo discordante cuando un borrón naranja atravesó la cocina, bufando y escupiendo, para arañar las piernas de la segunda esposa.

—¡Sajah! —gritó Zhara. Se agachó para agarrar al gato en sus brazos, pero este se escabulló sin dejar de atacar a la madrastra.

—¿Qué es esa criatura repugnante? —La segunda esposa le propinó una patada rápida que envió a Sajah volando hacia la chimenea—. Tú —le ordenó a Zhara—. Ve a por la escoba y saca a este gato pulgoso de aquí.

A regañadientes, la chica fue a por la escoba de la esquina, pero el gato ya había huido hacia las sombras. Zhara suspiró de alivio y la devolvió a su lugar junto a la chimenea. Detrás de ella, oía la olla con los huevos de té desbordándose, así que se excusó para sacarla del fogón.

—Qué asco —resopló la segunda esposa—. Asegúrate de que esa criatura no vuelva. Piensa en las enfermedades que puede tener. ¡Y encima se pasea por donde preparamos la comida!

—Sí, Madame. Mil perdones, Madame —dijo Zhara con una reverencia tras otra. Pensó que los gatos eran sagrados para el León del Sur, ya que se suponía que alejaban las pestilencias, no las traían consigo. Tomó nota de visitar el Templo del León más tarde para hacer una ofrenda de penitencia.

La segunda esposa alzó la barbilla, sin prestarle atención mientras se paseaba por la cocina.

—Bueno. Antes de que nos interrumpieran con tanta descortesía, he venido a pedirte que acompañes a Suzhan a conocer a lord Chan en una casa de té.

Ahora que su madrastra no la distraía tocándola, el recuerdo de esa conversación extraña entre

la segunda esposa y le desconocide que le resultaba familiar le vino como una bofetada en la cara.

—Perdóneme, Madame, pero ¿por qué yo?

—Aunque quiero mucho a mi tesoro —la fachada serena de Madame se resquebrajó—, ella no confía en mí. Ahí es donde entras tú, querida. Para convencerla de que diga que sí. Lo harás por mí, ¿lah? Eres una buena chica, Jin Zhara.

Sin embargo, Suzhan no quería casarse con ese hombre. Su hermana le tenía un miedo horrible. El deseo de complacer a su madrastra peleó con la necesidad de proteger a su hermana. Zhara sabía que debía intentar hablar a favor de Suzhan, aunque su resolución se disolvió ante la dulzura sedosa de la segunda esposa.

—Madame… —titubeó—. ¿Qué sabe Madame sobre el futuro marido de su hija?

La madrastra pareció sorprenderse.

—Lo que te he dicho antes. Que es muy rico y poderoso. Eso es lo único que debemos saber.

Zhara se mordió el labio.

—Circulan… rumores desagradables sobre el pasado de lord Chan, Madame.

—¿Sí? —La mujer se había quedado inmóvil.

—Dicen —añadió Zhara con cuidado— que en las partes más bajas de Zanhei se lo conoce por otro nombre. —Al ver que su madrastra no protestaba, se atrevió a decir—: El Viudo Negro.

—¿El Viudo Negro? —La mujer se rio—. Qué curioso.

—Se casó y enterró a muchas esposas, Madame.

—Seguro que solo son rumores feos que habrán difundido las esposas que ha rechazado. —Sorbió aire por la nariz—. Ah, Jin Zhara —dijo, y su voz fue casi… amable—. Sé que estás preocupada por Suzhan. Y preocupada por lo que te pasará a ti también, ¿verdad? ¿A dónde irás cuando se case? ¿Qué harás?

Zhara alzó la mirada hacia la segunda esposa; el tono íntimo, casi gentil, de su madrastra la había tomado por sorpresa.

—Yo… eh… —tartamudeó. Nunca había pensado mucho en el futuro. La necesidad de mantenerse a salvo, de sobrevivir, había hecho que Zhara se concentrara en la siguiente comida, en las siguientes monedas, en el siguiente amanecer. «Sé buena y sé auténtica», le había dicho su padre. Era de la única forma que sabía vivir: asegurarse de que su madrastra siguiera complacida.

—Veo que no lo habías pensado —dijo con lástima la segunda esposa.

—N-no, Madame.

—Bueno —respondió esta, con un tono suave, tranquilizador… incluso seductor—. Dentro de poco, Suzhan necesitará una criada en su nueva vida como la esposa de un oficial de palacio y ¿quién mejor para cuidarla que la persona que la conoce mejor que nadie?

Zhara estaba conmocionada.

—¿Yo?

«Tu hija tiene… otras ventajas».

—Sí, tú. —La segunda esposa se acercó más, con su larga y elegante silueta tan delgada y equilibrada como la hoja de un cuchillo. A Zhara le sudaba la frente, a pesar de que se le había puesto la piel de gallina. Nunca antes había estado tan cerca de su madrastra, y su proximidad le resultaba tanto terrorífica como intoxicante—. Porque eres parte de la familia, Jin Zhara.

Las palabras fueron como un golpe en las costillas. Zhara no podía respirar. Dos serpientes gemelas de gratitud y recelo se deslizaban frenéticas por su estómago, reñidas entre ellas, peleando por dominar a la otra. Zhara no sabía qué pensar. No sabía qué sentir. Esperaba las púas de la trampa de su madrastra, sentir el anzuelo y la trampilla.

—¿Y qué p-pasa con Madame? ¿Quién cuidará de ella?

La segunda esposa esbozó una sonrisa que era tanto cautivadora como taimada.

—Qué considerado por tu parte acordarte de tu pobre madre —dijo, y ahí estaba: el anzuelo en el corazón de Zhara, tirando de las cuerdas—. Pero yo estaré bien. El futuro marido de Suzhan ya ha sido muy generoso con nosotras. Toma. —Se sacó una pepita de plata de la manga y la depositó en la encimera—. Cómprate algo bonito. A lo mejor un par de zapatos nuevos. O incluso todo un conjunto. Al fin y al cabo —su madrastra la examinó de la cabeza a los pies—, necesitarás algo decente para la reunión en la casa de té. —Con dedos temblorosos, Zhara recogió la pepita. Valía más de tres meses de sueldo en la tienda de la profesora Hu—. ¿Ves? Me irá bien, como te he dicho.

Los tambores de la ciudad empezaron a dar la hora de media mañana.

—Madame. Llego tarde…

La madrastra la despidió con la mano.

—Vete. No queremos que llegues tarde a trabajar. Yo terminaré el desayuno. —Zhara vaciló, pero la segunda esposa la empujó hacia la puerta—. Fuera.

Hizo una reverencia mientras se quitaba el delantal de la cintura, y fue a colgarlo en un gancho al lado de la puerta.

—Zhara. —La luz matutina difuminaba las líneas del rostro de la segunda esposa y el gris de su pelo, pero su expresión se había calcificado: le brillaban los ojos como trozos de obsidiana y sus labios eran una línea tallada en piedra—. Diligencia, deber y dedicación a la familia. ¿No es eso lo que dijiste antes?

No se trataba de una pregunta.

—Sí, Madame.

—Bien. —La segunda esposa se arremangó y empezó a sacar cuencos de los estantes para el desayuno—. No te olvides de eso. Después de todo —dijo con dulzura—, una buena chica no querría decepcionar a su pobre madre, ¿verdad que no?

18

Wonhu Han, el heredero real de Zanhei, era un joven de muchos talentos (esgrima, tiro con arco, equitación, poesía), pero allanar ilegalmente unos aposentos no era uno de ellos.

—Madre de demonios —musitó y se clavó una horquilla por séptima vez—. En las historias de detectives parece más fácil.

El candado de bronce en la puerta del tío Li tenía la forma de un león, con el ojo de la cerradura en la boca rugiente y unos diales de combinación en el cuerpo. Solo había una llave, guardada en las habitaciones del chanciller, y Han desconocía la contraseña para entrar en la habitación de su primo, de ahí que intentase forzar la cerradura. Los frutos de su trabajo incluían un puñado de horquillas deformadas, una herida bastante fea en la almohadilla del pulgar y varios gritos ahogados de frustración.

—Creo que puedo ayudar con eso, mi príncipe. —Han se giró para encontrar a Xu detrás de él. Sus labios pintados esbozaban una sonrisa petulante y, delante de sus narices, balanceaba una llave enganchada a una cadena—. ¿Buscaba esto?

—¡Xu! —Han se puso en pie de un salto e hizo una mueca cuando pisó una horquilla—. ¿Cómo la has conseguido?

—La encontré en el despacho de mi padre. —Xu se adelantó y deslizó la llave en la cerradura. Con un giro de muñeca y un chasquido, la cerradura cayó de la puerta—. Ser le hije únique del chanciller tiene sus ventajas. No muchas. Pero las hay.

—Vale —dijo Han y entró en los aposentos de Li Er-Shuan—. Veamos lo que podemos encontrar para esa tal Huang Jiyi, ¿lah?

Les Guardianes del Amanecer les habían transmitido el mensaje de que se reunirían con Huang Jiyi por la mañana. El maestro Cao había dicho que Huang Jiyi, una de las eruditas que había trabajado con el tío Li en la reconstrucción de *Canciones de orden y caos*, era una poeta que vivía en el distrito del placer, en una casa llamada Palacio Glicinia, y todes estaban invitades a una fiesta de versos para compartir sus hallazgos. Han se sentía bastante emocionado ante la perspectiva de conocer a una poeta de verdad; a lo mejor hasta podía mostrarle fragmentos de su obra.

Pero aquello, cómo no, requería un viaje a los aposentos del tío Li para ver lo que su primo había dejado allí, si es que había algo.

La habitación del tío Li seguía justo como la recordaba de la última vez que la había pisado, hacía seis años, antes de que los Cernícalos se llevaran a su madre. El escritorio estaba cubierto con varias hojas de papel, pinceles sin lavar y tinteros, así como varios bloques de tinta que se

habían partido y secado con el tiempo. Una gruesa capa de polvo lo cubría todo: las cortinas, las sábanas, los muebles, los estantes vacíos.

—Para ser un astrólogo —comentó Xu—, Li Er-Shuan no conservaba muchos libros de referencia o mapas.

—El tío Li siempre fue un poco raro —coincidió Han—. *Excéntrico* es lo que solía llamarlo mi madre.

Li Er-Shuan había sido un elemento extraño en el palacio, un hombre delgado y espigado que iba ataviado con túnicas demasiado grandes y gafas de búho. Había sido el astrólogo de la consorte real durante años. Técnicamente, el tío Li era el primo de su madre, un vestigio de su antigua vida como cortesana en el distrito del placer antes de casarse con el príncipe Wonhu. Como astrólogo, Li Er-Shuan no parecía tener mucha habilidad ni talento, y todo el palacio lo había ridiculizado con ganas por su comportamiento insólito y su carácter maníaco. Sin embargo, la consorte real lo había protegido contra todes sus detractores. A Han le había dicho que había vínculos que no se podían romper.

Como los vínculos de sangre y magia.

Han echó un vistazo por la habitación. Cómodas bajas contra las paredes. Una mesa para comer. Dos sillas de madera sin cojines y un extraño juego de estrategia en el suelo. Una sencilla plataforma para la cama. Pero nada de estantes ni ningún libro. Ni tampoco anotaciones. Ni pistas de a dónde se había marchado su primo.

Xu fue hacia la cómoda más cercana y empezó a abrir cajones; luego pasó a los armarios y los guardarropas.

—No sé a dónde huyó Li Er-Shuan —dijo—, aunque no creo que lo avisaran antes.

Los armarios y los guardarropas estaban llenos de ropa, planchada y bien plegada, mientras que las cómodas rebosaban de calcetines limpios y ropa interior.

—¿Por qué alguien se llevaría libros y no ropa en su huida? —preguntó Han.

—Creo que no se los llevó. Con tan poco preaviso, no se lo pudo llevar todo. Y si era un infiltrado de les Guardianes del Amanecer, según dijo el maestro Cao, entonces mantendría oculto todo lo relacionado con la magia.

Han revisó unas cajas de baratijas. Su primo tenía pocas posesiones valiosas, pero también parecía haber abandonado cualquier cosa de valor económico o sentimental. Broches esmaltados, hebillas de cinturones enjoyadas, un abanico de seda de Wulin, que estaba sin tocar y acumulaba polvo en su caja e incluso un cuadro de seda de su mujer y sus tres hijas, que colgaba de la pared. Conocía a la más joven, Ami, porque tenían más o menos la misma edad. El maestro Cao había dicho que era inteligente, pero, según recordaba Han, era una chica tranquila y tímida que había trabajado como escribiente de su padre. Se acercó al escritorio de Li Er-Shuan para examinarlo.

El espacio de escritura del tío Li era un desastre, con notas y papeles esparcidos por doquier. Han pasó páginas y páginas y páginas de pensamientos sin terminar; la tinta hacía tiempo que se

había secado y desvanecido. Las palabras parecían estar escritas a toda prisa, incoherentes y sin sentido, pensamientos oscuros y atormentados.

Hace veinte años, un ritual salió mal. ¿Una invocación? Demonios. Pesadillas. Veneno. Infección. Guardianes. Guardianes. Ella es una Guardiana. Debo protegerla.

Cuando Han juntó los papeles, algo se deslizó de entre las páginas y cayó a la mesa. Lo recogió con el ceño fruncido: se trataba de una pequeña pluma con motas blancas y marrones y una cuenta pegada al cálamo. Una gota de pavor le cosquilleaba en la nuca.

—Xu —dijo en voz baja—. Mira.

Su amigue estudió la pluma con el ceño fruncido.

—Parece parte de un adorno para el pelo. —El terror inundó su rostro—. Cernícalos.

—Han estado aquí —respondió Han con gravedad—. Y hace poco. Es una de las pocas cosas que no están cubiertas de polvo. —Se le cayó el alma a los pies—. ¿Crees que se habrán llevado las notas del tío Li para *Canciones de orden y caos*?

Xu echó otro vistazo a la habitación.

—No lo creo. Nos habríamos enterado. Cada año publican una lista de todos los libros confiscados y destruidos, y nunca he visto *Canciones de orden y caos* en ella. —Al ver la sorpresa en el semblante de Han, Xu sacudió la cabeza con exasperación—. ¿Acaso Su Excelencia sabe *algo* de lo que ocurre en esta ciudad?

—No —respondió con sencillez—. ¿Por qué debería, cuando te tengo a mi lado?

Xu sacudió de nuevo la cabeza.

—No, no creo que los Cernícalos se hayan llevado el libro. A pesar de sus… eh… excentricidades, no me parece que Li Er-Shuan fuera tan imprudente como para dejar cualquier cosa que lo incriminase tirada… por ahí. Es más probable que lo escondiera a simple vista. —Xu dejó de pasearse por la habitación—. Ah. Ay, no.

Han lo miró con intensidad.

—¿Qué pasa?

—Si Su Excelencia quisiera esconder un libro a simple vista, ¿dónde lo pondría?

El príncipe entornó los ojos.

—Supongo que entre otros libros parecidos. ¿Por?

—Y, aparte de en la universidad, ¿dónde va a encontrar Su Excelencia un ejemplar de cada libro de Zanhei, incluidos aquellos que han sido prohibidos, pero no quemados? —La mirada de Xu pasó del escritorio del tío Li al pasillo de fuera, hacia los archivos que había detrás de esa puerta—. ¿Un lugar de tan fácil acceso que Li Er-Shuan, un astrólogo e historiador con acceso a los archivos, no necesitase mantener una colección personal en sus propios aposentos?

Han estaba patidifuso.

—Habla claro, por favor.

Xu gruñó y alzó las manos al aire.

—La biblioteca real, memo —exclamó, sin poder mantener la cortesía más tiempo. Enterró la cara en las manos—. A veces, mi príncipe —dijo en su desesperación—, me preocupo por el futuro de Zanhei.

—Yo no —replicó su amigo con alegría—. Porque te tengo a mi lado.

Para sorpresa de Han, en la biblioteca encontraron a una persona familiar con el cabello rojizo que estaba rebuscando entre las estanterías.

—¡Su… Su Alteza! —tartamudeó—. ¿Qué hace aquí la princesa? ¿No estuvo justo ayer? —Recordaba su insólita petición de acceder a la biblioteca nada más llegar—. ¿Su Alteza ha… eh… encontrado lo que estaba buscando?

La princesa Yulana resultaba intimidante, con o sin armadura. Iba ataviada con el sencillo atuendo de túnica larga y pantalones de su pueblo, con la parte superior de seda amarilla y los pantalones de cuero. A pesar de estar en el interior, aún iba con botas y dejaba rastros de tierra por el suelo pulido de madera. Encaramado en su hombro estaba el omnipresente cernícalo con su inquietante mirada azul. Han se preguntó si el pájaro dormiría debajo de las sábanas con ella, con la cabeza apoyada en una almohada como uno de los perros falderos que llevaban las mujeres de la corte. La idea le pareció ridícula; le resultaba más probable que *la princesa* durmiera en las caballerizas, sobre una percha junto al animal.

—Eh… terminé todo lo que tomé prestado, así que estoy buscando una lectura más ligera. —La princesa movía los ojos de un lado para otro—. No tendrás alguna recomendación, ¿verdad?

Han examinó a su prometida de la cabeza a los pies. No parecía una erudita, aunque tampoco debía juzgar a partir de las apariencias. Aun así, su presencia en la biblioteca lo inquietaba y el recelo le revolvía el estómago como una indigestión.

—¿Recomendaciones? Pues… —Se devanó los sesos en busca de algo que sonase impresionante o culto, algo que un hombre joven de su posición habría leído y disfrutado, pero el único título que le vino a la mente fue *La doncella amada por la Muerte*—. ¿Te gustan las… novelas románticas?

—¿Las novelas románticas? —Eso le hizo gracia a la princesa—. Les sureñes sí que sois blandengues. No —titubeó—. No busco una historia de amor. Esperaba encontrar un… eh… texto raro.

—¿La princesa conoce por casualidad el nombre de le autore? —preguntó Xu, solícite—. Estoy segure de que les bibliotecaries sabrán más que nosotres sobre lo que hay en el inventario.

La joven frunció el ceño.

—No recuerdo del todo el nombre. Li algo. No sé mucho sobre elle, pero sí que era une astrólogue de cierta fama.

Astrólogue. Han intercambió una mirada llena de pánico con Xu.

—No sabía que Su Alteza estaba interesada en la astrología.

—Ah, no es para mí, sino para mi tíe Mongke. Le hermane pequeñe de mi madre —explicó, al ver la mirada de confusión en el semblante de Han—. Le chamán.

—Ah. —Han recordaba la figura esbelta ataviada con ropa multicolor que se situó junto a la princesa tras su llegada—. Bueno —carraspeó—. ¿Por qué a tu tíe le interesa la astrología?

«¿Y por qué eres tú quien ha venido a buscar en la biblioteca y no elle?», quiso preguntar.

La princesa Yulana se encogió de hombros.

—Cosas de chamanes, supongo —dijo, en un tono de desenfado que no fue nada convincente —. Creo que elle estaba comparando mitos entre las distintas regiones de los Reinos del Alba. Mi abuelo fue, por desgracia —dijo, con la mandíbula un tanto apretada—, bastante indiscriminado en la destrucción de textos prohibidos, así que le tíe Mongke está buscando reconstruir nuestra base de conocimiento y, quizá, reclamar un poco de lo que se perdió.

Han no estaba del todo seguro, pero le pareció detectar una pizca de crítica en la voz de la joven cuando comentó los actos del Caudillo durante la Guerra Justa. El pájaro en el hombro de la princesa Yulana agitó las alas de repente y le golpeó un lado de la cara a modo de reprimenda. Ella se encogió y miró a su compañero aviar, con pinta de sentirse avergonzada y rebelde a la vez.

—Tienes razón, tienes razón —murmuró.

Han hizo una mueca. A su futura esposa, además de ser la nieta del hombre que quería ver muertas a personas como su hermano pequeño, también parecían faltarle unas cuantas flechas en el carcaj. Han miró a Xu de refilón, que estaba igual de perpleje.

—Bueno. —La princesa Yulana tosió—. Me disculpo por haber acaparado tanto tiempo. —Dirigió un asentimiento a Xu y luego a Han—. Su Excelencia.

Antes de que Han pudiera despedirse también, la princesa ya había desaparecido.

Han y Xu pasaron el resto de la tarde en la sala de archivos de la biblioteca, repasando montones y montones de viejos manuscritos, hojas sueltas de papel llenas de notas y textos que se desintegraban. A les bibliotecaries les había hecho gracia aquello, pero se alegraron por no tener que pasarse el día organizando libros y dejaron al heredero real y a su mano derecha a solas con su trabajo. Han y Xu no tardaron en averiguar el motivo. Había una avalancha sin fin de libros que inventariar, catalogar, reparar y desechar, y a todas horas entraban más. Han se dio cuenta de que revisarlo todo sería como achicar agua con un dedal en un barco que se hundía.

Xu ya se había rendido y estaba descansando en el suelo de la sala de catalogación con un

plato de pitaya cortada y lichi pelado. Había un montón de textos junto a su codo, medio abiertos y a medio leer.

—*Una reflexión sobre el color marrón* —leyó en voz alta mientras Han buscaba el título en el registro—. *Tratado sobre los beneficios de tener gato.* —Se tumbó de espaldas con un quejido —. Y pensar que me he saltado el entrenamiento por esto.

Han examinó la lista del inventario con los ojos entornados para buscar cualquier obra.

—Pensaba que preferías pavonearte en vez de practicar con la espada.

—Eso depende del tipo de espada —replicó Xu con picardía—. No me importa practicar un poco con una pareja que esté dispuesta a ello.

—Pero odias el ejercicio.

—Ah, no sabría decirte. —Xu sonrió—. A veces tanto gruñido, tantos mandobles y tanto sudor pueden ser divertidos.

Han suspiró.

—Creo que nos estamos repitiendo. —Dejó a un lado el registro y se frotó los ojos. Las palabras empezaban a mezclarse—. Ya he marcado el *Tratado sobre los beneficios de tener gato.* Esos son todos los libros. —La decepción y el cansancio le pellizcaban el puente de la nariz—. Está todo registrado.

—¿Y el montón de basura? —preguntó Xu, señalando una enorme papelera llena de libros tan destrozados y machacados que casi se caían a pedazos.

—Si los van a tirar, no le veo sentido buscar ahí.

Su amigue se encogió de hombros.

—Si yo fuera a esconder algo con potencial traidor e incendiario, la papelera de la basura sería un buen lugar para guardarlo. No creo que la vacíen demasiado a menudo.

—De acuerdo —gruñó Han—. Examinémosla para acabar con esto de una vez.

Les dos se arrastraron hasta el enorme cubo de madera y empezaron a revisar su contenido. Algunos libros estaban tan gastados que ya no eran libros, sino más bien un surtido suelto de páginas que apenas se mantenían unidas por un hilo roto.

—Espera un momento, reconozco esto. —Han tomó un trozo de papel estampado con el símbolo del sol en tinta roja y sacó el colgante que llevaba al cuello para compararlos. Aunque en el colgante estaba un poco borrado, la forma en la moneda y en la página era la misma. Estudió las palabras, que parecían formar parte de un poema—: «Anidada entre las cumbres de tus colinas rosadas, mi mente vaga por los valles de tu amor» —leyó en voz alta—. «Llamo a las puertas de un jardín prohibido, ansiando saborear tu fruto».

Xu alzó la cabeza, prestando atención con interés.

—Ooh, ¿eso es de *Cuentos del terso delta*?

—¿Lo es? —Han leyó de nuevo los versos del poema—. Pensaba que ese libro era pornográfico.

Su mejor amigue abrió la boca y luego la cerró, negando con la cabeza.

—Da igual.

—Mira. —Le puso el papel debajo de la nariz y señaló el sello del sol—. He reconocido *esto*.

Xu frunció el ceño.

—Yo he visto ese símbolo antes.

—Exacto —dijo Han, sacándose el colgante del cuello para pasárselo a su amigue—. Es la marca de les Guardianes del Amanecer.

—No —replicó Xu, con tono distante. La arruga entre sus cejas se ahondaba más—. Lo he visto en otra parte. Puede que en un libro… —Perdió el hilo de lo que decía; debajo del maquillaje, estaba pálide de repente. Con voz ronca, dijo—: Su Excelencia, ese es el símbolo de la dinastía anterior.

—¿El de les Mugung? —Han se rascó la cabeza—. Pero pensaba que durante la Guerra Justa hacían ondear el estandarte del Dragón de Cuatro Alas.

Xu negó con la cabeza.

—Ya veo que alguien no prestó atención durante las clases de historia.

—Yah —protestó Han—. Presto atención durante las batallas.

—Su Excelencia —suspiró elle—, ¿por qué el asiento del imperio se llama Trono del Sol?

—Pues porque… eh… ¿porque nos llamamos los Reinos del Alba y el sol sale por el este?

Xu respiró hondo y cerró los ojos.

—Yuo, dame fuerzas —murmuró, encomendándose a le Primere Inmortal, le patrone de les erudites, para que le guiase. Luego respondió despacio, como si se lo estuviera explicando a une estudiante duro de mollera—: Porque el linaje del trono se remonta hasta le primere emperadore de los reinos, le Guerrere del Sol.

Han se dejó caer al suelo con un resoplido malhumorado y se tapó la cara con la página. Se sentía como un niño de nuevo, sentado a los pies del profesor y recitando obras de viejes filósofes e historiadores polvorientes. No era un gran erudito; se sentía más cómodo con la espada que con el pincel. De todas las lecciones que había tenido que soportar, solo la poesía lo emocionaba. En parte porque los poemas eran cortos, pero también porque su madre había sido poeta. Aún tenía unos cuantos poemas colgando de pergaminos en sus aposentos, los pocos que había conseguido salvar del duelo de su padre.

—Les Mugung descendían directamente de le primere emperadore —prosiguió Xu—. Creían que su responsabilidad era mantener el equilibrio entre el orden y el caos costase lo que costase, incluso con el uso de magia.

—Sí, sí, lo sé. —Han hinchó los carrillos y soltó el aire mientras observaba las palabras obscenas revolotear ante sus ojos. El papel olía raro, casi como a limones, ácido y amargo. En una sala que solo olía a tinta seca y polvo, el olor llamaba la atención—. Pero el mundo se desequilibró, y por eso el Caudillo usurpó el trono, para eliminar a todes les magues de los

reinos. Aunque ¿qué tiene que ver la dinastía Mugung con les Guardianes del Amanecer?

—En todos los mitos, les Guardianes eran les compañeres leales de le Guerrere del Sol —explicó Xu con suavidad—. Además de contener las fuerzas de la oscuridad, también se dedicaban a preservar el derecho a gobernar de le Guerrere del Sol.

Han se enderezó y la comprensión se hundió en sus huesos como agua filtrándose en un pozo.

—¿Estás diciendo que *nuestres* Guardianes del Amanecer, esta sociedad mágica de apoyo mutuo…?

—¿También pueden ser leales a les Mugung? Sí —concluyó Xu, con un tono apenas audible.

Un pitido llenó los oídos de Han, como un zumbido agudo que sonaba a la palabra «traición» susurrada una y otra y otra vez en su mente.

—Pero eso es ridículo —dijo con la garganta seca—. La última princesa Mugung falleció cuando el Caudillo arrasó con el viejo palacio imperial. Si sigue con vida y les Guardianes del Amanecer quieren devolverla al Trono del Sol, entonces…

—Habrá una guerra civil. ¿En qué nos hemos metido, mi príncipe?

Han bajó la mirada a la página de poesía pornográfica que tenía estampado el sol traidor. Una organización clandestina de resistencia dedicada a la liberación mágica. Pero ¿a qué precio?

—Su Excelencia, he encontrado más páginas. —Xu sostenía en la mano varias hojas sueltas de papel, cada una con el símbolo de la dinastía Mugung. Con el ceño fruncido, se llevó los dedos a la nariz y los olió—. Puaj. Huele a perfume de azahar pasado. Como a vinagre.

Vinagre. La memoria olfativa de Han asaltó de repente su nariz para recordarle el día en que había roto una botella de perfume en el tocador de su madre y se vertió el contenido por toda la ropa. Pero no había sido perfume, sino vinagre de manzana. La consorte real le había enseñado después a mojar el pincel y escribir con el vinagre, y Han había visto cómo las palabras desaparecían de la página.

«Como magia», había dicho. Era el único tipo de magia que podía tener.

—Xu. Eres une genie. —Alzó la página hacia la ventana, por donde entraba la luz de la tarde a través de la celosía—. Tinta invisible.

Y allí, brillando detrás de las palabras del poema más infame del mundo, había otro conjunto de líneas.

La Estrella del Resplandor ata la oscuridad
Y le heredere sobrevive

—¿Qué significa esto? —preguntó Han, mirando la página con los ojos entrecerrados—. ¿Qué es la Estrella del Resplandor?

Xu suspiró.

—En algún momento, mi príncipe, convendría que Su Excelencia leyera un libro de historia en vez de una de sus novelas románticas. La Estrella del Resplandor es la joya imperial, que en

teoría llevó le Guerrere del Sol durante la batalla contra la madre de diez mil demonios.

Ah. Han recordaba el baile climático final de la actuación de los Hermanos Bangtan del verano anterior.

—Para encerrarla en el abismo, ¿lah? ¿Con la ayuda de les Guardianes del Amanecer?

—Exacto, mi príncipe.

Siguió leyendo con el ceño fruncido.

Le heredere sobrevive y florece bajo el árbol de la inmortalidad
En las tierras del oeste más lejano
En los dominios del rey Unicornio

—¿El rey Unicornio? —Han intentó recordar un cuento de hadas con un personaje que se llamase rey Unicornio, pero no pudo, así que se lo preguntó a su mejor amigue—: ¿Sabes qué es el rey Unicornio?

Xu se acarició la barbilla, pensative.

—No, aunque «las tierras del oeste más lejano» parece una pista. Ay —dijo, asqueade—. ¿Cómo es posible que me haya afeitado esta mañana y ya me crezca la barba?

—¿En serio? —Han se acarició el mentón con envidia. Le crecían tan pocos pelos que arrancárselos cada pocos días sería más efectivo—. Estoy celoso.

Xu sacudió la cabeza.

—¿Su Excelencia cree que Li Er-Shuan puede estar escondido en las tierras del oeste más lejano? —preguntó, bajando la voz para que nadie les oyera—. ¿Entre los pueblos libres que viven allí?

Han estudió el símbolo del sol al final de la página.

—Es un buen sitio donde esconderse —concedió—. Hay cientos, o miles, de clanes entre los pueblos libres, y no juran lealtad a nadie, solo a su rey chamán.

—El Qirin Tulku. Aunque estoy impresionado de que Su Excelencia recuerde tanto.

—Yah —protestó Han—. A lo mejor no presto atención en las clases, pero no soy *tan* tonto. —Suspiró—. Echemos otro vistazo en la papelera por si podemos encontrar más notas y páginas para llevárselas mañana a Huang Jiyi al Palacio Glicinia.

—Enseguida, mi príncipe.

Mientras les dos rebuscaban en el resto del montón de basura por si había más papeles escritos por Li Er-Shuan, Han no pudo evitar preguntarse qué había llevado a su primo a buscar refugio en las tierras salvajes del oeste más lejano en vez de confiar en les Guardianes del Amanecer. Se tocó el colgante del sol que llevaba en la garganta.

—Ay, tío Li —murmuró—. ¿En qué nos hemos metido?

19

Les poetas que comparaban el distrito del placer de Zanhei con un jazmín que florece de noche o bien nunca habían olido una flor de jazmín, o nunca habían pisado la Ciudad de las Flores durante el día.

Zhara arrugó la nariz mientras caminaba junto a los canales que olían más a alcantarilla que a perfume; luego recorrió los callejones atravesados con ropa tendida chorreante y saturados con el hedor húmedo de ajo y moho acumulado. Aunque el distrito del placer se hallaba justo al otro lado del canal del mercado cubierto donde Zhara trabajaba, nunca había ido. La realidad no estaba a la altura de su imaginación y se sentía un tanto decepcionada.

Decían que la Ciudad de las Flores cobraba vida en cuanto se ponía el sol, aunque las calles estaban más concurridas de lo esperado para ser media tarde. Vendedores, mercaderes, niñes repartidores y otres ciudadanes de a pie iban y venían por las calles y los canales, ocupades con sus quehaceres cotidianos. Zhara paseaba junto al canal principal, que iba desde la ciudad de Zanhei hasta el centro del distrito del placer. Lo llamaban el río Resplandeciente, como homenaje a la historia de les amantes urraca, pero también como referencia a les poetas, filósofes y otres buscadores de placer brillantes que llegaban por barca o góndola. Les barqueres que transportaban a estes dignataries a sus destinos se llamaban «urracas» por el cuento, pero también por las vestimentas negras, blancas y rojas que llevaban.

A medida que la indómita maraña de calles y callejones se enderezaba en paseos y avenidas respetables, la belleza de la Ciudad de las Flores se fue abriendo ante ella. Había casas de té con una proporción elegante, refinados jardines con árboles en flor cultivados con cuidado y una fuente de agua musical en cada esquina. Linternas rojas y carrillones de latón decoraban las puertas y sobre los dinteles colgaban rótulos tallados en madera con letras doradas. Las paredes estaban hechas de piedra blanca en vez de la arcilla que se encontraba en las Fosas, mientras que los tejados eran de teja y no de paja. Las celosías de las ventanas formaban intrincados diseños que sugerían hojas, flores y capullos.

Zhara encontró por fin la glicinia que señalaba la entrada al Palacio Glicinia y que le daba nombre a la casa de té. Las puertas, pintadas con gusto de negro y oro, estaban cerradas, pero había un tirador a la derecha. Zhara accionó el timbre, que emitió un tintineo suave y plateado. Las puertas se abrieron y apareció une empleade joven y atractive.

—¿En qué puedo ayudar a le cliente? —preguntó e hizo una reverencia con las manos ante elle. Fue entonces cuando Zhara se percató de que era une criade y no une cortesane, por la elegancia de sus modales y vestimenta. Llevaba el pelo recogido en un simple moño con un pasador de madera decorado con un ramillete de flores de glicinia y un sencillo vestido color

lavanda de seda y raso, mucho más humilde que algo que luciría una dama noble o una cortesana, pero más fino que cualquier cosa que Zhara hubiera tocado en su vida. Palpó el monedero que llevaba a la cintura para notar el peso contra la cadera de la pepita de plata que le había entregado la segunda esposa.

—Esto, yo… —Zhara se quitó el colgante de sol que la profesora Hu le había dado y se lo mostró—. He venido a ver a Huang Jiyi.

—¿A la Princesa de Hielo? —preguntó le criade y arrugó el rostro con desagrado—. Ah. Le invitade debe de haber venido por la fiesta de versos. Ya han llegado otras personas. Sígame.

El mundo dentro de las puertas era mucho más hermoso que la elegante fachada del edificio. Pasarelas de madera pulida con barandillas de diseños gráciles formaban senderos alrededor de charcas de agua con lirios y flores de loto. Las pasarelas estaban cubiertas para desdibujar las líneas del interior y del mundo natural. El espacio vacío entre postes y barandillas enmarcaba el pintoresco escenario como si de ventanas se tratara, con lo que cada paisaje del Palacio Glicinia era una obra de arte.

Le criade condujo a Zhara por un pequeño patio hacia un jardín, donde Han y Xu ya estaban sentades en un pabellón que daba a un estanque de agua reflectante perfectamente redondo. El rostro del maestro Ciruela se iluminó nada más verla llegar y se puso en pie de un salto.

—¡Buenas tardes, doña Brandi! —Mostró los hoyuelos de la emoción—. ¿Estás lista para la fiesta de versos? ¿Has preparado algo?

A su lado, Xu puso mala cara.

—No lo animes, por favor —suplicó. Zhara miró a Han, que casi vibraba de puntillas por la anticipación.

—No sabía que debíamos prepararnos algo —dijo con una sonrisa—. Nunca he asistido a una fiesta de versos.

—Puedes recitar el poema de otra persona u ofrecer uno propio. Luego le juece tomará una decisión. ¿Quieres oír uno mío?

Xu hizo un gesto de desesperación detrás de Han: se deslizó una mano por el cuello y negó con la cabeza, aunque el maestro Ciruela parecía tan entusiasmado que Zhara no quiso negárselo.

—De acuerdo. Recítame tu poesía.

Seguramente sería horrible, pero estaba dispuesta a ser indulgente con alguien tan atractivo.

—¿De verdad? —El chico parecía tan feliz y sonreía con tantas ganas que arrugó la nariz de pura alegría. Estiró el brazo hacia atrás para sacar un pequeño pergamino del fajín—. Escribí esto anoche para hoy. Es un poema acróstico por sílabas para… para ti. —Un rubor oscuro se extendió desde su cuello hasta las mejillas. Han agachó la cabeza, tímido de repente. Desenrolló el pergamino y leyó en voz alta—: «Doña Brandi»… Ese es el título. —Carraspeó—. «Doña Brandi. Do… doncella misteriosa y pícara. Ña… Ñapas hace en la botica de hierbas. Bran… Branquias tiene que absorben novelas románticas. Di… Divinamente».

Al terminar, Han sonreía expectante.

Zhara apretó los labios.

—Eso es… eh… es muy… único, maestro Ciruela.

—¿Qué opinas, Xu? —dijo, sin dejar de sonreír.

—Opino —musitó elle— que tienes ahí algo lo suficientemente digno para que cada ciudadane desde el palacio hasta las Fosas se limpie el trasero.

—Gracias —dijo Han, asintiendo con la cabeza. Pero entonces frunció el ceño—. Un momento…

Zhara escondió una risita detrás de la mano.

—Me temo que no sé mucho sobre poesía. Aunque he leído algo.

—¿Recuerdas algún verso? —preguntó Han, enrollando el pergamino.

—«Los pétalos al anochecer se abren con miradas atrayentes» —declamó con suavidad—. «Y el aire se impregna de dulzura y sándalo, con trazos de franchipán». —Sonrió al ver el semblante estupefacto de Han—. Me ha parecido apropiado.

—¡*El libro de la almohada de Cheng Na*! —exclamó Xu—. Veo que doña Brandi es una persona con un gusto exquisito.

—¿Qué es un libro de la almohada? —preguntó Han. Xu captó la mirada de Zhara y le guiñó un ojo.

—Dé gracias porque nunca ha oído a Han recitar sus *Odas a los placeres físicos*. Fue lo más traumático que he vivido nunca.

—¿En serio? —Ella sonrió—. ¿Tenemos a otro Kui-Shung el Lascivo entre nosotres?

—Más bien un Kui-Shung el Zopenco.

—¿Quién es Kui-Shung? —Han giraba la cabeza entre Zhara y su amigue con cara de desconcierto—. ¿También le gusta hacer ejercicio? Mis odas tratan sobre los placeres de levantar pesas.

—¡Ah, conque aquí estáis! —El maestro Cao se aproximaba por el patio acompañado de una persona alta y delgada; une de les cortesanes del Palacio Glicinia, a juzgar por su vestido—. Niñes, os presento a Huang Jiyi, la historiadora y erudita mágica más apreciada de les Guardianes.

La cortesana hizo una reverencia y la fuerza de su atractivo fue como un golpe para Zhara. El cuerpo esbelto de bailarina de Huang Jiyi estaba envuelto en una delicada túnica azul con varias capas de seda, brocados y raso que, al moverse, relucían como agua. Su rostro ovalado carecía de maquillaje y adornos, y llevaba recogido su cabello negro como la tinta en un sencillo moño en la base de su nuca para que nada pudiera distraer a le observadore de la terrorífica simetría de sus rasgos. Un aroma ligerísimo a agua de rosas y aceite de azahar flotaba a su alrededor, vivo y seductor.

—Bienvenides al Palacio Glicinia —dijo la cortesana en un tono que no era nada acogedor—.

¿Estamos todes? —preguntó, mirando al librero. El maestro Cao asintió—. Bien, pues vayamos dentro y pongámonos manos a la obra.

Se giró para adentrarse en las sombras de la casa de té y les indicó por señas que la siguieran.

—O sea, ¿que al final no hay fiesta de versos? —preguntó Han, decepcionado—. ¡Pero si había preparado cuatro poemas!

La cortesana los llevó a sus aposentos privados, un conjunto de habitaciones sorprendentemente grandes en la parte trasera del establecimiento, muy reservadas y cerradas.

—Hago que mi señora gane mucho dinero gracias a mis escritos —dijo, a modo de explicación, al ver el semblante sorprendido de Zhara—. Así que me deja tener lo que quiero.

El maestro Cao, Han, Xu y Zhara se sentaron en cojines en el suelo dispuestos alrededor de una mesa baja en medio de la habitación, mientras le criade les servía varias teteras y platos con fruta fresca cortada con formas maravillosas. Melocotones, albaricoques, grosellas gigantes e incluso mangos y pitaya del archipiélago del sur.

—Bueno —dijo Huang Jiyi, dejándose caer en un cojín junto a Zhara. Sus oscuros ojos inteligentes examinaron cada rasgo de su rostro. Zhara acabó por ruborizarse ante ese escrutinio —. Tú eres la chica que se enfrentó a una abominación y sobrevivió. Estoy impresionada. No pareces gran cosa.

—Yah —protestó Han—. Xu y yo también estuvimos presentes.

—Sé amable, Huang Jiyi —la reprendió el maestro Cao.

—Pensaba que lo estaba siendo —dijo la cortesana. Solo una arruga ligerísima entre las cejas reveló su confusión—. No esperaba que una maga tan poderosa fuera así de joven.

Huang Jiyi tampoco parecía mucho mayor que Zhara. Dedujo que rondaría los veintiún años.

—Es un honor conocer a la preciada mujer —dijo con educación—. ¿También es maga?

Huang Jiyi negó con la cabeza.

—No. Aunque sí que procedo de una familia de magues. O procedía. Hace tiempo. —Parpadeó y ensanchó las aletas de la nariz. Zhara se preguntó si la cortesana estaría intentando contener las lágrimas—. En fin —dijo, cruzándose de brazos—. ¿Qué me has traído? —Su tono no era amistoso ni grosero, sino extrañamente frío, objetivo, como si Zhara fuera un espécimen que estudiar—. El maestro Cao dice que tienes información mágica de interés.

—La profesora Hu y yo fuimos anoche a las planicies a investigar unas alegaciones. Según les buri, había *corrupción* entre su gente. —Zhara rebuscó en su bolsa y sacó un frasco de agua, que colocó en la mesa delante de todes—. Y encontramos esto.

Jiyi lo tomó para estudiarlo con curiosidad.

—¿Qué es?

—Agua. Está contaminada con una especie de… esencia mágica. Creemos que es esencia

demoníaca. Sacamos muestras de una fuente cerca del asentamiento. El chanciller la mandó construir hace unos meses y canaliza el agua de los manantiales cerca del monte Zanhei.

—¿El monte Zanhei? Vaya, eso sí que es fascinante. Según los textos que he leído, lo que causó la explosión volcánica hace mil años fue una especie de ritual que salió mal. Quizá se tratase de una invocación demoníaca.

—¿Por qué querría alguien invocar a un demonio?

Jiyi la estudió durante un rato largo. Zhara se acobardó ante la intensidad concentrada de su mirada.

—Para conseguir más poder —dijo, como si la respuesta fuera obvia.

—Pero les magues ya pueden alterar los elementos a voluntad —dijo Xu—. ¿Qué más podrían querer?

La cortesana se encogió de hombros.

—La magia tiene límites. Igual que existen límites para las normas que rigen el mundo natural. Por ejemplo, une magues no puede producir agua de la nada. Puede extraer humedad del aire para formar un chorro de agua. O puede tomar una pieza de madera sólida y manipular los espacios entre la materia para dar forma a una flauta. Pero, a pesar de su acceso al vacío, une magues no puede violar las leyes del universo. No pueden convertir arroz en joyas, la noche en el día, leer mentes o producir dinero de la nada. Eso sería alterar el orden y la razón.

—Un segundo, estoy confuso —dijo Han.

—Pues claro, es normal —replicó Jiyi, examinándolo con desdén—. Todo músculos y nada de cerebro, por lo que veo.

—¡Jiyi! —la regañó el maestro Cao.

Zhara se removió incómoda en su cojín. Pensó en las veces en que había transformado la sal en azúcar y el vino en agua, todo ello violaciones del orden y la razón, según las leyes de la magia.

—¿Por eso les magues solían invocar a demonios? —preguntó Xu—. ¿Para poder hacer cosas que quebrantasen el orden natural?

Jiyi asintió.

—Todo lo que haga une magues lo puede hacer una persona, es solo que les magues… toman un atajo a través del vacío, por así decirlo. Pero a veces una persona quiere… más. Traer a alguien de entre los muertos. Ofuscar las mentes de les demás. Cualquier cosa, la verdad.

—Pero, si invocar a un demonio convierte a una persona en una abominación, ¿por qué se arriesgan? —preguntó Zhara. La cortesana endureció el semblante.

—Por desesperación. Por ignorancia. Por arrogancia. Hay quien desconoce las consecuencias. A cierta gente le da igual. Y hay quien piensa que es un precio que pueden soportar. Todes se equivocan, por supuesto.

Han se tiró de los pelos ralos y débiles de su barbilla.

—Sigo sin entenderlo. ¿Por qué un demonio puede hacer todas esas cosas y une magues no?

—Porque —dijo la cortesana con lentitud, como si le estuviera hablando a un niño muy obtuso — los demonios son criaturas del caos, aunque la magia pertenece a la mansión de la Razón y, por tanto, sigue las mismas normas que rigen el resto del mundo natural. El caos no tiene leyes. El caos es ilimitado.

Xu se comió el último trozo de pitaya y masticó, pensative.

—Entonces… ¿les magues que acaban poseídes se convierten en criaturas del caos?

Jiyi le miró con un respeto reticente.

—Supongo que no todes sois inútiles. El monstruo que es la abominación es caos hecho materia. O eso creemos.

Han arqueó una ceja.

—¿Creéis?

—Para ser sincera, nunca ha habido mucha información sobre posesiones y abominaciones, ni siquiera antes de que el Caudillo destruyera todos los libros de magia. Por lo que sé, solo había uno… *Canciones de orden y caos*.

—Que desapareció con el tío Li —dijo Han y sacó una funda de cuero de su fajín—. Sin embargo, la preciada mujer trabajaba en reconstruir el texto con él, ¿verdad? ¿No puede la cortesana recordar en qué trabajaron?

Desplegó el folio para revelar lo que parecían páginas arrancadas de distintos libros. De ellas emanaba un leve olor a vinagre.

Jiyi lo fulminó con la mirada.

—Para que lo sepas, trabajaba sobre todo con Li Ami, la hija de Li Er-Shuan. Ella transcribía gran parte del trabajo de su padre en algo legible. Prácticamente traducía los pensamientos maníacos de su mente en algo más inteligible.

—¿Así que la cortesana no trabajó directamente en *Canciones de orden y caos*? —preguntó Han, desalentado. La mujer tardó un momento en contestar.

—No —reconoció a regañadientes, como si no hubiera querido admitirlo ante nadie—. No directamente.

—Huang Jiyi. —La cortesana no quiso mirar al maestro Cao a la cara—. ¿Es cierto?

Ella cerró los ojos.

—Sí —respondió al fin.

Han y Xu soltaron gruñidos audibles de decepción, pero Zhara estudió el rostro de la cortesana. Debajo del tono brusco y la actitud altiva, sintió que había una persona increíblemente sola, alguien que tenía miedo de dejar entrar a otras personas por si la abandonaban. Otra vez.

—Creo —dijo con suavidad— que Huang Jiyi sigue siendo la mejor erudita en magia que tenemos. —Se giró hacia el maestro Cao—. ¿Verdad?

La cortesana la miró de refilón y el librero suspiró.

—Sí, sí que lo es —admitió—. Procede de una familia de brujesques.

—¿Brujesques? —preguntó Xu—. ¿Qué es eso?

—Gente que crea hechizos nuevos. —Jiyi hacía girar distraída los últimos posos de su té—. Estudiamos el idioma de las flores, conservamos las historias y las etimologías de cómo cada logograma fue creado y, de vez en cuando —se encontró con la mirada de Zhara—, creamos nuevos. —La cortesana esbozó una sonrisita torcida, que suavizó la implacable simetría de sus rasgos y la hizo parecer más cercana—. Así que sí, soy la mejor erudita en magia que les Guardianes del Amanecer tienen. —Dejó la taza en la mesa y agarró el montón de papeles, las notas de Li Er-Shuan—. Echemos un vistazo.

—Están escritos con vinagre de manzana —les informó Xu—. Si alzáis la página hacia la luz…

—Maestro Cao —dijo Zhara en voz baja, para no molestar a les demás, que estaban examinando las páginas—. ¿El librero cree de verdad que las respuestas sobre posesiones y cómo curarlas se hallan en *Canciones de orden y caos?*

—Sí y no. Si examinamos nuestros propios mitos y leyendas, las respuestas están justo ahí, mirándonos a la cara.

Zhara se quedó de piedra.

—¿Lo están?

El librero fijó sus ojos marrón nuez en ella con un semblante indescifrable.

—Sí. Como les Guardianes del Amanecer. Dicen que las almas de les compañeres de le Guerrere del Sol renacen cada vez que el mundo se desequilibra.

«Guardiana del Fuego… conque aquí estás…».

Zhara se examinó las manos sobre el regazo. La magia se le erizaba bajo la piel. Recordó la luz abrasadora que había quemado la corrupción dentro de Thanh para revelar a un chico humano donde antes había un monstruo.

—¿Renacen? —susurró. ¿Acaso ese poder era suyo? ¿O pertenecía a otra criatura del caos que llevaba en su interior, como un parásito que aguardaba a salir de su cuerpo y hacer daño a sus seres queridos cuando ya no pudiera controlarlo? ¿Era ese poder el que había cegado a Suzhan? ¿Era ella una abominación también?

—Un momento —dijo Jiyi, interrumpiendo sus pensamientos—. ¿De dónde has dicho que procede el agua, Jin Zhara?

La cortesana tomó el frasco con la muestra de la fuente.

—Del pantano. Pero traen el agua de las laderas del monte Zanhei.

—Hay algo aquí sobre un ritual de invocación… —Las cejas de Jiyi se arrugaron mientras intentaba descifrar la letra del astrólogo—. Algo que no acabo de descifrar, aunque creo que dice «gran demonio».

El maestro Cao se sobresaltó en su asiento.

—¿Un gran demonio? ¿Como los lores de Tiyok?

—Al parecer, el ritual se celebró en el lugar de descanso de le Guardiane del Fuego, en el monte Zanhei. —La cortesana les miró—. Cerca de las ruinas de Viejo Changxi.

—¿«Se celebró»? —preguntó Xu—. ¿Acaso la preciada mujer piensa que alguien intentó *de verdad* invocar a un gran demonio?

—No lo sé. —Dejó las notas sobre la mesa y fijó la mirada en el librero—. Pero podría explicar lo de sus magues desaparecides, maestro Cao.

—¿Sí? —El hombre se enderezó con interés—. ¿Cómo?

Jiyi hizo una mueca.

—El ritual exige el ki de *muches magues*. —Se mordió el labio—. Aunque no sé qué significa eso.

El librero agachó la cabeza.

—Nada bueno, me temo.

—Contrataré una barca para que nos lleve a las ruinas de Viejo Changxi mañana —dijo la cortesana y miró a Zhara—. ¿Quieres venir?

—¿Yo? —La chica parpadeó—. S-sí. Sí, sí que quiero. Agradezco la oferta, preciada mujer.

—¡Nosotres también vamos! —intervino Han—. ¿Verdad que sí, Xu?

Su mejor amigue sonrió, pero la sonrisa no le llegó a los ojos.

—¿La preciada mujer cree de verdad que ir al volcán nos proporcionará respuestas? A mí no es que me guste el ejercicio físico precisamente…

—Pues no hace falta que vengas —repuso Jiyi sin más. Luego observó los anchos hombros de Han—. Aunque me vendrían bien un par de mulas para cargar con mis utensilios.

—¿Utensilios para qué? —preguntó Xu.

—Para poder tomar lecturas, medidas y muestras, por supuesto. —La cortesana se giró hacia Zhara—. Puedes detectar presencias demoníacas, ¿verdad?

Zhara asintió y apartó la mirada.

—¿Y si… y si me poseen en el volcán? —inquirió en voz baja—. ¿Y si al exponerme tanto me convierto en una abominación?

Jiyi ladeó la cabeza.

—Has tocado el agua contaminada del pantano, ¿lah? Así fue como descubriste que tenía esencia demoníaca.

—Sí.

El poder se revolvió en las venas de Zhara y cerró las manos en puños.

—Pues no creo que te afecte lo que sea que haya en el monte Zanhei. Es más una cuestión de tiempo de exposición y de cantidad. Les presuntes niñes corrompides llevan meses bebiendo de esa agua y solo uno se ha convertido en una abominación. —La magia que burbujeaba bajo la piel de Zhara retrocedió—. A menos que ya estés poseída, claro, en cuyo caso no creo que la presencia de otro demonio te haga mucho daño. —La cortesana dejó los papeles y puso mala

cara. Su mirada pasó de Zhara a Han y a Xu—. Podéis reíros —dijo con arrogancia—. Eso era una broma. —Zhara esbozó una sonrisa fina—. Bah, ya veo que no tenéis sentido del humor. —Jiyi se puso en pie y tocó un pequeño triángulo que colgaba junto a la puerta de la habitación. Une criade se materializó con una reverencia al otro lado del umbral—. Limpia esto —le ordenó la cortesana y señaló la mesa—. Y busca al capitán Shang en los muelles. Dile que me gustaría contratarlo para un viaje río arriba mañana.

—¿Y el maestro Cao? —preguntó Han, mirando de refilón al hombre.

—Tengo que encargarme de la tienda. Pero, si encontráis a mis escribientes desaparecides… Bueno. —Se metió las manos en las mangas—. Esperemos que no tengan ni un rasguño.

Le criade limpió enseguida los restos de fruta partida y luego desapareció con otra reverencia. Jiyi se giró hacia les demás con una sonrisa afilada en el semblante.

—Venid a los muelles a primera hora de la mañana. Este será el crucero más memorable de vuestras vidas.

20

Si no fuera por la amenaza de las abominaciones, las posesiones demoníacas y les magues desaparecides, Zhara casi podría haberse creído que se hallaba en un crucero por placer en dirección al monte Zanhei. El día estaba despejado y templado, y la brisa apartaba la humedad que había empezado a descender sobre la ciudad. Zhara observó a los cormoranes domesticados de las barcazas de pesca zambullirse y chapotear; sus alas lanzaban gotas al aire y formaban arcoíris en la superficie. Se permitió fingir que solo era una joven noble rica en un pintoresco viaje para ver las ruinas de Viejo Changxi. Todo era perfecto: el tiempo, el paisaje, la gente.

Bueno, casi todo.

—Matadme ya —gruñó Han, inclinado sobre la barandilla. El brillo de su piel, por lo general saludable, había sido reemplazado por una enfermiza palidez verde, y hasta su cabello parecía flácido y sin vida, ya que le colgaba en greñas grasientas sobre la cara mientras sufría arcadas—. Esto es peor que la vez que accedí al mueble-bar del tío Li y pensé que el brandi de frambuesa era un zumo raro.

—Vomita y ya está —dijo Xu con alegría—. Te sentirás mejor.

—Lo haría si pudiera —gimió el marinero desgraciado—. Pero todo lo que he desayunado ya está dando de comer a los peces a kilómetros río abajo.

—Qué asco.

Zhara no soportaba seguir oyendo las miserables arcadas.

—Ven —dijo y se situó junto a Han. Le agarró una de las muñecas y apretó el pulgar con suavidad pero con firmeza, en un punto a tres dedos por debajo de la palma—. Este punto meridiano puede ayudar con las náuseas. La profesora Hu suele enseñárselo a la gente embarazada que sufre náuseas matutinas.

—Ve y túmbate —refunfuñó Jiyi—. Y deja de someternos a tu sufrimiento corporal.

—Pero ¿y si me pierdo algo? —protestó Han, con la cabeza aún por fuera de la barcaza.

La cortesana le dio a Zhara unos golpecitos en el hombro.

—Ven —dijo, con la cabeza ladeada para que la siguiera hasta unos asientos bajo un dosel—. Tengo un regalo para ti.

—Ooh, ¿un regalo? —preguntó Xu con interés—. No hacía falta.

Jiyi le fulminó con la mirada.

—¿He dicho que era para ti?

Elle hizo un mohín.

—Si la preciada mujer ha traído regalos, esperaba que fueran suficientes para compartirlos con

todo el mundo.

Zhara se sentó en uno de los cojines en el centro de la cubierta debajo del dosel, bastante perpleja. La cortesana le ofreció una caja fina y larga de ébano. Parecía un estuche, lacado con un dibujo de nenúfares. Sorprendida, Zhara aceptó el regalo con ambas manos y una reverencia.

—M-mil gracias —tartamudeó—. No sé qué he hecho para merecerlo.

—Ah, no finjas modestia —repuso la cortesana de mal humor—. No te lo entrego porque sea bondadosa ni nada. Eres una maga, Jin Zhara, y deberías tener las herramientas de tu gente.

—¿Las herramientas de une mague?

Zhara abrió la caja y encontró un pincel sobre un forro mullido de terciopelo azul oscuro. Han consiguió enderezarse y apartarse de su mareo para situarse junto a Xu y echar un vistazo curioso por encima de su hombro. Confundida, Zhara sacó el instrumento de la funda.

—¿Un pincel? —preguntó Xu.

—Perteneció a mi padre. Era su pincel favorito para los hechizos.

El pincel era sorprendentemente pesado, con el mango hecho de caoba pulida y las cerdas rígidas y suaves a la vez. Había marcas de desgaste en la punta, por el uso que le habían dado. Zhara lo colocó de nuevo sobre el forro y cerró la caja.

—Mil gracias, preciada mujer—repitió en voz más baja—. Habrá sido difícil dármelo.

—¿No te he dicho que no fingieras modestia? —Jiyi soltó un quejido de indignación, se acercó y abrió la caja de nuevo—. Y para de llamarme «preciada mujer». Me hace sentir como si fuera una baratija brillante en una tienda, una curiosidad expuesta al público. —Se le suavizó el semblante y, con brusquedad, dijo—: Llámame Jiyi. Será más fácil para las dos. Y ahora —su rostro adquirió de nuevo su altivez habitual—, saca el pincel y pongámonos a trabajar.

—¿Trabajar? —se quejó Xu—. Pero si nos lo estábamos pasando de lujo.

—Eso tú —musitó Han.

—Vosotres dos podéis volver a lo que estabais haciendo —dijo Jiyi, despachando a les jóvenes con la mano—. No sois importantes.

—¡Yah! —protestó Han—. ¡Somos muy importantes! Yo soy… —Se tragó sus palabras y Zhara pensó que quizás iba a vomitar de nuevo.

—*No* sois magues. —La cortesana se cruzó de brazos—. Esto es un asunto mágico.

—Tú tampoco eres maga —replicó Xu. Jiyi le dirigió una mirada penetrante.

—¿Te he dado permiso para hablarme con tanta informalidad, Chan Xuhei?

Xu farfulló algo obsceno entre dientes.

—De acuerdo —accedió elle de mal humor—. Ya veo que no nos quieren. —Rodeó los hombros de Han con un brazo—. Vámonos, Su E… Han. Te sentirás mejor tumbado.

En cuanto se quedaron a solas, Jiyi se sentó grácilmente con las piernas cruzadas y entonces, casi como si se le hubiera ocurrido tarde, cambió de postura para encorvarse como un anciano y alzó una rodilla para apoyar un brazo. Iba vestida de forma sencilla, con túnica y pantalones que

le quedaban como un disfraz sobre su elegante figura. Aunque era imposible ignorar la belleza de la otra chica, Zhara no podía evitar pensar que Jiyi se esforzaba por hacer que todo el mundo se olvidase de lo espectacular que era.

—Bueno —dijo la cortesana—. ¿Qué sabes sobre magia? Sobre canalizarla y trabajar con ella, quiero decir.

Zhara acarició con suavidad el pincel.

—No sé casi nada —admitió—. Mi padre murió antes de que tuviera edad de comprender lo que me estaba enseñando.

—Mmmm —dijo la cortesana con tono evasivo, aunque Zhara percibió cierta crítica en ese sonido—. Entonces supongo que tendremos que comenzar por el principio. —Bostezó y se acercó el larguísimo cabello liso por encima del hombro para juguetear con las puntas—. Bueno. ¿En qué se diferencia une mague del resto de seres humanos?

Zhara arqueó las cejas.

—¿En la capacidad de usar la magia?

—Pero ¿qué *es* la magia? —Como Zhara no supo responder, Jiyi resopló con impaciencia—. A ver, sabía que no te habían educado, aunque no esperaba que fueras *tan* ignorante.

Zhara se encogió.

—Lo siento —farfulló, jugueteando con el pincel. Jiyi frunció el ceño.

—¿Quieres parar? —espetó.

El pincel cayó a la cubierta del barco y Zhara se apresuró a recogerlo antes de que se alejara rodando.

—Lo siento —repitió.

—Deja de disculparte —dijo la cortesana con exasperación—. Es muy molesto. —Cuando Zhara se encogió de nuevo, Jiyi suspiró—. No te voy a dar un sopapo si respondes mal —añadió con más amabilidad. Zhara inclinó la cabeza.

—Lo si… —Se detuvo al ver la expresión de la cortesana—. Prosigue, por favor.

Jiyi respiró hondo.

—Lo que diferencia a les magues de otras personas es su capacidad de dar forma al vacío del caos. Una casa está hecha de madera, la madera procede de los árboles, los árboles crecen de semillas y así hasta que llegamos a los bloques más pequeños de materia. ¿Qué mantiene unido al universo? Esa fuerza invisible es lo que llamamos «el vacío del caos», y les magues poseen la habilidad única de manipular ese potencial para el cambio.

Zhara siempre había pensado que su magia era una fuerza en sí misma, algo activo, no pasivo. Le cosquilleaban los dedos, como si sus pensamientos hubieran invocado a su magia.

—Así que ¿la magia no es algo que se usa?

—No es la magia, sino le mague, el arma empleada —entonó Jiyi y alzó el mentón como si estuviera proclamando un anuncio. Mantuvo la pose durante unos minutos, pero, cuando Zhara

no respondió como esperaba, gruñó—. ¿De *Anales de Wei Kai-war*? —Al ver el semblante inexpresivo de la chica, la cortesana negó con la cabeza—. Sigamos. El pincel —dijo, señalando el instrumento en la mano de Zhara—. ¿Sabes para qué es?

Zhara dudó.

—Supongo que «para escribir hechizos» no es la respuesta que buscas.

El amago de una sonrisa apareció en los labios de Jiyi.

—No has recibido ningún tipo de educación, pero aún hay esperanza. —Señaló la bolsa de Zhara—. ¿Has traído tu copia de *El clásico de mil caracteres*?

Zhara asintió, acercó la bolsa y sacó el manual. Jiyi lo abrió y señaló el primer conjunto de caracteres.

—¿Qué crees que es esto?

—El idioma de las flores —contestó Zhara. No miraba el libro, sino el rostro de la cortesana.

—No has dicho *hechizos*. Bien. Porque esto —Jiyi agitó el manual— es inútil para crear hechizos. Les magues aprenden el idioma de las flores no porque la magia se haga con las palabras adecuadas, los encantamientos apropiados o los pictogramas más convenientes. El idioma de las flores no posee poder en sí mismo.

Eso sorprendió a Zhara.

—Si el idioma de las flores carece de poder, entonces ¿por qué quemaron todos los libros de magia durante las purgas de la Guerra Justa?

—¿Por qué une conquistadore destruye las escrituras de les conquistades? —replicó Jiyi con tono lúgubre—. Para borrar su pasado y negarles el futuro. ¿Esos libros de magia? —Acarició la cubierta de *El clásico de mil caracteres*—. Mi padre solía decir que esos libros eran algo más que hechizos. Eran historia. Poesía. Arte. —Un músculo en su mandíbula se tensó y la cortesana se quedó mirando a lo lejos, hacia un recuerdo que Zhara no podía ver—. La magia es algo más que una habilidad, también es una cultura. Y el Caudillo me los arrebató… me arrebató todo eso.

Una herida vieja sin cicatrizar atravesaba las palabras de Jiyi y el dolor palpitaba en cada temblor de su voz. Zhara bajó la mirada hacia el pincel en su mano. «Perteneció a mi padre», le había dicho. Al igual que ella, la cortesana tuvo un padre mago. Y, al igual que ella, también lo perdió por culpa del fanatismo del Caudillo.

—Lo siento —dijo Zhara con suavidad, y esa vez la cortesana no la regañó.

—En fin. —Jiyi carraspeó y Zhara apartó con discreción la mirada mientras la otra chica se limpiaba con disimulo las mejillas húmedas—. El pincel. —La cortesana se estiró hacia delante y agarró los dedos de Zhara para corregir su forma de aferrar el instrumento de escritura—. Te estarás preguntando para qué sirve el pincel de une mague si el idioma de las flores carece de poder.

Zhara se contuvo y permitió que la joven diera la lección a pesar de su dolor. Conocía de primera mano la magnitud de la pérdida, el oleaje absorbente que amenazaba con sumergir todo

pensamiento racional. También sabía que, a veces, la única forma de atravesar esa tristeza era seguir nadando, para vivir y no ahogarse.

—¿Qué son las palabras? —prosiguió Jiyi, sin esperar una respuesta—. ¿Qué es el idioma de las flores? Solo son símbolos. Representaciones de sonidos o sílabas o incluso frases enteras. De intención. ¿Y qué es el pincel? También un símbolo, una extensión de tu brazo. El apéndice que *hace*. Que crea. Que actúa. —Zhara ya estaba perdida. Cuando la cortesana vio su desconcierto, suspiró y negó con la cabeza—. Por la cara que pones, sospecho que eres el tipo de persona que aprende mejor haciendo que con solo teoría. Preferirías crear un hechizo, ¿a que sí? —Con cierta vergüenza, Zhara asintió—. De acuerdo. —La cortesana abrió *El clásico de mil caracteres* y señaló el primer conjunto de caracteres—. Empecemos por aquí. ¿Qué dice?

—«El cielo era negro, la tierra amarilla» —leyó Zhara en voz alta. Había memorizado casi todo el primer capítulo cuando lo intentó descifrar antes—. «El universo vasto e ilimitado». —La cortesana le hizo un gesto para que siguiera—. «El sol y la luna crecen y decrecen. Las estrellas y las constelaciones se propagan por los cielos». —Alzó la mirada hacia la otra chica—. Sin ánimo de ofender, pero solo estoy leyendo las traducciones escritas junto al original. ¿De qué sirve eso?

Jiyi resopló.

—Tienes una mente demasiado literal, Jin Zhara. —Señaló la primera línea de *El clásico de mil caracteres*—. Mira aquí, el primer conjunto está formado por cuatro caracteres. ¿Qué significa el primero?

Zhara entrecerró los ojos para ver las líneas borrosas bajo el dedo de la cortesana.

—¿Cielo? —adivinó. Jiyi pasó al segundo—. ¿Negro?

—No. —La cortesana señaló el siguiente. Este es «negro». El segundo es «tierra». —Al captar el desconcierto de la chica, puso los ojos en blanco—. En traducción, no existe la exactitud entre una palabra y otra. Cada carácter tiene una definición aislada, sí, pero solo con el contexto de otros caracteres podemos comprender la totalidad de su significado. Así se crean los hechizos.

—Comprendo —dijo Zhara, sin comprender. Jiyi se desplomó en su asiento.

—Jin Zhara —dijo, encorvándose y estirando las piernas—. ¿Por qué crees que soy la mejor poeta de Zanhei?

Por la expresión engreída de la cortesana, Zhara sospechaba que Jiyi no quería oír la respuesta real: que había tenido el privilegio de recibir el tipo de educación que le habían negado a la mayoría de las personas.

—¿Es porque aquellas personas con quienes debates tienen pensamientos maliciosos e imaginaciones reducidas?

Jiyi sonrió.

—En eso no te equivocas, pero no es el motivo. —Se cruzó de piernas, se inclinó hacia delante y apoyó la barbilla en la mano—. Es porque comprendo que no son las cuentas de un collar las

que lo hacen hermoso, sino la forma en la que están dispuestas.

Zhara bajó la mirada a las líneas de pictogramas indescifrables en la página.

—¿Eso significa que el idioma de las flores es un idioma de poesía?

—¿Poesía? —exclamó Han—. ¿Alguien ha dicho poesía?

—¡Pensaba que estabas mareado! —le gritó Jiyi.

—Me siento mucho mejor ya, gracias a unos consejos sobre puntos de presión.

Sonrió y le guiñó un ojo a Zhara, a quien le dieron ganas de reírse. Apartó la cabeza para evitar recibir el impacto de los hoyuelos del joven.

—Eso y que al fin ha conseguido vomitar los últimos restos del desayuno en un cubo —añadió Xu—. Asqueroso.

Han le fulminó con la mirada.

—¿Siempre me tienes que humillar de esa forma?

—¿Queréis hacer el favor de callaros? —Jiyi cerró los ojos y se masajeó las sienes—. Estábamos intentando aprender magia y no necesitamos distracciones.

—No molestan —dijo Zhara con suavidad y miró por el rabillo del ojo a Han.

—He dicho *distracciones* —replicó la cortesana con mordacidad y las mejillas de Zhara enrojecieron por la vergüenza.

—Vale —tosió—. ¿El idioma de las flores es un idioma de poesía?

—Sí. En cierto sentido. Traducirlo e interpretarlo es un arte, y debes tanto comprender los matices como conservar los significados de todos los caracteres en tu cabeza.

Zhara asintió, aunque más para contentar a la cortesana que para indicar que estaba de acuerdo. Jiyi cerró los ojos y alzó las manos al aire.

—De acuerdo —replicó con irritación—. Empecemos con algo sencillo. —Pasó las páginas hasta llegar al segundo capítulo de *El clásico de mil caracteres*—. ¿Por qué no comenzamos con «fuego»?



Al cabo de una hora, el *único* hechizo que Zhara podía hacer era el del fuego.

El primer intento fue un éxito contundente… literalmente, ya que provocó un incendio en la barca. Han y Xu tuvieron que correr hacia la barandilla y meter el cubo de achicar en el río para luego rociar la cubierta con agua. El capitán salió corriendo al ver llamas en su navío y gritó a pleno pulmón que estaban destruyendo su propiedad.

—Pagaré por los daños —dijo Jiyi sin darle importancia y lo despidió con un gesto elegante de la muñeca—. Increíble —murmuró mientras estudiaba las marcas aún humeantes en la cubierta —. Nunca había visto a nadie aprender tan rápido.

Sin embargo, a pesar de la confianza inicial, el resto de hechizos que Zhara intentó terminaron en un fracaso abyecto.

—Siente el camino por el vacío —le indicó Jiyi—. Nótalo en la punta del pincel. ¿Lo percibes?

Zhara no lo percibía, aunque lo había intentado con todas sus fuerzas. No comprendía lo que la cortesana quería decir con «el vacío» y, como Jiyi tampoco era maga, solo podía confiar en lo que otres magues habían relatado en sus escritos.

—Es el espacio entre la materia —dijo Jiyi y dio un pisotón, frustrada—. No sé cómo explicarlo mejor. ¿Cómo lo hiciste con el fuego?

Lo cierto era que Zhara no lo sabía. Según la cortesana, une mague debía encontrar el vacío dentro de la cosa a la que quería prenderle fuego, concentrarse en ella y luego canalizar su intención mediante el pincel y usar el carácter de «fuego» para generar calor moviendo la materia lo bastante rápido para causar fricción y luego combustión.

Sin embargo, Zhara no había sentido nada de eso cuando incendió la cubierta. No manipuló ningún vacío, no percibió ningún espacio entre la materia con la punta del pincel. Fue como si el fuego, el calor y la llama aguardaran justo detrás de sus sentidos para que los agarrase y los crease de la nada. Al parecer, la creación, al igual que la transformación, era otra forma de quebrantar el orden natural.

—Lo siento —repetía Zhara una y otra vez, a pesar de las regañinas cada vez más exasperadas de Jiyi. Se miró las manos, que emitían un leve resplandor en el sol de la mañana. Cerró los puños y se los metió detrás de la espalda para que les demás no los vieran—. Supongo que soy un poco tonta.

—Deja. De. Decir. Eso —gruñó Jiyi—. No sé si te menosprecias porque quieres que sienta lástima por ti o si de verdad piensas que eres una inútil. Sea lo que fuere, es exasperante.

—Déjala en paz —intervino Han—. Esto es nuevo para ella.

Zhara lo miró de refilón y sonrió con timidez. Nadie la había defendido antes. Sintió ganas de reírse de nuevo.

La cortesana lo miró con fastidio.

—Si alguien tendría que estar disculpándose por ser tonto, es este de aquí —musitó y señaló a Han con la barbilla—. ¿No deberías estar en la universidad o algo así? —Jiyi entornó los ojos—. Porque *eres* estudiante, ¿verdad?

Han tosió.

—Las clases… eh… se cancelaron esta mañana.

Detrás de él, Xu tenía el abanico abierto para ocultar su rostro detrás de la tela colorida.

Jiyi puso los ojos en blanco y se giró de nuevo hacia Zhara.

—Podemos parar la lección por ahora —añadió a regañadientes—. Me parece que estás cansada. Lo intentaremos en otro momento, cuando hayas descansado.

Zhara apretó el puño izquierdo en la palma derecha e hizo una reverencia.

—Mil gracias, profesora Huang —dijo con formalidad—. Agradezco su enseñanza.

—Ya está bien. Me haces sentir aún mayor que la montaña de Lo.

Pero no pudo evitar esbozar una sonrisa de satisfacción que le arqueó las comisuras de los labios. Zhara también sonrió.

—Por supuesto, profesora Huang —entonó mientras se ponía de pie.

Jiyi resopló y se reunió con Han y Xu en la proa. El paisaje a su alrededor había cambiado mientras se encaminaban río arriba. Conforme se acercaban a las ruinas de Viejo Changxi, el pantano del sur había dado paso a arrozales irrigados, luego a praderas delimitadas y luego a bosquecillos de matorrales. Las riberas de arena se habían convertido en acantilados de roca y las aguas lodosas de tonos grises y marrones ahora eran de un brillante esmeralda en el estrecho canal rodeado de imponentes muros de caliza por el que navegaba la barca.

—Wah —exclamó Zhara—. Impresionante.

A su lado, una figura alta y ancha carraspeó.

—Lo es —dijo Han con un gallo—. Parece un destino apropiado para una cita romántica, ¿lah?

Zhara lo miró con recelo y descubrió que él la estaba observando a ella en vez de al paisaje. Tenía las orejas de un rojo encendido bajo el sol.

—¿Una cita? —preguntó la chica con ligereza. Han se tiró del lóbulo de la oreja, que enrojecía por momentos.

—Sí, bueno —titubeó—. Es un sitio bonito.

—Un sitio bonito para que te mate un volcán —dijo Xu desde su extremo de la barca. Han fulminó a su mejor amigue con la mirada.

—¡Mira que te gusta estropear el momento, Chan Xuhei!

A medida que el canal se estrechaba, la corriente adquirió velocidad y zarandeó la barca adelante y hacia atrás sobre las aguas revueltas. Zhara se tambaleó y aterrizó directa en los brazos de Han. Él la enderezó y se apartó.

—¿Estás… bien?

El rubor se había extendido desde las orejas hasta el cuello del chico, que apartó la vista y la fijó a lo lejos con cuidado.

—Estoy bien, maestro Ciruela. —Zhara sonrió y entonces se fijó en que Han tenía los nudillos blancos de lo fuerte que agarraba la barandilla. A pesar del rubor en el cuello y las orejas, el resto de su cara estaba pálida y cetrina—. ¿Y *tú* estás bien? ¿Te has mareado de nuevo?

—No, estoy bien —replicó él con alegría y le dirigió una enorme sonrisa, que enseguida se convirtió en una mueca de pánico que le hizo aferrar con más fuerza la barandilla—. Nunca he estado mejor —añadió con los dientes apretados.

El agua se había embravecido bastante y Zhara notó el estómago revuelto. La corriente sacudía con fuerza la embarcación.

—¡Va a ser un tramo difícil! —gritó el capitán—. Será mejor que se agarren… ¡No tardaremos!

Por delante, Zhara veía que el pasaje se ensanchaba en un lago aislado, con el pico solitario del

monte Zanhei a lo lejos, dominando el paisaje. Contuvo la respiración mientras la barca avanzaba a toda velocidad por el canal, entre bamboleos y corcoveos, como un caballo intentando tirar a su jinete. El agua salpicaba la cubierta y tornaba la superficie resbaladiza y deslizante. Detrás de ella, Xu soltó una exclamación cuando lo roció una ola.

—¡Esto es seda de Wulin! —se lamentó con angustia.

Al cabo de poco, el río se calmó cuando abandonaron el estrecho pasaje y salieron al lago. Zhara se quedó sin aliento al ver el panorama que se extendía ante elles. El lago era mucho más grande de lo que parecía desde el canal de piedra caliza, de un maravilloso brillante turquesa, como si reflejase el cielo de otro mundo. Unos enormes acantilados blancos, coronados por las ruinas de antiguas atalayas, rodeaban el lago por tres costados; el cuarto estaba ocupado por los restos cenicientos de una ciudad petrificada en medio de un exuberante y denso bosque.

—Oh —murmuró. Han se removió a su lado.

Mientras el capitán conducía el navío hacia la costa, Zhara vio señales de vida, de vida humana, entre las ruinas. El muelle estaba limpio y bien conservado y en el puerto abundaban tiendas y cafeterías que vendían recuerdos y cosas para comer y beber. La escena le recordó a otro mercado cubierto, ajetreado y repleto de clientes que regateaban y negociaban con les vendedores en busca de las mejores gangas. Si no fuera por el enorme volcán que se alzaba sobre elles, Viejo Changxi podría ser como cualquier otra ciudad de los Reinos del Alba.

—Creía que este lugar estaba abandonado —comentó Han con desconcierto mientras observaba a les estibadores ocupar el muelle para que la barca atracara.

—Nadie vive aquí —explicó el capitán—. Pero hay trabajo gracias a les turistas que vienen a visitar las ruinas. Lo sabré yo —comentó con ironía y miró a su alrededor, ofuscado—. ¿A dónde ha ido la otra joven? Quiero aclarar cuentas antes de que todo el mundo desembarque.

—Recibirá su dinero, no se preocupe. —Jiyi apareció por debajo de la cubierta con una enorme bolsa abultada—. Toma, llévala —dijo y se la entregó sin miramientos a Han al pasar a su lado. El chico intentó agarrarla, pero se cayó al suelo con un golpe seco.

—¿Qué soy, una mula? —se quejó mientras se la colgaba del hombro con un gruñido—. ¿Qué ha metido aquí la cortesana? ¿Piedras?

—No, las piedras están dentro de tu cabeza —replicó Jiyi mientras le entregaba una gran bolsa de dinero al capitán—. Ahí llevo libros y otros suministros para recoger muestras y estudiarlas.

Han metió la cabeza en la bolsa, que tintineaba y repiqueteaba con el peso de su contenido.

—¿Y necesita todo esto? ¿Para qué?

Jiyi ignoró la pregunta y observó cómo el capitán contaba con meticulosidad el dinero. Dos veces. Una vez satisfecho de que no lo hubieran engañado, asintió con la cabeza.

—Seis horas. Regresen antes del anochecer. Quiero irme antes de que sea de noche.

—Pero tardaremos al menos dos horas en llegar a la falda del volcán y volver —dijo Xu con desaliento.

—Seis horas —repitió el capitán con firmeza—. Aquí no ocurre nada bueno después del anochecer, fíense de mí.

Jiyi lo miró con desdén.

—No creerá en las historias de fantasmas, ¿verdad?

—¿Qué historias de fantasmas? —inquirió Xu, nerviose. El semblante del capitán era sombrío.

—Dicen que estas ruinas están encantadas, pero no son les muertes lo que me preocupa.

Xu se acercó a Han y se escondió detrás de los hombros anchos de su amigo.

—Y, entonces, ¿qué le preocupa?

El capitán no respondió de inmediato, sino que ojeó el bosque al otro lado de la linde de Viejo Changxi.

—Las abominaciones —murmuró. Zhara intercambió una mirada con Jiyi, que sacudió la cabeza con discreción.

—Regresaremos antes del anochecer —dijo sin más. El capitán asintió.

—Seis horas. O se quedarán a solas aquí.

21

En otras circunstancias, Han habría pensado que visitar las ruinas de Viejo Changxi sería una cita bastante romántica, aunque también macabra. Los edificios petrificados eran bastante pintorescos y pasear por las calles vacías y preservadas le otorgaba un aire ilícito a la excursión, como si se hubieran escabullido a la ciudad de noche tras el toque de queda. La idea de besarse en secreto con una chica en ese entorno era un sueño que Han no sabía que tenía. Miraba a Zhara de vez en cuando, sin dejar de preguntarse, esperanzado, si ella también pensaría en algo similar.

—¿Quieres darte prisa? —gritó Jiyi, que se había adelantado varios pasos y dirigía el grupo—. El capitán Shang ha dicho que volviéramos antes del anochecer.

—¡Pues la cortesana podría cargar con esta bolsa ella misma! —replicó, también gritando—. A ver lo rápido que se mueve entonces.

—¿No habías dicho que trabajabas duro para mantener tu físico? —preguntó Zhara. Lo miró por encima del hombro y le sonrió.

—Sí, bueno. Es más por razones estéticas que prácticas.

—¿Para qué sirve tener un cuerpo impresionante si no lo aprovechas? —Xu le guiñó un ojo a Zhara, que se rio y le propinó un manotazo juguetón en el hombro.

—¡Lo estoy aprovechando! —protestó Han—. Estoy llevando la bolsa de doña Quisquillosa a la montaña.

—Seguro que a doña Brandi se le ocurren otros usos para ese cuerpo tan impresionante, ¿lah? —dijo elle, y le dio un codazo a Zhara. Las mejillas de la chica se tornaron de un rosa brillante bajo la luz del sol matutino.

—¿Qué? —preguntó Han, confundido—. ¿Qué otros usos?

—Cierra el pico y ahorra saliva —intervino Jiyi—. El camino será más difícil a partir de ahora.

Se acercaron al muro septentrional en ruinas de la ciudad petrificada, donde comenzaba la naturaleza. Los muros resultaron ser más altos y enormes que los que rodeaban la ciudad natal de Han y se quedó pasmado por su tamaño, ya que eran más gruesos que cuatro caballos hombro con hombro. Varios árboles emprendedores crecían por las grietas de la parte superior. A pesar de la destrucción provocada por el volcán hacía muchos años, el portón seguía intacto, puesto que estaba hecho de piedra en vez de madera. Solo quedaba una estatua guardiana en la puerta de la ciudad, sorprendentemente ilesa. Han nunca había visto una criatura igual. Se trataba de una especie de quimera felina fantástica, con la melena de un león, la cola de un pavo real y dos pequeños cuernos redondeados en la cabeza.

—El León del Sur —murmuró Zhara—. Que protege a la ciudadanía de la plaga y la

pestilencia.

—¿A qué le tenía miedo esta gente? —musitó Xu mientras examinaba las defensas de la antigua capital de camino al bosque—. Ningún muro, por muy gigantesco que sea, puede mantener a raya a un volcán enfadado.

—A lo mejor temían a los monstruos —comentó Zhara y le dio unas palmaditas a la pata del guardián al pasar a su lado—. Dice que los bosques alrededor del monte Zanhei estaban repletos de bestias voraces, gente muerta inquieta y fantasmas hambrientos.

Por las impenetrables ramas sobre sus cabezas, la luz menguó cuando se adentraron en el bosque. A Han le pareció oír un ligero cascabel; alzó la mirada y se encontró con un pájaro de gran tamaño y plumas rojas posado en un árbol cercano. Estornudó varias veces.

—Lo más probable es que fueran abominaciones —explicó Jiyi—. Si estamos en lo cierto sobre que la fuente del veneno demoníaco es el volcán, entonces Viejo Changxi estaría infestada de esas cosas por aquel entonces. Con lo que, si había magues en la ciudad, seguramente los expulsarían al bosque para que se defendieran por sí soles.

—¿No se supone que el monte Zanhei era un lugar sagrado para les magues? —preguntó Han.

—¿Y eso cómo lo sabes? —dijo Jiyi con desdén. Han apartó la mirada.

—Mi madre también era maga —respondió en voz baja—. Y, a pesar de lo que piense la preciada mujer, no soy *tan* ignorante.

La cortesana no contestó, pero Han pensó que su espalda parecía arrepentida mientras avanzaban por el bosque.

—¿Era el monte Zanhei un lugar sagrado para les magues? —insistió Zhara con amabilidad.

—Sí. —Han sonrió con todos sus hoyuelos—. En el pasado, Viejo Changxi fue una comunidad próspera de magues. —Se percató de que la chica lo observaba con admiración e hinchó el pecho, pavoneándose un poco al caminar—. Al parecer, el monte Zanhei es una loc… local… localización con mucha energía mágica.

—Eso es cierto —musitó Zhara. Ladeó la cabeza para contemplar la cima del volcán, oculta tras unas nubes—. Hay algo… que tira de mi ki. —Se giró hacia les demás—. ¿Lo notáis?

Han, Xu y la cortesana intercambiaron una mirada y negaron con la cabeza.

—¿Cómo es? —preguntó Jiyi, con una mirada cargada de curiosidad y anhelo. Zhara se estremeció.

—Es como si alguien absorbiera mi energía y mis fuerzas. Está… mal.

—Eso será por la esencia demoníaca.

—¿Acaso la esencia demoníaca es real? —inquirió Han—. ¿Un demonio no es un ser de puro caos? ¿Cómo pueden coexistir el caos y el mundo del orden?

—Vaya, si al final resulta que hasta tiene cerebro —bromeó Jiyi—. Y yo que pensaba que apenas sabía leer.

—¡Yah! —protestó Han—. ¡Sí que leo! ¡Leo… un montón de cosas!

—¿Como qué, *Cuentos del terso delta*?

—¿Es que *todo el mundo* ha leído eso excepto yo? —La pendiente ahora era más pronunciada y Han empezaba a sudar por el esfuerzo de cargar la bolsa de Jiyi por la cuesta—. ¿Por qué todo el mundo se mete conmigo? —jadeó, quedándose atrás.

—Porque te pones muy mono cuando te aturullas —dijo Zhara, que lo esperó hasta que la alcanzó.

—¿Mono? —Han estornudó de nuevo y vio que el pájaro rojo se reía cerca de elles. La luz del sol se reflejó en las brillantes plumas escarlatas cuando agitó las alas—. Prefiero ser guay. Tranquilo. Incluso sosegado.

—Pero ¿guapo no? —Zhara sonrió.

—Bueno, ya lo soy, así que eso es irrelevante —dijo. La chica rio y sacudió la cabeza—. ¿Qué, no te parezco guapo? —Han temió de repente que todas las veces que la consorte real y sus doncellas le habían dicho de niño que era atractivo solo fueran mentiras bienintencionadas—. Mi madre siempre me dijo que era guapo.

Zhara lo miró de reojo con ojos danzarines. Han sintió un curioso pinchazo en las entrañas, casi como una punzada en las costillas, pero en el lugar equivocado.

—Tu madre tenía razón —contestó la chica con timidez—. Eres, de hecho, muy guapo.

Ese «muy» provocó una reacción extraña en su cuerpo. El pinchazo en las entrañas se fundió en lava derretida que disolvió todos sus huesos y lo dejó con las manos de trapo.

—Yo… eh… —También parecía tener los labios insensibles—. ¿Gracias?

Zhara rio entre dientes.

—Bueno, libros. Estabas hablando sobre tu material de lectura preferido.

—¡Ah, sí! —Han se rascó con nerviosismo la cabeza y soltó una carcajada incómoda—. Bueno, me gusta ese libro que te robé por accidente la primera vez que nos vimos.

—¿*La doncella amada por la Muerte*? —preguntó la chica, abriendo los ojos de par en par por la sorpresa.

—¡Sí! Es *buenísimo*. Ahora estoy muy enganchado. ¡Cómo se entregó Pequeña Llama al Señor de la Muerte a cambio de la vida de su hermana! ¿Y el Señor de la Muerte? ¿Tan encantador y tan terrorífico a la vez? O sea, su amor la matará a ella, pero ¿al mismo tiempo quiero que se besen?

Zhara soltó una carcajada de contento y el sonido resonó por todo el bosque como una campana.

—Vaya, maestro Ciruela, no sabía que te gustaban las novelas románticas.

—Yo tampoco lo sabía, la verdad. —Se encogió de hombros—. Pensaba que los libros debían, no sé, hacerte más listo o mejorar tu carácter o algo así. No sabía que también podían ser entretenidos.

—La próxima entrega se publica la semana que viene.

—¡Ay, tenemos que leerla juntes!

Zhara rio de nuevo.

—Eso será si consigo una copia. En general se las pido prestadas al maestro Cao en cuanto baja la demanda.

—Te compraré una —propuso el joven—. De todas formas, te la debo.

Zhara apoyó con ligereza una mano en su hombro y, a pesar de que era un día con mucha humedad, a Han se le puso la piel de todo el cuerpo de gallina.

—Agradezco la propuesta —dijo Zhara con suavidad—. Aunque no me debes nada, maestro Ciruela.

—Pues piensa que me estás haciendo un favor. —Sonrió—. Así no sufro mientras espero a que lo leas.

Zhara le devolvió la sonrisa y guardaron silencio para ahorrar aliento durante el ascenso. La pendiente era más pronunciada y sus jadeos resonaban con fuerza en el bosque. Debajo de los árboles, el aire resultaba espeso y agobiante; hacía un calor insoportable a pesar de la sombra que ofrecían las ramas. Todo parecía apagado, adormecido, lento; avanzar por el sendero era como moverse por un mar de pegamento. La única señal de vida aparte de Han y sus compañeres era ese pájaro rojo, que pasaba de rama en rama haciendo sonar el cascabel en su cuello. A lo mejor era la mascota de alguien. Han estornudó de nuevo.

Al cabo de poco, el camino empezó a allanarse y vio la cuesta del monte Zanhei, rocosa y yerma. La ladera desnuda contrastaba con fuerza contra el paisaje salvaje y crecido. Más adelante distinguió varios estanques de cuyas superficies burbujeantes emanaba vapor.

—¿A qué huele? —preguntó Xu y sacó el abanico de su fajín.

—Hemos llegado a las aguas termales —contestó Jiyi—. Mucha gente se baña aquí.

—¿Este lugar tiene aguas termales? Y yo sin el bañador —se lamentó le chique. Se limpió con delicadeza la frente con un trozo de tela y se abanicó—. Me vendría bien un chapuzón para refrescarme.

—Que nadie se acerque a esas charcas —advirtió la cortesana con severidad—. Solo nos detendremos a tomar una muestra para compararla con la que la profesora Hu trajo de los pantanos. El agua podría estar contaminada con la misma esencia demoníaca.

—Pero miradme —gimió Xu al ver que con el pañuelo se había quitado colorete—. Seguro que parezco un fantasma.

Sí que tenía un aspecto bastante fantasmal: el pintalabios parecía manchas de sangre y el kohl bajo los ojos se había corrido para asemejarse a las ilustraciones de fantasmas hambrientos que Han había visto en los libros de Anyang.

—Es cierto —le dijo a su amigue con desaliento—. Pareces…

—No te pasa nada, Xu —lo interrumpió Zhara y le dirigió una mirada de advertencia—. Te arreglaré el maquillaje cuando lleguemos a nuestro destino.

El grupo alcanzó al fin las aguas termales: tres pequeñas charcas rodeadas de rocas volcánicas con unas vistas impresionantes de la ciudad y del lago de abajo. Desde esa perspectiva, el lago parecía de un color distinto que desde la barcaza: un espectacular verde pálido con matices de aguamarina donde las aguas tocaban la orilla. Por debajo, las ruinas de Viejo Changxi relucían plateadas con el sol veraniego como un joyero en medio del verde jade oscuro de los bosques que lo rodeaban.

—Entiendo por qué la gente viene aquí a bañarse —murmuró Zhara, que observaba el paisaje desde el borde de un saliente—. Es muy pintoresco.

—Sí, no hay nada que le dé más ambiente a un lugar que la posibilidad de morir de forma horrible, en cualquier momento, por el estallido de un volcán —comentó Xu con sequedad y tiró de la manga de Zhara—. ¿Puedes arreglarme el maquillaje ahora?

—«Una vela sin usar solo es cera y mecha» —citó Han. Depositó la bolsa de Jiyi y se masajeó los nudos de la espalda—. «Preferiría encender la llama, aun sabiendo que se apagará, que permanecer para siempre en la oscuridad».

—Vaya, Won… ¡Li Han! —exclamó Xu con asombro—. ¿Me acabas de citar… la obra de algune filósofe de renombre?

—Sí. —Han le sonrió a su mejor amigue—. Jae Hyun, le autore de *La doncella amada por la Muerte.*

Zhara rio mientras le limpiaba la cara de Xu.

—¿Ves? Los libros *sí* que mejoran el carácter.

—A callar todo el mundo —ordenó Jiyi—. La entrada al sistema de cavernas debe de estar por aquí y con tanto flirteo no me oigo pensar. —Se paseó por el mirador, examinando con cuidado las aguas termales y la zona de alrededor—. Ayudadme a buscar.

—¿Y qué estamos buscando exactamente? —preguntó Han. En algún momento, las aguas termales fueron un destino popular, porque distinguía los senderos olvidados que rodeaban las charcas y los bancos tallados en piedra a un lado. Pero era como si les turistas ahora prefiriesen bañarse en otra parte; los hierbajos y el clima habían desgastado las pasarelas de madera hasta podrirlas y el tiempo había machacado los grabados en los bancos de piedra hasta dejar tan solo indicios de su antigua gloria. Zhara y Xu examinaban un pabellón de piedra a unos metros de distancia; era una de las pocas estructuras que quedaban intactas.

—No estoy segura —murmuró Jiyi. Acariciaba las piedras que rodeaban las termas—. Creo que hay unos grabados aquí… en el idioma de las flores, pero en un estilo más antiguo. No lo conozco tanto. —Extendió la mano hacia Han sin mirarlo—. Dame la bolsa.

El chico corrió obediente hacia donde la había dejado y se la trajo a la cortesana. Jiyi sacó un libro y un poco de carbón; luego arrancó una página para hacer un calco de la piedra. Han rodeó cada una de las charcas en busca de más grabados.

—Aquí hay más —gritó, señalándolos. La cortesana ya rodeaba las aguas termales.

—Creo que estos significan «limpiar» —musitó Jiyi para sí mientras trabajaba—. ¿A lo mejor era una especie de hechizo de purificación? ¿Quizá fueran baños rituales? ¿Rituales para qué? —Extendió la mano de nuevo—. Dame un frasco para recoger una muestra del agua.

—¡Venid aquí! —gritó Zhara desde el pabellón—. ¡Creo que hemos encontrado algo!

Jiyi guardó los calcos en la bolsa y luego se la entregó a Han.

—Yah —se quejó él—. Ahora podrías llevarla tú.

La cortesana lo ignoró y se reunió con les demás en el pabellón.

—Esto es un altar o algo parecido —comentó con sorpresa al entrar y se puso a examinar los grabados del techo y las columnas—. Todo apunta a que es un Templo del León. Mirad —dijo, señalando el cuadro descolorido de una quimera felina, idéntica a la criatura guardiana que vigilaba las puertas de la vieja ciudad—. Creo que este es el León del Sur. —Acarició la inscripción que había bajo la imagen y la leyó en voz alta—. «Como señor de los Colmilludos y Peludos, el León del Sur puede adoptar cualquier forma, pues su poder, al igual que el de su señore, es el de la transformación».

—¿Su señore? —preguntó Zhara, mirando por encima del hombro de Jiyi—. ¿Quién es…? ¡Aiyo!

Se sobresaltó al oír un cascabel cuando el enorme pájaro rojizo agitó las alas en la barandilla a su lado.

—Os juro que ese pájaro nos está siguiendo —musitó Xu, fulminando a la criatura con la mirada—. ¿No estaba antes en las ruinas de la vieja capital?

—Es posible que este tipo de pájaro sea autóctono de la zona —dijo Zhara—. Seguro que hay muchos como él viviendo por aquí.

La criatura en cuestión erizó las plumas a modo de resoplido aviar. Han intentó acariciarlo, pero el pájaro graznó y se alejó dando saltitos sin dejar de observarlo con sus ojos dorados. La mirada del pájaro le resultaba familiar, aunque no sabía ubicarla. Volvió a estornudar. Qué raro, no era alérgico a los pájaros.

—Bueno, no era este grabado el que quería enseñarte —añadió Zhara y llevó a Jiyi hacia las columnas—. Es este.

Señaló el suelo, donde había una baldosa con un símbolo: un círculo atravesado por una línea vertical.

Jiyi ladeó la cabeza y se agachó para examinarlo de cerca.

—Es un símbolo contra el mal de ojo. —Se puso a escarbar con los dedos en las grietas que rodeaban la baldosa. Distraída, dijo—: Creo que es una especie de trampilla. A lo mejor es la entrada a las cuevas. —Extendió la mano hacia Han—. Bolsa. Tengo herramientas ahí dentro.

—Un segundo. —Zhara se arrodilló junto a la cortesana y pasó la mano sobre el símbolo—. Es posible que se trate de algo que solo une mague pueda abrir.

—No creo —dijo Jiyi con el ceño fruncido.

Zhara titubeó, se mordió el labio y metió las manos en las mangas. Han veía que dudaba sobre si hablar, y notó que estaba acostumbrada a encogerse en algo más pequeño, inofensivo e insignificante. El brillo había desaparecido de sus ojos y, de repente, parecía apagada, como si se hubiera puesto un mantón con tal de ocultarse.

—Puede que la preciada mujer sepa mucho de magia —comentó Han sin rodeos—. Pero Zhara es la única entre nosotres que posee ese *don*. A lo mejor deberíamos dejarla hablar.

La chica lo miró a los ojos y Han asintió para animarla.

—Cierto —reconoció Jiyi a regañadientes—. Mis disculpas, Zhara. Prosigue.

Zhara le dirigió a Han una sonrisita de gratitud. Él ya estaba acalorado por el ascenso a la montaña y, sin embargo, en ese momento sintió un tipo de calor distinto.

—Es como… como cuando toco a otre mague. Hay una especie de… resonancia. De reconocimiento. Como si el grabado tuviera magia.

La cortesana arrugó la nariz.

—Los objetos inanimados no pueden ser mágicos —dijo, aunque con amabilidad—. Existen historias sobre armas encantadas y cosas de ese palo, pero son solo eso… historias.

—Aun así —insistió Han—, no pasa nada por dejar que lo intente, ¿lah?

Zhara miró a Jiyi, que arrugó los labios antes de asentir. Despacio y con incertidumbre, Zhara apretó la mano sobre el símbolo y cerró los ojos.

Han contuvo el aliento.

No pasó nada.

—Zhara —dijo Jiyi con gentileza—, apenas puedes hacer un hechizo sencillo, así que no creo que… ¡wah!

Se oyeron chirridos y crujidos a medida que la tierra bajo sus pies empezaba a temblar. Cayeron escombros y polvo del techo del pabellón, que repiquetearon a su alrededor en una lluvia de guijarros. Jiyi agitó los brazos para agarrase a algo, pero Han mantuvo la mirada fija en Zhara, que no se había apartado de la trampilla.

—¡El volcán está en erupción! —gritó Xu, con las manos en la cara—. ¡Ah, sabía que este viaje era mala idea!

Zhara apartó la mano del grabado y se puso en pie de un salto, tambaleándose un poco por el temblor del suelo. Cuando retrocedió, Han brincó hacia delante para mantenerla erguida. El símbolo parecía emitir un leve brillo rosa dorado en el punto donde la chica lo había tocado, hasta que la baldosa se hundió para revelar un tramo de escaleras que conducía a la oscuridad. Los temblores cesaron de inmediato.

—¿Cómo… cómo has hecho eso? —Jiyi corrió a examinar la nueva entrada, con los ojos iluminados por el asombro y la incredulidad—. ¿Has usado un hechizo? Si es así, ¿cuál? ¿Y cómo lo has conseguido sin pincel?

Junto a Han, Zhara parecía extrañamente pálida; su piel, en general de un rico marrón, estaba

opaca con un color ceniciento. Tenía las manos ante sí, con los codos rígidos pegados al cuerpo. Han intentó rodearle los hombros con un brazo, pero la chica se estremeció y él se apartó de inmediato, avergonzado y bastante arrepentido.

—¿Estás bien? —decidió preguntarle. Ella asintió al cabo de un rato largo.

—Lo estoy —dijo con la voz ronca—. Solo un poco… eh… alterada.

Xu se acercó nerviose al agujero del suelo.

—¿Qué pensáis que hay ahí abajo? —preguntó, observando los escalones.

—Eso es lo que hemos venido a averiguar —dijo Jiyi, frotándose las manos con regocijo.

—Yo no —señaló Xu—. Yo solo he venido para asegurarme de que mi pr… mi *amigo*, Han, llegue vivo a la mayoría de edad.

Distraída, Jiyi agitó la mano mientras daba vueltas emocionada a la entrada.

—Bueno, si no vas a venir ni a ser útil ahí abajo, sé útil aquí arriba y tráeme unas muestras de las aguas termales —dijo y se acercó confiada a lo desconocido—. Yo voy a explorar. —Tras bajar unos peldaños, miró por encima del hombro a Han y a Zhara—. Vosotres dos, ¿venís o qué?

22

El aire bajo el pabellón apestaba a azufre. Zhara mantenía con discreción la nariz enterrada en el hueco del codo para intentar no vomitar. El hedor sulfuroso era una cosa, pero el leve aroma dulzón a descomposición que notaba por debajo era harina de otro costal. Se parecía al olor de las carnicerías y los mataderos de las Fosas y pesaba sobre ella como una miasma. Como la peste del miedo. Como el olor de los animales conducidos hacia su muerte, como la presa atrapada entre las garras del depredador, como les magues en fila hacia el Halconero para su ejecución. Era el olor de la muerte y Zhara solo quería vomitar.

—¿A que es emocionante? —preguntó Jiyi, sin fijarse o completamente indiferente a la atmósfera que la rodeaba. Zhara nunca la había visto con tanta energía antes, tan entusiasmada, tan… joven. Sin su apatía y desprecio habituales, la cortesana era casi como una niña pequeña que charlaba llena de alegría sobre cualquier cosa que le interesase—. Pensad en todas las cosas que vamos a descubrir sobre les magues antigües. ¡Rituales y hechizos que se habrán perdido en el tiempo! ¡Caracteres en el idioma de las flores nunca vistos! ¡Puede que incluso haya *libros*!

—La preciada mujer y yo tenemos dos definiciones muy diferentes sobre lo que resulta *emocionante* —musitó Han con la voz ahogada, ya que con la mano libre se tapaba la nariz. La otra la apoyaba en la pared mientras descendía, porque los peldaños eran irregulares y la pendiente bastante pronunciada—. Para mí, bajar al interior del mismo Tiyok no es exactamente mi definición de «divertido».

—Tiyok no es un lugar —replicó con desdén la cortesana—. El reino del Caos es un estado de existencia.

Han la fulminó con la mirada.

—Da igual. El corazón de un volcán parece literal y metafóricamente Tiyok.

—Aaay, mírate. Me ha impresionado que supieras lo que significa «metafóricamente».

—Yah —protestó Han—. ¡Me han educado muy bien!

Zhara mantenía las manos pegadas al cuerpo mientras les seguía a unos pasos por detrás, con cuidado de mantener el equilibrio y ver dónde pisaba. Aún le picaban las palmas después de haber abierto la trampilla y le preocupaba lo que pudiera perturbar con su magia. Tocar el símbolo en la baldosa había sido como cuando tocó a Thanh; en el momento de contacto, sintió algo inquietante, algo podrido, algo… corrupto. Abría y cerraba los dedos para intentar deshacerse de esa sensación persistente.

—Está oscureciendo —se quejó Han mientras avanzaban—. Casi no veo nada. ¡Yah! ¡Algo me ha rozado la pierna!

—Una rata, seguramente —contestó la cortesana con desprecio—. Seguro que las cavernas

rebosan de alimañ… ¡Aiyo! —exclamó sorprendida—. Algo me ha pellizcado el tobillo. —Miró a Zhara y frunció el ceño—. ¿Llevas alguna luz?

La chica se miró los dedos, que relucían con suavidad en la penumbra.

—No —respondió, tirándose de las mangas para taparse las manos—. ¿Alguien ha traído una antorcha?

—Han, dame la bolsa. Debería haber un par de antorchas dentro.

—Yo no la tengo —replicó él con desconcierto—. ¿Por qué debería haberla traído?

—Uf —suspiró la cortesana, con los ojos en blanco, y lo apremió impaciente—: Bueno, pues ve a buscarla.

Han resopló molesto.

—Por última vez: no soy tu mula —dijo de malhumor—. ¡Ve a buscarla tú!

—De acuerdo. —Jiyi se dio la vuelta enseguida para subir de nuevo por la escalera—. Tienes suerte de que esté de buen humor. —Eso mismo pensaba Zhara: debía de estar de un humor excelente porque no había regañado a Han por haberle hablado con tanta informalidad—. Seguid adelante, ahora os alcanzo.

Han ladeó la cabeza para examinar el resto de peldaños.

—¿Que sigamos? —dijo, desconcertado—. ¿Cómo? ¿Se piensa que somos murciélagos o algo?

—Primero una mula y ahora un murciélago. —Zhara sonrió—. Se pensará que eres todo un zoo de animales.

—Tiene sentido, visto que no parece considerarme un ser humano. —Han se detuvo en seco, con los ojos fijos en un punto debajo de elles. Con la voz tensa, preguntó—: Zhara, ¿ves eso?

La chica intentó seguir su mirada.

—¿El qué?

—Ahí abajo —susurró—. Soy yo o… ¿o esos ojos nos están mirando?

Zhara estudió la oscuridad con los ojos entornados; la negrura era tan negra que casi resultaba impenetrable. Era el tipo de oscuridad que tenía forma, peso y textura, donde la luz y la vida acababan devoradas y perdidas para toda la eternidad. El miedo la cubrió con una ola de frío y su magia se removió con inquietud, nerviosa y ansiosa como una criatura a punto de salir huyendo… o de luchar. El poder le recorría las rutas del ki hasta acumularse en sus manos, que le picaban y cosquilleaban.

—No veo nada —dijo despacio, pero entonces percibió un parpadeo más adelante, como luz reluciendo sobre monedas de oro—. Espera.

Y entonces los vio: un par de ojos brillantes que ardían como las últimas brasas de un horno apagado. Zhara tomó aire con fuerza y, sin pensar, buscó la mano de Han, aunque recordó un segundo demasiado tarde que la magia acechaba bajo su piel. Sin embargo, Han volteó la palma enseguida y entrelazó sus dedos con los de Zhara. Su contacto, ese que había quemado a casi

todas las personas no mágicas que había tocado, no afectó al chico. Zhara se mantuvo inmóvil, disfrutando de la piel de Han contra la suya, a pesar del poder que vibraba y retumbaba en su mano.

—Es… es solo un efecto de la luz, ¿lah? —preguntó Han con voz rota—. Solo la luz de arriba reflejándose en… en algo.

Los ojos dorados parpadearon despacio, una vez, dos, antes de desaparecer por completo. A Zhara se le puso el vello de punta. Había otra presencia acechando en la oscuridad con elles. Se percató con un sobresalto de que lo había sabido desde el principio.

No estaban soles.

—A lo… a lo mejor deberíamos regresar arriba —propuso con vacilación.

—Vale —respondió Han enseguida—. No tiene sentido bajar sin…

Oyeron chirridos y crujidos, y las paredes de la escalera empezaron a temblar. Zhara miró hacia atrás y descubrió que la baldosa de piedra sobre sus cabezas regresaba despacio a su sitio.

—¡Han! —gritó—. ¡La trampilla!

El chico ya subía los peldaños de dos en dos y de tres en tres, impulsándose con fuerza gracias a sus largas piernas.

—¡Jiyi! ¡Jiyi, Xu! ¡La puerta! —Ya casi había alcanzado la entrada cuando la baldosa encajó en su sitio con un golpe que resonó por la caverna y los dejó encerrados en la completa oscuridad —. ¡Jiyi! —gritó Han, golpeando la piedra con los puños—. ¡Jiyi, abre la trampilla! ¡Xu!

—¿Han? —Zhara se dejó caer de rodillas y subió a gatas con cuidado. Nunca había visto una oscuridad tan completa, tan nítida como para poseer peso y amenaza. Le cubría la cara como una película, como una máscara, y Zhara sentía que se ahogaba, aunque sabía que podía respirar bien —. ¿Han?

Lo oía golpear la baldosa delante de ella.

—¡Yah! —gritó el chico—. ¡Dejadnos salir!

Se oyó una respuesta apagada desde el otro lado, de Jiyi o Xu.

—¿Qué? —bramó Han—. ¡No puedo oíros!

Zhara sabía que los relucientes ojos dorados seguían observándola. La mirada suplicaba su atención, como un goteo insistente en su espalda que no quería reconocer ni aceptar. La magia sacudía su sangre, empujaba y tensaba su piel como si quisiera liberarse con desesperación. Zhara se sentó para poder concentrarse en contenerla. Se llevó las rodillas al pecho y cerró los ojos, aunque estaba tan oscuro que no veía nada.

—No pienso mirar, no pienso mirar, no pienso mirar —murmuró.

A través de los párpados cerrados, sentía que la presencia se aproximaba a ella. Su magia tembló y vibró; el esfuerzo de contenerla resultaba casi insoportable. Zhara esperaba que Han pudiera decirles a Jiyi y a Xu que abrieran la puerta, porque no se veía capaz de aguantar mucho más. No sabía qué era peor: el poder que apenas podía refrenar o los ojos dorados que acechaban

en la periferia de sus sentidos.

Algo cálido y peludo le rozó la pierna con el tintineo de un cascabel.

Hubo un estallido de llamas.

—¡Zhara!

La chica abrió los ojos e hizo una mueca al ver la luz que los inundaba. Durante un momento, se sintió desorientada, sin saber de dónde procedía la luz, hasta que se dio cuenta de que venía de ella. *Ella* era la fuente de luz.

O, mejor dicho, sus manos.

Las llamas las rodeaban desde la punta de los dedos hasta las muñecas, como si su carne fuera una vela y su piel la mecha. Notaba el calor increíble del fuego a medida que se extendía poco a poco por los brazos hasta el resto de su cuerpo, pero no sentía dolor, ni quemazón, tan solo luz, vida y calidez. Recordó lo que Jiyi le había dicho en el barco camino a las ruinas de Viejo Changxi, que la magia debía seguir las normas de la naturaleza para no violar el orden establecido. Para crear fuego, debía *desear* que ocurriera, palpar el vacío con tal de manipular la materia. No había hecho nada de eso. No había deseado que sus manos ardieran.

Y, aun así, allí estaba, con las manos y los antebrazos como una imitación pasable de una antorcha. El vello en la nuca le cosquilleaba, como si una brisa le susurrara al oído.

Violación.

—¡Zhara! —Han acudió corriendo a su lado—. ¿Estás bien?

—¡Aléjate! —Blandió las manos ardientes ante ella y el chico cayó en los peldaños, con los ojos abiertos por el asombro y la alarma—. No quiero hacerte daño.

—Tranquila. —Han alzó las manos como si se rindiera—. No pasa nada.

—¡Sí que pasa! —Zhara intentó ocultar las llamas detrás de la espalda, pero se quemó la ropa en el proceso. Aunque el fuego en su cuerpo no la dañaba a ella, era real y el calor la hacía sudar. Quería echarse a llorar, quería gritar, quería tumbarse y que todo desapareciera—. ¡Soy un monstruo!

—No eres un monstruo —dijo Han en voz baja. Se puso en pie y dio un paso adelante.

—¡Lo soy! —Le temblaban las manos y las sombras a su alrededor parpadeaban y danzaban —. ¡Mírame!

—Estás temblando.

Han dio otro paso cuidadoso hacia delante, con la mano extendida… No a modo de rendición, sino con amabilidad.

—Por favor —repitió ella—. No quiero hacerte daño.

—Shhh. No pasa nada. No vas a hacer daño a nadie.

Zhara soltó una carcajada amarga y movió los dedos hacia el chico.

—Ah, perdona, ¿te has perdido la parte en la que *tengo los dedos en llamas*?

Han se quedó parado.

—¿Duele? —preguntó con amabilidad—. O sea, a ti. ¿Te hace daño?

A Zhara se le formó un nudo en la garganta y cerró los ojos al notar el escozor repentino de las lágrimas. Podía hacerle daño con mucha facilidad, quemarlo, dejarle las mismas cicatrices que le hizo a Suzhan hacía años, pero allí estaba él, preguntándole si le dolía. Zhara había pensado que no existía nada que pudiera hacerle más daño que la crueldad de la segunda esposa, aunque se equivocaba: la compasión en los grandes ojos redondos de Han dolía mucho más.

—Estoy bien —dijo, apartando la cara. Pero no lo estaba—. Vete. Por favor. No quiero que me veas así. Ni tú ni nadie.

—¿Qué quieres decir? —Su voz sonaba más cerca, pero Zhara no retrocedió—. ¿Verte cómo?

La chica cerró los ojos.

—Como una abominación.

—Que yo recuerde, una abominación era una bestia hecha de miles de ojos supurantes que intentó matarnos. Y, a menos que tengas varias decenas de ojos escondidos bajo la túnica y los pantalones, diría que estamos a salvo.

A pesar de todo, a Zhara se le escapó una carcajada pastosa.

—Me temo que no puedo demostrar lo contrario. —Agitó las manos y luego intentó ponerle ojitos a Han—. A menos que quieras verlo por ti mismo.

Han carraspeó y, aunque las llamas emitían ásperas sombras en su cara, Zhara vio que se le oscurecía por el rubor. Rio de nuevo y el fuego que le envolvía el cuerpo empezó a retirarse, a desvanecerse poco a poco por los brazos hasta las muñecas. Han se aproximó y ella no se apartó. Acercó la mano a su brazo, pero su mirada seguía firme en el rostro de Zhara, con ojos inquisitivos, como si le pidiera permiso para tocarla. Zhara no se movió mientras él se aproximaba centímetro a centímetro, sin dejarse acobardar por el fuego. Se mordió el labio y contuvo la respiración. Despacio, vacilante, Han envolvió los dedos con suavidad alrededor de su muñeca.

Las llamas se apagaron.

La oscuridad que cubrió sus ojos fue tan completa que Zhara se apartó tropezando, pero Han la aferró con firmeza y la abrazó. Ella se tensó, hasta que poco a poco fue relajándose al ver que Han seguía ileso, que ni el fuego ni el contacto con su magia lo habían quemado. El torrente mágico que le había llenado el cuerpo retrocedió y un frío profundo se asentó en el vacío que dejó a su paso.

—Eres… un antimago —dijo con cierto asombro.

—¿Un qué?

—Un antimago —repitió Zhara, temblorosa—. Tienes magia en los huesos, pero no te afecta.

—Así que me estás diciendo que soy un mago inútil —dijo Han con consternación—. Fantástico.

Zhara rio. El alivio y la incredulidad seguían peleándose en su cuerpo entre una oleada de

cansancio y otra. No podía dejar de temblar pese a no tener frío.

Han la estrechó con fuerza entre sus brazos.

—No pasa nada —repetía sin cesar—. Estás bien.

Zhara enterró la cara en el hueco de su hombro y se permitió disfrutar de ese abrazo, aunque fuera un momento. Notaba el suave estampado sutil de su túnica de seda brocada contra la mejilla, del que emanaba un leve aroma a sándalo, ylang-ylang y almizcle masculino. Han tosió y se apartó con sutileza a un lado; avergonzada, Zhara se percató de que había estado frotando la nariz contra su pecho.

—Bueno. —Han carraspeó—. No era mi intención apagar nuestra única fuente de luz.

Zhara soltó una risita nerviosa. Aunque su poder se había desvanecido, todo el cuerpo le cosquilleaba con una sensación que era a la vez más y menos peligrosa que la adrenalina de la magia en sus venas.

—Lo siento.

—¿Por?

Zhara solo podía imaginarse la expresión confusa en su cara, las espesas cejas juntas, las comisuras de los labios hacia abajo.

—Por… por haber apagado la luz, creo. Y… por ser un desastre histriónico y melodramático.

—Bueno, todes tenemos días malos. —Zhara oía la sonrisa en su voz—. Así que supongo que nos quedaremos aquí y aguardaremos en la oscuridad hasta que Jiyi y Xu regresen con herramientas para abrir la trampilla.

—¿Eso es lo que han dicho?

Zhara notó que Han alzaba los hombros y los dejaba caer de nuevo.

—Era «Quedaos aquí, iremos a buscar ayuda», o bien «Pescado asid mora brusca suya». Yo apuesto por lo primero… ¡Aiyo! —Han retrocedió de un salto y se oyó un tintineo—. Algo me ha dado un golpe.

Estornudó.

—¿Qué es?

A Zhara se le aceleró el pulso, pero, curiosamente, su magia permaneció calmada. Bajó la mirada y se encontró con los relucientes ojos dorados que habían desaparecido antes.

Niang, dijo una voz malhumorada. Una voz que reconoció.

—¿Sajah? —preguntó, asombrada. Se sobresaltó cuando algo cálido y peludo se enroscó en sus tobillos, pero entonces el gato se echó a ronronear y le envió unas vibraciones reconfortantes por la pierna. Se agachó para tantear en busca del animalito—. ¿Eres tú de verdad?

Una naricita fría se encontró con sus nudillos.

Mrrrrau, fue su respuesta.

—¿Ese es tu… gato? —Han estornudó de nuevo. Sajah bufó—. Sí, definitivamente suena a tu peligro pelirrojo —refunfuñó con la nariz taponada—. Me odia. ¡Achús!

El gato se desenroscó de las piernas de Zhara. La chica oyó las suaves pisadas de sus delicadas patas bajando por la escalera. Los ojos dorados aparecieron y la observaron desde varios peldaños más abajo. Desaparecieron de nuevo en un parpadeo y se manifestaron otra vez en otros escalones inferiores.

—Creo que quiere que lo sigamos —murmuró.

—¿A dónde? ¿Ahí abajo?

Hubo un silencio, como si Han examinase la escalera, con la nariz arrugada y los labios en un mohín, mientras lo recorría un escalofrío al imaginar las posibles pesadillas que podrían encontrar allá. Con un sobresalto, Zhara se percató de que podía recordar todos los detalles de sus expresiones, de que se había grabado a Han tanto en sus pensamientos que podía evocar su cara a voluntad. Un rubor furioso la cubrió de la cabeza a los pies, tan intenso que notaba la sangre palpitándole en la cara.

—Creo que sí —dijo, dando gracias por que la turbación, al igual que el resto de su cuerpo, permaneciera invisible en la oscuridad.

—Supongo que no tenemos más opciones mientras esperamos —musitó Han—. Podemos terminar lo que empezamos, ¿lah?

23

Al cabo de varios minutos de avanzar a tientas en la oscuridad absoluta, Han le preguntó a Zhara con timidez si podía probar de nuevo el truco de las manos en llamas.

—Pero no si te hace sentir incómoda —añadió a toda prisa—. O si te duele de cualquier forma.

Habían ido bajando centímetro angustiante a centímetro angustiante, con cuidado de palpar el borde de cada peldaño con los dedos de los pies antes de bajar. Su progreso era cuidadoso y lento; Han tenía ganas de pegarle a la pared de la frustración. Aunque para eso necesitaba saber dónde *estaba* la pared.

—Creo que no puedo —respondió Zhara con suavidad.

—¿Por qué no?

Hubo una larga pausa antes de que la chica respondiera.

—No… no sé cómo hacerlo.

Han recordó su miedo en la escalera, su firme convicción de que su magia la convertía en un monstruo, y pensó en Anyang. Su hermano pequeño también se consideraba un monstruo, porque creía que había ahuyentado a su único amigo por culpa de sus poderes inexplicables.

—Tu magia… ¿suele estallar de esa forma? —preguntó con cuidado para no ofender sus sentimientos.

—A veces. —La oía arrastrar los pies con cautela sobre los peldaños de piedra—. Jiyi habla todo el rato sobre el *vacío* entre la materia, pero, si te soy sincera, la magia para mí siempre ha sido como una fuerza que escapa de mi control. —Calló un momento—. A veces estalla y hace daño a otras personas.

—No te puedes culpar por algo que no puedes controlar.

Han notó que Zhara se encogía a su lado, aunque seguía sin verla.

—Da igual —añadió la chica—. He hecho daño a otra gente.

El resto de la historia quedó colgando entre elles, tan asfixiante como la implacable oscuridad. Han se sentía desesperado por preguntarle más cosas, pero no quería presionarla y que se alejara.

—Seguro que fue un accidente —dijo con incertidumbre.

—No lo fue —replicó ella, tajante. Eso lo sorprendió. No concebía a la dulce doña Brandi lastimando a alguien a propósito.

—¿O sea que querías hacer daño a una persona?

—No, claro que no. —Se la imaginó cerrando los ojos, con las cejas arrugadas por el dolor. Han ya había visto esa expresión de arrepentimiento en su rostro y no encajaba con su semblante vivo y alegre. Se había preguntado a menudo qué circunstancias de su vida causaban que sus rasgos formaran tan bien expresiones de sumisión y pena—. Pero da igual cuál fuera mi

intención. Ella salió mal parada y fue culpa mía.

El chico se percató de que no sabía gran cosa sobre ella ni Zhara sobre él. Les dos eran muy reservades, iban con cuidado con sus verdades. Pese a todo, había sentido que la reserva de Zhara estaba relacionada con toda una vida de esperar dolor, mientras que la suya procedía de la simple y egoísta idea de que no quería asustar a la gente (ni a ella). Si le decía quién era en realidad, ¿lo odiaría por mentirle? El abismo entre un príncipe y la ayudante de una apotecaria parecía insalvable. Sin embargo, cuando solo era Han, cuando solo era un chico y ella una chica, la distancia no asustaba tanto. La culpa le goteaba por la nuca, fría y húmeda.

Hasta que se dio cuenta de que en realidad había algo que goteaba del techo.

—¡Ay!

—¿Qué? —preguntó Zhara con pánico—. ¿Qué pasa?

Han apartó la mano del cuello y los hombros húmedos y se olisqueó los dedos con cuidado. Olían ligeramente a mineral, como las termas de arriba.

—Creo que cae agua del techo.

Un cascabel y dos relucientes ojos dorados reaparecieron durante un momento a unos peldaños por debajo de elles. El gato horrible de doña Brandi abrió la boca en un bostezo, el equivalente felino a una carcajada. Fulminó a Sajah con la mirada antes de caer en que podía distinguir el contorno de la criatura en la oscuridad.

—Zhara —titubeó—. ¿Soy yo o la oscuridad es menos… densa?

—¿Creo que sí? —Ella también sonaba dudosa.

La negrura a su alrededor sí que se había diluido un poco y ya era más gris que negra. Han podía distinguir las formas poco definidas de algunas cosas, como el cabello de Zhara, sus hombros, sus brazos, sus piernas. Más adelante, donde habían aparecido los ojos del gato, le pareció captar un leve brillo extraño azul verdoso. Aún oía el tintineo lejano del collar con cascabel, pero los ojos resplandecientes habían desaparecido.

—Eso de ahí delante… ¿es luz? —preguntó Zhara con incredulidad.

—Creo… creo que sí.

Han empezaba a distinguir el borde de cada peldaño a medida que bajaban y la curva de la pared al formar la espiral descendente. El brillo verde azulado se intensificaba con cada paso y le proporcionaba a todo un aire más surrealista, como si estuvieran descendiendo no al corazón de un fiero volcán, sino al fondo de las profundidades color jade de un océano. Han se examinó la ropa; el sutil estampado de nubes blancas relucía un poco en la penumbra. No vio al gato por ningún lado. Se había ido tan rápido como había llegado.

Al fin, alcanzaron el último tramo de la escalera y Zhara ahogó un grito.

—¿Eso son… *estrellas*? —preguntó, alzando la cabeza para contemplar con asombro el techo.

Habían entrado en una enorme caverna más alta y ancha que el pabellón de la Sabiduría Celestial en el palacio. La fuente de la extraña iluminación verde azulada eran decenas, o

centenares, de lucecitas que colgaban sobre sus cabezas, como las cuerdas de una cortina de cuentas celestial. Al igual que las estrellas, ahuyentaban las sombras a su alrededor y lo cubrían todo de un resplandor acuoso como de otro mundo. Han miró de reojo a la chica; la luz azul pintaba sus rasgos y la línea de su cuello con un pincel mágico. Parecía un hada, o una doncella celestial sacada de los cuentos de su madre: un ser espiritual hecho de luz y oscuridad.

—Qué preciosidad —murmuró Zhara.

—Sí —susurró él, pero no estaba observando la galaxia subterránea.

Zhara captó su mirada, con los ojos reluciendo por el reflejo de una miríada de estrellas terrenales, y sonrió. El gesto le iluminó el rostro incluso más que la falsa galaxia. Han tuvo que apartar la mirada, porque se sentía como si lo hubieran visto desnudo. Aprovechó la oportunidad para examinar la caverna, que era más grande de lo que pensaba, casi tanto como el patio del palacio en Zanhei. El techo medía varios pisos de altura y se sustentaba en distintos pilares hechos de piedras brillantes que relucían y centelleaban como gemas. El aire era más fresco allí, olía menos a azufre y más a humedad. Se oía un goteo procedente de alguna parte, que resonaba por la caverna como el tañido musical de un laúd.

—Mira —dijo Zhara, señalando el pilar a su lado—. Hay algo tallado ahí. Creo que está en el idioma de las flores. —Se acercó para examinarlo y sus dedos flotaron sobre el símbolo—. Ay, a Jiyi le encantaría verlo.

Mientras avanzaban por la caverna, el suelo de piedra irregular dio paso a una tierra compacta que se ensanchó en una enorme explanada abierta. En el centro había un círculo formado por grandes bloques rectangulares que les llegaban hasta la cintura, demasiado iguales y angulosos para ser de origen natural. Detrás de las estructuras, en el extremo más alejado de la cueva, había una charca, alimentada por las gotas que caían de unos gigantescos dientes de piedra en el techo. Más luces azuladas rodeaban el agua, otorgándole un brillo etéreo.

—Este lugar posee una energía extraña —murmuró Zhara cuando se acercaron a los bloques.

—¿En serio? —Han se frotó los antebrazos para ahuyentar a los fantasmas invisibles que se aferraban a su piel—. No siento nada. Solo un poco de mal rollo.

—Es difícil de explicar, pero es como cuando apoyé la mano en el símbolo de la trampilla. Como si alguien me *extrajera* la magia.

Han frunció el ceño.

—¿Crees que es lo que causa las posesiones río abajo? —Observó la charca en el otro extremo y señaló el agua—. ¿Qué me dices de eso? Dijiste que el pozo y el embalse en el pantano estaban contaminados por esencia demoníaca.

Zhara atravesó el círculo de bloques hacia la charca y metió la punta del dedo anular en el agua. La sacó enseguida, como si se hubiera quemado.

—No es la charca —dijo, negando con la cabeza—. Pero el agua está contaminada, igual que el pozo del pantano.

—¿Contaminada? ¿O quieres decir envenenada?

Zhara guardó silencio, como si quisiera pensar en qué decir antes de pronunciar las palabras.

—No es eso exactamente —dijo despacio—. Es más como si la *esencia* del agua ya no fuera agua.

Han parpadeó.

—No lo entiendo.

Zhara rio.

—Yo tampoco, pero es la única forma de describirlo. —Agitó la mano hacia la charca—. O sea, parece agua. A todos los efectos, *es* agua. Aunque, en el fondo, en su mismo núcleo, es otra cosa, algo… demoníaco.

El chico reflexionó sobre sus palabras.

—No, sigo sin entenderlo.

Zhara sonrió y sacudió la cabeza.

—Aquí siento que algo tira más de mi magia —dijo, señalando el círculo de bloques de granito —. Es casi como si extrajesen mi energía hacia el centro.

Regresaron a las estructuras en el centro de la caverna, doce bloques rectangulares dispuestos en un círculo radial como en una brújula. A medida que se aproximaban, Han vio que había un trozo grande de piedra circular en el suelo de tierra compacta, blanco y reluciente como si estuviera hecho de caliza o mármol.

—¿Qué crees que son?

Acarició la parte superior del bloque más cercano, tallado con distintos símbolos en lo que, supuso, era el idioma de las flores. Un extraño olor casi dulce envolvía los bloques, aunque resultaba un tanto empalagoso a la vez.

Zhara se situó a su lado y examinó las estructuras.

—¿A lo mejor es una especie de monumento? —Tosió y se tapó la nariz con la manga—. ¿A qué huele?

Han se arrodilló junto al bloque para examinarlo mejor. Una ranura recorría el costado cerca de la parte superior, a un palmo de distancia. El olor dulzón era más intenso ahí, sobre todo junto a la ranura.

—Yah, creo que puedo abrirlo. La parte superior tiene pinta de moverse. —Clavó las uñas en la ranura, que era lo bastante grande para meter la mano—. Ayúdame.

Zhara retrocedió despacio.

—No quiero tocarlo.

—¿No? ¿Por qué no?

La chica señaló los grabados en el idioma de las flores que había en los laterales de los bloques de granito.

—Esos grabados. No sé qué pasará si los toco.

—Abriste la trampilla al tocarla.

—Lo sé. —Alzó las manos para juguetear nerviosa con la punta de las trenzas—. Pero hay algo… que no está bien aquí. Cuando toqué el símbolo de la trampilla, no fue como si algo tirase de mi magia, sino más bien como si… —Se mordió el labio inferior—. Como si me robara el ki.

—Y deduzco que eso… no es algo bueno.

Nunca había acabado de entender el concepto de ki. Su profesor de esgrima, el maestro Kang, hablaba de él todo el rato, sobre todo cuando estaban meditando en vez de pelear. Han odiaba meditar.

Zhara arqueó las cejas.

—No. Es como… como si alguien te chupara la fuerza y te dejara débil. Pero, en vez de la fuerza, es tu energía vital. —Se estremeció—. Estar aquí, junto a estos bloques, es como si alguien me hubiera echado una red por encima y hubiera púas escondidas entre los nudos. —Zhara se quedó pensativa mientras estudiaba los grabados en cada una de las estructuras de piedra—. ¿Qué son? Todas tienen el mismo pictograma. —Dio la vuelta despacio mientras contaba—. Hay doce en total.

—No lo sé. —Han se situó en el centro de los bloques, donde la enorme pieza circular de mármol blanco estaba incrustada en la tierra. Se puso de cuclillas para estudiarla de cerca. El mismo símbolo que el de la trampilla de arriba estaba grabado en la suave superficie, junto con una miríada de otros pictogramas en el idioma de las flores. Si Jiyi estuviera allí, seguro que se habría puesto a sacar mil calcos—. Mira. No dejo de ver este símbolo por todas partes. Ojalá supiéramos lo que significa.

Zhara miró por encima de su hombro, se estremeció y, con las prisas por apartarse, casi tropezó.

—Ese tirón… ese agarre es más fuerte ahí. —Contempló con temor la losa de mármol—. Hay… hay algo debajo de esa piedra —añadió y sacudió la cabeza—. No, no hay nada debajo.

Han estaba desconcertado.

—¿Cuál de las dos opciones es? ¿Algo o nada?

Zhara retrocedió hasta los bloques de granito.

—Es una nada que tiene su propia presencia —susurró, con los ojos abiertos de par en par del asombro—. Es… el vacío.

Han la miró preocupado. Ese sinsentido la hacía parecer une de les adivines o vagabundes con la mente rota que pululaban por las Fosas.

—No te sigo —dijo con cuidado. Zhara le agarró la mano. Cada parte de su cuerpo cantó al sentir el contacto, un grito jubiloso de alegría. Le costó controlar el semblante.

—¿Lo sientes? —preguntó la chica.

—S-sí.

—Esa resonancia entre les dos. ¿El caos en nuestra sangre?

«Caos» era quizás una descripción demasiado precisa de lo que le estaba ocurriendo a la sangre de Han, pero tragó saliva con fuerza y luchó por mantener la calma.

—Sí —susurró, acercándose. Notaba una atracción gravitatoria inexorable entre les dos e hizo todo lo que pudo para evitar caer en ella, para no parecer tonto.

—Eso es el vacío.

Bueno, el comentario menguó un poco su entusiasmo.

—Vaya, doña Brandi —dijo con ligereza para ocultar su decepción—. Qué romántico.

Ella se rio.

—El vacío es donde comienza la magia —explicó, la misma lección que la cortesana le había dado—. El lugar del potencial. —Zhara se giró hacia las estructuras, cada vez más seria. Con cierto asombro, añadió—: Esa… esa piedra blanca *irradia* la nada.

Y se quedó inmóvil.

—¿Qué pasa?

Zhara tragó saliva.

—¿No dijo Jiyi que este sitio también lo usaron para invocar a demonios?

Han observó la losa de piedra blanca y luego los bloques de granito a su alrededor.

—¿Crees que es aquí donde les antigües magues de Changxi solían invocar a los demonios? —preguntó con voz ronca.

—Es posible. Pero, sea lo que fuere, está dirigiendo la energía mágica hacia… *esto*. —Señaló la losa debajo de los pies de Han y él se apartó de un salto—. Gira alrededor de… de ese imán. —Rodeó el grabado—. ¿Soy yo o estos símbolos parecen nuevos?

Han no se había fijado en que había otros grabados dentro del anillo del círculo partido. Pero Zhara tenía razón: el círculo parecía viejo y gastado por el paso del tiempo, como si miles de manos y pies lo hubieran tocado antes, pero justo en el interior había otro conjunto de caracteres con líneas y trazos más nítidos y claros, hechos recientemente.

—Creo que es un hechizo —añadió Zhara y entonces gruñó—. Ojalá tuviéramos algo para sacar un calco y llevárselo a Jiyi.

Han decidió examinar las marcas más de cerca.

—¿Para qué crees que son? —preguntó. La chica recorrió con la mirada las estructuras rectangulares.

—¿Para un altar? —sugirió con un hilillo de voz—. ¿Les antigües magues realizaban algún tipo de sacrificio en sus rituales?

—Se lo estás preguntando a la persona equivocada.

Han estudió el surco que recorría la parte superior de los bloques, más convencido que nunca de que eran tapas. Lleno de curiosidad, apretó las palmas en la parte superior y empujó. La tapa se movió, pero apenas, ya que pesaba más de lo que había imaginado. Tomó nota para no saltarse las sentadillas cuando el maestro Kang se las mandase la próxima vez. Con un gruñido,

consiguió volcar la tapa al suelo con un golpe que resonó por toda la caverna.

Lo primero que notó fue el olor. Ese hedor dulzón era insoportable. Han enterró la nariz en la manga, con los ojos llorosos.

Lo segundo que notó fue el cuerpo.

—Oh —dijo Zhara con voz débil—. No son mesas para sacrificios ni altares. —El espanto inundó su semblante—. Son *tumbas*.

—Bueno —replicó Han con el mismo tono—. Creo que hemos encontrado a les magues desaparecides.

24

El olor que emanaba del ataúd era horrible, amargo, intenso y dulce a la vez. Zhara tosió y se tapó la cara con la manga. A su lado, Han se atragantó e intentó no vomitar cuando se asomó a la tumba para ver si había alguna señal de vida.

—¿Están… están muertes? —preguntó la chica.

—Creo que sí —respondió él con gravedad. Zhara se tragó la bilis.

—¿Sabes cómo murieron?

Él negó con la cabeza.

—Hay muchos cuerpos aquí dentro —dijo. La voz le temblaba por el horror.

Zhara reunió valor y dio un paso adelante para mirar por sí misma. El ataúd abierto contenía los restos de varios cadáveres en distintos estados de descomposición. Reconoció la tela con el estampado azul y blanco y la pulsera con la cuenta roja en el cuerpo que había más arriba. Dieu.

—Ay, Thanh —susurró—. Lo siento mucho.

Al parecer, la madre del chico no llevaba muerta mucho tiempo. Su cuerpo, pese a estar demacrado y escuálido, seguía entero y la ropa estaba limpia. La recolectora se hallaba bocarriba en el ataúd, rodeada de huesos, con los ojos cerrados y las manos unidas sobre el pecho.

—Casi parece que esté durmiendo —dijo Han con incomodidad. Zhara estaba de acuerdo. Si no fuera por el matiz seco y gris de la piel de Dieu y por la boca marchita, casi podría creer que la madre de Thanh se despertaría en cualquier momento—. De… deberíamos decir algo. Alguna plegaria para enviar su alma de vuelta a Do.

—Les buri no creen en el lugar de los comienzos y los finales —dijo Zhara con suavidad—. Creen en la Gran Rueda y en que sus recipientes terrenales deben quemarse antes de poder regresar al ciclo del renacimiento. —Estudió el rostro de Dieu, que parecía en paz con su reposo final—. Lo que deberíamos hacer es llevarnos sus restos.

Han miró los otros once ataúdes en la sala.

—No te lo puedo asegurar —comentó con una mueca—, pero no creo que el capitán Shang quiera que usemos su barcaza para cargar con unos cuerpos hasta Zanhei.

Zhara no podía refutar aquello.

—De acuerdo —accedió de mala gana—. Abramos el resto de ataúdes a ver si por lo menos podemos identificar los cuerpos para informar a sus seres queridos de su destino.

Han se apoyó en la siguiente tumba.

—No respires —avisó antes de deslizar la tapa. Ese no olía tan mal como el de Dieu; le habitante de más arriba era un esqueleto disecado—. Creo… creo que esta persona trabajaba en el palacio —dijo Han con la voz rota.

Zhara miró por encima de su hombro para verlo mejor. El esqueleto iba vestido con los harapos desintegrados de algo que podría haber sido seda. Los restos deformados y gastados de su parche dorado de trabajadore de palacio descansaban sobre el pecho bajo sus manos, y el cinturón rígido y rectangular de carey que formaba parte del uniforme seguía intacto. Han se arrodilló y empezó a rebuscar entre los huesos.

—¡Han! —exclamó Zhara con alarma—. ¿Qué haces?

—Estoy buscando su sello personal. Tengo que saber quién era esta persona.

—¿Crees… crees saber quién fue? —preguntó en voz baja, aunque sospechaba que Han lo sabía. El chico cerró los ojos.

—No estoy seguro, pero tengo miedo de que sea… de que sea el tío Li.

Su primo mago. El que había desaparecido. El propietario de *Canciones de orden y caos*. Zhara apoyó una mano reconfortante sobre su hombro.

—Ayúdame a buscar —dijo, mirándola con desesperación—. Por favor.

Zhara examinó los hechizos tallados en las tapas y los laterales de las tumbas; estaba claro que esos ataúdes eran una especie de vasijas hechizadas creadas para canalizar la energía de les magues. La idea de subirse a una no le parecía demasiado segura.

Sin embargo, Han se puso en pie al cabo de un momento. Aferraba un medallón de jade en la mano.

—No es el tío Li —dijo, entre aliviado y pesaroso—. Este sello es del Ministerio de Interior. El tío Li era el… el astrólogo de la consorte real.

Zhara tomó con cautela el medallón. La piedra estaba fría, pero la esencia demoníaca no la había contaminado.

—¿Conoces a la persona? —preguntó, dándole la vuelta. En la parte trasera había una inscripción: «Chow Danzhi».

—No, pero, cuando volvamos, Xu y yo podemos mirar en el Ministerio de Registros para saber cuándo desapareció. —Recuperó el medallón y se lo guardó en la faja. Luego se giró hacia el esqueleto—. Siento mucho haber perturbado el descanso de le ministre —dijo e hizo una reverencia. Zhara lo observó por el rabillo del ojo y le dio un codazo suave.

—Di una plegaria para enviar su alma a Do.

—¿Yo? —Han miró a su alrededor—. ¿Aquí?

—Lo has sugerido antes para Dieu.

Han removió los pies.

—De acuerdo. —Enderezó los hombros y estiró las manos sobre el esqueleto de Chow Danzhi, tal y como Zhara había visto hacer a las monjas de la muerte en funerales. Han carraspeó y proclamó con tensión—: «En Do, todas las cosas comienzan y todas las cosas deben terminar. Esta persona, nacida tanto del Orden como del Caos, regresa al caldero de la conciencia para ser una con Do. Adiós, Chow Danzhi, que tu fantasma conozca la paz».

Dio cuatro palmadas y luego les dos se arrodillaron para apretar la frente contra el suelo y enviar el alma de le funcionarie al lugar de los comienzos y finales.

—¿Eso era una plegaria de verdad? —preguntó Zhara mientras se ponían de pie.

—Ja, ja, ja —respondió Han, frotándose la nuca—. Puede que me lo haya… eh… inventado.

Zhara sonrió.

—Pues es bonita —dijo con sinceridad—. Como un poema.

—¿En serio?

Han parecía sorprendido. La chica sacudió la cabeza.

—Venga, a ver si podemos ayudar al resto a encontrar la paz.

En el siguiente ataúd descubrieron a otre recolectore buri en un estado de descomposición mucho más avanzado que Dieu. Tanto Han como Zhara se taparon la nariz con la manga y se ahogaron cuando el hedor a podredumbre les golpeó en toda la cara. Zhara no quería ver de cerca el cuerpo, pero se regañó por ser tan cobarde. Por desgracia, no había gran cosa con la que identificar a la persona; la tela con el estampado azul y blanco se asemejaba a la de Dieu, aunque no tenía marcas que pudieran distinguirle ni joyas.

La siguiente tumba reveló otro esqueleto en la parte superior del montón de huesos junto con lo que parecían los restos de un vestido. La seda se había podrido hacía tiempo, aunque quedaban varias piezas de joyería: hilos e hilos de turquesa y jade, una peineta dorada y varios anillos en los dedos. Han y Zhara se arrodillaron y apoyaron la frente en el suelo para enviar su alma también a Do.

—Ojalá supiera su nombre —se inquietó Han—. No sabemos cuántos fantasmas hambrientos hemos liberado al abrir las tumbas.

¡Bum!

Les dos jóvenes se quedaron de piedra e intercambiaron una mirada cargada de alarma. Un golpe contundente sacudió la caverna y los ecos rebotaron y crecieron hasta que fue imposible discernir de qué dirección procedían.

—¿Qué ha sido eso? —susurró Zhara. Su magia cobró vida enseguida: su poder recorrió las líneas ki y se quedó en la punta de sus dedos.

«Dicen que estas ruinas están encantadas, pero no son les muertes lo que me preocupa», había dicho el capitán Shang.

—No lo sé —respondió Han, también en un susurro y con los ojos engrandecidos por el miedo. Alzó la mirada hacia el techo de la caverna y juntó las manos—. León del Sur, protégenos de les muertes hambrientes, por favor.

Y entonces tosió.

¿Prrrt?

Dos ojos relucientes aparecieron en las sombras entre los pilares de piedra brillante.

—¡Sajah! —exclamó Zhara—. ¡Conque estás aquí!

El gato naranja se materializó en la oscuridad, con el cascabel tintineando a medida que avanzaba hacia elles.

—Este no era el temible protector que tenía en mente, León del Sur —musitó Han con la nariz taponada.

Sajah puso mala cara y le dio un zarpazo en los tobillos.

Zhara contuvo la respiración por si oía otro golpe en la oscuridad, pero lo único que captó fue el leve plic, plic, plic de las gotas de agua. Al cabo de un momento, soltó un suspiro de alivio.

—Seguro que no ha sido nada —dijo, aunque la duda le carcomía la mente—. Sigamos.

Abrieron las demás tumbas y todas contenían los restos de muches magues. Han y Zhara rezaron por quienes pudieron y tomaron cualquier señal identificativa que pudieran llevarse.

—Lo siento —murmuraba a cada mague mientras Han y ella hacían reverencias para presentar sus respetos—. Siento que la persona fallecida no haya recibido la despedida que merecía. —Las lágrimas que le caían de los ojos eran tanto de lástima como del olor abrumador a carne putrefacta—. Ojalá pudiéramos darles paz.

—Cuando volvamos a Zanhei, iremos al templo y buscaremos a una sacerdotisa de Do para que celebre los últimos ritos. —Han apoyó una mano amable en su espalda, aunque Zhara intentó no encogerse. El chico la quitó sin decir nada y solo sintió vacío en ese punto de contacto —. Pueden rezar por elles incluso sin cadáver.

Habían alcanzado la última tumba. Con cierta inquietud, Zhara ayudó a Han a abrirla. Tenía miedo de lo que pudieran encontrar dentro.

Era une niñe.

Zhara ahogó un grito y se tapó la boca, con lágrimas en los ojos. Al igual que Dieu, parecía dormide y el rosa aún teñía sus mejillas. Era muy joven, quizá tuviera la misma edad que ella cuando los Cernícalos se llevaron a su padre. ¿Quién era? ¿Tenía una casa a la que volver? ¿Había alguien que echase de menos a ese niñe del mismo modo que ella siempre había querido que la echaran de menos?

—Creo… creo que es el amigo de mi hermano —dijo Han en voz baja—. Yao. El hijo de una criada. —Con delicadeza, metió la mano en el ataúd y movió la cabeza del muchacho para revelar una marca de nacimiento grande y morada en la clavícula. Con voz pastosa, dijo—: Lo es.

El niño arrugó los labios.

—Han —exclamó Zhara, agarrándole del brazo—. Creo que… que sigue vivo.

—No sé —titubeó él, observando las manos del niño sobre el pecho—. No sé si respira. —Se inclinó por encima del borde del ataúd y puso dos dedos debajo de su nariz—. Un segundo —dijo emocionado—. ¡Creo que sí que respira! —Sacudió con suavidad al chico por los hombros —. ¡Yao! ¡Yao, despierta!

No se movió ni reaccionó a la voz de Han. Zhara se estiró para agarrarle la mano.

—Yao. No pasa nada. Estás a salvo.

Fue en ese momento cuando se percató de que había algo terriblemente mal en él. Los meridianos del muchacho carecían de magia, como si alguien le hubiese absorbido el poder. Sin embargo, debajo de esa sensación de vacío había otro tipo distinto de vacío.

Caos.

Corrupción.

Yao abrió los ojos y siseó. Zhara se sobresaltó y le soltó la mano cuando una bajada repentina de la presión le taponó los oídos. El niño salió de la tumba y empezó a convulsionarse en el suelo de la caverna. Le creció pelo por toda la columna. Unos chasquidos, crujidos y chirridos grotescos le brotaban del cuerpo mientras triplicaba su tamaño.

Zhara tropezó y cayó al suelo.

Era una abominación.

25

Donde antes había un niño, ahora había un monstruo el doble de alto que un hombre adulto, patizambo, con brazos de simio y músculos abultados y ondulantes. Un pelaje gris cubría a la criatura de la cabeza a los pies; las piernas del muchacho se transformaron en las patas de un lobo, unos enormes colmillos le sobresalían de la boca y entre parpadeos le aparecieron seis ojos rojos y relucientes en el puente de la nariz.

—¡Zhara! —gritó Han.

La chica se puso en pie con torpeza y corrió hacia los bloques. Yao rugió a su espalda e hizo temblar los cimientos de la caverna. Le cayeron rocas y guijarros sobre la cabeza, convertidos en polvo. La abominación corría torpe pero veloz, ya que usaba sus brazos de simio para impulsar las patas traseras. Las garras que le brotaron de los nudillos arañaban el suelo mientras la perseguía y dejaban surcos profundos en la tierra.

—¡A la izquierda! —le indicó Han—. ¡Izquierda!

Zhara viró a la izquierda, tropezó y cayó de rodillas. Yao saltó hacia ella, pero la chica se apartó y en el último momento evitó que el monstruo la barriera con sus enormes garras.

—¡Hacia mí!

Han estaba en el centro de la caverna y movía con frenesí los brazos. En la mano derecha parecía sostener una espada antigua y oxidada. Zhara se puso en pie y corrió hacia él con los pulmones a punto de estallar.

—¿De dónde demonios… has sacado… eso? —jadeó, señalando el arma.

—¿Acaso importa? —gritó él, situado entre la abominación y Zhara—. Estaba enterrada con uno de los cuerpos. —La blandió hacia el monstruo—. ¡Atrás!

Durante un instante muy breve, la criatura se detuvo. Seis ojos rojos brillantes les devolvieron la mirada; parpadearon todos al mismo tiempo, como si hubiera entendido a Han. Pero entonces el monstruo echó la cabeza hacia atrás y rugió para revelar una boca con una hilera tras otra tras otra de dientes afilados como cuchillas.

Han le devolvió el rugido y agarró la espada con ambas manos.

La abominación calló, como desconcertada.

—No me puedo creer que haya funcionado —murmuró Han.

Un penetrante rayo de luz golpeó a la bestia en la cara, que alzó un brazo con un grito de dolor. Zhara y Han se taparon los ojos para intentar averiguar de dónde procedía.

¡Miau!

De entre las sombras llegó volando una forma rojiza que bufaba y arañaba el rostro de la abominación. Cuando los ojos de Zhara se acostumbraron al nuevo resplandor, vio a un gato que

atacaba con furia la cabeza de la criatura.

—¡Sajah!

—¡Zhara, Han!

Dos siluetas atravesaron el haz de luz. La chica se giró para ver que Jiyi y Xu bajaban corriendo las escaleras. Habían abierto la trampilla al fin.

—Ah, que les Inmortales me amparen —tartamudeó Xu al ver el monstruo en la caverna—. Sabía que bajar aquí era mala idea.

—¡Cierra el pico y ayúdanos! —gritó Han.

—¿Con qué? ¿Con mi abanico?

Jiyi rebuscó en la bolsa y sacó dos frascos.

—¡Cuidado con la cabeza! —gritó antes de lanzarlos hacia la abominación.

Tenía buena puntería, ya que acertó a la criatura en el pecho. Los frascos de cerámica se rompieron y pringaron al monstruo con un líquido negro que humeó y burbujeó. La abominación retrocedió, rugiendo de dolor, y su piel se llenó de ampollas y quemaduras. Han saltó hacia delante y le atacó las piernas con la espada hasta que la bestia tropezó y cayó. Se lanzó a por ella para atravesarle el corazón con el arma, pero una mano gigantesca lo apartó con un golpe y lo envió volando al otro lado de la caverna. Han aterrizó con un sonido escalofriante para, acto seguido, deslizarse hasta el suelo inerte y exánime.

—¡Han! —gritó Zhara y acudió a su lado. Esquivó las garras de la bestia y se arrodilló junto al chico. Sus dedos le buscaron el pulso, hasta que Han gimió y se movió al sentir su contacto.

—Estoy bien —graznó con los dientes apretados—. Solo un poco magullado. En el ego, claro.

—¡Déjalo y céntrate en la abominación! —gritó Jiyi. Zhara recogió la espada caída junto a Han y la sostuvo ante sí con manos temblorosas. El arma era vieja, tenía el acero moteado por el óxido y el uso excesivo—. ¡Con la espada no, idiota! —La cortesana esquivaba los ataques de la criatura saltando con agilidad de un lado a otro. La abominación rugió y bajó la mano para aplastar uno de los ataúdes de granito, con lo que les roció a todes con trozos de piedra—. ¡Con tu magia! ¡Tú eres la única que puede detener a esta cosa!

Xu corrió junto a Zhara y le quitó la espada.

—Yo lo protegeré —dijo, levantando el arma con mano inexperta—. Ve.

Zhara sacó el pincel de maga que llevaba en la parte trasera del fajín y corrió hacia la abominación mientras trazaba rápidamente el carácter para «fuego» en el aire.

Nada.

—¡El vacío, el vacío! —gritó Jiyi con desesperación. Agarró su bolsa mientras el monstruo intentaba golpearle la cabeza y, al agacharse, tropezó. Varios frascos de cerámica salieron rodando del fardo e intentó recuperarlos con frenesí—. ¡Busca el vacío y dale *forma* según tus deseos!

Zhara no se atrevía a cerrar los ojos para concentrarse e intentó recordar las lecciones de la

cortesana en el barco del capitán Shang. Pero su mente estaba en blanco, ocupada por el horror de tener que enfrentarse a una criatura infernal cuya mera existencia desafiaba la razón. Su magia se rebeló y se agitó en su interior, y Zhara no supo qué le resultaba más terrorífico, si la abominación o su poder impredecible. El pincel parecía endeble entre sus dedos, su madera frágil contra el poder de Tiyok.

—¡Jiyi! —gritó Xu cuando el monstruo se lanzó a por la cortesana, que seguía afanándose en recuperar los frascos del suelo. Rauda y veloz, Jiyi le lanzó un puñado de tierra a la cara, pero seis párpados translúcidos y membranosos bajaron para proteger los ojos. La criatura abrió su enorme mandíbula, rugió y, acto seguido, avanzó para tragar entera a la cortesana. Y entonces apareció una figura alta ante Jiyi, que se lanzó de cabeza contra la abominación y la tumbó de lado.

—¡Su Ex…! ¡Imbécil! —bramó Xu—. ¿Cómo voy a conseguir que llegues a la mayoría de edad si intentas que te maten?

—¡Venganza! —graznó Han. Agarró una roca grande y la estampó repetidas veces contra la cabeza de la criatura hasta que se quedó inmóvil—. Aunque —añadió mientras se masajeaba el hombro con pesar— no pensé que la venganza fuera a doler tanto.

Jiyi sacó una cuerda de su bolsa y le tiró un extremo a Han.

—Aprovecha ahora. Átala.

Han anudó su extremo alrededor del morro de la abominación y tiró para tensar la cuerda mientras la cortesana se encargaba de las manos y los pies. Un pinchazo de lástima atravesó las entrañas de Zhara; ese monstruo había sido un niño humano, un muchacho cuyo único error era ser mago. A pesar del morro, las garras, el pelaje y los seis ojos entreabiertos por el dolor, lo único que veía era a un niño pequeño vestido con el uniforme de criado de palacio.

—¡Zhara! —gritó Jiyi—. ¡Ahora!

La chica avanzó tropezando con el pincel extendido.

—¿Qué… qué debo hacer?

—No lo sé —replicó molesta la cortesana—. Algo. ¡Lo que sea! El hechizo de fuego será igual de válido que cualquiera. —La abominación empezó a revolverse y tensar las ataduras—. ¡Date prisa antes de que se suelte!

Zhara apoyó la punta del pincel en el pelaje de la bestia. La mano le temblaba tanto que no sabía si había escrito bien el pictograma.

—No hay magia sin intención —murmuró y pensó en llamas.

No ocurrió nada.

—No quiero meter prisa —dijo Xu, a una distancia prudente—, pero parece que la criatura ha conseguido romper el nudo del morro.

Han y Jiyi tiraron más de las cuerdas.

—¡El vacío! —gritó la cortesana—. ¡Piensa en el vacío!

Sin embargo, el vacío carecía de significado para Zhara. Sabía que la magia era una fuerza positiva, no negativa. Una presencia, no la *ausencia* de algo. Sentía la magia a punto de estallar por las costuras de su ser, empujándole los ojos, la piel y el pelo en busca de una salida. Dudó, pero acabó estirando la mano hacia la criatura. Se oyó un chasquido cuando la cuerda que la sujetaba empezó a deshilacharse.

—Zhara —la advirtió Han—. No podemos aguantar mucho más…

Con un rugido, la abominación se liberó y envió a Han y a Jiyi en direcciones opuestas. Zhara cayó hacia atrás cuando la criatura avanzó y se cernió amenazante sobre ella. Sus miradas se encontraron y, aunque sabía que era inútil, no pudo evitar buscar una pizca de humanidad, del niño, en sus ojos.

Pero no había ninguna, solo el vacío y Tiyok.

La abominación abrió la mandíbula en una sonrisa monstruosa.

¡Miau!

Sajah llegó volando a su rescate y clavó las uñas en la miríada de ojos rojos. El grito de la criatura resonó por la caverna hasta el punto de desprender una lluvia de guijarros y arena. Cegado, el monstruo se defendió con las garras y le acertó a Zhara en la mejilla. El pincel salió rodando hacia la oscuridad. Zhara se puso de rodillas para buscar la herramienta de escritura, pero de repente Sajah soltó un grito de advertencia. Solo tuvo un instante muy breve para pensar antes de que una mano gigantesca aterrizara a su lado. Otro grito, otro giro, otro choque.

—¡Zhara!

Oyó la voz de Han, pero no veía nada, solo las manos peludas alzándose y cayendo sobre su cabeza. Le ardían las piernas, los pulmones; todo su ser parecía estar ardiendo a pesar de que las llamas acechaban bajo su piel. Notaba que sus movimientos se tornaban más lentos, pesados…

—¡Zhara!

Una enorme pata descendió y Zhara alzó las manos, demasiado cansada para apartarse de su camino. Asió la muñeca de la criatura justo cuando las garras se quedaron a un pelo de su garganta.

Y su magia estalló.

Se oyó un aullido de dolor cuando Zhara ardió en llamas; el fuego chisporroteó en su piel en cuanto su poder al fin se liberó con un estallido. La abominación retrocedió entre trompicones, arañándose el pelo con gritos de agonía. Zhara se examinó las manos; las llamas parpadeaban sobre su piel y hacían bailar las sombras a su alrededor. De refilón vio los enormes ojos de Han, la boca abierta de Xu y las cejas asombradas de Jiyi.

—¿C-cómo…? —graznó la cortesana.

El monstruo se recuperó de sus heridas y se abalanzó a por ella. Tenía el pelaje de las manos chamuscado y humeante. Zhara evitó que la empalara con una garra lanzándose hacia la derecha, fuera de su alcance. Agitó las manos con frenesí, como si intentara ahuyentar a un lobo en una

pradera. La abominación gruñó, acobardada, y se agachó para acercarse arrastrándose hacia ella. A la luz de su fuego, Zhara vio que dos de los ojos estaban cerrados y sangraban, justo donde las uñas de Sajah lo habían herido.

—¡Quémalo ya! —gritó Xu—. ¡Agárrale el brazo y no sueltes!

Zhara retrocedió con un salto para evitar los guantazos de la abominación.

—¡Ven tú a intentarlo!

—¡Vamos! —Han se puso en pie y recogió los restos de la cuerda—. Tenemos que pensar una forma de contenerla.

—Ya lo hemos intentado —dijo Jiyi—. ¿Y has visto lo bien que ha salido?

—Zhara no tenía las manos mágicas de fuego antes —replicó el chico y se le ocurrió una idea —. ¡Aquí! —Señaló dos pilares cristalinos—. Le ponemos la cuerda para que tropiece y ¡bum!, Zhara podrá carbonizarlo mientras esté en el suelo.

Jiyi y Xu agarraron la cuerda y fueron a poner la trampa.

—¡Por aquí! —gritó le joven—. ¡Trae a la abominación hacia aquí!

—Ya te he dicho —dijo Zhara con los dientes apretados mientras esquivaba a izquierda y derecha— que vinieras tú a intentarlo.

La bestia la estaba arrinconando y, si no hacía su jugada pronto, acabaría entre una roca y un monstruo enorme. Desesperada, miró a Han, que saltó a por la espada antigua que habían abandonado a un lado.

—¡Yah! —gritó el chico y agitó el arma hacia la criatura. Pero la abominación lo ignoró y siguió centrada en Zhara—. ¡Yah! —gritó Han de nuevo y, en esa ocasión, lanzó la espada como si fuera un hacha, con la hoja por delante.

Rozó inofensiva el costado de la criatura.

Zhara se había quedado sin espacio. A su espalda estaba la pared de la caverna y a cada lado tenía grandes salientes de roca demasiado voluminosos para saltar con rapidez. Se cubrió la cara con las manos y notó el calor del fuego en la mejilla.

Tin, tin.

Con un bufido, Sajah se interpuso entre la abominación y Zhara. Tenía el pelo de punta en el lomo y la cola inflada. Para sorpresa de la chica, el monstruo se detuvo, como si temiera al aguerrido gato doméstico, y se alejó con torpeza. Durante un momento, el cuerpo de Sajah pareció ondear. Zhara no sabía si era un truco de la luz o un espejismo del calor de las llamas que envolvían sus manos, pero el cuerpo de Sajah se agrandó, una espesa y suntuosa melena le brotó del pescuezo para rodearle el cuello y su cola triplicó el tamaño para extenderse como la de un pavo real.

—¡Zhara, corre! —chilló Han.

Se agachó para pasar por el hueco entre la criatura y el saliente rocoso a su derecha, y cayó de cabeza antes de ponerse en pie y correr hacia Xu y Jiyi. Detrás de ella, la abominación rugió con

desconcierto y se dio la vuelta para perseguirla en la penumbra.

—¡Por aquí! —la guio Xu.

Zhara forzó más las piernas y atravesó los pilares donde habían montado la trampa. Luego se dobló por la cintura para recuperar el aliento.

—Prepárate —le musitó Jiyi a Xu cuando la abominación agachó la cabeza y arañó el suelo con los pies, como si se aprestara para cargar.

Con un chillido, la criatura echó a galopar a cuatro patas hacia elles.

—¿La cuerda aguantará? —preguntó Xu con temor.

—Reza a la Estrella de la Suerte para que lo haga. ¡Ahora!

Tensaron la cuerda y acertaron a la abominación en las rodillas. El monstruo cayó al suelo con un golpe que hizo temblar la tierra. Jiyi se le lanzó sobre la espalda y bramó para que Xu y Han la ayudasen.

—¡Los brazos, los brazos! ¡Mantenedle sujetos los brazos!

Han agarró la muñeca de la abominación y la sostuvo con todas sus fuerzas para impedir que sus garras causaran más daño. Al otro lado, Xu se hallaba sobre un reborde, con los pies apoyados para empujar una roca con la espalda. El chirrido del arrastre irritaba a Zhara. La roca se tambaleó antes de caer sobre la otra muñeca del monstruo con un crujido nauseabundo. La criatura parecía dolorida y se revolvía más que nunca.

—¡Ahora, Zhara, ahora! —gritó Han, agarrándose al brazo de la abominación con todas sus fuerzas.

La chica se acercó corriendo con las manos extendidas. La abominación se encogió al verla y los cuatro ojos ilesos parpadearon por su luz. Durante un breve instante, Zhara le sostuvo la mirada y, por primera vez, vio un poco de miedo en su rostro. Titubeó al recordar a ese niño con la marca de nacimiento morada en la clavícula. La había mirado con muchísimo miedo cuando se transformó y Zhara no podía dejar de preguntarse si el muchacho seguiría observándola incluso en ese momento.

—¿A qué esperas? —chilló Jiyi—. ¡Mátalo!

La abominación se había quedado quieta, como si se resignara a su destino. Zhara tenía el corazón en un puño, constreñido por la lástima. El niño era un monstruo en ese momento, pero antes había sido un mago. Uno con mala suerte, porque lo atrapó un demonio.

—Lo siento —susurró—. Lo siento muchísimo.

Y entonces respiró hondo y apoyó las manos ardientes sobre el pecho de la criatura.

Rugió de dolor y a Zhara le pitaron los oídos. La piel alrededor del pecho crepitó y se llenó de ampollas, pero también estaba ocurriendo otra cosa. A medida que el pelo se quemaba, lo que había debajo de la piel cruda y supurante no era carne, sino otro cuerpo. La abominación empezó a encogerse, las garras se le retrajeron, los ojos rojos desaparecieron.

—¿Qué está p-pasando? —preguntó Xu.

Allá donde Zhara tocaba la carne de la abominación sentía que su magia se conectaba, la suya y la del monstruo. Notaba que por todos sus meridianos fluía el poder entre les dos y le sobrevino el recuerdo de la noche en que luchó contra Thanh. Aquel día no controló demasiado lo que hizo. La necesidad de sobrevivir le había sacado la magia a la fuerza, hasta transformar la oscuridad en el interior de Thanh en luz otra vez, y el monstruo se convirtió de nuevo en humano. Pero, ahora que podía *ver* el flujo de energía entre ella y la abominación que fuera Yao, sabía lo que debía hacer. Cerró los ojos y se permitió quemar la corrupción.

Cuando apartó las manos, había un niño desnudo donde antes estaba el monstruo.

Sin embargo, cuando alzó los ojos, sus amigues la observaban como si *ella* fuera el monstruo. Zhara retrocedió al sentir las miradas de les demás en ella; la de Xu era incrédula, la de Jiyi escéptica y la de Han… No se atrevía a mirar a Han. Presentía su sonrisa y tenía miedo de mirarlo, de leer más de lo que debía en esa sonrisa que estaba ahí de verdad. Se concentró en sus manos; los dedos aún humeaban, las líneas de las palmas relucían con un ligero brillo rosado.

—¿Cómo has hecho eso? —preguntó Jiyi—. ¡Dímelo!

La voz de la cortesana era dura, pero no por el temor. Aún no, en cualquier caso. Zhara no sabía cómo reaccionaría Jiyi cuando se lo contase.

—No… no lo sé.

Jiyi entornó los ojos.

—Mentirosa.

Zhara dio un respingo.

—Déjala en paz —dijo Han en voz baja. Avanzó y se quitó la túnica para tapar al niño. El muchacho se removió y murmuró algo, como si soñara, pero no respondió a los cuidadosos intentos de Han de despertarlo—. Han pasado muchas cosas.

—Nos han pasado muchas cosas a todes —gruñó Jiyi—. Solo quiero saber *qué* ha pasado exactamente.

—Hemos peleado contra una abominación, ¿con eso no te basta? —Han envolvió cuidadosamente a Yao con la tela y lo agarró—. Podemos responder preguntas en cuanto estemos de vuelta en Zanhei, con el resto de Guardianes del Amanecer.

—No. —La cortesana dejó caer la bolsa, sin importar los frascos de cerámica y el resto de materiales que había traído consigo—. Necesito saber a quién, o qué, vamos a traer de vuelta a la ciudad. Así que dime lo que ha pasado, Jin Zhara. Ahora mismo.

A Zhara se le hundió el alma a los pies; el miedo y la decepción se aferraban con fuerza a su corazón y le costaba respirar. Sus peores miedos se iban a hacer realidad: ya veía la crítica extenderse por todos los preciosos rasgos de Jiyi. *Monstruo*, decía. *Aberración*.

—Lo… lo he transformado de monstruo a humano otra vez.

—Eso lo he visto —replicó la cortesana con frialdad—. Pero lo que quiero saber es *cómo*.

Zhara se mordió el labio.

—He… he quemado el vacío —tartamudeó—. Dentro del chico, quiero decir.

—Con magia —añadió la mujer, escéptica.

—Sí. —Zhara apoyó las manos en el abdomen—. Siento mi poder como… como una cosa viva. Como una fuerza en sí misma, no como una… una habilidad. —Alzó la mirada hacia Han, que asintió para darle ánimos—. Esa fuerza es como el ki de cualquier ser vivo, pero el mío puede… *cambiar* cosas. —Recordó los bollitos de crema y el vino que había transformado en agua—. Las transformo. Incluidos los… —Tragó saliva y miró al muchacho inconsciente en los brazos de Han—. Los monstruos.

Jiyi no dijo nada y Zhara bajó la mirada al suelo, porque no quería ver cómo la crítica de la cortesana se convertía en asco. Han estornudó y Sajah se materializó en la oscuridad para restregar la cara contra sus espinillas con un ronroneo.

—Lo que me estás diciendo es imposible, Jin Zhara —replicó la cortesana en voz baja—. Una violación del orden natural.

Abominación. No hacía falta que Jiyi lo dijera, porque la palabra quedó colgando en el aire como el hedor a podredumbre y descomposición. Zhara apartó la cara y cerró los ojos para mantener a raya las lágrimas. Las palabras de la mujer le estaban causando más daño del esperado. Se rodeó el cuerpo con los brazos; lo único que quería era fundirse en las sombras, desaparecer de la memoria de sus amigues.

Una sombra esbelta se situó junto a ella y apoyó un brazo reconfortante sobre sus hombros. Zhara alzó los ojos y encontró a Xu a su lado.

—¿De verdad es una violación del orden natural? —preguntó—. Hemos visto cómo una abominación real, literal, se transformaba de nuevo en un niño humano justo delante de nuestras narices. Si eso no es restaurar el orden por encima del caos, entonces no sé lo que es.

El miedo que atenazaba el pecho de Zhara se aflojó un poco. Alzó los ojos llenos de esperanza hacia Xu, que le dio un apretón en el hombro a modo de respuesta. Otra presencia ocupó el otro lado, aunque se sobresaltó cuando Sajah bufó. Era Han.

—No lo sabes todo sobre la magia, Huang Jiyi. Es posible que hayas crecido con ella y que la hayas estudiado, pero no sabes lo que es *tenerla*, no de verdad. Tú misma admitiste que se perdieron muchas cosas, sobre todo en lo relacionado con todo esto. —Abarcó la caverna con la mano—. Así que ¿quién dice que lo que Zhara puede hacer es imposible?

Reinó el silencio y Zhara se preparó para mirar a la cortesana. La expresión de Jiyi variaba entre la incertidumbre y el miedo, con las comisuras de la boca curvadas con firmeza hacia abajo, pero con una suave mirada inquisitiva. El asco que Zhara tenía miedo de encontrar en el rostro de su amiga brillaba por su ausencia y, en cambio, percibió una especie de anhelo… curioso. Se dio cuenta de que quería dejarse convencer, persuadir, fascinar. Jiyi quería *saber*, no condenar. La cortesana apretó los labios y Zhara contuvo el aliento.

Al cabo de un momento, Jiyi cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—Bueno —dijo con brusquedad—. En el futuro tendré que escribir un tratado sobre nuevos descubrimientos mágicos. Vámonos. —Se dio la vuelta y se encaminó hacia la escalera que conducía al mundo exterior. Se detuvo en el primer peldaño y les miró por encima del hombro—. ¿Venís o qué?

El puño alrededor del corazón de Zhara se desvaneció por completo y una calidez distinta a las llamas inundó su cuerpo. Tropezó detrás de la cortesana. Se sentía más esperanzada que nunca.

—Un momento. —Jiyi se giró y extendió la mano hacia Han—. Dame al niño. Xu y tú quedaos aquí.

—¿Qué? ¿Por qué?

Han le entregó el niño y Zhara lo ayudó a envolverlo en la espalda de la cortesana. Tomó su túnica y la ató alrededor de la cintura de la mujer para ayudarla con el peso del muchacho.

—Tenemos que llevarlo de vuelta al barco del capitán Shang antes del anochecer.

Jiyi se ciñó con más fuerza las mangas de la túnica de Han alrededor de su estilizada cintura. Xu se llevó las manos a la cadera.

—¿Y nosotres qué?

—Tu amigo y tú os podéis quedar a sacar unos cuantos calcos de los grabados. —La cortesana señaló la bolsa en el suelo con la barbilla—. Hay papel ahí.

—¿Por qué Zhara no se queda con nosotres? —se quejó Han.

—Porque no sabemos cómo afectará su magia a los hechizos escritos ahí —replicó Jiyi con impaciencia—. Sospecho que es para algún tipo de invocación demoníaca.

—¿Y por qué no se queda la preciada mujer? —inquirió Xu—. Es la única que puede leer estos estúpidos grabados.

—Porque hace buen día —contestó la cortesana y alzó más al niño sobre su espalda— y quiero disfrutar de la excursión mientras quede luz. Las ruinas de Viejo Changxi son de lo más pintorescas, ¿verdad que sí, Jin Zhara?

La chica sonrió.

—Sí que lo son, Huang Jiyi.

—Pues vamos. —La cortesana emprendió la marcha por las escaleras—. Haznos un favor y trae una antorcha, ¿quieres?

Zhara agarró la antorcha y les dirigió una mirada de disculpa a Han y a Xu antes de echar a correr detrás de su amiga. La encendió con su magia, llena de orgullo y sorpresa por poder hacerlo a voluntad.

—Maravilloso —mustió Han a su espalda—. Creo que prefería cuando me trataba como una mula.

26

Se había hecho de noche para cuando regresaron a los muelles del puerto de Zanhei. El trayecto río abajo le había sentado mejor al estómago de Han que el de río arriba, pero quizá se debiera a lo que había vivido en las entrañas de las cuevas volcánicas. En plan: un niño convertido en monstruo. Al parecer, no hay nada mejor para el mareo como una abominación.

Fue la segunda vez en dos semanas que había presenciado algo tan increíblemente horripilante. Cómo se notaba que había nacido bajo la estrella de le Vagabunde. No sabía lo que había hecho en su vida anterior para merecer esa suerte tan retorcida, pero seguro que era algo horrible.

Al capitán Shang no le había hecho mucha gracia cuando regresaron de las cuevas con un pasajero extra, aunque cerró el pico al ver que Jiyi le entregaba otro sobre repleto de dinero. Yao durmió durante todo el viaje de vuelta, bastante cansado al parecer; debían llevarlo con les Guardianes para asegurarse. Al menos le traería una buena noticia a su hermano.

—Me llevaré a Yao al Palacio Glicinia —dijo Jiyi nada más atracar—. Les demás también podéis venir. Es tarde y hay una caminata larga hasta la ciudad después del toque de queda.

Zhara sacudió la cabeza.

—Tengo que volver antes del amanecer para preparar el desayuno de mi familia.

Jiyi entornó los ojos.

—¿Y no se lo pueden preparar elles?

Zhara se aferraba a la barandilla mientras desembarcaba; cojeaba un poco encima de la pasarela.

—¿Mi hermana? No, es ciega.

Han se apresuró a situarse a su lado y ofrecerle el brazo. Ella le sonrió agradecida y sus entrañas desaparecieron de nuevo.

—Mmm. —La cortesana apretó los labios—. De acuerdo. —Miró a Han y a Xu—. ¿Y vosotres dos?

Xu bostezó y le echó un vistazo a Han.

—Depende de lo que mi pr… de lo que Han quiera hacer.

El chico miró a Zhara, que aún se agarraba a su brazo.

—Pues… acompañaré a doña Brandi a su casa. Creo que se ha hecho daño durante la pelea.

Zhara parpadeó de la sorpresa.

—¿Te has dado cuenta?

Han notó que se le enrojecían las puntas de las orejas.

—De acuerdo —dijo Xu y le guiñó un ojo para darle ánimos—. Ayudaré a Jiyi a llevar a Yao al Palacio Glicinia y pasaré la noche allí.

—Nos reuniremos pronto para hablar de… todo esto. —Jiyi bostezó—. Os enviaré un mensaje.

Y, con eso, se marchó sin ni siquiera una reverencia de despedida y dejó a Xu sosteniendo al dormido Yao en brazos.

—¿Qué voy a hacer con el muchacho? —se quejó—. ¿Llevarlo yo sole?

Han le dio una palmada en la espalda.

—¡Es hora de ponerse en forma! —dijo con alegría. Xu gruñó y sus amigues le ayudaron a colocarse a Yao en la espalda.

—Debería alquilar una urraca —gruñó mientras se encaminaba hacia el distrito del placer.

—Y ahora tú, doña Brandi —dijo Han. Se dio la vuelta y se agachó para presentarle la espalda. Ella lo miró con desconcierto.

—¿Qué haces?

—Sube.

—¿Me vas a llevar a caballito? —replicó Zhara con incredulidad—. No soy una niña, puedo andar.

—No, no, no. Hazle caso a alguien que se ha hecho muchas lesiones haciendo ejercicio. Esa pierna tiene que descansar para que no empeore ni sufra daños permanentes.

Ella lo miró con escepticismo, pero, al cabo de un momento, subió con timidez a su espalda.

—Uf —gruñó él al levantarse—. Eres más densa de lo que pareces. —Zhara le propinó una pequeña colleja en la nuca—. ¡Aiyo! ¡Era un cumplido! ¡Significa que tienes mucha masa muscular!

—¿Y eso es bueno?

—¿Creo que sí? —Recolocó el peso de la chica y le rodeó las piernas con las manos. Le habría resultado más fácil si pudiera agarrarla por debajo de los muslos, pero ya estaba temblando por estar tan cerca de ella. Más y se disolvería en un charco de gelatina—. Vale, doña Brandi. ¿A dónde vamos?

Han no quería admitirlo, pero se estaba cansando.

Cuando se ofreció a llevar a Zhara a su casa a caballito, no pensó en lo lejos que vivía del muelle, y empezaba a arrepentirse de su oferta. Se detuvo delante de una colina bastante empinada y reajustó su agarre en las piernas de la chica para echarla hacia delante y que no lo ahogara tanto.

—¿Estás seguro de que no necesitas un descanso? —preguntó ella por enésima vez—. Puedo andar un rato, ¿sabes?

—Estoy bien —jadeó Han—. Esto me viene bien. Últimamente no estoy levantando muchas pesas.

—Si lo haces para impresionarme o demostrar algo, puedes bajarme.

Han sabía que le estaba ofreciendo una escapatoria elegante, aunque su orgullo dictaminaba que debía sufrir las consecuencias de sus decisiones.

—No hace falta —dijo con los dientes apretados—. ¿Falta mucho?

—Solo un poco más.

Percibió la sonrisa en su voz, pero la pasó por alto.

—Llevas varias calles diciendo eso mismo.

—Pero ¿no querías levantar pesas?

Han soltó un gruñido.

—Háblame, doña Brandi. Así no pienso en el dolor.

Empezó a subir la calle. Le ardían los muslos por el esfuerzo de mantener un ritmo estable para no avergonzarse más.

—¿Sobre qué quieres que hable?

—Sobre lo que sea —dijo entre jadeos—. Tu comida favorita. El ciclo vital de los grillos. Lo que crees que ocurrirá en la siguiente entrega de *La doncella amada por la Muerte*. Cualquier cosa.

—No lo sé. —Zhara rio y su peso cambió en los brazos de Han—. ¿Qué crees *tú* que pasará?

—La idea era… que tú… hablases… no… yo.

A pesar de que los bíceps le gritaban, siguió avanzando a duras penas por la colina.

—De acuerdo. Te plantearé unas preguntas y puedes asentir o negar con la cabeza. ¿Te parece?

Han asintió y prosiguieron en silencio durante un rato.

—Pensaba… que ibas… a hacer… preguntas.

—¡Dame un momento! Estoy pensando.

Han apretó los dientes.

—Date… prisa.

—Vale, vale. —Zhara calló un momento—. ¿Cómo es vivir en el palacio? No. Lo siento, eso no es una pregunta de *sí* o *no*. ¿Tienes miedo al vivir en el palacio?

Han asintió. *Sí.*

—¿Por tu hermano?

Temía *por* su hermano. *Sí.*

—¿Cómo conociste a les Guardianes del Amanecer? No, espera. Perdón, perdón. Déjame pensar. —Y entonces—: ¿Tienes miedo de que alguien descubra que tu hermano es mago o… algo peor?

Han dio unos cuantos pasos lentos y agonizantes antes de poder pensar una respuesta. Ladeó la cabeza a un lado.

—Tienes miedo de que alguien descubra que tu hermano es mago —ofreció Zhara.

Han dio otros pasos más antes de asentir a medias.

Zhara guardó silencio un rato largo.

—Pero empiezas a temer que esté corrompido —dijo en voz baja.

El chico se detuvo a respirar. *Sí*. Cambió de sitio las manos y siguió adelante. Antes no había tenido una palabra para aquello. Solo conocía los terrores nocturnos de su hermano y el demonio rana. Pero ahora sabía que podía ser mucho peor. Corrupción. Posesión.

—¿Por eso buscaste a les Guardianes del Amanecer?

Lo único que Han quería, lo que siempre había querido, era mantener a Anyang a salvo. Antes había sido sencillo. Buscar ayuda, que otra persona se encargara de todo. Igual que Xu había hecho durante toda su vida por él. Pero Han empezaba a darse cuenta de que las intenciones no bastaban. No cuando había tanto en juego.

Sí.

Habían llegado a la cima de la colina. La pendiente era más pronunciada al bajar, con unas escaleras y una barandilla que conducían al corazón del barrio residencial. Han sabía por experiencia que bajar era peor que subir.

—No falta mucho, lo prometo —dijo Zhara—. A menos que quieras bajarme y recuperar el aliento.

—Estoy bien, solo tengo que agarrarte mejor —consiguió decir con ahogo.

—Bájame, maestro Ciruela —le ordenó ella—. Tomémonos un descanso. —Señaló un murete bajo de piedra a unos pasos por delante, la barrera de un parque—. Podemos sentarnos ahí un rato, al menos hasta que vengan les vigilantes nocturnes.

Bajó deslizándose de su espalda y él sacudió agradecido los brazos. No sabía cuándo recuperaría el sentido en los dedos. Se abanicó con el cuello de la túnica, empapada de sudor, y se sentó con cautela junto a Zhara a una distancia apropiada. Algo absurdo, dado el contacto estrecho que habían mantenido hasta ese momento, pero bueno.

—Ven. —Zhara le agarró las manos y empezó a masajearlas para que la circulación regresara a sus extremidades, aunque Han no sabía de qué le iba a servir si toda la sangre de su cuerpo estaba yendo hacia su cara—. ¿Mejor?

—Sí —graznó y luego tosió—. Sí —repitió, bajando la voz.

Cerca de la entrada del parque el aire era frío y húmedo, cargado con el olor a verde y a cosas en crecimiento. Han notó que la tensión de sus músculos empezaba a menguar. Respiró hondo varias veces para reducir el ritmo de su corazón. Zhara no estaba usando magia ni ningún hechizo, pero igualmente sentía un cosquilleo por todo el cuerpo.

La colina en la que se habían sentado daba al río y al otro lado podían ver la Ciudad de las Flores. Un pequeño arroyo continuo de faroles de deseos flotaba al cielo desde el distrito del placer, donde les vendedores habían empezado ya con las festividades de la Noche de los Siete vendiendo deseos a les turistas. Zhara observaba la escena; las estrellas y los deseos se reflejaban en sus ojos. El suave brillo de los faroles le calentaba la piel, y Han se acordó de su aspecto al enfrentarse a la abominación, a Yao, en las cavernas del monte Zanhei. La había visto hermosa e

imponente entonces, pero ahora le daba mucho más miedo. Una chica normal y corriente. Sentada junto a un chico normal y corriente. En una maravillosa noche de verano en Zanhei.

—Qué bonito —susurró Zhara.

—Sí —dijo él con la voz pastosa.

La chica se giró para mirarlo y se sonrojó. Han resistió la tentación de apartar la cara, de huir y esconderse, y se obligó a sostenerle la mirada. Zhara abrió la boca y Han se descubrió acercándose cada vez más. Sus caras se atraían como la gravedad, como la inevitabilidad.

La imagen de la princesa Yulana flotaba ante sus ojos, aunque intentó apartarla de sus pensamientos. La princesa norteña era la prometida del heredero real y el problema del heredero real, y en ese instante quería ser Han. Solo Han.

Pero no podía.

Se apartó. No le pasó desapercibida la decepción en la cara de Zhara. Le ardía el estómago por la culpa y el placer.

—Bueno —dijo, carraspeando—. Ya que estamos aquí, puedo responder a más preguntas, si quieres. Unas que necesiten más que un *sí* o un *no*, quiero decir.

Zhara guardó silencio un momento, balanceando los pies.

—El maestro Ciruela y yo apenas nos conocemos —dijo en voz baja, con un tono que de repente era distante y formal—. No sería apropiado inmiscuirse en su vida privada.

La cortesía cuidadosa en su voz dolía, hasta que Han se dio cuenta de que había hecho daño a Zhara al apartarse de su casi beso.

—Después de todo lo que hemos compartido, ¿vas a volver a los honoríficos? —dijo, intentando mantener el tono ligero—. O sea, me has envuelto la cintura con las piernas.

Zhara parpadeó.

—Esto… ¿qué?

Incluso en la oscuridad, Han vio que le brillaban las mejillas, y no por la magia. Para su sorpresa y deleite, Zhara se echó a reír; el sonido fue como un estallido de luz a su alrededor. Han sonrió.

—¿Quién es la inocente ahora?

Ella sacudió la cabeza y las risitas se convirtieron en carcajadas.

—Estoy impresionada, maestro Ciruela —dijo. La familiaridad, la cercanía y la calidez habían regresado a su voz—. Y yo que pensaba que tenías miedo a las chicas.

—¿Por qué todo el mundo dice eso? —protestó. Zhara arqueó las cejas.

—Si todo el mundo lo dice, entonces… Bueno…

—Date prisa y pregúntame algo —replicó Han con enojo—. Antes de que te abandone aquí sola.

Zhara le sonrió.

—De acuerdo. —Se giró de nuevo hacia los farolillos que flotaban sobre la Ciudad de las

Flores como luciérnagas y, una vez más, Han percibió esa expresión anhelante en su rostro, la que le había arrebatado el corazón la primera vez que la vio en la librería del maestro Cao—. ¿Alguna vez has ido al baile de máscaras de la Noche de los Siete en el palacio?

—Sí —respondió, sin saber a dónde iba aquello—. Cada año.

—¿Y cómo es? Siempre he querido ir.

Han guardó silencio. La verdad era que el baile de máscaras era su parte menos favorita de las celebraciones en la Noche de los Siete. Las tradiciones que rodeaban la supuesta noche más romántica del año le parecían ridículas y teatrales, pensadas más para las apariencias que para el placer. Las propuestas de matrimonio eran habituales esa noche, igual que los bailes en pareja donde les amantes pasaban toda la velada en los brazos de le otre. Pero, ahora que lo pensaba, creía entender el atractivo, y fue consciente de los escasos centímetros que separaban su meñique del de Zhara, ambos apoyados en el murete bajo de piedra.

—Es… ¿bonito?

Deslizó con disimulo la mano más cerca para que su piel casi rozara la de la chica. A su lado, Zhara se tensó, aunque sin apartarse.

—Describe «bonito». —Zhara rio, un poco sin aliento—. Venga, maestro Ciruela, pensaba que eras poeta.

—Yah, dame un momento —replicó Han con cierto pánico—. No puedo ponerme a recitar así de improviso.

Ella rio entre dientes.

—No pasa nada. Solo… háblame de tu parte favorita.

No había ninguna.

—Bueno —respondió, despacio—. No está relacionada directamente con el baile, pero… cuando mi madre seguía viva, nos llevaba mi hermano y a mí a su… al jardín de meditación de la consorte real, para ver los fuegos artificiales. —Guardó silencio cuando el recuerdo regresó a su mente en oleadas—. En el rincón noreste del jardín había una pagoda de tres pisos para ver la luna y solíamos sentarnos allí en la oscuridad mientras los estallidos de las luces de colores caían a nuestro alrededor como una lluvia de estrellas. —Han alzó la mirada hacia el cielo nocturno, moteado con las mismas constelaciones que Anyang y él solían dibujar con los dedos mientras aguardaban a que llegase su padre—. Y entonces, al final de la noche, cuando había terminado con sus deberes, mi padre se escabullía para venir con nosotres y nos quedábamos dormides allí. Juntes.

Zhara movió la mano muy ligeramente para apoyar el dedo meñique sobre el suyo.

—Ay, Han. Eso es precioso.

Fue notar el contacto de su piel lo que lo sacó del sueño. Sintió que su pulso palpitaba junto con el de la chica, que le ardían las orejas tanto por la audacia como por las dudas de ese roce.

—Ya, bueno —dijo con un carraspeo—. ¿Qué me dices de ti? ¿Por qué te interesa tanto la

Noche de los Siete?

Zhara guardó silencio durante un rato antes de contestar.

—Porque nací ese día. —Observó el río Resplandeciente, esa franja lechosa de estrellas que atravesaba el cielo como una cinta de polvo y luz. En cada lado había dos estrellas brillantes, el Príncipe de las Hadas y la Hija del Leñador—. Nunca he recibido un regalo de cumpleaños. O, en todo caso, no lo recuerdo. Desde muy joven, mi padre y yo no dejamos de huir, con lo que no había tiempo de celebrar mi cumpleaños. Así que cada Noche de los Siete finjo que las celebraciones en el palacio son para mí. —Agachó la cabeza, avergonzada—. Sé que es una tontería. Lo siento, yo…

—Te llevaré.

Zhara alzó la cabeza con sorpresa.

—¿Qué?

Han le agarró la mano.

—Te llevaré a ver las celebraciones de la Noche de los Siete. Declararé la fiesta en tu honor.

Otra vez esa sensación de cercanía, de gravedad entre ellos, inexorable e irresistible, que atraía sus rostros. Los ojos, los labios y la piel de doña Brandi brillaban a la luz de la luna, y Han solo quería acortar la distancia, tocarla, besarla.

Sus labios se rozaron, apenas una respiración.

El calor estalló en sus huesos y encendió sus entrañas como si fueran fuegos artificiales en la Noche de los Siete: brillantes, vertiginosos, terroríficos. Han se consideraba una persona valiente, pero se descubrió temblando, tiritando, castañeando, estremeciéndose con más fuerza que una hoja en un vendaval.

Zhara rio al apartarse.

—¿Quién te crees que eres para declarar con tanta osadía una fiesta en mi honor? ¿El heredero real?

La mención de su título le dejó el buen humor por los suelos. Daba igual cuánto quisiera ser Han, solo Han, que no podía escapar de quién era ni de lo que era. Apartó la mano.

—Ya he descansado suficiente. Venga, vamos a llevarte a casa.

Siguieron sin hablar, excepto cuando doña Brandi le daba instrucciones.

—Aquí —dijo al doblar una esquina que daba a una callejuela secundaria, totalmente a oscuras excepto por una casa en el extremo más alejado—. Vivo aquí.

Han miró el segundo piso del edificio y le pareció distinguir el parpadeo de una sombra al pasar detrás de la mampara de papel de arroz que cubría la ventana.

—¿Hay alguien despierte esperándote?

—No. Duermo en la cocina, en la planta baja. —Zhara vaciló delante de la puerta—. Gracias. Por haberme traído a caballito.

Han sonrió con hoyuelos y, en esa ocasión, vio todo el efecto que tenían en ella. Zhara bajó la

cabeza enseguida, sin poder encontrarse con su mirada, avergonzada de repente. Han no pudo evitar hinchar un poco el pecho.

—¿Estarás bien volviendo solo a casa?

Él asintió y movió el dolorido cuello.

—Desde aquí solo hay un paseíto hasta el palacio.

—De acuerdo. Buenas noches, maestro Ciruela.

Pasaron varios minutos antes de que Han se obligase al fin a darse la vuelta y emprender la marcha a casa. Cuando llegó al final de la calle, se detuvo para mirar por encima del hombro. Zhara seguía en la entrada de su casa, observando cómo su silueta se empequeñecía en la distancia. Alzó la mano para despedirse y luego desapareció en las sombras del hogar. Con el corazón henchido de esperanza y felicidad, Han anduvo con paso ligero. Aún sentía la caricia de los ojos de Zhara mientras observaba cómo se marchaba y se alegró de que al menos alguien pudiera disfrutar de las vistas.

27

SUZHAN YA ESTABA DESPIERTA CUANDO ZHARA ENTRÓ CON LA BANDEJA DEL DESAYUNO.

—Mimi —dijo, sorprendida—. ¿Por qué te has levantado tan temprano? No ha amanecido aún.

Mantuvo la voz baja; los verdugones de las pantorrillas acababan de curarse de la última vez que había despertado por accidente a la segunda esposa de su estupor alcohólico.

—No podía dormir —respondió Suzhan. Los círculos oscuros debajo de sus ojos verificaban sus palabras. Parecía casi demacrada, pero sus rasgos poseían una curiosa serenidad, como si hubiera pasado la noche meditando y hubiera logrado una epifanía. Estaba sentada en el montón de mantas en su lado de la división, una sencilla sábana de algodón que servía como biombo improvisado para darle intimidad, con el pelo suelto sobre los hombros y los brazos alrededor de las rodillas.

Zhara depositó la bandeja del desayuno delante de su hermana y apartó la tela que lo mantenía caliente para revelar un cuenco de congee aderezado con salsa de soja y aceite de sésamo, además de cebolleta y un huevo de té.

—Pues come algo. El estómago lleno te ayudará a dormir.

Suzhan sacudió la cabeza.

—Estoy bien, nene —dijo, pero su voz sonaba tensa, como si estuviera tragando palabras que ansiaban ser pronunciadas—. Solo… solo quiero estar a solas.

Dolida, Zhara tapó de nuevo la bandeja.

—De acuerdo, mimi. Esta noche volveré tarde de trabajar con la profesora Hu, pero he preparado sopa de pato y raíz de loto que puedes recalentar para cenar. También hay arroz en la arrocera.

Su hermana no dijo nada. Mantenía los ojos fijos en las ventanas.

—¿Te reunirás con elle esta noche? ¿Por eso volverás tarde?

Zhara se quedó perpleja.

—¿Reunirme con quién, mimi? —preguntó con desconcierto.

—Con quien sea que estabas hablando anoche.

Un escalofrío le recorrió los huesos.

—No… no sé a qué te refieres.

Con un pánico repentino, se dio cuenta de que no oía los suaves ronquidos de la segunda esposa en su lado de la división.

—No te hagas la tonta conmigo, nene. —Aunque Suzhan no podía ver en la oscuridad, Zhara notó los ojos de su hermana clavados en su rostro—. Parecía un chico.

—Calla. —Zhara se arrodilló delante de su hermana y le rodeó las muñecas con las manos para transmitirle su nerviosismo—. ¿Qué pasa con Madame? —murmuró, prestando atención al silencio carente de respiraciones pesadas.

—Mamá no está. Se ha pasado la noche fuera. Seguro que vuelve pronto de las tabernas. —Ladeó la cabeza—. No pasa nada, nene, me lo puedes contar. ¿Con quién estabas?

Todo el miedo y el pánico que Zhara había estado conteniendo salieron de ella como el agua de una olla desbordándose.

—Ay. —Esa sensación vertiginosa de la noche anterior regresó como una avalancha. La sangre le burbujeaba en las venas y notaba un cosquilleo en los labios al recordar el casi beso de Han. Estaba desesperada por contarle a su hermana lo que había pasado, por contárselo *todo*. La felicidad amenazaba con verterse en su vida diaria y necesitaba a alguien para que la ayudase a contenerla para no quedar como una tonta delante de todo el mundo—. Es… él… —empezó a decir, pero se mordió la lengua. ¿Qué podía contarle a Suzhan que no lo revelase… todo? ¿Que había conocido a Han porque les dos estaban metides en un grupo clandestino de la resistencia que se dedicaba a la liberación mágica? Les Guardianes del Amanecer, las abominaciones, las posesiones, su propia magia… ¿Qué podía contarle a Suzhan que no la pusiera a ella en peligro, ni a sus nueves amigues ni a su causa? Todo ello sin comprometer tampoco su… ¿sororidad? Había mantenido en secreto sus poderes durante tanto tiempo que no sabía qué sería mayor traición, la ceguera o el silencio—. Es… es un amigo.

—No sonaba como un amigo —dijo Suzhan con suavidad—. Sino como un pretendiente.

Otra vez el sonrojo y la llamarada de placer. Zhara se llevó las manos a las mejillas y las notó calientes bajo las palmas. Quería mantenerse tranquila. Pensó en Han en el mercado, cuando pelearon contra la abominación que había sido Thanh: las líneas tensas de su cuello, los músculos flexionados de sus brazos cuando le lanzaba rocas y otros proyectiles al monstruo. Sus poderosos muslos al saltar para esquivar los ataques, la anchura de sus hombros y su fina cintura. La sensación de todo ese músculo magro debajo de su cuerpo mientras la llevaba a casa sobre su espalda.

—Solo un amigo —respondió con un hilillo de voz. Su hermana cerró los ojos.

—¿Vas a escaparte con él?

—¿Qué? —Zhara se tapó la boca con las manos antes de recordar que la segunda esposa no estaba al otro lado de la división escuchando su conversación—. No seas ridícula, mimi. Pues claro que no.

—¿Por qué no? —El tono de Suzhan era extraño, agudo y estrangulado—. Yo lo haría, si fuera tú.

Aquello dejó a Zhara perpleja.

—Mimi, yo nunca te abandonaría.

—Pues a lo mejor deberías. Para vivir tu final feliz, igual que en tus novelas románticas, nene.

Zhara frunció el ceño, intentando descifrar la curiosa expresión de su hermana. Se dio cuenta con un sobresalto de que el rostro de Suzhan ya no era un libro abierto para ella.

—¿A qué viene esto? —preguntó con un nudo en la garganta. ¿Cuándo se habían distanciado tanto?

Su hermana apartó la cara.

—Lord Chan ha renovado su oferta de matrimonio. —La mano de Zhara voló enseguida a la pepita de plata que seguía en su bolsillo. En el torbellino de todo lo que había pasado con Han y les Guardianes del Amanecer, se había olvidado por completo de su conversación con la segunda esposa—. Ya lo sabías.

El tono de Suzhan no era triste ni acusatorio, solo resignado. La derrota en las palabras de su hermana le revolvió el estómago con culpa.

—Sí, mimi —dijo, incapaz de mentir. Su hermana se mordió el labio.

—Quiere conocerte. —Zhara no dijo nada—. Eso también lo sabías. —Suzhan se giró hacia ella con los ojos entornados—. ¿Cuándo me lo ibas a decir, nene?

—Se… se me olvidó.

Era la verdad, pero en sus labios sonaba como una mentira.

—Tu lengua te traiciona —replicó Suzhan. Cerró los ojos y el dolor le oscureció la frente.

—Lo siento —susurró Zhara. No sabía qué más decir.

—Supongo que lord Chan solo quiere que su inversión valga la pena —dijo con amargura su hermana—. Dos por el precio de una.

«Tu hija tiene… otras ventajas».

El tono ácido de Suzhan quemaba, pero lo que más le quemaba a Zhara era que no podía decir nada para contradecir a su hermana. El dinero, y el ansia por él, dominaban sus vidas; era un tirano que determinaba cada uno de sus pasos y cada uno de sus movimientos. Si Suzhan no se casaba con alguien rico, entonces acabarían en la calle mendigando la cena. Zhara quería evitarle eso a su hermana si podía.

—Huye, nene —dijo Suzhan con suavidad—. Huye con tu no pretendiente mientras puedas. Aprovecha esta oportunidad.

Zhara intentó imaginarse cómo sería su vida si huyera con Han y, para su sorpresa, descubrió que no podía. Aún no. El futuro era demasiado grande para que su mente lo abarcara entero. Solo ansiaba pequeñas cosas: una mirada, una caricia, un beso. Nunca se le había ocurrido soñar con algo más grande que los pequeños placeres de la vida, pues nunca se había podido permitir mucho más.

—No —dijo, negando con la cabeza—. Nunca te abandonaré, mimi. Nunca elegiré mi felicidad por encima de la tuya. *Nunca*. Si huyo, vendrás conmigo.

Suzhan esbozó una sonrisa templada.

—Ay, nene. No te sacrifiques por mí. —Dirigió sus ojos ciegos hacia donde estaba Zhara. Pese

a no poder centrar la mirada, esta resultaba penetrante—. Porque yo no sacrificaré mi felicidad por ti.

Zhara parpadeó.

—Mimi, ¿qué…?

—Si huyo —prosiguió su hermana, alzando la voz—, me marcharé a Jingxi. A la academia de música.

Sus manos tañeron las cuerdas de una cítara invisible; el recuerdo de la música aún persistía en sus dedos.

En el pasado, al igual que todas las niñas de buena cuna, Suzhan había recibido lecciones de música de les mejores tutores en Zanhei. Y, a diferencia de la mayoría de niñas de buena cuna en la ciudad, Suzhan tenía un don. Su última tutora les había dicho que era lo bastante buena para asistir a la academia de Jingxi, la principal institución musical de todos los Reinos del Alba. La señorita Yifei había enviado una carta de recomendación a la academia y le habían guardado una plaza a Suzhan. Pero no pudieron permitirse la matrícula y de todos los sueños a los que tuvieron que renunciar a medida que sus fondos y sus futuros menguaban, ese había sido el peor para Suzhan.

—Comprendo —murmuró Zhara, con un nudo repentino en la garganta. Estiró la mano para apartarle el pelo a su hermana de la cara—. Pues entonces te seguiré, mimi. Te seguiré hasta Jingxi y cuidaré de ti.

Suzhan le propinó un manotazo.

—No, no lo hagas. No me sigas, nene. —Sacudió la cabeza y miró con enojo a la nada—. ¿No te cansas de todo esto?

—¿De qué? —Casi le daba miedo preguntar.

—De ser una buena chica. —Su hermana arrugó los labios—. De cuidar de una inválida.

—Mimi…

—No. —El tono de Suzhan era contundente—. Esa es la verdad. Soy una inválida. Y lo he aceptado, no como tú. —Su voz se suavizó—. Pero ¿qué me dices de ti, nene? ¿Cuál es *tu* verdad? ¿Qué te hace feliz?

Las lágrimas le escocían en los párpados inferiores.

—No sé qué me hace feliz. Solo sé que soy feliz contigo.

De forma espontánea, la imagen de los ojos de Han, grandes y relucientes en la luz de la luna, le vino a la mente. «Te llevaré. Te llevaré a ver las celebraciones de la Noche de los Siete».

Suzhan resopló.

—Esa no es tu verdad.

—¿No? —Eso le hizo gracia a Zhara—. ¿Y cuál es?

La expresión de su hermana era serena.

—Ansías que te quieran, nene.

Zhara se quedó de piedra.

—Pero hay gente que me quiere —titubeó—. Como tú.

Se preguntó si eso seguiría siendo cierto.

—Sí —dijo Suzhan, y fue más su actitud natural, en vez de esa palabra, lo que apaciguó el corazón agitado de Zhara—. Pero no es así como quieres que te quieran. —Una sonrisita burlona le curvó las comisuras de la boca hacia arriba—. Quieres que te quieran como a Lucecita, o como se llame. De *La chica cuyo amante murió*.

Zhara tardó un momento en comprender lo que quería decir su hermana. Luego rio, un sonido tembloroso y húmedo en la silenciosa habitación del piso superior.

—*La doncella amada por la Muerte* —la corrigió—. Y se llama Pequeña Llama.

—Viene a ser lo mismo. —Suzhan agitó las manos con indiferencia—. Todas esas historias son iguales.

—¡No lo son! —Su hermana la miró, dudosa—. No lo son.

Suzhan se encogió de hombros.

—Los detalles pueden cambiar, pero los finales siempre son los mismos.

Zhara no podía rebatirle aquello.

—Eso es cierto —reconoció—. Una historia necesita un final feliz para que sea romántica.

Suzhan ladeó la cabeza, pensativa.

—¿Por qué te gustan tanto, nene?

Zhara le rodeó el hombro con un brazo y apoyó la cabeza en la de su hermana.

—No lo sé. Supongo que porque… porque me reconforta la idea de que el amor puede con todas las dificultades, con todos los obstáculos. Eso me da esperanza de que algún día alguien pueda considerarme… —No acabó la frase.

—¿Considerarte…? —insistió Suzhan en voz baja.

—Digna —concluyó Zhara. Una vergüenza repentina se arrastró sobre su piel. Resistió el impulso de apartarse y esconder la cara, aunque sabía que su hermana no distinguía la expresión de vergüenza en ella.

—¿Digna de qué, nene?

—Solo… digna. —Una vez más, los ojos de Han flotaron en su memoria, dulces, amables y preocupados mientras le rodeaba sus brazos en llamas en las cuevas bajo el monte Zanhei. No percibió miedo en sus ojos, solo compasión. Solo bondad—. Quisiera ser alguien digno.

—Ay, nene. —Suzhan no dijo nada durante un rato—. Quieres que te aprecien. —Se rio, pero su risa sonó más melancólica que alegre—. Eres una romántica sin remedio, de verdad.

La incomodidad le revolvió las entrañas.

—Haces que parezca que sufro algún tipo de enfermedad crónica —dijo con una indignación fingida. Suzhan resolló.

—Si el escapismo iluso se puede considerar una enfermedad crónica, entonces sí, estás

terminal, nene.

—Ajá. —Zhara asintió—. A lo mejor ya no hay esperanza para mí. Es cierto que solía soñar con que un príncipe guapo se enamorase perdidamente de mí y me convirtiera en su princesa.

—Bueno, el heredero real de Zanhei sigue sin casarse, así que no renuncies a tus esperanzas.

—Está prometido con la princesa Yulana, mimi.

Suzhan arqueó las cejas.

—¿Ah, sí? Bueno, prometido no es lo mismo que casado. —Sonrió—. Hay tiempo de sobra para hacerlo tuyo.

—He dicho que quería a un príncipe *guapo* —replicó con dureza Zhara—. Si nos basamos en los retratos del compromiso, le queda menos barbilla que pelo.

Su hermana soltó una carcajada estruendosa, tal y como Zhara se había propuesto. La tensión se disipó al mismo tiempo que la oscuridad cuando el sol rompió el indivisible horizonte con el amanecer.

—Prométeme que vivirás tu verdad —le dijo Suzhan—. Porque yo lo haré.

Zhara le sostuvo la mano.

—Lo prometo.

28

Para consternación de Han, cuando llegó al patio de entrenamiento a la mañana siguiente, había una multitud. El rellano de la primera planta estaba repleto de espectadores que observaban a la princesa Yulana pelear con el capitán de la guardia. Su instructor de esgrima se lo habría pasado de maravilla al ver su postura y su control, que eran, dicho con delicadeza, poco elegantes. Las mujeres del sur no solían aficionarse al arte del acero, aunque Han sabía que las mujeres norteñas cabalgaban hacia la batalla junto con los hombres de la Horda de Oro. No sabía si el capitán de la guardia iba con cuidado por el bien de la princesa o si sencillamente era incompetente (una idea que lo inquietaba), pero ella lo estaba superando a diestra y siniestra y esquivaba sus ataques antes de devolverle varios con una eficacia despiadada.

A pesar de la tosquedad de su técnica, tuvo que admitir que la princesa Yulana era buena.

Muy buena.

—Apuñálame con la espada de Wu —dijo Xu, situándose a su lado en la barandilla. Soltó un suspiro de apreciación—. Tiene garra, ¿eh?

—Nunca has sostenido una espada en toda tu vida —señaló Han—. ¿Cómo lo vas a saber?

—Ah, conozco todo tipo de espadas, mi príncipe —replicó elle con coquetería y abrió el abanico.

—Pero si nunca te he visto en el patio de entrenamiento.

Como si notara su mirada, la princesa norteña alzó la vista hacia el descansillo de la primera planta. Xu la saludó con los dedos y le guiñó un ojo mientras movía con galantería el abanico delante de su cara. La joven puso los ojos en blanco y se apartó el pelo rojizo, pero le devolvió el guiño a Xu con una sonrisa salvaje. Su amigue se llevó una mano al pecho en una mueca exagerada de dolor fingido.

—Hay múltiples campos de batalla en los que enzarzarse —replicó Xu con una sonrisa pícara —. Después de todo, Wu era una amante prodigiosa al igual que una guerrera prestigiosa.

—¿Lo era? —Han parpadeó y recordó que la Tercera Inmortal también era famosa por sus numerosas aventuras amorosas—. Ya. —Notaba que le ardían las puntas de las orejas bajo el sol matutino. Luego se giró hacia su prometida en el patio de entrenamiento—. Bueno, la princesa Yulana es impresionante, lo reconozco, aunque no es mi tipo para nada.

Xu observó mientras ella repelía con destreza una serie de golpes del capitán de la guardia y recibía un coro de vítores desde las gradas. Varios procedían de doncellas de palacio.

—Creo que Su Excelencia tampoco es su tipo —murmuró.

—Yah —protestó él—. Me han dicho que soy muy guapo.

Nunca le había importado demasiado su aspecto; su rostro solo era un hecho más de la vida,

tan seguro como que el sol amanecía cada día por el este. Pero últimamente tenía motivos para reflexionar sobre si resultaba atractivo o no, y la idea de que su aspecto no atrajera a… a esa gente a quien quería resultar interesante lo hacía entrar un poco en pánico. Se llevó los dedos a los labios al pensar en el casi beso con Zhara de la noche anterior.

—Su Excelencia es muy guapo —lo tranquilizó Xu y le dio una palmadita en el hombro—. Pero el heredero real podría ser el hombre más guapo de todos los Reinos del Alba y a la princesa no le importaría.

Han estaba confuso.

—¿A qué te…? —Observó que su prometida le lanzaba un beso al grupillo de doncellas en las gradas, que se rieron y escondieron la cara detrás de los abanicos—. Oh. *Oh.*

—¡Ja!

La princesa norteña intercambió varios golpes más con el capitán de la guardia hasta que lo tiró al suelo y apoyó la punta de la espada ligeramente en su cuello. Las doncellas vitorearon y su aplauso de apreciación resonó en las gradas.

El capitán Yen alzó las manos a modo de rendición.

—Me rindo, Su Alteza.

La princesa Yulana tiró la espada de práctica al suelo con asco.

—¿Eso es lo mejor que sabes hacer? —preguntó con desdén—. Blando. Todes les sureñes son unes blandes. —Tocó la espada con la punta de la bota de cuero y resopló—. Madera. En casa practicamos con acero.

Su desdén patente exasperó el orgullo de Han.

—A les sureñes nos importa la *seguridad* —dijo desde el rellano—. Nos importa que nuestres soldades estén vives o muertes antes de llegar al campo de batalla.

La princesa ladeó la cabeza para mirarlo, con mechones rizados de cabello pelirrojo asomándose por debajo de su gorro ribeteado de pelo. No era guapa exactamente, pero Han tenía que admitir que su extraño cabello y sus pecas impactaban.

—Si tus soldados mueren entrenando antes de alcanzar el campo de batalla, entonces habrán demostrado que no son dignes de cabalgar debajo de tu estandarte.

—¿Acaso la vida humana no vale nada? —la retó. La princesa Yulana le sostuvo la mirada, con ojos duros y brillantes.

—Si de verdad valorases la vida humana, entonces no enviarías a tus hombres a la guerra.

Aunque Han sabía que les norteñes no eran tan formales a la hora de hablar, su tono íntimo fue como una bofetada. Como nieta del Caudillo y sobrina del Gommun Kang, Yulana lo sabía y, aun así, había elegido saltarse adrede la cortesía sureña. A Han no le importaba un poco de mala educación, pero aquello era peor, porque se trataba de insolencia. Se le calentó la sangre de la indignación.

—De acuerdo. ¿Por qué no hacemos una ronda, princesa? Acero contra acero.

Después de sus encuentros con abominaciones, Han había esperado practicar lanzamiento de jabalina, pero parecía que debía cambiar de planes.

La princesa arqueó las cejas y su semblante se suavizó para reflejar un interés reticente.

—¿Sí? ¿Crees que tu forma sureña de bailar puede superarme?

Xu le propinó un codazo a Han en las costillas.

—¿Qué hace Su Excelencia? —siseó.

—Estoy mostrándole cómo es el orgullo sureño —replicó. Se enderezó y habló a les norteñes que había en el patio de entrenamiento—. Las sacerdotisas de Do bailan con espadas. En cambio los príncipes del sur no bailan con el acero. —Alzó el mentón—. Matan con él.

Por el rabillo del ojo, vio que Xu se daba una palmada en la frente.

Abajo, la princesa Yulana lo estudiaba con el ceño fruncido y lo medía con sus ojos penetrantes. Luego echó la cabeza hacia atrás y rio.

—Eres gracioso —dijo con cierta sorpresa—. Puede que este matrimonio no sea tan desastroso.

Han bajó la escalera que conducía al patio de entrenamiento cubierto de serrín.

—¿Desastroso? —preguntó. Le hizo señas a une paje para que le trajera una espada. Yulana resopló.

—Si creías que esta alianza por conveniencia política podía acabar siendo un matrimonio por amor, entonces es que eres más blando de lo que esperaba.

Le paje apareció con la espada ceremonial de Han, cubierta de diseños intrincados y preciosos… y totalmente inútil.

—Esta no —dijo, con una vergüenza que le subió por la nuca—. Tráeme algo más práctico.

—Toma. —Su instructor de esgrima, el profesor Kang, dio un paso adelante y le ofreció su propia arma, una espada de doble hoja un tanto maltrecha con la empuñadura redonda—. A pesar de toda su atrevida agresividad, favorece los bordes del arma, no la punta —compartió en voz baja—. La princesa parece estar más cómoda con algo parecido a un sable en vez de una hoja recta, una característica que ha adquirido por luchar a caballo. —El tutor señaló su torso con la cabeza—. Vigila la periferia, pero tampoco descuides tu guardia.

Han aceptó la espada de su maestro con ambas manos y descubrió con consternación que pesaba más que la espada de madera para practicar y el arma ceremonial juntas. La balanceó un poco para probar su peso y su equilibrio. A su espalda, une paje ofreció a la princesa otro acero, que agarró confiada con una mano para hacerla girar y fardar así de sus impresionantes fuertes muñecas. Ahora que Han estaba en el patio de entrenamiento, se preguntó qué mosca le había picado para retarla. Era un espadachín decente y muy atlético, pero, a diferencia de la nieta del Caudillo, nunca había estado en un campo de batalla real. El profesor Kang le dio una palmada de ánimo en el hombro, que de repente notó bastante desnudo al no llevar armadura.

Entró en el círculo y cambió el agarre de la espada, para aferrar la empuñadura con la izquierda

y cubrir el pomo con la derecha. La princesa Yulana lo imitó y les dos se saludaron con una reverencia antes de colocarse en guardia; ella sostenía el arma con la mano derecha y él adoptó una postura defensiva con ambas manos en la empuñadura.

—El combate durará hasta derramar la primera sangre o hasta que alguien se rinda —dijo el profesor Kang—. ¿Están de acuerdo? —Han y la princesa asintieron. No se había dado cuenta de lo alta y musculosa que era hasta que la vio de cerca, casi a la altura de sus ojos. Tragó saliva con nerviosismo—. Pues adelante.

La princesa se lanzó enseguida a atacar y lo tomó por sorpresa. Han se defendió con torpeza, desconcertado por la fuerza bruta de la joven. Su estilo de lucha agresivo no dejaba espacio para pensar, solo para reaccionar, y todos los movimientos de Han parecían toscos y rígidos mientras repelía los ataques de la princesa. Por encima de sus cabezas, les espectadores vitoreaban desde las gradas de la primera planta, aunque no sabía a quién animaban.

—¿Este es el famoso estilo sureño del que tanto he oído hablar? —se mofó Yulana—. ¿Dónde están la gracia y la elegancia?

A Han le ardían las orejas de irritación y eludió uno de sus golpes, aunque oyó la entusiasta hoja pasar silbando junto a su oreja. La presionó por el costado que tenía sin vigilar, pero ella fue más rápida de lo que esperaba y cambió de mano para encontrarse con su espada.

—Eso es —apreció Yulana—. Ese es el elegante juego de pies del que me han hablado.

A su espalda, Han sentía que el profesor Kang lo observaba con ojo crítico desde las gradas. El remordimiento peleaba con la indignación en sus venas; en general, era un chico tranquilo, pero había algo en la sonrisa insolente de la princesa que lo ponía furioso, pese a que la parte racional de su cerebro sabía que no tenía motivos para molestarse.

Para entonces ya había entendido el ritmo de los ataques; a la princesa le gustaba cansar a sus oponentes con una serie de golpes rápidos para que no pudieran pensar. Esquivar era mejor defensa que seguirle el ritmo en los ataques, porque no estaba cómoda con técnicas largas como arremeter. Lo mejor sería atacarla por el flanco, ya que ella tendía a lanzarse de frente.

—¿Todes les norteñes son así de lentes? —bromeó Han cuando consiguió situarse de nuevo en su costado desprotegido—. Podría correr en círculos alrededor de la princesa.

—Y te cansarías más rápido —replicó ella. Yulana también estaba comprendiendo el ritmo de la pelea y se había situado justo fuera de su alcance para prever su siguiente movimiento. Han hizo una finta hacia la izquierda antes de avanzar con la punta de la espada en una arremetida. La princesa lo rechazó con facilidad y rio—. Eres demasiado fácil de predecir —dijo con condescendencia—. Se te reflejan todos los pensamientos en la cara.

—Y en los hombros —oyó que musitaba el profesor Kang. Han lo miró con mala cara mientras se enzarzaba en otra ronda de golpes.

Al cabo de un rato, notó que o bien la princesa estaba jugando con él, o se lo estaba poniendo fácil. En más de una ocasión podría haberle hecho sangrar con un movimiento de muñeca, pero

se había contenido para que él se apartara o bloqueara el ataque. No estaba seguro de qué era peor, si su desprecio o su lástima.

—Te estás conteniendo —le dijo con enojo.

—Lo siento, ¿quieres que te haga daño? —preguntó ella, con una comisura del labio curvada en una sonrisa temeraria—. A mi tío no le gustaría si matase por accidente a mi futuro marido en un duelo amistoso.

—¿A tu tío? —Las espadas se cruzaron con un restallido, pero luego se apartaron—. Pensaba que Su Majestad Imperial había negociado este matrimonio.

Ella soltó una carcajada áspera.

—No, mi tío necesitaba un lugar donde soltarme para que no le arrancara las garras del oso del Gommun Kang del cuello.

Han sabía poco sobre política norteña, aunque sí que sabía que cada líder de los grandes clanes se llamaba kang. Sin embargo, solía quedarse dormido a partir de ese punto en las lecciones de historia.

—Pensaba que las mujeres del norte tenían permiso para hacer lo que quisieran —dijo, esquivando una serie de ataques cortantes. La princesa Yulana lo miró con desprecio.

—Lo tenemos. Siempre y cuando sea para el bien del kang.

—Pensaba que las mujeres también podían reclamar el título de kang.

—Podemos. —Se agachó cuando él fue a por su cabeza—. Y esa es mi intención.

—Entonces, ¿por qué accediste a este matrimonio?

Una extraña expresión cruzó el semblante de Yulana.

—Es el lugar más seguro que se le ocurrió a mi tíe Mongke —murmuró—. No sabemos lo que mi abuelo hará cuando descubra lo que soy.

Han recordó las palabras de Xu: «No creo que Su Excelencia sea su tipo». De repente, su irritación se derritió en una ola de compasión y su deseo de derrotarla en el patio de entrenamiento desapareció.

—Comprendo.

—¿En serio? —Por primera vez desde que se conocieron, la mirada de la princesa se tornó fría. Han se percató de que había confundido su desenfado con insolencia—. ¿Y qué sabrá usted, príncipe de Zanhei?

Han se estremeció cuando la punta del arma pasó a un pelo de su cuello. La cara de Zhara apareció ante sus ojos, el recuerdo de sus suaves labios carnosos abiertos por la sorpresa después de que casi la besara. Ese casi beso se había basado en una mentira: Zhara no sabía quién era él. No de verdad. Para ella, era Li Han, el hijo de un burócrata de palacio, desesperado por proteger a su hermano mago. Había comenzado como una pequeña mentira, una minúscula semilla, inocua e insignificante. Pero ahora esa semilla había germinado hasta crecer en una mentira que no sabía controlar.

—Sé muchas cosas —respondió en voz baja—. Sé lo que es tener que ocultar quién eres a tus seres queridos.

La joven se detuvo y Han enseguida aprovechó la oportunidad para atacar el lateral desprotegido. Yulana lo esquivó con una maldición y arremetió por la izquierda. Han se creyó su finta y la chica se apartó al otro lado cuando él trastabilló hacia delante, moviendo los brazos para intentar bloquear su siguiente golpe. Perdió el equilibrio, cayó de rodillas y rodó bocarriba, solo para encontrarse la punta de la espada en la cara.

—Ja —dijo Yulana, respirando con dificultad. Con un gruñido, Han soltó la espada y alzó las manos a modo de rendición.

—Me rindo —farfulló mientras les espectadores de las gradas estallaban en aplausos. El desconcierto atravesó el rostro de la princesa y se miró el costado. Rozó un pequeño corte, donde la punta de la espada de Han había conseguido marcar un punto—. Aunque me parece que yo te he hecho sangrar antes —dijo, sin poder ocultar la sonrisa petulante.

—Uf. Lo de tomarme por sorpresa con tus emociones blandas es un truco sucio —replicó ella con malhumor y resopló de asco—. Culpa mía por creérmelo, supongo.

Han se encogió de hombros al sentarse.

—No ha sido un truco —dijo. Saludó a Xu con la cabeza, que bajaba las escaleras para reunirse con él—. Todo lo que he dicho iba en serio.

La princesa lo miró con sus ojos penetrantes en busca de cualquier señal de falsedad.

—Mmm. —Estiró el brazo para ayudarlo a ponerse de pie—. Bien jugado. ¿Quedamos en empate?

—Empate —coincidió. La princesa tiró de él con bastante fuerza y casi lo envió volando. Xu lo agarró antes de que pudiera caer de cabeza en un montón de sacos de arena.

—Puaj, el heredero real está sudado —se quejó su mejor amigue. Agarró un trapo de algodón y se lo lanzó a la cara—. Agradecería que Su Excelencia se limpiara.

Las doncellas trajeron más trapos y toallas humedecidas con agua de rosas y pachuli. Une paje le devolvió la espada al profesor Kang.

—No eres como esperaba, sureño —comentó la princesa. Le guiñó un ojo a una doncella al aceptar su toalla. La joven se ruborizó con ganas y escondió la cara detrás de la bandeja con una risita.

Han se limpió el rostro a toda prisa.

—¿Qué esperaba Su Alteza exactamente?

La princesa Yulana sonrió con malicia.

—Un idiota con la piel fina que nunca ha levantado un dedo en su vida, ni siquiera para alimentarse.

—Su Alteza no se equivoca demasiado —dijo Xu para sí y agarró otro trapo limpio para frotar las zonas que Han había pasado por alto.

—¡Yah! —protestó este y le arrebató la toalla—. Puedo hacerlo yo. No soy un inútil, ¿sabes?

—Tenía razón a medias —reflexionó Yulana. Le agarró la mano a Han y le dio la vuelta—. Pensaba que la piel de todes les nobles sureñes era tan pálida y suave como pastelitos de arroz al vapor, pero ahí tienes unos callos bien ganados.

—¿Ves? No todes somos unes blandes, solo idiotas que… Un momento.

La princesa echó la cabeza hacia atrás y rio, un sonido profundo y alto que resonó por todo el patio de entrenamiento. Unas cuantas personas de la guardia la miraron con desdén, como si su expresión de alegría desenfrenada fuera una afrenta a su sensibilidad. Han observó a las damas de la corte; las más viejas apretaban los labios con amargura, las más jóvenes escondían su sobresalto fingido y su aversión detrás de los coloridos abanicos. Con cierto malestar, se dio cuenta de que quizá Yulana tuviera algo de razón al despreciar a les sureñes.

—No estás nada mal, príncipe Pastelito de Arroz. A lo mejor este matrimonio no es un desastre.

Durante un instante, Han se sintió complacido, como si hubiera ganado una victoria más significativa que el combate de antes, pero entonces el recuerdo del casi beso que había compartido con Zhara lo apuñaló en las entrañas.

Al fin, une paje apareció para susurrar algo al oído de Xu y entregarle un mensaje. Su amigue desenrolló el pergamino antes de arrugarlo a toda prisa.

—Su Excelencia, hay un asunto que requiere su atención.

—¿Anyang? —preguntó con temor. No había visto a su hermano pequeño ni a Yao desde que volvieron del monte Zanhei. Xu negó con disimulo y su miedo se aplacó un poco.

—El segundo heredero está bien por ahora. Esto está relacionado con el… asunto que hemos tratado en los últimos días. En concreto ayer.

—Comprendo. Enseguida voy. —Despachó a le paje y se giró hacia la princesa—. Me temo que debo marcharme, Su Alteza.

—¿Ocurre algo? —preguntó con el ceño fruncido. Su mirada intensa era demasiado astuta.

—No, no sucede nada —respondió Han con alegría—. Es que mi hermano suele tener… rabietas ocasionales. Lo ha pasado mal desde que nuestra madre murió.

Yulana se envaró.

—Ah. Me dijeron que la consorte real era maga. Mi más sentido pésame.

Han la miró con recelo, sin saber si el pésame era por la muerte de su madre o por el hecho de que había muerto como una traidora.

—Ya, bueno. Tampoco lleva bien que hayan prometido a su hermano con una joven cuyo abuelo mató a su madre.

La princesa entornó los ojos.

—No, me lo puedo imaginar.

Han notó que habían aparecido sus hoyuelos de enfado y sonrió con fuerza para ocultar su

malestar. La afinidad que habían establecido durante el combate desapareció, y la culpa y el miedo que había sentido desde que se anunció el compromiso regresaron con ganas. Esa princesa norteña era demasiado observadora. Daba igual cuánto quisiera que le cayera bien o que fuera su amiga, porque seguía siendo la nieta del Caudillo y su presencia era una espada contra el cuello de Anyang.

—Mis disculpas, Su Alteza. —Hizo una reverencia—. Pero debo marcharme. —Se giró y señaló a las damas de la corte que les observaban con desaprobación en el rellano—. Estoy seguro de que en mi ausencia mucha gente querrá enseñarle todo lo que Zanhei tiene que ofrecer. —Le hizo señas a una de las más ancianas, la más severa y reprobadora de todas, y ladeó la cabeza hacia la princesa sudorosa que tenía al lado—. Wei Tianjin —dijo con el tono sureño más educado, dulce y ponzoñoso—, creo que la princesa Yulana necesita una acompañante de palacio. Y, como la más veterana de las damas de la corte, creo que es la más cualificada para acompañarla y enseñarle los lugares de interés de nuestra ilustre ciudad.

—Por supuesto, Su Excelencia. —La matriarca agachó la cabeza; le temblaban las flores doradas de su tocado—. Acompáñeme, mi señora —dijo. Miró a la princesa Yulana con un desdén tan poco disimulado que a Han le dieron ganas de aplaudir—. Iremos a que Su Alteza se asee.

Su prometida lo miró con amargura mientras salía del patio de entrenamiento, pero lo que dejó a Han inquieto no fue la intensidad de su mirada, sino el brillo de venganza en ella.

—Menuda forma de evitar un matrimonio desastroso —murmuró Xu a su lado.

29

Los mensajes para reunirse con lord Chan y con les Guardianes del Amanecer llegaron el mismo día, y los encuentros se celebrarían a la misma hora en el mismo sitio.

Zhara volvía de comprar la comida en los puestos callejeros cuando une mensajere de una taberna local le entregó un recado de la segunda esposa. El aliento ya le apestaba a cerveza y a vino de arroz.

—Lord Chan requiere la presencia de la honorable Jin Zhara en el Palacio Glicinia esta tarde —dijo, arrastrando las palabras. Extendió una mano para recibir una moneda—. Justo después de la hora de la larga sombra.

Zhara iba cargada con platos de fideos de alubia negra y unos pastelitos de yuca envueltos en hojas de plátano, sus favoritos. No tenía ninguna moneda con la que darle propina a le mensajere y no pensaba pagarle con la pepita de plata que le pesaba en el monedero.

—Lo siento, no tengo dinero.

—No pasa nada, hermosura —dijo le mensajere y se acercó con lascivia—. Un beso servirá de pago. —Cerró los ojos y puso morritos. Zhara le quemó con su magia cuando se acercó más—. ¡Aiyo! ¿Qué ha sido eso?

—Quizás una avispa de fuego —dijo ella con suavidad y añadió con malicia—: Se sienten atraídas por el olor a fermentación y dicen que su veneno causa una hinchazón dolorosa en los genitales, infertilidad y en algunos casos hasta la muerte.

Le mensajere se llevó las manos a la bragueta con un gritito y se alejó a toda prisa. Zhara regresó a la botica sintiéndose satisfecha consigo misma y bien alegre.

—Hay un mensaje para ti —dijo la profesora Hu sin mirarla cuando entró en la tienda. Fruncía el ceño mientras preparaba listas del inventario que había que comprar—. De Huang Jiyi. Dice que quiere reunirse contigo y les demás esta tarde en el Palacio Glicinia durante la hora de la larga sombra para hablar sobre los hallazgos de vuestra excursión al monte Zanhei.

Zhara se quedó de piedra.

—¿*Esta* tarde?

—Sí. —La mujer la miró por encima de las gafas—. ¿Pasa algo? Ay, dame eso, niña, que me muero de hambre.

Agarró los fideos de judía negra y buscó en la miríada de cajones un par de palillos.

Zhara los sacó de una caja que había junto al resto de sus escasos utensilios de cocina.

—No puedo ir. Tengo… otro compromiso en Palacio Glicinia.

La apotecaria arqueó las cejas.

—¿Otro compromiso? ¿De qué tipo?

Zhara removió los fideos. De repente no tenía hambre.

—Es para conocer al pretendiente de mi hermana.

—¿Tú? —La profesora Hu se detuvo en plena absorción de los fideos—. ¿Por qué te necesitan allí?

Eso, ¿por qué? Pensó en le desconocide que le resultaba familiar y que le hizo una oferta a la segunda esposa de madrugada, y la insistencia de su madrastra en que Zhara las acompañara a Suzhan y a ella a ese encuentro. Se le revolvió el estómago de miedo. «No me sigas. Prométeme que vivirás tu verdad», le había dicho Suzhan. Pero esa promesa era más fácil de hacer que de mantener.

—¿No puede ir usted a reunirse con Jiyi por mí?

La herbolaria negó con la cabeza.

—Le prometí a la abuela Meng que cuidaría hoy de les niñes afectades —dijo con pesar—. He estudiado las muestras de agua que sacamos del pozo y quiero buscar algún tratamiento, aunque no sea una cura, para esta peste. Me gustaría probar unos cuantos remedios.

—¿Qué hago? —susurró, mordiéndose el labio—. Debo reunirme con el tal lord Chan.

—¿Y qué pasa si no vas? —La profesora Hu se quitó las gafas. Fruncía el ceño—. ¿Tu malvada madrastra te entregará a los Cernícalos?

Zhara hizo una mueca.

—No —replicó, aunque sonaba insegura—. No lo haría.

—¿Que no? —Cuando Zhara no respondió, la mujer gruñó con indignación—. ¿Qué tipo de madre chantajea a su hija con el conocimiento de que posee magia?

—No es eso —insistió Zhara con un hilillo de voz—. La segunda esposa me salvó la vida. —Pero la excusa empezaba a desgastarse de tantas veces que la había empleado—. Me da ropa para ponerme, comida para el estómago y un techo sobre mi cabeza. Me ha ofrecido un hogar, y con ello se arriesgan ella y su hija biológica. Mi hermana, Suzhan. Una huérfana como yo no puede pedir más, encima con magia. Nunca podré pagarle la deuda que tengo con ella, así que hago lo que puedo. Cocino, limpio, le llevo el salario que gano aquí.

—Así que eres la criada de la casa. Eso es lo que tu madrastra saca de vuestro acuerdo, por lo que veo.

—E-ella me c-cuida.

Hasta que Zhara no pronunció las palabras en voz alta, no supo que eran mentira. Su lengua la traicionaba de nuevo al tropezar con la verdad que se había alojado en su corazón.

La apotecaria la estudió con lástima y, de algún modo, la amabilidad en su mirada dolía más que admitir que la segunda esposa no la quería.

—Jin Zhara —dijo la profesora Hu con voz ronca—, ¿no me dijiste en una ocasión que no quieres sobrevivir, sino vivir?

Sí, lo había dicho. Aunque no esperaba que la mujer le lanzase sus palabras a la cara con tanta

gentileza.

—Pero ¿a dónde iría? ¿Qué haría?

—Puedes quedarte conmigo hasta que encontremos un alojamiento mejor. O puedes refugiarte en las tierras del Qirin Tulku con les otres magues que les Guardianes del Amanecer hemos sacado de Zanhei.

—¿El Qirin Tulku?

—El rey Unicornio.

Zhara lo conocía, porque así llamaba el resto del imperio al líder espiritual de los distintos clanes en los pueblos libres del oeste, que no juraban lealtad a monarcas ni caciques, ni tampoco a ningune soberane que no fuera el Trono del Sol. Los pueblos libres rechazaban el gobierno del emperador Gommun tras la Guerra Justa, mientras que el rey Unicornio había declarado que cualquier mague recibiría su protección de la justicia del Caudillo.

—Pensaba que era una especie de chamán o hierofante —musitó Zhara—, no un líder político.

La profesora Hu apretó los labios.

—No lo es, pero, como ya he dicho, vivimos en tiempos políticos.

El silencio reinó en la botica mientras Zhara consideraba la posibilidad de una vida alejada de la segunda esposa. De Suzhan. «¿Nunca te cansas de ser una buena chica?». Durante mucho tiempo, Zhara creyó que era seguro ser servil; que, si era lo bastante buena, si se portaba bien, el mundo la trataría como ella quería que la tratara. «Sé buena, pequeña urraca», había dicho Jin Zhanlong. «Sé buena y sé auténtica». Era la única forma que conocía para sobrevivir. Pero quizá se había centrado demasiado en la primera parte del consejo de su padre y no en la última. Quizá la única forma de vivir era ser auténtica en cuanto a su propia felicidad.

Fuera lo que fuere eso.

La profesora Hu la observó mientras Zhara removía desganada los fideos con los palillos.

—No hace falta que decidas nada enseguida. Es cosa tuya si decides asistir a esa reunión con les Guardianes del Amanecer o con el pretendiente de tu hermana. Tu vida te pertenece.

Zhara no dijo nada y se dedicó a mover la comida por el plato. Notaba la mirada de la mujer fija en ella; la estudiaba, examinaba, sentía lástima. Casi temía lo que fuera a decir a continuación.

—¿Te lo vas a comer? —preguntó esperanzada la apotecaria—. Porque, si no, a mí me cabe.

La herbolaria le dio el resto de la tarde libre, lo que le permitió ordenar sus pensamientos. La profesora Hu insistió en que fuera a pasear para despejarse la cabeza, así que Zhara aprovechó para vagar por el sector lujoso del mercado cubierto de camino a Palacio Glicinia.

El colgante de bronce con el símbolo del sol pesaba en su cuello, mientras que la pepita de plata le pesaba en el corazón y en el bolsillo mientras paseaba junto a los puestos que vendían

mangos y especias del reino de Sindh, alfombras y tapices de la cuenca Dzungri y hasta cristalería de lugares más allá del oeste más lejano. En todas las provincias del sur se estaban preparando para la Noche de los Siete; les mercaderes en el sector de lujo hacían más negocios vendiendo disfraces y accesorios a aquellas personas que pensaban celebrar el reencuentro de les amantes urraca con estilo. Los rumores sobre quién había recibido invitaciones ese año volaban rápido y lejos entre les cotillas de las Fosas, y les corredores apostaban por quiénes representarían los codiciados papeles del Príncipe de las Hadas y la Hija del Leñador en el baile de máscaras del palacio. Aunque la tradición dictaminaba que todas las parejas sin casar de la ciudad eran elegibles en la lotería, lo cierto era que se intercambiaba mucho dinero durante las preparaciones del festival. La elección del soltero y la doncella siempre acababa siendo un asunto tan político como cualquier batalla que entablaba la nobleza.

—Aunque seguro que este año el Príncipe de las Hadas y la Hija del Leñador sois tu prometida y tú, ¿verdad? —le dijo Zhara a uno de los anuncios del compromiso del heredero real que había colgados en los tablones de la plaza. Se detuvo para estudiar la imagen del futuro príncipe de Zanhei con ojo crítico, ahora que no había una multitud bloqueándole el paso. No sabía si se parecía o no al heredero, ya que los retratos variaban tanto como les artistas que los habían pintado, aunque parecía haber ciertas consistencias: ojos redondos, nariz grande, mandíbula cuadrada. Supuso que era un rostro atractivo, un tanto genérico. No tan guapo como el maestro Ciruela, pese a que reconoció que tenían algunos rasgos en común—. Su Excelencia sería más guapo si sonriera un poco más.

Recordó que Han, al reírse, arrugaba la nariz y mostraba los hoyuelos. Se preguntó si el heredero real tendría sentido del humor. En ese aspecto, los retratos no le hacían ningún favor, porque todos lo representaban con ojos sin vida y sin un asomo de sonrisa en los labios. Si Han cumplía con su promesa de llevarla al baile de máscaras la Noche de los Siete, Zhara esperaba ver de refilón al heredero real. Nunca había visto a un príncipe. Siguió avanzando por el sector de la moda hacia la Ciudad de las Flores.

Los Reinos del Alba habían entrado en la estación del Gran Calor y las calles del mercado cubierto estaban inusualmente vacías, ya que les compradores pasaban las horas más calurosas de la tarde refrescándose con bebidas en las cafeterías junto a los canales. Hasta la presencia de Cernícalos escaseaba. La mayoría de norteñes se habían refugiado del vespertino sol implacable en el interior, para descansar con los ojos cerrados.

El resplandor de las cuentas de cristal sobre los zapatos blancos de satén llamó la atención de Zhara. Eran los que tanto había ansiado, con bordados de nenúfares rosas y amarillos en la punta, que seguían sin venderse. Rozó la pepita de plata en su cintura. Podía hacerlo. Podía probarse los zapatos. Podía gastarse el dinero de sangre de su madrastra y comprar todo el modelito para la reunión con lord Chan.

«Tu hija tiene… otras ventajas».

Zhara se apartó, aferrada al colgante del sol en su cuello…

… y tropezó con alguien que se alejaba de una pared.

—¡Por las garras de Gommun! —exclamó le desconocide—. ¿Cómo…? —Abrió los ojos de par en par al ver a Zhara—. ¡Tú!

Zhara reconoció el cabello de le desconocide antes de registrar que podía ver los canales *a través* de esa persona. Era de un color rojo, como cobrizo, hermoso e insólito.

—Tú —jadeó—. ¡El no-fantasma!

En la luz dorada de la tarde, el contorno de le pelirroje parecía desdibujado y borroso, como si le viera a través de una bruma o un sueño. Presa del pánico, le joven se giró para huir, pero Zhara se estiró para agarrarle el brazo a la velocidad del rayo.

Una nota resonó en su cabeza, unas profundas vibraciones de reconocimiento que le atravesaron el cuerpo y la *magia*. Ese pelirroje era mague, pero no como cualquier otre mague que había sentido antes. Y, por la expresión de su cara, le joven también lo percibía.

—¿Cómo…? —Empezaron a decir les dos a la vez.

—Tú primero —dijo Zhara con firmeza—. Ya que no puedo explicar cómo es que puedo tocarte, porque sinceramente no lo sé.

Le pelirroje miró a su alrededor.

—De acuerdo —dijo en voz baja—. Pero aquí no. Busquemos un lugar más privado para hablar.

Zhara asintió, entrelazó su brazo con el de le desconocide y le aferró con fuerza la muñeca que estaba y no estaba ahí a la vez. Aquello pareció hacerle gracia a le pelirroje.

—Bueno, de donde yo vengo, solo les amantes caminan agarrades del brazo de esta forma —dijo el no-fantasma—. Te prometo que no huiré, de verdad.

—Calla. —Condujo a la persona a una de las pasarelas con faroles que unían el mercado cubierto con la Ciudad de las Flores—. No me la pienso jugar. Te tengo y no te voy a soltar.

—Chica lista. Soy todo un partido, eso es cierto. —Le joven le guiñó un ojo y Zhara se ahogó con la Risita de Gente Guapa que le brotó de forma inesperada de la garganta—. ¿Estás bien? —preguntó elle con tono inocente, algo que no encajaba en absoluto con su cara de sabelotodo. Zhara le miró y siguió avanzando hacia el Palacio Glicinia en silencio—. ¿A dónde me llevas? ¿No es este el distrito del placer?

—Sí, hay alguien aquí a quien quiero que conozcas —dijo Zhara. Al fin había tomado su decisión—. Se llama Huang Jiyi.

—¿La Princesa de Hielo?

—¿La conoces?

—Me han hablado de ella. Dicen que es la mujer más hermosa de todo Zanhei. —Le chique sonrió y la punta de su lengua asomó por entre los dientes—. Como persona entendida en mujeres hermosas, no me importaría comprobarlo en persona.

—Bien. —La puerta púrpura del Palacio Glicinia apareció ante elles—. Porque hemos llegado.

Le criade habitual condujo a Zhara y a su invitade a un salón reservado donde les sirvieron platos de mangos recién cortados, pitaya y un crujiente melón amargo blanco de las islas Azur que Zhara nunca había probado antes; era un poco dulce y sabía a miel.

—La señorita Huang sigue dormida —susurró le criade—. No le gusta levantarse antes del anochecer.

—De donde yo vengo, tenemos una palabra para ese tipo de criaturas —señaló le pelirroje—. Ganshi. Suelen ser mujeres hermosas a las que les gusta chupar…

—Ya. Pero dile que es importante.

Le criade parecía temerose.

—Con todo el respeto, antes preferiría que me trituraran para usarme como cebo que despertar a la señorita Huang si no está lista.

—Por favor. —Zhara le enseñó el colgante del sol—. Es un asunto muy importante.

Resignade, pero no menos atemorizade, le sirviente tocó el suelo con la frente y se retiró a despertar a la osa dormida en su caverna.

—Tiene una pinta deliciosa —comentó le pelirroje, señalando el melón amargo—. *Suena* delicioso. ¡Ese chasquido, ese crujido! Debo acordarme de probarlo la próxima vez que venga aquí en carne y hueso.

—¿En carne y hueso? Entonces en realidad no estás… ya sabes —señaló la forma transparente de la otra persona—. ¿Aquí?

—Bueno, *estoy* aquí. Solo que no estoy aquí en mi *cuerpo*. Lo que estás viendo (y tocando, al parecer) es más la *idea* de mí que mi yo físico.

Zhara atravesó otro trozo de melón amargo con un palillo de plata.

—Explícate.

—Bueno, de donde yo vengo, solemos preguntar el nombre de la otra persona y beber algo antes de revelar nuestros secretos más íntimos y profundos. Me gusta el licor destilado.

—No tienes una masa corpórea —señaló Zhara. Dio un mordisco al melón y se alegró al ver que le pelirroje se entristecía—. Me llamo Jin Zhara, por cierto —dijo mientras masticaba. Le pelirroje suspiró.

—Puedes llamarme Yuli.

—¿Yu Li? —Zhara tragó el bocado—. ¿El apellido de tu familia es Yu?

—No, solo Yuli. Es un mote. Mi apellido, bueno… digamos que tengo un abuelo bastante famoso y preferiría que la gente no lo supiera para que no me juzgase de antemano.

Zhara decidió no presionarla.

—De acuerdo, Yuli. ¿Qué eres?

—Humana. —La chica le indicó por gestos que prosiguiera—. Y maga.

—Eso lo había adivinado. Lo supe en cuanto te toqué. Pero… ¿qué clase de magia es esta? ¿Es el resultado de un hechizo que has creado?

Yuli negó con la cabeza.

—No, siempre he tenido… este don, desde que era pequeña. Mis poderes son distintos, pero no lo supe hasta que conocí a otres magues. En mi casa no se consentía la magia, ¿sabes?

—Lo entiendo —replicó Zhara con sequedad—. La magia no se consiente en ninguna parte de los Reinos del Alba, por desgracia.

La pelirroja se estremeció.

—Como si pudiera olvidarlo —susurró. Una nube oscureció la expresión de Yuli y, durante un instante, su cuerpo pareció parpadear.

—Bueno —se apresuró a añadir Zhara—. Esta… idea de ti. ¿Qué es exactamente?

Yuli se encogió de hombros.

—Es literalmente eso. Ahora mismo, mi cuerpo, la parte física, está sentado en mis aposentos de palacio, fingiendo echarse una siesta. Pero el resto de mi ser (la parte que piensa, razona, tiene opiniones y obra magia) es la que vaga por ahí.

—¿En el palacio? —Eso sorprendió a Zhara—. ¿Formas parte del séquito de la princesa Yulana?

Se contuvo para no preguntarle si conocía a Han.

—S… í. —La pelirroja apretó los labios—. Formo parte del séquito, eso es.

Zhara estaba maravillada.

—Pero pensaba que todes les norteñes estaban… estaban…

—¿En contra de la magia? —Yuli puso mala cara—. Por desgracia, la mayoría lo están. Aunque espero que eso cambie cuando… cuando sea mayor de edad.

—¿Y cuándo es eso?

—El año que viene. Tengo diecisiete.

Zhara arqueó las cejas.

—¿Y cómo planeas lograr eso? El Caudillo te matará si lo desafías tan abiertamente.

Yuli bajó la mirada hacia sus manos, o hacia la idea de sus manos que estaban apoyadas en la mesa.

—Disfruto de cierta protección con el Caudillo —dijo en voz baja. Sacudió la cabeza y centró su mirada en Zhara. Sus ojos marrones eran cálidos, casi de un bronce o cobre oscuro que encajaba bien con su cabello—. Pero ya está bien de hablar sobre mí. ¿Qué me dices de ti? ¿Quién es Jin Zhara?

A pesar de que Zhara sabía que la parte física de Yuli estaba en un lugar lejano, en el palacio, la Risita de Gente Guapa hizo su reaparición. Dio otro enorme bocado al melón amargo y tragó tanto la fruta como la risa.

—Pues… —Se detuvo, porque no sabía cómo responder—. Soy una chica normal y corriente. Nadie especial.

—Los cojones de lady Tengri —replicó Yuli—. Ninguna chica normal y corriente podría transformar el aire en materia. —Agitó la mano sobre el plato de fruta para intentar agarrar un poco de melón—. ¿Siempre has podido hacerlo?

La palabra «transformar» removió algo en el fondo de su mente y la magia en sus venas.

—No lo sé. Nunca aprendí a usar bien la magia. Intento avanzar con *El clásico de mil caracteres* gracias a la ayuda de Jiyi, pero no soy muy buena estudiante.

—¿Nadie te ha enseñado a canalizar el vacío? —preguntó Yuli con compasión—. ¿Ni siquiera tus padres? ¿O une pariente cercane?

Zhara negó con la cabeza.

—Mi madre murió de una fiebre cuando yo era muy joven y los Cernícalos se llevaron y mataron a mi padre en la última purga.

Yuli cejó en su intento de meterse un trozo de fruta en la boca.

—Lo siento. Cuántas vidas se perdieron. Todo por culpa de obaji.

—¿Obaji? —Sin embargo, la pelirroja no añadió más. Al cabo de un momento, Zhara preguntó —: Bueno, ¿y tú qué? ¿Tenías a alguien que te enseñase magia?

Ella asintió.

—Mi tíe, Mongke. Le exiliaron de la casa de mi abu… de la casa familiar. En principio por su identidad como bigénere, pero en realidad fue por su magia.

—¿Sigue vive? —preguntó Zhara con sorpresa—. Pensaba que habían pasado a cuchillo a todes les magues del norte.

Yuli retorció la boca en un gesto mordaz.

—Ya he dicho que mi familia recibe cierta protección de los edictos del Caudillo.

Zhara estudió a su acompañante. Por la finura de su ropa (o la idea de ropa que Yuli proyectaba sobre sí misma), debía ser una especie de noble. Quizás una dama de compañía de la mismísima nieta del Caudillo, dado que estaba en Zanhei con la delegación norteña.

—¿Qué haces aquí? Con el séquito de la princesa, quiero decir. ¿No tienes miedo de que te descubran?

Yuli se encogió de hombros.

—La verdad es que no. Y sobre por qué estoy en Zanhei… —Perdió el hilo de lo que decía, sin saber qué responder—. He venido a buscar un libro.

—¿Un libro? ¿Qué tipo de libro?

La pelirroja se removió en su asiento.

—No estoy segura, la verdad. Le tíe Mongke está segure de que existe y se halla aquí, en el sur. Se supone que es un texto sobre demonología.

Zhara frunció el ceño.

—¿Es *Canciones de orden y caos*?

—¡Ese es! —Yuli estaba asombrada—. ¿Cómo lo sabes?

—Porque nosotres también lo estamos buscando.

Yuli arrugó las cejas.

—¿Quién es «nosotres»?

Zhara jugueteó con el colgante del sol. Aunque estaba segura de que podía confiar en Yuli, no sabía si el resto de Guardianes del Amanecer sentirían lo mismo.

—Algunes amigues del palacio.

—¿Del palacio? —Yuli ladeó la cabeza—. ¿Cómo se llaman? A lo mejor les conozco.

—Han y Xu.

La pelirroja se sobresaltó, pero antes de que pudiera explicarse, las puertas de la salita se deslizaron con ímpetu.

—¿Maestro Cao? —preguntó Zhara, patidifusa. Al otro lado del umbral estaba el diminuto librero, con una expresión de desconcierto y horror—. ¿Qué hace el librero aquí? ¿Acaso les Guardianes…?

Se atragantó en plena frase al ver que el librero no venía solo.

Detrás de él había una figura delgada y un tanto encorvada con ropajes de color verde. Iba acompañada a cada lado por Suzhan y la segunda esposa.

—Zhara —dijo su madrastra con dulzura—. Qué bien que hayas llegado temprano. Levántate y saluda a nuestro invitado. Lord Chan, esta es mi hijastra, Jin Zhara. Zhara, este es lord Chan Gobu, chanciller, regente de Zanhei y mi futuro yerno.

30

Para la eterna decepción de Han, Zhara no estaba en Palacio Glicinia cuando Xu y él llegaron. De hecho, la cortesana se hallaba a solas en sus aposentos, rodeada de un desorden total. Papeles, libros, pinceles, tinta y paquetes vacíos de lo que parecía ser comida callejera estaban esparcidos por doquier como si un tifón hubiera arrasado con el sitio.

—Tú no eres el repartidor —espetó Jiyi cuando entraron. Se había acomodado en una mesa baja situada en el centro de la habitación y sorbía un cuenco de fideos de alubia negra con tanto gusto que Han no creía que estuviera masticando. Ni respirando. Por lo que veía, solo era una larga inhalación de fideos. Jiyi se había rodeado de varios montones de hojas sueltas, que parecían correr el enorme peligro de ser reescritas por la famosa salsa de ocho especias del maestro Xin.

Xu arrugó la nariz.

—Por lo que parece, el repartidor ha venido y se ha ido en varias ocasiones. —Alrededor de la cortesana había teteras a medio terminar y los restos de velas consumidas. Por el estado de su cabello desaliñado y de su ropa arrugada, saltaba a la vista que Jiyi había dedicado toda la noche a trabajar en su tratado sobre nuevos descubrimientos mágicos—. ¿Acaso a la preciada mujer no le dan de comer en el Palacio Glicinia?

Le joven apartó con delicadeza varias tazas y platos sucios, en busca de un lugar limpio donde sentarse.

La cortesana asintió, se ahogó y tosió.

—Lo único que les cocineres me dan aquí es tofu y verduras al vapor, acompañados de preciosos platos de fruta cortada. —Terminó de tragar y frunció el ceño—. Ya no bailo para la clientela, así que ¿qué más les da si mi figura se va al traste? Puedo escribir poemas igual de bien sentada sobre mis caderas anchas y sin necesidad de volver a moverme. —Jiyi les fulminó con la mirada y entonces soltó un enorme eructo—. ¿Dónde está Zhara? Esperaba que me trajera esos pastelitos de yuca al vapor de los muelles. Me encantan.

—Seguro que ya viene de camino. —Xu agarró varios cojines de un armario en un rincón y despejó un hueco en el suelo para sentarse—. Nos dijiste que viniéramos durante la hora de la larga sombra y, como verás —señaló los rayos del sol de la tarde que atravesaban los paneles de papel de arroz—, sigue siendo la hora de la larga sombra.

—No recuerdo haberte dado permiso para hablarme con tanta informalidad —le gruñó a Xu—. Y tú —dijo, girándose hacia Han—. ¿Por qué eres tan alto? Siéntate, me da dolor de cabeza solo con mirarte.

Han obedeció con presteza y se sentó en medio de los montones de basura, con las manos

sobre el regazo. La cortesana le recordaba a Anyang cuando necesitaba con desesperación una siesta: malhumorada, irritada, irascible y cabezona. La piel bajo los ojos de Jiyi estaba gris con la sombra del cansancio, pero los ojos le brillaban sobremanera por la emoción y demasiadas tazas de té oolong. Tamborileaba sobre la mesa un ritmo agitado mientras rebuscaba entre sus notas una y otra vez. Casi vibraba con energía nerviosa. Han no sabía si estaba ansiosa o con ganas de compartir sus hallazgos. Les tres guardaron silencio mientras esperaban a que llegara Zhara. La tensión fue escalando más y más hasta que Jiyi no pudo soportarlo.

—Vale-es-que-no-puedo-esperar —soltó y las palabras se estamparon unas contra otras como corredores tropezando en una carrera—. Se lo contaré a Zhara cuando llegue más tarde. —Se balanceaba de la anticipación y dio una palmada para llamar su atención. Con voz dramática, anunció—: Hemos encontrado una cura para las abominaciones.

Silencio.

Había una mirada salvaje, casi feroz, en el rostro de Jiyi que complicaba un poco lo de tomarse su declaración en serio. Al no conseguir la recepción atónita o asombrada que esperaba, Jiyi gruñó y lo intentó de nuevo.

—¿No habéis oído lo que he dicho? —preguntó, entre molesta y avergonzada—. He dicho que tenemos una cura para las abominaciones.

—Sí, hemos oído a la preciada mujer —respondió Xu con calma—. Solo estamos esperando a ver qué es.

—Ah. —Jiyi carraspeó—. La cura —dijo, alzando las manos y mirando al techo— es la Guardiana del Fuego. —Más silencio—. Uf, por eso odiaba actuar. Nadie responde de la forma que quiero. Escribir es mucho mejor.

—Eh… ¿y cómo deberíamos responder? —inquirió Han con educación—. Quiero decir, es de dominio público que uno de sus dones era convertir las abominaciones de nuevo en seres humanos. ¿Qué? —dijo al ver la mirada sorprendida de Xu—. No soy analfabeto.

—¿Podemos centrarnos en el tema en cuestión? —exigió Jiyi—. ¡La Guardiana del Fuego! ¡Tenemos una forma de tratar la plaga de corrupción que afecta a les magues de la ciudad! —Su mirada pasó de Han a Xu y de nuevo a Han—. ¿Por qué no os emocionáis más por esto?

Xu sacudió la cabeza.

—Tal vez nos emocionaría más si esa Guardiana del Fuego fuera real y no solo un cuento de hadas.

—Ah, pero es que *es* real. Y camina entre nosotres.

—¿Real? —Xu agarró una de las teteras y echó un vistazo dentro—. ¿Qué ha estado bebiendo la preciada mujer? ¿Estamos segures de que esto solo es té?

Han se mordisqueó el labio inferior. De niño, los ministros siempre habían dicho que la única cura para las abominaciones era la muerte, que los Reinos del Alba estaban libres de la plaga gracias a la muerte de les magues durante las purgas después de la Guerra Justa. Pero sus

encuentros con abominaciones no habían terminado con muerte, sino con vida, porque los niños afectados recuperaron sus formas humanas, sin rastro de posesión. Recordó el monstruo en la caverna bajo el monte Zanhei, el fuego que pareció consumir su cuerpo por el contacto con Zhara, que quemó todo lo antinatural para revelar al niño asustado que había dentro. De repente, dio un respingo al comprenderlo y la sangre le burbujeó en las venas.

—Es Zhara —dijo en voz baja—. Zhara es la Guardiana del Fuego, ¿verdad?

Jiyi casi parecía impresionada.

—Vaya, parece que tienes cerebro en vez de fideos. Pero… sí. Estás en lo cierto.

—Un momento —intervino Xu, alzando la mano—. Pensaba que Zhara era humana.

—Y lo es.

—Entonces, ¿cómo puede ser también una guerrera elemental sacada de una leyenda? Creía que les Guardianes del Amanecer eran poderosos seres inmortales, no la ayudante de una apotecaria en una tiendecita del mercado cubierto. —Xu sacudió la cabeza—. Si Zhara fuera de verdad la Guardiana del Fuego, tendría unos dos mil años por lo menos.

—No hay nada en las viejas historias que diga algo sobre el aspecto de les Guardianes —arguyó Jiyi—. Solo que se alzarán cuando le Guerrere del Sol les llame.

Han no dijo nada; apenas estaba escuchando a la cortesana y a su mejor amigue debatir sobre la naturaleza de la existencia de Zhara. Cuando pensaba en ella, no pensaba en esa chica brillante que había visto por segunda vez en el mercado, la noche en que vio a una abominación por primera vez en su vida, sino que pensaba en doña Brandi, con su mirada anhelante y su rostro en forma de corazón. La chica que se había sentado a su lado en una colina que daba al distrito del placer mientras los farolillos flotaban hacia el cielo nocturno. La chica con quien había compartido sus recuerdos, su vulnerabilidad y un casi beso. Si era o no era la Guardiana del Fuego a él le resultaba irrelevante. Poco le importaban las habilidades extraordinarias que pudiera poseer, porque también era una chica normal y corriente.

—Creo que, si Zhara estuviera aquí, nos recordaría que es una persona viva, que respira, con ideas y sentimientos propios acerca de toda esta situación.

Tanto Xu como Jiyi guardaron silencio, avergonzades y un poco escarmentades.

—Ya, bueno —dijo la cortesana con voz ronca para ocultar su incomodidad—. Hablando de Zhara, no es normal que llegue tan tarde.

Las sombras se habían alargado desde su llegada y no había ni rastro de la chica en cuestión.

—A lo mejor se ha retrasado en la botica de la profesora Hu —sugirió Xu—. Las tiendas cierran más tarde durante el verano.

Era tan buena explicación como cualquiera, pero una migaja de preocupación perduró. La presencia de Cernícalos en las calles se había incrementado desde la llegada de la princesa Yulana, y la imagen de todes eses magues desaparecides en sus ataúdes bajo el monte Zanhei persistía en la mente de Han.

—¿No creéis que podría tener problemas? —preguntó, mirando a Xu y a Jiyi. Les dos intercambiaron una mirada nerviosa.

—Qué va —replicó Xu—. Doña Brandi es lista. Seguro que se ha retrasado en el trabajo.

—Por no mencionar que es la Guardiana del Fuego —añadió Jiyi—. Puede ocuparse de todos los problemas que se le presenten.

—La cortesana parece muy segura —dijo Xu, volviendo a su discusión anterior—. ¿Cómo sabe que Zhara es la Guardiana del Fuego?

—Porque la hemos visto transformar a un monstruo en un mago —respondió Han en voz baja —. ¿No es esa la misma definición del poder de transformación? —Alzó la mano y fue bajando los dedos a medida que contaba los dones—. Transformación, transfiguración y transmutación. Se dice que le Guardiane del Fuego era capaz de transformar cualquier cosa en otra distinta, como aire en materia, piedra en oro e incluso seres humanos en magues o magues en humanes, al convertir la naturaleza de su ki. Sus almas.

Xu negó con la cabeza.

—Hemos visto a nuestra doña Brandi hacer cosas imposibles, eso lo admito, pero que sea una maga con unos poderes extraordinarios no significa que también sea una antigua guerrera elemental. —Frunció el ceño—. A menos que… ¿que esté *poseída* por el espíritu de le Guardiane del Fuego?

—¿Igual que un demonio posee a une mague? —reflexionó Jiyi, hurgándose los dientes—. Eso tendría sentido.

—Pero pensaba que les magues poseídes se convertían en abominaciones —señaló Han.

—No tiene por qué. Hay historias de magues poseídes que conservaban su forma y apariencia humanas. —La cortesana sacó lo que fuera que se le había quedado incrustado en las muelas y se lo lanzó a Xu, que gritó de asco. Agarró el montón de notas que había en el suelo a su lado y empezó a pasar las páginas—. Nadie sabe con exactitud lo que provoca la corrupción, pero las anotaciones de Li Er-Shuan señalan que el acto de la posesión es el acto de transformar la *esencia* de une humane en la de un demonio. Cuanto más poderoso sea el demonio, menos monstruoso será el resultado.

—¿Cómo? —preguntó Han. Jiyi se encogió de hombros.

—Supongo que es porque, cuanto más fuerte sea el demonio, más control tendrá sobre el vacío y su forma de manifestarse.

—No sabía que existía una jerarquía de poder entre demonios —comentó Xu.

—Yo tampoco, pero aquí —Jiyi señaló una página relevante— hay algo sobre los cuatro reyes de Tiyok, los únicos demonios, aparte de la madre de demonios, con título. —Soltó un gruñido de frustración—. El resto de las notas hace referencia a otro pasaje de *Canciones de orden y caos*, pero sin el texto fuente, voy perdida. —Con un quejido, apartó su trabajo a un lado y abrió varias teteras—. Intentar descifrar las notas de Li Er-Shuan es como intentar recordar los pasos

de una danza sin música. La mitad de lo que necesito no está.

Han se puso en pie y se dirigió a las ventanas que daban al precioso jardín sombreado en un patio privado detrás de Palacio Glicinia. Une niñe junto con su progenitore estaban dando de comer a las carpas del estanque.

—¿Qué creéis que les pasó a mi tío Li y a mi prima Ami? —preguntó en voz baja—. ¿Seguirán vives?

Recordó el círculo de ataúdes de piedra, llenos con los cuerpos de magues desaparecides. ¿Sería mejor o peor haber descubierto el cadáver del primo de su madre entre ellos?

—Han… —empezó a decir Xu, aunque Jiyi le interrumpió.

—Sí —dijo sin más—. Si Li Er-Shuan y su hija estuvieran muertes, ya habríamos encontrado *Canciones de orden y caos.*

—¿Por qué lo dices? —inquirió Xu con el ceño fruncido.

—¿Crees que les Guardianes del Amanecer son les úniques que buscan el libro? Hay gente por todos los Reinos del Alba a la que le encantaría echar un vistazo a *Canciones de orden y caos*, incluido el Caudillo y sus tropas. En el mercado negro valdrá una fortuna, donde tenemos contactos. De lo contrario, el Halconero ya habría montado todo un espectáculo con su destrucción.

Han se acordó con un sobresalto de su encuentro con la princesa Yulana en la biblioteca de palacio. Le había parecido muy reservada con su pájaro de ojos azules sobre el hombro y diciendo que buscaba un libro sobre astrología. ¿También buscaría *Canciones de orden y caos*? Y, de ser así, ¿por qué?

Xu silbó.

—Y yo que pensaba que *Cuentos del terso delta* era el texto más codiciado y prohibido de todos los Reinos del Alba.

Jiyi puso mala cara.

—No entiendo por qué gusta tanto a la gente. Escribí esos poemas en medio día después de haberme tomado varias tazas de té verde de jazmín. He escrito cosas mejores desde entonces.

Xu se atragantó.

—¿Tú? —gritó, tirando por la borda toda formalidad—. ¿Tú escribiste *Cuentos del terso delta*?

La cortesana se encogió de hombros.

—¿Qué pensabas que escribía?

—No sé. ¿Poemas de amor? ¿O novelas románticas?

—¿Alguien ha dicho «novelas románticas»? —preguntó Han con ganas.

—No empieces —dijo Xu y Jiyi puso los ojos en blanco.

—Bueno, ¿y qué tipo de libro es *Canciones de orden y caos*? —preguntó Han—. ¿Y por qué todo el mundo lo quiere conseguir?

La cortesana jugueteó nerviosa con el extremo de su fajín.

—Se rumorea —explicó en voz tan baja que apenas resultaba audible— que *Canciones de orden y caos* era el único texto que detallaba los rituales de invocación, vinculación y eliminación de espíritus.

—¿Espíritus? ¿En plan demonios?

Jiyi arrugó los labios.

—Los demonios se podrían considerar un tipo de espíritu, supongo, pero cualquier cosa que se relacione con el reino de lo intangible también se podría considerar un espíritu, incluides les Guardianes del Amanecer. —Y añadió—: Las leyendas, no nosotres.

Xu se rascó la cabeza.

—¿Por qué iba alguien a querer invocar a un espíritu? ¿Y si invocas por accidente a un demonio y lo sueltas por el mundo?

—Los rituales de invocación no funcionan así. Debe de haber intención y se debe llamar al espíritu por su nombre antes de vincularlo a un propósito. Cuando lo cumpla, se despachará o eliminará.

—Pero si ya tienes magia, ¿por qué vas a invocar a un espíritu? —preguntó Han.

La cortesana se encogió de hombros otra vez.

—Por muchas razones, supongo. Conocimiento, ganancias materiales. Los espíritus trabajan en el reino del Caos y su magia no está limitada por las normas del orden como la de un ser humano. Pero necesitan un recipiente para poder obrar magia en este plano de existencia. Hay cuentos sobre armas y objetos hechizados en los que un espíritu posee una cosa, pero cuando un espíritu posee a une mague… —No terminó la frase.

—Abominación —concluyó Han con tono lúgubre.

—Poder —susurró Xu—. Siempre quieren conseguir más poder, ¿verdad? Da igual qué parte de tu humanidad sacrifiques en el proceso.

Jiyi asintió.

—Por eso *Canciones de orden y caos* es el libro más codiciado y prohibido de todos los Reinos del Alba. Hasta la familia Mugung ordenó la destrucción de todos los ejemplares. Tenía mucho potencial para el mal, así que prohibieron esa práctica.

Han se acordó de Yao en la caverna, de cómo le onduló la piel y le brotó pelaje erizado y puntiagudo, de cómo había echado la cabeza hacia atrás para gritar de dolor mientras se convertía en un monstruo. Solo era un niño de diez años, la edad de Anyang, y su amigo.

—¿Qué me decís de Thanh y Yao? Solo eran niños cuando se convirtieron en abominaciones. No creo que estuvieran en las laderas del monte Zanhei haciendo círculos de invocación. No acabaron poseídos por voluntad propia.

—No —coincidió Jiyi—. Pero creo que está relacionado con las estructuras que encontramos en la cueva. Aunque todavía no he descubierto su propósito. —Se pasó los dedos por el pelo

enmarañado y un enorme bostezo casi le partió la cabeza en dos—. Estoy traduciendo los pictogramas que calcamos, comparándolos con mis diccionarios y las anotaciones de Li Er-Shuan, pero estoy bastante segura de que lo que vimos en el volcán es una especie de hechizo de invocación.

—¿Para invocar qué?

—¿No deberíamos preguntarnos *quién* está haciendo la invocación? —señaló Xu.

Jiyi negó con la cabeza.

—No —dijo con otro bostezo—. Recordad que todos los espíritus se invocan por nombre y están vinculados a un propósito. Importa más el motivo que el culpable.

31

La reunión con lord Chan iba, en todos los sentidos, bien.

La segunda esposa se deshacía en sonrisas mientras charlaba con su futuro yerno. Entretanto, el maestro Cao terminaba los detalles del contrato matrimonial de Suzhan. Zhara intentaba llamar la atención del pequeño librero, para ver si podía hablar con él una vez que concluyera el encuentro. Sabía que el maestro Cao había estudiado derecho en la universidad antes de abrir la librería, pero no sabía que aún proporcionaba servicios legales. ¿Había sabido que Zhara estaría allí? ¿Había ido a advertirla? ¿O se trataba de una sencilla coincidencia?

Su mente era un torbellino con pensamientos inconexos y la magia remolineaba en sus venas por la ansiedad. Al menos Yuli, el no-fantasma, había desaparecido en cuanto llegaron les demás. Zhara mantenía las manos juntas sobre el regazo, con la mirada baja, mientras el maestro Cao leía las últimas condiciones del contrato.

—La dote se acordará con la madre en forma de renta vitalicia —leyó el librero—, con la suma de diez mil monedas o el equivalente a cien medidas de peso de plata cada doce meses durante los siguiente sesenta años, a cambio del regalo de la mano de Xiao Suzhan, o hasta el momento en el que el dinero no sea necesario debido al fin de la vida natural de la madre.

Zhara se sobresaltó al oír la cantidad de dinero que lord Chan había accedido a entregarle a su madrastra. El sueldo que ella traía a casa por trabajar con la profesora Hu era menos de cien cobres por mes y, si la mitad no desapareciera por la garganta de la segunda esposa cada noche, las tres habrían vivido con comodidad solo con eso. O al menos tendrían suficiente para pagar el alquiler, llenarse el estómago y tener un poco de dinero de sobra para pequeños caprichos. Recordó las zapatillas de seda blanca en el sector de lujo del mercado. Pequeños caprichos.

—Su Eminencia es generoso —dijo la segunda esposa con tono adulador. Zhara se estremeció al oírla tan servicial, tan entusiasmada, tan… desesperada. No sabía qué era peor, los brotes de crueldad maliciosa de su madrastra o verla transformarse en una mujer mayor servil y necesitada junto a lord Chan.

—Y, en cuanto a la hermanastra de la novia —prosiguió el maestro Cao. Su mirada se apartó brevemente de la página para mirar a Zhara y luego regresó a ella—, se le proporcionará todo lo necesario para llevar una buena vida, incluido un acuerdo para un futuro matrimonio, con la condición… —Ahí el librero carraspeó con nerviosismo—. Con la condición de que acceda a unirse al hogar de la familia Chan como acompañante y doncella de la novia.

—No como concubina —se apresuró a añadir lord Chan—. Ni como criada. Una compañera para mi encantadora esposa, con la seguridad de que haré todo lo que esté en mi poder para cuidar de ella como haría un padre, incluyendo una dote para un futuro marido.

Lord Chan le dirigió a Zhara lo que él consideraría una sonrisa tranquilizadora, pero que solo le recordó a una rana engreída. El hombre tenía los rasgos ligeramente holgados y viscosos de un anfibio: labios demasiado anchos, ojos un tanto saltones y el omnipresente brillo de sudor por toda la piel. Ahora que lo había visto en persona, comprendía por qué Suzhan había dicho que estaba vacío por dentro. Nunca había conocido a una persona tan insípida, tan descolorida, tan escasa de personalidad. Había algo raro en la desidia que se reflejaba en el rostro de lord Chan; combinada con su palidez, daba la impresión de que un espíritu o un fantasma daba vida a un cadáver. Todo, desde su forma de hablar hasta su actitud, estaba modulado para ser lo más inofensivo posible y, aunque alguien podría haberlo atribuido a toda una vida de servilismo aprendido como ministro de palacio, Zhara no podía evitar pensar que aquello estaba calculado con astucia para ocultar algo más… oscuro. Un motivo tácito o una ambición, quizás, aunque no podía descifrar su naturaleza.

—La benevolencia de lord Chan no tiene parangón —canturreó la segunda esposa—. ¿Verdad, Jin Zhara?

Zhara se encogió al notar la atención de lord Chan en ella una vez más. Mantuvo los ojos fijos en las manos sobre su regazo, para intentar ser discreta, insignificante, invisible. Desde que se habían reunido para sentarse y beber, la mirada de lord Chan apenas se había apartado de su rostro; no la observaba con un interés lascivo, sino con un… anhelo vigilante. Debajo de la mesa, veía los parpadeos de su poder palpitar bajo la piel. Se tiró de las mangas demasiado cortas de la túnica demasiado prieta.

—Bueno, niña —le dijo lord Chan—. Dime. ¿Cuántos años tienes? ¿Cuándo naciste?

Sabía que su intención era ser amable, pero algo en su tono monótono hizo que la magia se retorciera y revolviera en sus venas.

Miró a Suzhan, que también mantenía la vista apartada de su futuro marido.

—Vamos —la apremió la segunda esposa—. Puedes responder directamente, niña.

Zhara tragó saliva.

—Tengo casi diecisiete años —susurró con voz queda—. Nací la séptima noche del séptimo mes en el año del Tigre.

Lord Chan se removió en su asiento y tamborileó sobre la mesa en un gesto de emoción.

—Bien, bien —murmuró—. Es la época justa.

Zhara lo observó con desconcierto, pero el hombre miraba a lo lejos. Parecía estar haciendo una especie de cálculo privado.

—¿Todo arreglado, pues? —preguntó la segunda esposa, sin poder ocultar el entusiasmo en su voz—. ¿Estamos de acuerdo con el nuevo contrato?

Suzhan se removió en su cojín; los omoplatos afilados sobresalían extraños en su nuevo atavío y las arrugas de la camiseta de seda y ramio seguían rígidas y limpias. Zhara veía que su hermana no estaba más feliz con esa nueva oferta de matrimonio que antes, pero no se atrevía a

rehusar por segunda vez. Costaba rechazar la generosidad de lord Chan, sobre todo porque había contratado a une tutore privade de cítara cuando descubrió la pasión por la música de su nueva esposa.

—¿Suzhan? —preguntó la segunda esposa con impaciencia.

—Sí, mamá —dijo en un hilillo de voz apenas audible—. Sí, mamá, estoy de acuerdo.

Al oír su consentimiento verbal, el maestro Cao trajo un platito de porcelana azul y blanco, sobre el que había machacado con cuidado una barra de cinabrio hasta convertirla en polvo para tinta. Una vez preparada la tinta, la segunda esposa no perdió el tiempo y metió el dedo índice para estamparlo en el papel. Lord Chan sacó un pequeño sello de jade de una bolsa de su cintura y estampó la insignia de su cargo en la página.

—Y ahora tú, tesoro mío.

Los ojos de Suzhan recorrieron la habitación. Su mirada rozó cada uno de sus rostros con tanta ligereza como la caricia del ala de una mariposa antes de aterrizar en el charco de tinta roja sobre el plato, brillante y vívido como sangre sobre la caoba. Zhara notaba el nerviosismo y las dudas de su hermana y, con un tremendo esfuerzo, mantuvo a raya su magia descontrolada antes de agarrarle la mano a Suzhan.

—¿Quieres firmar? —susurró.

Su hermana tragó saliva. Veía el conflicto en su semblante, el deseo de complacer, el miedo a la ira de su madre y la confusión sobre las intenciones de su futuro marido.

—¿Y tú qué, nene? ¿Quieres firmar?

—Pues claro que quiere —intervino la segunda esposa—. Nunca recibirá una oferta tan buena como esta. —Su sonrisa era engreída, triunfal—. ¿Verdad que no, Jin Zhara?

Zhara pensó en Han, en Xu y en Jiyi, que se hallaban a escasos metros de distancia en los aposentos de la cortesana. «Te llevaré a la Noche de los Siete». La chica que fue antes de conocer a Han en el mercado nunca se habría creído que acabaría sentada delante del regente de Zanhei con la oferta de acogerla en su hogar. De cuidar de ella. De proporcionarle ropa para ponerse, comida en el estómago, un techo sobre su cabeza e incluso, en el futuro lejano, un marido. La chica que fue nunca se habría atrevido a pedir más, nunca habría sabido que podía pedirlo.

«Ansías que te quieran, nene», le había dicho Suzhan.

Antes, el amor no había sido posible para alguien como ella. Una huérfana de legados mezclados (y maga) tendría suerte de encontrar a alguien con quien compartir sus secretos y, además, pedirle que los cargara por ella. El amor no era seguro para una persona como Zhara, la volvía más vulnerable. El amor y el ocio eran placeres que pertenecían a les privilegiades y a Zhara le costaba considerarse como alguien que merecía algo aparte de un breve descanso del sufrimiento. Las chicas de su clase no podían esperar más. Y una maga esperaba incluso menos.

Y, pese a todo, con Han no podía evitar esperar algo más.

Vivir, no solo sobrevivir.

Zhara se encontró con la mirada de la segunda esposa.

—No soy yo quien debe decidir, mimi —dijo en voz baja.

—Pero claro que lo eres, querida —replicó con fluidez lord Chan—. Nunca obligaría a nadie a formar parte de un contrato en contra de su voluntad. El consentimiento es lo más importante.

Una vez más, las palabras, el tono, el modo en que todo parecía calculado para tranquilizarla solo la pusieron más nerviosa que nunca. Notaba la mirada de su madrastra sobre su rostro.

—M-muchas g-gracias, lord Ch-chan —tartamudeó.

Él inclinó la cabeza en una imitación perfecta de un asentimiento grácil, aunque sus ojos saltones nunca abandonaron su cara. Había algo frío en su expresión; no en el sentido de que carecía de emoción, sino algo físicamente frío. Zhara tembló como si el bochorno del verano se hubiera convertido en la gelidez del invierno, como si le extrajeran el calor corporal de alguna forma. Su magia parecía parpadear y resistirse contra una brisa invisible. Zhara no sabía si avivar las llamas o apagarlas por completo.

—¿Y bien? —insistió la segunda esposa—. Firmad de una vez.

—Ayúdame, nene —le pidió Suzhan en voz baja y señaló con el dedo hacia donde estaba la tinta roja—. Firmaré.

Con manos temblorosas, Zhara acercó el plato azul y blanco a la mano derecha de su hermana.

—¿Estás segura? Y tu promesa, ¿qué?

Zhara no se atrevía a mencionar allí el pacto sobre vivir sus verdades, pero Suzhan lo entendió.

—La cítara —respondió y con los dedos tañó las cuerdas invisibles sobre la mesa.

—De acuerdo, mimi.

Con recelo, Zhara ayudó a mojar el dedo índice de Suzhan en la tinta y luego lo guio al lugar adecuado en la página.

—Aiyo. —Siseó Suzhan y apartó la mano, dejando un manchurrón en el contrato—. Algo me ha picado.

Zhara se llevó enseguida las manos relucientes al regazo, pero notaba la mirada inquisitiva de lord Chan. No, inquisitiva no. *Hambrienta.*

—Y ahora tú —dijo la segunda esposa y deslizó la tinta hacia Zhara—. ¡Terminemos con los acuerdos y vayamos a celebrarlo mientras haya luz! Esto requiere una copa, ¿verdad, lord Chan?

Llamó por señas a le criade que aguardaba junto a la puerta y ordenó una botella de vino de arroz para la mesa.

Zhara observó el espacio en el contrato para su huella mientras le criade traía el licor y las copas. Aunque el vino de arroz que servían en Palacio Glicinia seguramente fuera uno de los mejores de Zanhei, no creía poder soportar alcohol en ese instante. Recordó la última vez que había compartido una copa con su madrastra, junto con la imagen del enorme moratón púrpura en la mejilla de Suzhan. La ironía casi simétrica de todo le parecería graciosa si tuviera ese tipo

de sentido del humor.

—Mamá —dijo Suzhan en voz baja mientras le criade le servía una copa pequeña—. No sé si puedo bebérmelo.

—Tonterías. Eres lo bastante mayor para disfrutar de tu primer sorbo de adultez, querida. —Estiró el brazo y enroscó los dedos de su hija alrededor de la copa—. ¡Bebe, anda!

Suzhan empalideció cuando se llevó a los labios la copa, que temblaba y esparcía gotas. Al llegarle el olor a alcohol, arrugó la nariz e intentó no vomitar. Sin pensar en lo que hacía, Zhara asió la taza de su hermana y transformó el vino en agua.

—Despacio, mimi. El primer trago es el más difícil, como se suele decir.

Suzhan dio un pequeño sorbo y parpadeó de la sorpresa al tragar.

—¡Si sabe a agua! —Frunció el ceño al dejar la taza en la mesa y se giró hacia Zhara—. ¿Has hecho algo, nene?

—¡P-pues claro que no! —farfulló Zhara con nerviosismo. Suzhan entornó los ojos al oír su tartamudeo, aunque calló.

—Deprisa, niña —la apremió la segunda esposa—. La tuya es la última huella y luego podremos dar por zanjado este asunto.

Zhara mojó el dedo en la tinta roja, pero dudó, con la mano sobre la página. La tinta se acumuló en los remolinos de su dedo y cayó sobre la mesa en gruesas gotas rojas.

Era de color claro cuando aterrizó.

«Vivir, no solo sobrevivir».

—No… no puedo. —Con la mano limpia, Zhara empujó el contrato en la dirección de lord Chan—. Mis más sinceras disculpas, pero… creo que no puedo firmar.

El hombre la estudió con sus ojos saltones y el semblante inescrutable. ¿Era furia? ¿Curiosidad? ¿O sencillamente indiferencia?

—¡No! —La segunda esposa agarró la muñeca de Zhara y la obligó a acercar la mano a la mesa—. ¡No seas tonta, niña!

Los dedos de Zhara dejaron un manchurrón rojo, pero nada más tocar el papel desapareció enseguida. El pigmento se evaporó como agua. La segunda esposa chilló cuando la magia de Zhara la aguijoneó y se quedó mirando con estupor la quemadura de un rosa dorado en su palma hasta que desapareció.

—No pasa nada, querida —dijo con tranquilidad lord Chan—. No obligaré a nadie a aceptar un acuerdo en contra de su voluntad. Lo que sí que haré, por supuesto, es honrar el contrato con mi apreciada futura esposa. —Asintió con educación hacia Suzhan, pero la chica seguía estudiando la copa en sus manos; saboreaba el líquido sin cesar con el ceño fruncido—. Solo quería proveer para una huérfana sin madre, aunque no forzaré a nadie a aceptar mi generosidad como caridad.

La segunda esposa parecía desconcertada por la ecuanimidad de lord Chan y se esforzó por igualar su compostura.

—Claro, claro. Es que pensaba que… nuestro acuerdo… —Calló y entornó los ojos en dos puntos de desaprobación mientras examinaba a su hijastra.

—Nuestro acuerdo sigue en pie —respondió el hombre. Se giró hacia Zhara y le agarró la mano, que aún seguía brillando, antes de que pudiera apartarla. La alarma le recorrió la columna cuando se preparó para el inevitable grito de dolor o sorpresa, pero no llegó ninguno. En cambio, sintió que el contacto la drenaba de una forma extraña, como si algo le extrajera la magia. Había sentido eso mismo antes… de pie en medio del círculo de ataúdes en el monte Zanhei. Alzó la mirada con desconcierto para encontrarse con los ojos de lord Chan. No era mago, aunque había algo decididamente… insólito en él.

«Guardiana del Fuego… Conque aquí estás…».

Por primera vez desde su llegada, a Zhara le pareció percibir algo aparte de una cortesía insípida debajo de la expresión de lord Chan. Algo se movía en las profundidades de sus ojos, una oscuridad tan completa que tenía su propia presencia, un abismo, un vacío. Se le puso de punta el vello de la nuca al recordar la inteligencia extraña que había presenciado en los ojos de Thanh. Con un sobresalto, se dio cuenta de que reconocía la mirada del hombre que la observaba.

Era la mirada que había percibido en cada mague corrompide.

La mirada de un demonio.

32

Los últimos vestigios del sol desaparecieron debajo del horizonte y Zhara seguía sin llegar.

—¿Su Excelencia no cree que le haya pasado algo? —preguntó Xu con preocupación—. Entre les magues que desaparecieron y los Cernícalos pululando por las calles… ¿Y si…?

—Seguro que está bien —replicó cortante Han, que mantenía los ojos en la partida de gorrión que jugaba con su mejor amigue para pasar el rato. En la esquina, Jiyi dormía profundamente en su cama, con un brazo sobre la cara. Unos ronquidos fuertes y poco femeninos llenaban la habitación.

—No deberíamos quedarnos mucho más tiempo, mi príncipe —dijo Xu en voz baja, arrastrando una ficha y descartando otra—. No podemos seguir pagando a la guardia nocturna para que no hablen. Tarde o temprano, empezarán a correr rumores por palacio sobre nuestras excursiones a las Fosas y el distrito del placer y mi padre se enterará.

Han sacó una ficha del montón y reflexionó sobre su mano sin ver lo que sostenía en realidad.

—Esperaremos hasta la hora del atardecer —dijo, descartando una ficha al azar—. Luego volveremos.

—Pero para eso aún falta —replicó Xu, mirando por la ventana. A medida que se acercaban al solsticio, la hora del atardecer se retrasaba más y más cada día, un hecho del que Han pretendía aprovecharse—. Y no podemos dejar a Anyang solo tanto rato.

Han se encogió y la culpa cuajó sus entrañas de vergüenza.

—Hago esto por Anyang. Lo de trabajar con les Guardianes del Amanecer.

Su amigue lo estudió mientras sacaba una ficha y descartaba otra.

—¿De verdad? ¿O lo haces para pasar más tiempo con doña Brandi?

Han no contestó en su turno, y el silencio solo se vio interrumpido con el tintineo de las fichas contra la mesa, acompañado por los ronquidos de la cortesana en su cama.

—Han —dijo Xu con amabilidad—, estás…

— … prometido, lo sé.

Le dolía el estómago al pensar en la princesa Yulana. A pesar de todo, su prometida le caía bien o, mejor dicho, la respetaba. En otra vida, en otro mundo, a lo mejor podrían haber sido hasta amigues. Era divertido pelear con ella en el patio de entrenamiento y se imaginaba que sería más divertido aún ir de excursión juntes a la Ciudad de las Flores, pero su infame abuelo suponía un enorme obstáculo para cualquier tipo de intimidad o confianza que se pudiera formar entre elles.

Xu sacudió la cabeza.

—Iba a decir que estás jugando mal, aunque veo que tienes otras cosas en mente.

Han miró las fichas y las apartó.

—Me duele la cabeza. Descansemos un poco.

—Y yo que iba a ganar —se lamentó Xu, pero entonces juntó todas las fichas y las colocó en pulcros montones para la siguiente ronda—. ¿Quieres jugar a flores? —preguntó, sacando la baraja de un cajón en la mesa.

—No, me están dando calambres de pasar tanto rato sentado.

Han se puso en pie y empezó a estirar; se dobló por la cintura para tocarse los pies con los dedos.

—No es que no aprecie las vistas, mi príncipe —dijo Xu a su espalda—, pero une tiene la sensación de que Su Excelencia se está moviendo solo para evitar que su mente se mueva.

—No. No me llames Su Excelencia. No mientras haya gente que nos pueda oír.

Xu miró de refilón a la cortesana dormida, que estaba con la boca abierta y babeaba un poco mientras roncaba.

—Quieres decir que no te llame así si Zhara nos puede oír.

Han se estremeció mientras se agarraba los tobillos y notaba cómo estiraba las pantorrillas enteras y los isquiotibiales.

—Doña Brandi no está aquí —dijo en vez de responder la auténtica pregunta de su amigue. Xu suspiró.

—Tendrás que contarle la verdad en algún momento. Y creo que es mejor que se entere por ti que eres el heredero real de Zanhei que por otra cosa. Como los pósteres del compromiso.

—Creo que no habrá problemas en ese frente. Ninguno de los retratos se me parece.

—Esa no es la cuestión —replicó Xu con dureza—. La cuestión es que no puedes proseguir con esta doble vida, no sin que alguien pague el precio. Anyang, la princesa o doña Brandi acabarán sufriendo, y cuanto más alargues este engaño, más consecuencias habrá.

Han se estiró poco a poco y abrió las piernas a la altura de los hombros para dirigir la cabeza hacia la rodilla derecha.

—Lo sé. Es que…

Tenía miedo. Tenía miedo de que Zhara perdiera la luz de sus ojos cuando lo mirara. Tenía miedo de que no *viera* al chico, sino la corona. Para Zhara, solo era Han, y tenía un miedo espantoso a perder eso.

De repente, la puerta de los aposentos de Jiyi se abrió con un golpe. Una Zhara despeinada y con pinta de estresada apareció en el umbral y sobresaltó a Han en medio de sus estiramientos.

—Yah —gruñó la cortesana desde la cama—. Aquí hay gente que intenta dormir.

Pero Zhara no la oyó.

—Necesito —dijo, con voz supurando pánico— una forma de marcharme de la ciudad con mi hermana. De inmediato.

Han alzó la cabeza tan rápido que sintió un tirón en el cuello.

—¿Qué? —dijo, también con pánico—. ¿Marcharte? ¿Por qué?

Zhara tenía los ojos desorbitados.

—Porque el marido de mi hermana está poseído por un demonio.

El matrimonio, por lo que estaba descubriendo Han, era un asunto de lo más demoníaco, sin importar quién estuviera involucrade.

Zhara tardó un rato en tranquilizarse lo suficiente para relatar toda la historia. Dijo que se había retrasado porque había recibido un mensaje para reunirse con el futuro marido de su hermana a la misma hora que debía encontrarse con les Guardianes del Amanecer. A Han casi le dio un infarto porque le había parecido entender que Zhara había recibido un mensaje para reunirse con *su* futuro marido, que ella también estaba ocultando un compromiso secreto, y el alivio de no estar solo en su engaño fue repentino y dulce. Pero luego se percató de su error y el desprecio por sí mismo que le sobrevino fue vergonzoso y merecido.

Empezaba a darse cuenta de que sentir culpabilidad lo estaba convirtiendo en una persona horrible.

—¿Cómo sabes que el futuro marido de tu hermana está poseído? —preguntó Jiyi. En cuanto la palabra «posesión» abandonó los labios de Zhara, la cortesana se había despertado de su duermevela para estar alerta y pendiente. Fue una hazaña impresionante: Han no podía ni hilar dos palabras antes de su taza de té matutina—. Deduzco que el hombre no se convirtió en una abominación delante de tus narices en esta casa de té o nos habríamos enterado a estas alturas.

Zhara se examinó las manos, que brillaban ligeramente en la tenue luz. Han recordaba cómo se habían encendido en llamas en la escalera oscura del monte Zanhei y estiró el brazo para agarrarle los dedos, pero se lo pensó mejor. Xu lo miró con curiosidad y Han bajó los brazos al regazo. Notaba que las mejillas se le coloreaban por la vergüenza.

—No… No estoy segura —admitió la chica—. Lord Chan no se parecía a les otres magues que he conocido, como Thanh o ese niño que rescatamos de las cavernas bajo el volcán. De hecho, no sabría decir gran cosa sobre él. —Frunció el ceño—. Ha sido muy raro… Mi hermana me contó que ese hombre estaba vacío por dentro y no comprendí lo que quería decir hasta que lo conocí en persona. —Se estremeció y el parpadeo de una llama recorrió su silueta antes de desaparecer—. Pero cuando… cuando me agarró la mano, fue como si no estuviera hecho de nada, solo vacío. Un abismo muy, muy profundo que me extraía la magia.

Jiyi entornó los ojos.

—Eso no suena a mago corrupto, sino a…

No terminó la frase. Le sobrevino un pensamiento repentino y empezó a rebuscar entre los montones de papeles repartidos por el suelo.

—Hay algo raro en él —susurró Zhara—. Y tengo miedo.

—¿Tu hermana puede negarse de alguna forma? —preguntó Xu con compasión—. ¿Para que no se casen?

Zhara negó con la cabeza.

—Suzhan ya ha estampado su huella dactilar en el contrato.

Xu se rascó la barbilla.

—Lord Chan… Me pregunto si estamos emparentades. Chan es un apellido bastante común, pero no hay demasiadas personas Chan con sangre noble en el sur.

—Lord Chan es un ministro de alto rango en el palacio. —Una minúscula arruga de concentración apareció entre sus cejas—. Pero no puedo recordar su título exacto.

Al otro lado de la mesa, la piel de Xu había adquirido un tinte grisáceo debajo de su colorete.

—¿No será el chanciller de Zanhei por casualidad?

Zhara arqueó las cejas de la sorpresa.

—Diría que sí. ¿Cómo lo sabes?

—Porque… —replicó elle con voz rota—. Porque el chanciller es mi padre.

Un silencio atónito reinó en los aposentos de Jiyi.

—¿*Tu* padre es el regente de Zanhei? —preguntó la cortesana con incredulidad. Había detenido su examen de un libro grueso titulado *La primera guerra de Tiyok*. Xu asintió con pesar, aturdide—. ¿Y tú? ¿Quieres compartir algo más? ¿Acaso tu padre es el príncipe de Zanhei y eres en realidad el heredero real? —Han se estremeció. Notaba que la sangre le desaparecía de la cara ante la acusación, pero Jiyi estaba tan molesta que ni se fijó—. Maravilloso. Ahora va y se me ha olvidado lo que estaba buscando. —Cerró el libro de golpe y lo tiró por encima del hombro—. ¿Lord Chan es mago? —le preguntó a Zhara—. Porque un mago de alto nivel en el palacio sería maravilloso para nuestra pequeña organización secreta.

Zhara se masajeaba el dorso de la mano sin pensar, como si intentara borrar el roce de otra persona.

—No… no lo sé. Creo que no. No lo *sentí* como un mago, eso seguro. —Miró a Han—. Ni tampoco parecía un antimago.

—¿Y qué sentiste? —preguntó Xu en voz baja. Seguía pálide bajo el maquillaje, aunque un poco de color había regresado a sus mejillas.

—Pues… nada.

—¿Nada? —Han frunció el ceño—. ¿A qué te refieres?

Zhara tenía los ojos vidriosos mientras miraba a lo lejos.

—En plan… nada. No parecía humano, ni mago ni nada vivo, la verdad. —Jugueteó con el dobladillo deshilachado de los pantalones y sacó hilos sin pensar—. Solo… vacío hecho carne.

—Ese parece mi padre, sí —dijo Xu con pesar—. Un agujero negro carente de sentimiento.

Han intentó llamar la atención de su amigue, pero Xu evitaba con cuidado su mirada. Sabía

cuánto podía fingir su actitud frívola, una máscara de alegría para ocultar sus auténticos sentimientos.

—¡Ah! —Jiyi se puso en pie de un salto y corrió hacia el libro que había tirado con tanto descuido antes—. Ya recuerdo lo que buscaba. Mientras tanto —dijo, pasando con furia las páginas—, deberíamos pensar en cómo sacarlas a tu hermana y a ti de Zanhei.

—¿Podéis hacerlo? —preguntó Han, sorprendido.

—La profesora Hu dijo que les Guardianes del Amanecer ayudaban a les refugiades a escapar —respondió Zhara en voz baja—. Por lo general, a las tierras del oeste más lejano.

Algo en la frase «las tierras del oeste más lejano» liberó un recuerdo en la mente de Han, como hojas de otoño cayendo al suelo. Le sobrevino el aroma a manzana, dulce, intenso y agrio en el fondo de la garganta. Vinagre. Tinta secreta. El tío Li.

—¿Es ahí a donde van todes les magues que huyen de Zanhei? —preguntó. Recordó a les escribientes desaparecides del maestro Cao y que el librero se negaba a decirle a dónde podían haber huido.

—En general, sí. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Crees que es ahí donde pueden estar ocultándose el tío Li y su hija?

La cortesana reflexionó un momento sobre aquello.

—Es posible. Por allá hay tantas tribus y clanes que se tardaría varios años en investigarlas todas en busca de un astrólogo desaparecido y su inteligente hija. Y el territorio es tan grande que nunca se ha hecho un mapa como es debido. Aunque, si Li Er-Shuan escapó al oeste más lejano, lo que me preocupa es que no se lo contase a les Guardianes del Amanecer. Podríamos haberlo ayudado.

—¿Cómo? —preguntó Zhara—. ¿Cómo conseguís sacar gente a escondidas de Zanhei?

—Existen múltiples formas. Y todo depende de la situación. Les Guardianes del Amanecer han aprendido a ser ingenioses y flexibles con los años. De hecho, la próxima caravana de refugiades sale de la ciudad en la Noche de los Siete.

Han sintió una punzada de decepción. Quería llevar a Zhara a las celebraciones de palacio.

—Ah. —Notó que Zhara lo miraba con melancolía y supo que había sentido el mismo pesar—. ¿Tan pronto?

—Bueno, los Hermanos Bangtan estarán en la ciudad esa noche —explicó Jiyi—. Son esenciales a la hora de ayudar a les Guardianes del Amanecer a extraer magues de un modo seguro.

—¿Los Hermanos Bangtan? —exclamaron Zhara y Xu a la vez e intercambiaron una mirada de asombro.

Xu sonrió.

—*Yo soy tú* —cantó y alargó el dedo índice.

Ella lo tocó con el suyo.

—*Tú eres yo* —cantó con una voz ronca de lo más adorable, aunque un tanto desafinada.

—Uf —intervino la cortesana con un tono asqueado—. ¿Qué es eso?

—Un verso de una de sus baladas —explicó Xu—. Un momento. ¿Desde cuándo los Hermanos Bangtan trabajan para les Guardianes del Amanecer?

—Desde hace unos años ya. Al parecer, todos son magos.

—¿Lo son? —exclamó Zhara—. ¡No me extraña que sus actuaciones parezcan tan mágicas?

—¿Las actuaciones son su coartada? —inquirió Han con interés. Le encantaban las historias de espías.

—Sí y no. Por lo que sé, los Hermanos Bangtan adoran actuar de verdad. Pero, más que eso, nadie se pregunta por qué una compañía ambulante está en un sitio en concreto ni por qué necesitan pases imperiales para atravesar el reino. Pasan desapercibidos.

—Yo no diría precisamente que los Hermanos Bangtan pasan *desapercibidos* —musitó Xu—. Son los actores más populares en los Reinos del Alba.

Jiyi frunció el ceño.

—¿Cuán populares dirías que son?

—Mucho. Su última actuación se llenó tanto que tuvieron que impedir el paso a algunas personas.

Zhara arrugó los labios.

—Yo diría que son bastante populares, sí. Aún hay gente que mira los tablones del mercado por si aparece un anuncio de su siguiente actuación en Zanhei. Si se enteran de que van a venir, habrá turbas de gente pidiendo entradas al baile de máscaras.

La cortesana mordisqueó el extremo del pincel con aire distraído.

—Mmmm, esa popularidad en aumento podría ser un arma de doble filo. Les hemos dicho que actuaran lo más discretamente posible para no llamar una atención indebida hacia sus actividades relacionadas con nosotres.

—Es difícil impedir que su talento impresione a la gente —dijo Zhara—. En las Fosas se sigue hablando de su interpretación de *Poema para las cosas pequeñas.*

—Y pensar que hemos estado trabajando con los Hermanos Bangtan todo este tiempo y nadie nos lo ha dicho —se lamentó Xu—. Quiero un autógrafo del más guapo desde que lo vi como protagonista de *Los momentos más hermosos en la vida.*

—¿Pero no son todos «el más guapo»? —preguntó Han con desconcierto. Recordaba la actuación del Ciclo del Sol que habían hecho el año anterior, aunque no podía rememorar sus rostros individuales, más allá de una idea general sobre su atractivo abrumador e intimidante—. Pensaba que todos eran guapos.

—Madre de demonios —replicó Jiyi con fastidio—. En fin, la buena noticia es que tenemos una forma de sacarlas a tu hermana y a ti de Zanhei. Por desgracia, la mala noticia es que toda la ciudad estará pendiente de vuestra vía de escape durante la Noche de los Siete. Ah. —Apoyó un

dedo en la página del libro que había estado leyendo y la arrancó—. Aquí está.

—¿Qué es? —preguntó Zhara—. ¿Qué estamos buscando?

—La descripción de cómo posee un demonio superior.

—¿Un demonio superior?

—Sí —dijo Jiyi, estudiando la página—. Dice aquí que la posesión por parte de uno de los reyes de Tiyok es la manera de corrupción más maliciosa, porque el demonio superior puede ocultar su auténtica forma en el cuerpo de un ser humano en vez de transformar a su huésped en algo impío y siniestro.

—Así que lo que está diciendo la preciada mujer —dijo Xu, con los labios exangües— ¿es que uno de esos reyes de Tiyok puede poseer a alguien sin que nos enteremos?

La cortesana asintió.

—Solo el contacto con une Guardiane del Amanecer puede revelar —miró a Zhara de forma significativa— ese vacío hecho carne.

Xu abrió la boca, pero la cerró de nuevo.

—Disculpadme un momento —dijo con sequedad—. Necesito que me dé el aire.

Se puso en pie, deslizó la puerta de los aposentos de Jiyi con un movimiento fluido, se calzó los zapatos y desapareció por el pasillo.

—¿Está bien? —preguntó Zhara. Han se levantó.

—Iré a por elle. Tiene muchas cosas que procesar ahora que ha descubierto que su padre podría ser un demonio en el sentido literal y no solo en el metafórico.

33

Los últimos rayos de sol veteaban el cielo crepuscular cuando Han salió al fin de las profundidades del Palacio Glicinia a solas.

—¿Xu estará bien? —le preguntó Zhara, nerviosa. Se había quedado esperando en la sala de recepción principal de la casa de té después de que Jiyi la despachase para dormir.

—Creo que sí. O eso espero, al menos.

—¿Necesita compañía?

Han negó con la cabeza.

—Dice que quiere estar sole.

—¿Y estará a salvo?

El chico reflexionó su respuesta.

—Creo que sí. Xu es muy capaz. Al fin y al cabo, ha conseguido mantenerme con vida muchos años. —Sonrió mostrando los hoyuelos, aunque la sonrisa no le llegó a los ojos—. Bueno, déjame acompañarte a casa, doña Brandi. Hace una tarde maravillosa y sería una lástima pasarla solo.

Aunque era tarde, las calles seguían llenas de compradores y turistas procedentes de otras partes de los Reinos del Alba que examinaban productos y aprovechaban hasta la última gota de luz solar mientras el cielo siguiera iluminado.

El aire era almibarado con la pegajosa humedad de mediados de verano, pero el calor insoportable se había disipado para dar a su paso un entorno agradable y casi sensual. Han y Zhara pasearon por el distrito de lujo de camino a la ciudad. Mezclados con el atardecer lavanda y dorado, los faroles encendidos le proporcionaban a todo una cualidad neblinosa, como de ensueño.

Zhara estudió a les compradores bien vestides a su alrededor, muy consciente de la suciedad de su túnica raída y de sus pantalones, que la hacían destacar como una mala hierba entre las flores silvestres. En esa parte del mercado, todo parecía, olía y destilaba dinero. No, dinero no: *riqueza*. Hasta el aire era más rico allí, más ligero y complejo que a unas calles de distancia; emanaba un ligero aroma a incienso, sándalo, ylang-ylang y jazmín. Los aromas pesados a cebolla frita, grasa, arroz y carne grasienta no se alejaban mucho de las tiendas y restaurantes que servían comida, como si se avergonzaran de recordar a la gente un acto tan mundano como comer. A Zhara se le hacía la boca agua con todo aquello; sentía un dolor agradable en el estómago que no tenía nada que ver con el hambre y sí con el deseo.

—Bueno. —Han carraspeó a su lado—. ¿Has decidido qué llevarás al baile de máscaras de la Noche de los Siete?

—¿Voy a ir? —preguntó Zhara, sorprendida—. Pensaba que mi hermana y yo nos marcharíamos con los Hermanos Bangtan esa noche.

—Ah, ya —replicó él con vergüenza—. Se me había olvidado. Es que… te dije que te llevaría al baile y quiero mantener mi promesa.

Notó en el pecho una calidez que no tenía nada que ver con el calor del verano ni con la magia y mucho con el ardor de sus sentimientos por Han.

—Ah, bueno —dijo, intentando que la Risita de Gente Guapa no se apoderase de ella—. A lo mejor habrá tiempo para un baile.

Él le dirigió una sonrisa torcida, con el hoyuelo izquierdo más profundo que el derecho.

—¿Sabes? Nunca había tenido ganas de ir al baile.

Zhara bajó la mirada, sobrepasada por la Risita.

—Y yo nunca he ido. Pero tengo ganas de ir contigo, maestro Ciruela.

Fiel a su nombre, Han se tornó de un intenso carmesí que, en la creciente oscuridad, parecía casi púrpura.

—Bueno —repitió, arrastrando los pies con torpeza mientras paseaban juntes por entre los puestos del mercado—. ¿Has decidido un disfraz?

—¿Un disfraz?

—Es un baile de máscaras. Todo el mundo se disfraza, aunque sea con una sábana por la cabeza para hacerse pasar por fantasma.

—No… no lo había pensado —admitió Zhara—. Supongo que no pensé que iría de verdad.

Han se llevó una mano al corazón.

—Me haces daño, doña Brandi.

Ella sacudió la cabeza.

—No he dudado de tu palabra —dijo en voz baja—. Pero… es que nunca me he atrevido a pensar que mis sueños se harían realidad.

El semblante de Han se suavizó cuando la contempló con esos ojos tan grandes y redondos, tan corteses y sinceros.

—¿Por qué no?

Zhara intentó mirarlo a la cara, intentó reunir valor para no apartar los ojos de la manifiesta amabilidad que veía reflejada en ella.

—Porque, durante mucho tiempo, no sabía que *podía* soñar. Que podía desear y querer cosas que no fueran necesarias. Un techo sobre mi cabeza, ropa para ponerme y comida en el estómago.

Han guardó silencio un rato largo.

—¿Sabes por qué me fijé en ti delante de la librería del maestro Cao el día en que nos conocimos?

A ella le sorprendió que se acordara de la primera vez que la vio. Zhara apenas recordaba la

primera impresión que tuvo de Han.

—No. ¿Por qué?

—Mirabas los libros expuestos con… anhelo —dijo, y Zhara vio que tenía las orejas más rojas que el resto del cuerpo—. Y eso me atravesó el alma, porque yo nunca he anhelado gran cosa. Excepto, quizá, ser un chico normal y corriente. Fue tu anhelo lo que te tornó hermosa ante mis ojos. Tu deseo hizo que el mundo creciera y se llenase de posibilidades.

Algo ligero y luminoso revoloteaba entre las costillas de Zhara y le provocaba unas dulces cosquillas. Quería reír, quería llorar, quería hacer las dos cosas a la vez.

—Oh —dijo con voz temblorosa—. Me temo, maestro Ciruela, que no puedo decir lo mismo, ya que apenas recuerdo nuestro primer encuentro. Bueno, excepto por los Cernícalos. Y el libro de magia.

—Ya. —Han se pasó una mano por la nuca con nerviosismo—. Supongo que eso estropeó un poco las cosas. —Tosió—. Bueno, sobre el disfraz. Podemos buscarlo aquí. Parece que hay muchas tiendas que venden ropa y conjuntos. Podría… ir contigo a comprarlo, si quieres. Para darte… eh… mi opinión.

Zhara sonrió.

—Sería un honor, maestro Ciruela.

Se tomaron su tiempo para examinar los puestos de ropa. Un precioso conjunto de camisa y falda blanco y rosa llamó la atención de Zhara. Han, al percibir su interés, la animó a preguntar a le mercadere si se lo podía probar. Al principio, le mercadere no estuvo muy dispueste a atenderla, pero cuando sacó la pepita de plata del bolsillo, enseguida transigió. Su comportamiento cambió de inmediato, se tornó más servil y adulador.

Cuando Zhara se probó el conjunto rosa y blanco, cerró los ojos para deleitarse con la sensación suave, casi escurridiza, de la seda sobre su piel. Deleitarse. Deleite. Se preguntó qué se sentiría al llevar prendas así todos los días. Su atuendo habitual estaba hecho de lino áspero que se había suavizado de tanto llevarlo. Hacía tiempo que no se fijaba en la picazón de una nueva camisa o unos nuevos pantalones, que no sentía vergüenza por su ropa desaliñada. ¿Acaso el lujo de la seda también se volvería ordinario si la llevaba de forma habitual?

—Espléndido —canturreó le mercader. Le prendió una orquídea de seda blanca en el pelo y la llevó ante un espejo de bronce de cuerpo entero—. ¡Qué bien queda este tono rosa en la piel oscura de le cliente!

Zhara se halló de repente en medio de una lluvia de halagos: sobre el tono oscuro de su piel, sobre la redondez de sus ojos, sobre su cabello abundante; cumplidos sobre todos y cada uno de esos rasgos que en el pasado habían sido menospreciados.

Sin embargo, no fue la ropa lo que atrapó la atención de Zhara, sino su rostro. Aunque de vez en cuando había vislumbrado algún atisbo de su reflejo en la superficie inmóvil de un estanque o un pozo, nunca se había visto conforme la veían otras personas. La chica que le devolvía la

mirada en el espejo se movía cuando ella lo hacía, parpadeaba al mismo tiempo, ladeaba la cabeza a la vez, pero Zhara no podía relacionar a la persona frente a ella con la imagen que tenía de sí misma. Siempre se había definido comparándose con quienes la rodeaban: pequeña, apagada, oscura, tímida; pero la chica en el espejo no era ninguna de esas cosas.

La chica que tenía delante era *guapa.*

Ella era guapa.

La mirada de Zhara se encontró con la de Han en el espejo y, con un sobresalto, se percató de que no necesitaba su reflejo para decirle que era hermosa. Solo tenía que verse reflejada en los ojos de Han, en la expresión ligeramente sobrecogida y atemorizada de su rostro. Bajo esa mirada, Zhara comprendió que se había *sentido* hermosa mucho antes de saber que era hermosa de verdad, porque Han la *veía* conforme era.

—¿A le cliente le gusta? —preguntó le mercader con nerviosismo—. Si no, ¡tengo muchas más opciones que podrían ser de su agrado!

—No, me encanta —graznó Zhara, pero hablaba al Han del espejo, no a le mercader a su lado.

Emocionade, le vendedore se fue a calcular el precio y Zhara lo pagó sin pensárselo dos veces. Se sorprendió cuando le mercadere le devolvió una bolsa llena de monedas. Le dijo que era el cambio, un concepto desconocido hasta entonces para Zhara. No sabía que alguien podía poseer más dinero de lo que valía algo. Le mercadere dijo que el conjunto estaría listo dentro de dos días, momento en el que Zhara podía ir a recogerlo.

—Y ahora una máscara —dijo Han—. Porque esa es la parte importante de una mascarada, claro.

Estaban pasando junto a una tienda que vendía máscaras talladas a mano cuando une vendedore rollice de estatura baja, mediana edad y con unas mejillas suaves y sonrientes salió de la parte trasera.

—¡Bienvenides, clientes, bienvenides! —dijo con alborozo—. ¡Bienvenides al Emporio Mágico de la señora Wen!

La palabra «mágico» les provocó un escalofrío, pero Han y Zhara sonrieron con educación a la vendedora, que parecía ofrecer una colección desordenada de diversos cachivaches y trastos. Examinar su mercancía era como una aventura; nunca sabían lo que iban a encontrar en cada momento.

—Este sitio es increíble —murmuró Han—. Hay muchas cosas que no sabía que necesitaba hasta ahora. —Agarró un pequeño sombrero-paraguas y se lo puso en la cabeza—. ¡Qué ingenioso! ¡Para cuando llueve y necesito tener las manos libres!

Zhara rio.

—¿Tienes planeado asistir al baile de máscaras disfrazado de paraguas?

Han examinó el sombrero con ojo crítico.

—No sería el peor disfraz que me han hecho llevar. Un año, a mi madre le pareció buena idea

vestirnos a mi hermano pequeño y a mí como pastelitos de arroz al vapor con sombreros de hojas de plátano.

—¡Qué adorable!

—Lo era —replicó Han con acritud—. En mi hermano pequeño. Yo, por mi parte, tenía diez años.

Guardaron silencio mientras revisaban la colección de la señora Wen. La vendedora permanecía solícita detrás de elles por si encontraban algo que les gustase.

—Ooh, ¿qué es esto? —Han sacó un libro fino de una estantería y lo abrió—. *Treinta y seis posiciones del pétalo y el estambre*. ¿Poesía?

Zhara retorció los labios.

—Pornografía.

—¿Eh? He leído *Cuentos del terso delta* —fardó Han—. Seguro que este no se acerca a… Ay, cielos. —Cerró las páginas y lanzó el libro al otro lado de la tienda, presa del pánico—. ¿Y lo tienen… por ahí, donde cualquiera puede leerlo?

—He oído que los libros eróticos son muy populares en la parte moderna de la ciudad —bromeó Zhara—. Seguro que debe de haber una colección impresionante en los aposentos del heredero real.

—¡Ja! Ni por asomo.

Pasaron unos minutos más escarbando, hasta que Zhara encontró una máscara que combinaba con su conjunto, de madera pintada de blanco y con nenúfares rosas y amarillos. Llamó a la vendedora para comprar la máscara y, mientras esperaba la cuenta, se quedó mirando una bandeja con pendientes que relucían a la luz de las lámparas.

—Ah, sí —comentó la señora Wen, aprovechando el momento para charlar más—. Veo que le cliente está interesade en esos pendientes. ¡Qué gusto más exquisito! Se dice que los collares decoran la ropa, pero que los pendientes decoran el rostro. ¡Y qué rostro más hermoso tiene le cliente!

Zhara se llevó las manos a las orejas.

—Ah, n-no —tartamudeó—. No tengo agujeros.

Se acordó de cuando la segunda esposa la obligó a sostener a Suzhan de bebé, que se retorcía y gritaba, mientras la mujer le clavaba sin piedad una aguja caliente en los lóbulos de la oreja. Reprimió el escalofrío con una sonrisa.

—Un momento. —La señora Wen sacó un par de pendientes de jade y agarró la mano de Zhara—. ¡Compre un par y agujerearé las orejas de le cliente gratis!

Zhara tardó un rato en liberarse de las garras de la vendedora entusiasta. Con los brazos cargados de paquetes y los bolsillos más ligeros, Han y ella emprendieron la marcha hacia el puente del Loto y la ciudad de Zanhei. Ya se había hecho de noche por completo y les turistas compraban y enviaban farolillos de deseos al cielo.

—Espera un segundo —dijo Zhara cuando pasaron junto a la tienda que vendía esos zapatos de seda blanca que tanto quería. Seguían sin venderse y estaban expuestos; el blanco de la seda había adquirido un tono cálido por los faroles de fuera.

—Yah, has vuelto —gruñó le mercader—. Si los tocas, los compras.

—¿Cuánto cuestan? —preguntó de nuevo y fue a agarrar el monedero con lo que quedaba de la pepita de plata.

—Trescientas monedas.

Zhara bajó la mano y abrió la boca al oír la suma exorbitante.

—¿Trescientas?

Era mucho más dinero del que tenía, mucho más de lo que la pepita había valido.

—Toma —dijo Han. Metió la mano en el fajín y sacó un pesado monedero. Dejó caer un lingote de oro en la mesa delante de le mercadere.

—Ay, Han. No hace falta que…

—¡Mi señora necesita unos zapatos que combinen con su vestido! —Pero cuando Zhara abrió la boca para protestar de nuevo, él alzó la mano para que no hablara—. Por favor. No pude darte una copia de *La doncella amada por la Muerte*. Al menos déjame darte esto.

Las lágrimas le escocían en los ojos y parpadeó rápido para contenerlas. Nadie le había hecho un regalo jamás y la alegría fue casi tan dolorosa como la pérdida. Han se arrodilló para guiar su pie hacia su nuevo zapato. Alzó la mirada hacia ella, *viéndola* de verdad.

—Ya está. —Sonrió, con arrugas en los ojos, hoyuelos en las mejillas y surcos en la nariz—. Preciosa.

Zhara juraría que no se refería al calzado.

Siguieron paseando por el mercado cubierto y era como andar sobre nubes, tanto literalmente, porque iba con los zapatos nuevos, como metafóricamente, por su corazón. De les vendedores amarrades a los canales emanaban aromas dulces a panecillos de huevo al vapor, barba de dragón y otras golosinas, mientras que otros botes vendían máscaras pintadas y bengalas para otorgar un aire festivo a las calles. Celebraciones tempranas para la Noche de los Siete. Zhara observó cómo varies jóvenes se arremolinaban alrededor de une vendedore ambulante que ofrecía farolillos de deseos y velas flotantes. Les chiques escribieron sus deseos en la parte externa de los faroles de papel y luego se acercaron al muelle para soltarlos al aire. «Riquezas», decía uno. «Una vida feliz», decía otro. «Casarme con un hombre guapo». «Salud para mi abuela». «Buenas notas en el próximo examen».

—¿Te compro un deseo, doña Brandi? —le murmuró Han al oído. Zhara se sobresaltó al ver que estaba tan cerca.

—¿Qué? —dijo sin aliento, atrapada entre el deseo de apartarse y el de acercarse más.

—El otro día vi que observabas los faroles flotando hacia el cielo. Y he pensado que podría ayudarte a hacer realidad un deseo.

Zhara se mordió el labio mientras consideraba su oferta. Era un gesto simple, aunque amistoso; un acto de generosidad de alguien que lo sabía y no lo sabía a la vez, pero acabó dudando. El recuerdo de su casi beso aún la perseguía y, al cabo de un momento, se percató de que tenía miedo. No de que Han le hiciera daño, sino de su amabilidad. Podía perderse en esa amabilidad. Podía perderse en la esperanza de que tal vez significase algo más.

—No, no pasa nada. Tampoco sería importante —dijo con una risa despectiva—. No sé ni qué pedir.

Recordó la promesa que le había hecho a Suzhan, de que seguiría su verdad. Su sueño de ser amada. Le parecía un deseo muy trivial, muy frívolo, pero no podía evitar ansiar hacerlo realidad.

—¿De verdad? —Han observó alejarse el flujo constante de deseos, como un río de estrellas hacia el cielo—. A mí se me ocurren muchas cosas.

Zhara lo examinó por el rabillo del ojo. Las líneas de su perfil, iluminadas por el suave resplandor de los faroles flotantes, eran limpias y afiladas, pero la suavidad permeaba su mirada mientras observaba el cielo.

—¿Y qué desearías tú, maestro Ciruela?

—¿Tengo que elegir solo una cosa?

—Solo una —asintió Zhara. Han se giró para mirarla de frente con ojos serios. Para variar, la Risita de Gente Guapa no le subió por la garganta, sino que se marchitó ante la intensidad de su atención.

—Desearía… —susurró—. Desearía haber tenido valor para besarte como era debido la noche que te acompañé a casa por primera vez.

Zhara inhaló aire con fuerza. Los ojos de Han no se apartaron de los suyos; buscaban una respuesta a una pregunta que ella desconocía. El chico estaba muy cerca, con el rostro inclinado hacia ella. Zhara se estremeció con un deseo tan fuerte que dolía. Todo dolía. Y lo que más dolía era la esperanza. Han se acercó más, y más, y más aún, y fue como si fuera a acercarse para siempre sin llegar a tocarla jamás.

Sus labios se rozaron, vacilantes, inseguros, tímidos.

Hasta que Zhara se apretó contra él para ahondar en el beso. Las manos de Han le rozaron la cadera, aunque ella no sabía si para acercarla más o para apartarla. Era tan tímido, tan gentil, que le ablandaba el corazón con su ternura. Pero Zhara era codiciosa. Quería más. Gimió y agarró la parte delantera de la túnica del chico con los puños. Él la envolvió y estrechó con sus brazos.

Cuando al fin Zhara consiguió abrir los ojos, descubrió que él la estaba mirando, un poco disperso, con una sonrisa bobalicona y torcida. Los hoyuelos apenas se habían manifestado, pero cuando lo besó de nuevo y se apartó, vio que Han arrugaba la nariz de tanto que sonreía y los hoyuelos hacían gala de todo su esplendor.

—Wah —jadeó él.

—Eso —susurró Zhara y, para su espanto, la Risita de Gente Guapa apareció de la nada, como si brotara de un pozo invisible de felicidad.

—Eh… —dijo Han, parpadeando con desconcierto—. ¿Qué te hace tanta gracia?

—N-nada —respondió Zhara, intentando controlar las carcajadas—. E-es que, v-verás… —Otra ráfaga de risitas—. Me r-río mucho c-cuando hay gente g-guapa cerca.

Han parecía satisfecho cuando se inclinó a apartarle el pelo de la mejilla.

—¿Ah, sí? —Sus labios se hallaban a menos de una respiración de distancia—. Me siento halagado. —Su mirada se suavizó—. Estás llorando —dijo con veneración y le limpió las lágrimas con los pulgares.

Y lo estaba, qué sorpresa.

—Sí, sí que estoy llorando.

—¿Por qué?

Zhara soltó una carcajada acuosa.

—Porque, por una vez en mi vida, estoy viviendo en vez de dedicarme a sobrevivir. —Han apartó entonces las manos y ahogó un grito—. ¿Qué pasa?

El chico alzó las manos hacia Zhara.

En ellas, brillantes bajo la luz de la luna y reluciendo con la miríada de colores arcoíris de los fuegos artificiales, había varias perlas de agua dulce, todas con la forma perfecta de una lágrima de felicidad.

Tercera Parte

LA NOCHE DE LOS SIETE

34

Pasaba de la medianoche cuando Zhara llegó al fin a su hogar. Todas las luces en su casita destartalada estaban apagadas, lo que significaba que la segunda esposa había salido esa noche o bien ya estaba dormida. Una sensación de vértigo atravesó a Zhara cuando tropezó en el portón del jardín. Entró en la cocina, cargada con las compras del mercado. Ni siquiera saber que tendría que levantarse al cabo de unas pocas horas para preparar el desayuno le aguó el ánimo. No, con el amanecer la Noche de los Siete, y el resto de su vida, estarían más cerca. Al día siguiente le diría a Suzhan que no necesitaba casarse con lord Chan, que su nene había encontrado una forma de que las dos vivieran su verdad.

—Nene.

Zhara dejó caer los paquetes con un sobresalto. Sentada en la completa oscuridad, en su taburete habitual delante del fuego, estaba Suzhan; su alta y torpe silueta apenas era visible en la translúcida luz plateada de la luna creciente que entraba por la ventana de la cocina.

—¿Mimi? ¿Qué haces ahí sentada en la oscuridad?

Zhara corrió a ayudar a su hermana, aunque Suzhan la apartó con una postura rígida muy poco habitual en ella.

—La oscuridad no es nada para mí —dijo con un extraño tono agudo. Sus palabras salían estranguladas, finas y estridentes, como si le costara respirar—. Pero eso ya lo sabías.

Zhara frunció el ceño. Su euforia anterior empezaba a menguar.

—¿Pasa algo, mimi? ¿Te encuentras bien?

Apoyó una mano en la frente de Suzhan, pero la notó fría y seca.

—No me toques. —El tono de su hermana era cortante, brusco; no se parecía en nada a su calidez burlona habitual—. Maga.

Esa palabra fue como una bofetada.

—No soy… ¿Cómo lo has…? ¿Cuándo…?

Sabía que tendría que confesarle su poder a Suzhan antes de revelarle la existencia de les Guardianes del Amanecer, pero pensaba que disponía de más tiempo. Tiempo para pensar en su enfoque, para facilitarle la idea de que era una maga, para asegurarle de que aún era la misma nene que le acariciaba el pelo y le contaba historias antes de dormir. Zhara pensaba que podría contárselo a su manera.

Pero ese momento había desaparecido… Se lo habían arrebatado.

—Ya veo que no lo niegas.

No podía. No lo haría.

—¿Te lo ha contado Madame? —preguntó con un hilillo de voz.

Se preguntó si esa sería la forma de su madrastra de vengarse por haber rechazado la protección de lord Chan y robarle lo único que siempre había dado por hecho: su fe en que la segunda esposa le guardaría el secreto a pesar de los riesgos. Porque Zhara le importaba. «¿Qué tipo de madre chantajea a su hija con el conocimiento de que posee magia?». Se le formó un nudo en la garganta al darse cuenta de lo tonta que había sido.

—¿Ella lo sabe? —Lo que le rompió el corazón a Zhara fue la total y absoluta devastación y traición en la voz de Suzhan—. Se lo contaste a mamá… ¿y a mí no?

Zhara cerró los ojos. Al final, la segunda esposa le había guardado el secreto. Sin embargo, ese conocimiento no le trajo más esperanza, sino que rompió cualquier posibilidad de que esa conversación con su hermana terminara bien.

—No se lo dije a Madame —respondió con suavidad—. Madame lo sabe desde siempre.

Suzhan soltó un hipido de rabia y dolor.

—Ya veo. —Guardó silencio durante un rato largo, hasta que preguntó en voz baja—. ¿Y por qué no se te ocurrió contármelo *a mí*?

Había muchas razones, pero ninguna parecía suficiente para aplacar el dolor de su hermana. Porque Zhara quería protegerla, porque quería mantenerla a salvo de los Cernícalos, porque tenía miedo. Se dio cuenta de que había temido la crítica de Suzhan, ya que desconocía qué opinión tenía su hermana acerca de la magia. No habían hablado ni una sola vez del tema de la Guerra Justa en todas las conversaciones que habían mantenido en la cocina de Zhara, ni habían hablado sobre cómo murió Jin Zhanlong, ni sobre por qué Suzhan se había despertado ciega hacía tantos años.

—Porque estaba avergonzada.

Suzhan no respondió de inmediato y el silencio le apretaba las costillas de Zhara hasta el punto de que le costaba respirar. Era la respuesta más sincera que le podía ofrecer a su hermana, porque lo decía todo y nada.

—¿Avergonzada por ser quien eres? —preguntó Suzhan—. ¿O por lo que has hecho?

La culpa y el miedo se revolvieron en su estómago y se preguntó si Suzhan habría adivinado o sabría lo del accidente que le había robado la visión.

—Las dos cosas —titubeó—. El imperio entró en guerra por la magia, mimi. Pasé mucho tiempo avergonzándome por ser quien era.

Suzhan sacudió la cabeza. Estaba demasiado oscuro para distinguir sus rasgos, aunque Zhara no se atrevía a encender una vela o el fuego de la chimenea. En la oscuridad era donde Suzhan poseía poder, donde su hermana la aventajaba, y Zhara sabía que había elegido ese momento y ese escenario por un motivo.

—Avergonzarse por un accidente o una peculiaridad de nacimiento es inútil. Eres quien eres, nene. No hay ninguna vergüenza en eso. —Suzhan habría dicho esas palabras en cualquier otra situación en la que intentase reconfortar a Zhara, pero el tono seguía siendo distante, remoto.

Antes, Zhara habría intentado acortar la distancia entre ellas con humor, aunque presentía que unas risas solo las alejarían más—. Pero avergonzarte por tus acciones —añadió su hermana, con un tono más gélido que nunca— es otra cosa.

En ese momento, Zhara se percató de que Suzhan sí que era, al fin y al cabo, hija de su madre, pues dolía oír esa amargura quebradiza tanto en Suzhan como en la segunda esposa.

—Bueno —dijo su hermana—. ¿Qué has hecho para avergonzarte, Jin Zhara?

Jin Zhara. No «nene». Zhara se sentía al borde de un precipicio huracanado, con los brazos estirados hacia algo que se perdería si decía la verdad.

—N-nada —dijo, y se maldijo por su lengua sincera. Suzhan se cruzó de brazos.

—Mientes.

Zhara no podía negarlo.

—Sí —susurró—. ¿Cómo…? —Se humedeció los labios—. ¿Cómo lo has descubierto?

—Dame algo de crédito —resopló su hermana—. Estoy ciega, pero no soy tonta. —Zhara se estremeció—. Creo que siempre lo he sabido —añadió su hermana, con un tono más suave, aunque no menos frío—. Había algo… diferente en ti. Un brillo insólito que incluso yo podía ver a veces. —Se oyó un murmullo en su esquina cuando se puso de pie, seguido por el golpeteo del bastón—. Pero lo supe seguro tras la reunión con lord Chan. —Cuando Zhara transformó el vino en agua—. «Solo con el contacto reconoceremos la maldad de une mague». —Suzhan calló un momento—. No sabía lo que eso significaba hasta que comprendí que había sido *tu* contacto el que me había dañado a la par que sanado.

—Mimi, nunca quise…

—¿Sabías que cuando mamá me llevo a les sanadores de pequeña, me dijeron que no había tratamiento o cura que pudiera salvarme la vista?

La oscuridad obligó a Zhara a hablar por si su hermana confundía sus gestos silenciosos por silencio de verdad.

—Sí.

—¿Sabes el motivo que nos dieron?

Zhara negó con la cabeza, pero entonces se obligó a pronunciar la palabra.

—No.

—Dijeron que mis ojos no eran ojos. Que, en vez de cristalinos, tejido, fluidos y sangre, las cosas que tenía en las cuencas no eran carne ni cristal, sino una combinación antinatural e impía de ambas cosas. —La descripción, dicha sin rodeos y sin sentimiento, le revolvió el estómago. La bilis le subió por la garganta y no supo si iba a vomitar—. Obviamente, no nací así. Por eso le sanadore le preguntó a mamá qué mague me había maldecido a vivir así, porque nada natural podría haberme dado estos ojos. —Se había acercado tanto a Zhara que notaba su aliento contra los labios—. Y ahora sé que esa persona fuiste tú.

—Sí —susurró Zhara. No había nada más que decir.

—¿Por qué? —A Suzhan se le quebró la voz—. ¿Por qué me maldijiste? ¿Me odiabas? ¿Estabas celosa de la atención que me daba mamá?

—No, mimi. Fue un accidente. Solo un accidente, lo juro.

Su intención no había sido hacer daño a su hermana, solo ayudarla. Había dedicado mucho tiempo a practicar en secreto: convertía botones en monedas, flores en cintas, madera en piedra. Había estado segura, pero segurísima de que podía usar su magia para arreglarle la vista a su hermana. Incluso de niña, su visión se había ido deteriorando cada día y las pesadas gafas que la habían ayudado a ver ya no le servían.

—Solo quería ayudar —dijo Zhara, más para sí que para su hermana.

Pensó que sería fácil, muy fácil cambiar los ojos de su hermana, imaginarlos enteros y sanos y curados. Así que cuando Suzhan bajó una noche a la cocina, Zhara apoyó las manos en su cabeza mientras dormía y soñó con que Suzhan se despertaba con unos ojos perfectos.

Sin embargo, se había levantado ciega.

—No lo sabía —dijo—. No sabía qué estaba haciendo, pero pensé… pensé que podría arreglarte.

—*¿Arreglarme?* —Suzhan arrugó los labios con desdén—. ¿Cómo si fuera un juguete roto?

—¡No! No te pasaba nada malo. Pero Madame… —No pudo terminar la frase, aunque no hizo falta.

—Fue porque mamá pensaba que estaba defectuosa. —Suzhan apartó la cara—. Y soltaba su rabia en mí.

—Sí. —Cuando Zhara habló, la magia brotó a la superficie e iluminó la cocina—. Habría hecho lo que fuera para quitarte ese dolor.

Suzhan retrocedió.

—¿Eso… eso es tu magia?

Le temblaron los ojos cuando intentó concentrarse en la fuente de luz.

—Sí —respondió Zhara con voz ronca. Su hermana estiró la mano para tocarla, maravillada, pero Zhara la apartó enseguida—. No, no lo hagas. No quiero hacerte daño.

—¿Hacerme daño? —Suzhan rio sin regocijo—. Ya me lo has hecho, nene. De muchas formas. ¿Qué cambiará un poco de magia? —En el leve resplandor del poder de Zhara, el rostro de Suzhan se había endurecido; tenía los rasgos retorcidos y desencajados de dolor—. Mamá me pegaba por ti. No podía complacerla por ti. Por eso me está vendiendo al mejor postor, como a una vaca en el mercado.

—Lo sé, mimi, lo sé.

Deseaba poder decir otras palabras, algo trivial que pudiera consolarla. Suzhan bufó.

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme?

—¿Qué quieres oír, mimi? Dímelo para poder decírtelo y que me perdones.

—Como si fuera tan fácil recuperar la confianza con palabras, igual que lo es sanar con magia

—replicó Suzhan con desdén—. No hay nada que quiera oír, nene. Solo una cosa. Di que lo sientes.

—Lo siento. Sé que no es suficiente, pero lo siento muchísimo.

Suzhan encorvó los hombros.

—Tienes razón, no lo es. —Calló un momento—. Aunque supongo que tendrá que bastar.

El alivio inundó a Zhara en olas inmensas, hasta apagar las llamas bajo su piel y hundir de nuevo la cocina en la oscuridad total. Sabía que su relación con Suzhan no sería la misma y que quizá no se recuperaría nunca, pero al menos algo podía salvar. Había traicionado la confianza y el amor de su hermana y, sin embargo, eso no significaba que no pudiera reconstruirlos. Solo tenía que demostrárselo. Debía arreglar lo que pudiera. Zhara se arrodilló y apretó la frente contra el suelo. Aunque Suzhan no la viera, sabía que su hermana percibiría que estaba prostrada en el suelo.

—Te lo compensaré, mimi —dijo en voz baja. La tierra compacta del suelo de la cocina casi se tragó las palabras—. Déjame buscar una forma de compensártelo.

—¿Y cómo lo harás, nene? —preguntó Suzhan con cansancio. Y, aunque el afecto también había desaparecido de su tono, Zhara aún percibía los ecos de amor en su voz—. Lo hecho, hecho está.

Zhara tragó saliva.

—Sí, pero ¿y si te dijera que puedo ayudarte a escapar de tu matrimonio con lord Chan?

Suzhan se quedó inmóvil.

—Es una broma.

La chica negó con la cabeza, aunque recordó que debía hablar.

—No, mimi. ¿Y si te dijera que hablo con mucha sinceridad?

—Pero ¿cómo? —En ese momento, Suzhan sonaba como la niña que era: joven y esperanzada, no dura ni cínica con el mundo que la rodeaba—. ¿Por qué?

Zhara guardó silencio. No sabía qué podía decir que no la hiciera sonar como una anciana contando cuentos o una villana por mantener oculto todo aquello a su hermana. «Tu marido está poseído por un demonio» la haría parecer delirante, mientras que «no te he contado que formo parte de una sociedad de apoyo mutuo» parecería que estaba infantilizando a Suzhan.

—Hay otres magues en el mundo. Magues en los Reinos del Alba.

Suzhan guardó silencio.

—Supongo que tiene sentido. Aunque es increíble que no lo haya pensado antes.

—Muches de eses magues y sus aliades están trabajando en secreto para ofrecerse ayuda y apoyo entre elles y para otras familias mágicas y sus seres queridos desde el fin de la Guerra Justa. —Al oír «seres queridos», Suzhan se estremeció—. Les Guardianes del Amanecer han accedido a ayudarnos a escapar a la frontera del imperio, donde las dos seremos libres del largo brazo de las normas y edictos del Caudillo.

«Y de la segunda esposa», quiso añadir, pero no pudo. Pronunciar esas palabras en voz alta supondría cargar con demasiada esperanza.

—¿Por qué quieres hacerlo, nene? —Suzhan frunció el ceño—. ¿Por qué quieres hacer esto… por mí?

«Porque te vas a casar con un demonio».

—Porque te quiero, mimi. Y nunca te abandonaré.

En vez de emocionada, Suzhan estaba extrañamente callada.

—Es cierto que preferiría no tener que casarme con lord Chan —dijo al fin.

Su hermana huiría con ella. Zhara relajó los hombros.

—Ay, bien. Porque tengo un plan, mimi. Un plan para sacarnos de Zanhei y marcharnos lejos de lord Chan y lejos de… Madame. Solo necesitamos prepararnos para la Noche de los Siete.

Suzhan frunció el ceño.

—Mamá dijo que debía asistir al baile de máscaras con mi futuro esposo y saludar al heredero real de Zanhei y a su prometida. Forma parte de mis nuevas responsabilidades como la esposa del chanciller.

Zhara se mordió el labio.

—Pero no tendrás que pasar toda la noche junto a lord Chan, ¿verdad?

—No, creo que no.

—Bien. Entonces nos reuniremos en el palacio y escaparemos juntas.

Otro silencio extraño de Suzhan.

—Juntas —dijo despacio, haciendo rodar la palabra sobre la lengua como si intentara clasificar sus distintos sabores. Le temblaron los dedos; tañía de nuevo unas cuerdas invisibles.

—Sí, mimi. Juntas.

Despacio y titubeando, Zhara estiró la mano reluciente hacia su hermana y le iluminó la cara. La expresión de Suzhan era indescifrable.

—Una buena chica hasta el final. ¿Verdad, nene? —Estiró su mano temblorosa hacia la de Zhara, pero no la tocó. Tenía los ojos fijos en su luz—. Te veo. Por primera vez, creo que te *veo* de verdad. —Sacudió la cabeza y soltó una carcajada rota—. Sin embargo, creo que prefería cuando estábamos las dos en la oscuridad.

Zhara tiró de su magia para ocultarla bajo la piel y la noche cayó a su alrededor como un manto. Estiró el brazo y palpó los hombros huesudos de su hermana para abrazarla.

—La Noche de los Siete. Esa noche es cuando comenzará el resto de nuestras vidas.

—Eso espero —murmuró Suzhan—. Eso espero.

35

UN ALUVIÓN DE GOLPES Y GRITOS DESPERTARON A HAN.

—¡Despierta! —siseó una voz—. ¡Es Anyang! ¡Date prisa!

Se enderezó a toda prisa. Su mente intentaba zafarse de la crisálida de sueño que se aferraba a él.

—Xu, ¿eres tú? —preguntó con voz ronca y entornó los ojos para vislumbrar la silueta que había fuera de las ventanas. Buscó a tientas un batín o un chal para ponerse sobre el camisón y abrió las persianas de papel de arroz. Su mejor amigue estaba en el patio, con el pelo revuelto, el maquillaje corrido y la túnica torcida sobre los hombros.

—¿Quién iba a ser si no? —preguntó con fastidio. Luego ladeó la cabeza—. Vaya, ¿Su Excelencia esperaba a otra persona? ¿Quizás a cierta doncella de ojos redondos que puede producir fuego con las manos?

—Cierra el pico. —Han se frotó los ojos—. ¿Qué pasa con Anyang?

—El segundo heredero no está en su residencia.

—¿Qué? —El miedo atravesó el estupor de Han y quedó completamente despierto—. ¿Dónde está? ¿Deberíamos alertar a les Guardianes del Amanecer? —Recordó los cadáveres que habían encontrado en el monte Zanhei—. ¿Qué hacemos?

—Chist, chist —lo tranquilizó Xu—. Lo he encontrado. Está en los jardines de meditación, pero… —No terminó la frase—. Han —dijo, olvidándose de toda formalidad—. Algo no va bien.

Han saltó por la ventana abierta al suelo e hizo una mueca cuando sus pies descalzos aterrizaron con fuerza sobre la gravilla.

—Vamos.

—¿Y la guardia?

—A la porra con la guardia —gruñó—. Además, ¿no te conoces la ronda nocturna de memoria, visto que vas y vienes de una cama a otra con tanta asiduidad?

Xu resopló.

—Voy a tomarme eso como un comentario sobre mi capacidad superior de observación y no como una acusación de mis actividades nocturnas ilícitas.

Han puso los ojos en blanco y le agarró la mano.

—¡Vamos, deprisa!

Les dos atravesaron cojeando y de puntillas el patio y salieron de los aposentos de los hombres. Han iba agachado detrás de Xu; pasaron entre dos edificios, con cuidado de mantenerse pegades a las sombras. Enseguida salieron del núcleo de residencias a la amplia expansión detrás

del salón de actos real, con los frontones dorados que se veían grises a la luz de la luna.

—¡Agáchate! —siseó Xu y se lanzó encima de Han. Una falange de guardias de palacio pasó a su lado sin fijarse en las dos siluetas con forma humana que se apretaban contra la pared.

—No sé si sentirme aliviado o preocupado de que no nos hayan visto —musitó Han en cuanto se quedaron a solas.

—Alivio ahora, preocupación luego. —Xu frunció el ceño mientras lo examinaba de la cabeza a los pies—. ¿No podrías haberte puesto algo más discreto?

Han se miró el camisón, que era de un intenso blanco en la oscuridad.

—Fue lo primero que encontré.

Con un suspiro de sufrimiento, su mejor amigue se quitó su túnica, una azul oscuro que era casi invisible en la negrura nocturna, y se la entregó. Debajo de la gasa, Xu llevaba una camiseta negra y unos pantalones sorprendentemente prácticos, más apropiados para ir a hurtadillas entre las sombras que para pasar el rato en el distrito del placer. Han aceptó la túnica de su amigue con una reverencia tímida y se apresuró a quitarse el pálido camisón. Hizo una mueca cuando las costuras se tensaron en los hombros.

—Xu…

—Calla —lo cortó elle—. Ya me comprarás otra luego.

La ansiedad se acumulaba en el fondo de su estómago. Si Xu no estaba disgustade por lo que le pudiera pasar a su ropa, entonces la situación sí que era grave.

Su amigue echó un vistazo por la esquina del salón de actos.

—Allí —dijo, señalando un pabellón—. Allí vi al segundo heredero. Será mejor ir corriendo.

Les dos echaron a correr por el puente en zigzag que conducía al pabellón lunar, pero la plataforma de observación se hallaba vacía.

—¿Dónde está Anyang? —jadeó Han. El pánico le extraía el aliento de los pulmones. Examinó con frenesí el agua oscura del estanque decorativo que rodeaba el pabellón. De niño, una vez se había resbalado por la barandilla y había caído ahí dentro, y ni él ni su hermano sabían nadar.

—¡Más guardias! —Xu lo agarró por la manga y lo tiró al suelo. Si no tuviera tanto miedo por Anyang, a Han le habría impresionado su fuerza—. Ahí.

Siguió la línea de su dedo hacia el bosquecillo de sauces que había al otro lado del estanque. Dos figuras paseaban bajo los árboles. La luna convertía el agua en un espejo que reflejaba con claridad el copete con plumas de los Cernícalos. A cierta distancia, distinguió una tercera silueta sentada en un banco de piedra para meditar. Era alguien que le resultaba familiar, de estatura pequeña.

Anyang.

Han se puso en pie enseguida a pesar de las protestas de Xu y echó a correr hacia los arbustos. Se arrodilló y se arrastró hacia su hermano y los pájaros del Halconero. Oyó que Xu siseaba: «¡Su Excelencia!» mientras atravesaba los helechos, seguido de un golpe cuando decidió

seguirlo.

—Solo quiero que llegue a la mayoría de edad vivo —musitó Xu—. Seis meses más, solo seis meses más…

Los Cernícalos se acercaron al banco de Anyang y Han se desesperó por si no alcanzaba a tiempo a su hermano. La sensación fue desapareciendo de sus dedos a medida que arañaba y tanteaba la tierra y las rocas. El recuerdo del día en que se llevaron a su madre le vino en oleadas. El sabor a ceniza le llenó la boca y quiso ahogarse. Ya había perdido a una persona que quería en el pasado, no sabía si soportaría perder a otra a manos de la justicia del Caudillo. Si se ponía en pie, quizá pudiera correr, agarrar a Anyang y…

Demasiado tarde. Los Cernícalos ya habían alcanzado al segundo heredero. Une de les cazadores de magues (alte y larguiruche) estiró el brazo para tocarle el hombro a Anyang, pero su compañere (corpulente y de baja estatura) le detuvo.

—Un momento —advirtió—. El chanciller nos dará luz verde y luego podremos llevar al niño a la cama.

A su lado, Xu se envaró. Han recordó cómo había empalidecido cuando Zhara le dijo que su padre no era su padre, sino un demonio con la cara de su padre.

—¿Estás…? —musitó, pero Xu lo acalló con un gesto desesperado.

Anyang estaba inmóvil en el banco de meditación, con los ojos cerrados; respiraba profundamente, como si durmiera. Pasaron varios minutos en los que Han se esforzó por controlar su respiración, para evitar que el sonido de su pulso galopante revelara su ubicación.

Al fin, Anyang alzó la cabeza y abrió los ojos.

Y el silencio reinó en el mundo.

Fue como si echaran a Han bajo el agua. Notaba el aire espeso y le costaba respirar, pero lo más inquietante era la ausencia total y absoluta de ruido. No se oían grillos. Las ranas no croaban. Ni siquiera captó el chapoteo ocasional de los peces al salir a cazar moscas.

Silencio total.

Anyang se inclinó y recogió algo del suelo. Lo acunó contra el pecho y lo acarició. Han tardó en reconocer lo que era: un pájaro.

Un súbito ¡crac! rompió el silencio cuando su hermano pequeño le partió el cuello a la criatura. Han se metió una mano en la boca para ahogar sus gritos. Los dos Cernícalos se apartaron con horror.

—Cielos —dijo le alte—. Qué mal rollo.

Su compañere robuste le siseó que callara.

Despacio y con rigidez, Anyang abrió las manos para revelar el animal muerto, al que le colgaba la cabeza en un ángulo antinatural. Su respiración alborotaba las plumas del pájaro roto, hasta que, al cabo de un momento, empezó a sufrir espasmos en las patas y las alas. Coleteaba. Revoloteaba. Aleteaba. Las manos de Anyang se movían con la criatura, casi como si tuviera

cuerdas invisibles atadas en los dedos.

El pájaro echó a volar.

—¡Yah! —jadeó la persona más alta.

Aquello estaba mal, muy mal. El pájaro seguía claramente muerto, con el cuello torcido y los ojos vidriosos, pero movía las alas de forma desarticulada y conseguía mantenerse en el aire. Han sintió como si unas patas escurridizas se deslizaran por su piel y se acordó de las ratas muertas que habían llenado las calles del mercado cubierto, la oleada de miedo y asco que había precedido a la abominación, y ese mismo sentimiento reptante y siniestro que lo había invadido en la cueva bajo el monte Zanhei.

Se le revolvió el estómago e intentó no vomitar en los arbustos.

—No —murmuró—. No.

Magia que desafiaba la razón, el orden y la lógica. Llevaba tanto tiempo con les Guardianes del Amanecer que sabía lo que presagiaba aquello.

Posesión.

Xu tensó la mano sobre su pierna, aunque Han no iba a ninguna parte. Estaba demasiado paralizado por el miedo y no quería seguir mirando, pero tampoco podía apartar los ojos. Quería aferrarse a los últimos momentos en los que su hermano pequeño había sido su hermano pequeño y no un monstruo.

Una abominación.

Anyang bajó los brazos.

Y el pájaro cayó al suelo.

—Un mago poderoso —dijo—. Un poco joven, pero al menos, cuando me manifieste en este mundo, tendré la ventaja del tiempo a medida que el cuerpo crece.

Les cazadores de magues del Caudillo se sobresaltaron.

—¿Es el chanciller?

—Pues claro que sí —replicó Anyang con irritación—. Te dije que lo sería.

El rostro del niño adoptó un aspecto y una expresión diferentes mientras ladraba órdenes a los Cernícalos. Bajo la luz de la luna, su sonrisa era insípida y tenía los ojos saltones. Era como si alguien se hubiera puesto la piel de Anyang como una máscara, con las mejillas curiosamente holgadas a pesar de la inteligencia extraña que animaba sus rasgos.

—Tenemos todos los elementos del ritual, excepto el receptáculo del sacrificio. Este niño es un mago poderoso, así que esperemos que posea la fuerza suficiente.

—¿La fuerza para qué, mi señor? —preguntó le alte. Al sonreír, Anyang no esbozó su sonrisa habitual.

—Eso es algo que no te concierne. Tú asegúrate de que todo esté listo la Noche de los Siete. Debemos completar el ritual entonces.

Han y Xu intercambiaron una mirada de espanto.

—¿Ritual? —preguntó Xu sin hablar. Han negó con la cabeza.

—¿Y qué es ese receptáculo, Su Eminencia? —preguntó el otro Cernícalo—. ¿Para qué es?

—Haced lo que os digo y no hagáis preguntas —gruñó Anyang—. Debo irme. Hasta que no se complete el ritual, mi control sobre este cuerpo es… inconsistente. Hablaremos por la mañana.

Y entonces, de repente, todos los músculos de Anyang se relajaron y se derrumbó en el suelo como una marioneta a la que le hubieran cortado las cuerdas.

Le guardia más alte le dio un golpecito al niño con la punta de la bota.

—¿Está muerto?

Su compañere más robuste se arrodilló para apretar un dedo en el lado de su cuello.

—No. El pulso es leve, pero firme. Creo que está profundamente dormido. Venga. —Se cargó al segundo heredero en el hombro y echó a andar hacia los aposentos de los hombres—. Llevémoslo de vuelta a su cama antes de que alguien descubra que no está. —Un enorme bostezo partió la cara del Cernícalo—. No sé cuántas noches más podré aguantar así… ni el niño tampoco.

—Ya ves —musitó le alte mientras seguía a su compañere fuera de los jardines de meditación —. Cuando todo esto acabe, pienso dormir durante días.

Han contuvo el aliento mientras observaba a los Cernícalos llevar a su hermano inconsciente de vuelta a su habitación. En cuanto los jardines se quedaron vacíos, se puso en pie, pero vio un destello de algo negro y rojo, el color de la sangre derramada en la luz de la luna, que se movía entre los arbustos.

No estaban a solas en el jardín.

—Mi príncipe —susurró Xu, señalando el movimiento.

—Lo veo —respondió él. Había algo tenue e insustancial en la silueta, como si fuera un espíritu o un fantasma que flotase entre las hojas, un reflejo del mundo detrás del velo. No producía ningún sonido mientras atravesaba el jardín, pero a Han le pareció distinguir la forma de un ser humano bajo las sombras moteadas que revelaban y ocultaban la figura. *¿Es el demonio rana?*, se preguntó. Despacio, a un ritmo angustioso, cruzó por entre los arbustos para verla de cerca.

Era la princesa Yulana.

El miedo y el pánico lo atravesaron entero al percatarse de que la nieta del Caudillo había estado ahí escondida el tiempo suficiente para presenciar todo el intercambio entre un poseído Anyang y los Cernícalos. No podía dejarla escapar para que acudiera corriendo ante su abuelo o el Halconero, no podía…

—¡Oye!

Han se levantó de un salto de los arbustos para derribarla al suelo…

… pero la atravesó y cayó bocabajo.

—¡Su Excelencia! —gritó Xu. Abandonó cualquier tipo de sigilo y pisoteó a toda prisa la

hierba alta detrás de él.

Han gruñó y, al girarse, se encontró con la cara divertida de su prometida, que lo miraba desde arriba.

—Vaya, pero si es el príncipe Pastelito de Arroz —dijo con afabilidad—. Me alegro de verte aquí. Te ayudaría a ponerte de pie, aunque verás…

Se agachó para intentar agarrarle, solo que no sintió nada cuando la mano de la joven le atravesó la suya.

—¿Q-qué…? ¿C-cómo…? —tartamudeó—. ¿Cómo es posible?

Yulana puso los ojos en blanco.

—No estoy aquí. Claramente.

—¿A qué te refieres con que «no estás aquí»? —preguntó Han. Estiró el brazo para agarrar de nuevo a la princesa norteña, pero le atravesó el brazo con los dedos como si solo fuera niebla o vapor. Ella sonrió—. Eres… eres maga —constató Han, maravillado.

—Bien visto. —La princesa (o su imagen) se cruzó de brazos—. ¿Todes les sureñes tenéis el cerebro igual de blando que el cuerpo?

—No, solo yo, me temo. —La examinó de la cabeza a los pies, estudiándola de cerca. Ahora que sabía que no estaba delante de él *de verdad*, la vio un poco difusa, como si una mano descuidada hubiera emborronado los bordes de su silueta—. ¿Qué clase de poder es este?

—El mío —replicó ella de mala gana—. Lo he tenido desde que nací.

—Ya… pero… —Han calló, intentando recordar todas las cosas que Jiyi les había contado sobre las leyes que regían la magia—. ¿Eres… eres una abominación?

—¿Tengo pinta de abominación?

—No lo sé. No sé qué aspecto tienen las abominaciones, solo sé que son monstruosas.

—No me lo tomaré como un comentario sobre mi físico —señaló Yulana con sequedad—. Pero no, no soy una abominación. Soy… —dudó—. Soy especial.

—Ya, lo veo. Aunque perdóname si eso no basta para explicar lo que ocurre aquí.

Yulana suspiró y, al cabo de un momento, habló:

—Soy la Guardiana del Viento.

Al principio, Han pensó que había oído mal a la princesa norteña.

—Perdona, ¿has dicho *Guardiana del Viento*?

—¿Eres igual de duro de oído que de mollera? —Yulana sacudió la cabeza—. Pero… sí. Sí, he dicho eso. ¿Sabes? —Ladeó la cabeza como si lo estudiara—. No estás tan… sorprendido ni pareces tan incrédulo como pensé que estarías al oír esta revelación.

—Bueno, no eres la primera Guardiana del Amanecer que he conocido esta semana. Ni la primera que he visto hoy. Literal y figuradamente.

Yulana arqueó las cejas.

—Cuéntame más, príncipe Pastelito de Arroz.

Han se pellizcó el puente de la nariz.

—Digamos que he tenido un par de… eh… semanas interesantes. —Frunció el ceño—. Espera, un segundo, un segundo, lo primero es lo primero. ¿Cómo es que *eres* la nieta del Caudillo?

—Fácil —replicó ella con acritud—. El padre de mi madre es el Caudillo, con lo que yo soy su nieta.

El hecho de que fuera insustancial le facilitó a Han resistirse a la tentación de agarrarla por los hombros y sacudirla para que fuera razonable.

—Ya sabes a lo que me refiero.

Yulana puso mala cara.

—Vale. Mi obaji no sabe que soy maga.

—¿Y cómo es eso posible?

Ella se encogió de hombros.

—Es bastante fácil cuando la mera idea de que tus descendientes tengan magia es un anatema de tu propia existencia. —La princesa soltó una carcajada carente de humor—. Es fácil engañarte cuando no quieres creer que tu nieta favorita padece la Maldición. Pones cualquier tipo de excusa. —Su semblante se tornó serio—. Y solo ves lo que quieres ver.

Han entornó los ojos.

—Entonces, ¿por qué el Caudillo concertó nuestro matrimonio? Pensaba que era porque te gustaban las mujeres y a tu abuelo no le hacía gracia.

—Ah, eso. —Yulana agitó la mano—. A obaji nunca le ha importado a quién quieren sus descendientes o dejan de querer. No, este matrimonio fue idea mía.

—¿Tuya? —Aquello sorprendió a Han—. ¿Por qué? ¿Y por qué yo?

—Bueno, por dos motivos. En primer lugar porque tenías la reputación de ser un poco duro de mollera y pensé que tener a un zoquete por marido sería una ventaja, sobre todo porque debía mantener mi magia en secreto. Y en segundo porque… —Se mordió el labio—. Buscaba un libro sobre demonios. *Canciones de orden y caos*. Se rumorea que la última copia estuvo en poder del astrólogo real de Zanhei. Por desgracia, cuando llegué, el libro había desaparecido hacía varios meses, junto con su hija y él.

—Por eso te encontramos en la biblioteca. Buscabas el libro del tío Li.

—Sí. O algo que fuera útil sobre demonios y demonología. No tenemos muchos recursos sobre ese tema en el norte, como te podrás imaginar.

Han se acordó de las páginas que Xu y él habían podido salvar del cubo de la basura en el archivo y de cómo Jiyi estaba catalogando con meticulosidad sus contenidos.

—¿Para qué quieres un libro sobre demonología?

—No. —Yulana alzó la mano—. Ya has hecho suficientes preguntas. Ahora me toca a mí.

—De acuerdo —accedió Han de buena gana—. Haré lo que pueda por responder, pero te

advierto de que los rumores sobre que tu futuro marido es duro de mollera eran ciertos. En más de un sentido.

Yulana resopló, aunque a Han le pareció captar una sonrisa muy veloz.

—¿Quién es Jin Zhara?

El chico se sobresaltó.

—¿Zhara? —repitió, enderezándose—. ¿La has conocido?

—Sí, hace unos días, de hecho. Es bastante mona, debo decir. No mi tipo, pero mona de todos modos. —Yulana sonrió—. ¿Sabías que se ríe cuando te considera atractive? Es adorable.

Han sí que lo sabía, pero lo que no sabía era cómo sentirse por el hecho de que su prometida también hubiera recibido la Risita de Gente Guapa de Zhara. Se imaginó la facilidad con la que la princesa norteña podía flirtear con Zhara y sintió un pinchazo de celos por el encanto confiado que poseía Yulana.

—¿Qué quieres saber sobre ella?

—¿Quién es? —repitió Yulana—. O mejor dicho… ¿*qué* es?

—¿A qué te refieres? —preguntó Han, aunque sospechaba por dónde iba la princesa. Yulana extendió una mano.

—Es la única persona que me puede tocar en mi estado astral. De todes les magues que he conocido, diría que es la única que es… especial. Como yo. —Estudió el rostro de Han—. Es otra Guardiana elemental, ¿verdad?

Han guardó silencio. Aunque su prometida le había revelado su identidad como Guardiana del Viento con naturalidad y sin reservas, no sabía si era apropiado que él le contara quién era realmente Zhara.

—Sí que es especial —dijo, al recordar las perlas en forma de lágrima de la noche en que la había besado bajo los farolillos de deseos de la ciudad. Le había llevado las perlas a le joyere de palacio y le había pedido que las incrustara en un brazalete de cuarzo rosa pálido para regalárselo a Zhara la Noche de los Siete. Carraspeó—. También forma parte de la sociedad de ayuda mutua llamada les Guardianes del Amanecer.

—¿Sociedad de ayuda mutua? —preguntó Yulana con asombro—. Pensé que eran una organización terrorista.

—¿Qué? ¡No! ¿Quién lo dice?

Yulana frunció el ceño.

—En el norte, he oído rumores de un grupo secreto de la resistencia que fomenta el malestar en el oeste bajo el estandarte del Dragón de Cuatro Alas y que busca devolver a la última heredera Mugung al Trono del Sol. Se hacen llamar les Guardianes del Amanecer.

Han recordó lo que Jiyi había dicho sobre que las fronteras del oeste se habían vuelto peligrosas por culpa de los grupos rebeldes que aparecían con el estandarte del Dragón de Cuatro Alas. La cortesana les había llamado «impulsives» y había advertido a Zhara de que el viaje a las

tierras del Qirin Tulku con su hermana no sería sencillo.

—Supongo que es un contingente de la organización con objetivos más políticos —admitió—. Pero llamarles «organización terrorista» es una cuestión de propaganda diseñada para reforzar el *statu quo*. Sobre todo porque son les magues quienes están oprimides.

—Cierto —reconoció Yulana. Su contorno empezaba a flaquear bajo la luna y dio un bostezo enorme—. Si me perdona, Su Excelencia, se está haciendo tarde y estoy agotada. El esfuerzo que me cuesta mantenerme visible para ti me resulta cada vez más duro, sobre todo porque sería más fácil hablar en persona mañana.

—De acuerdo —dijo, y otro bostezo interrumpió sus palabras—. Oye, ¿por qué no vienes conmigo a una reunión con les Guardianes del Amanecer? Hay muches académiques e historiadores que responderán mejor a tus preguntas.

Yulana arrugó los labios en un gesto pensativo.

—Me parece razonable, aunque ¿qué dirá tu adorable chica cuando traigas a tu prometida? —dijo con un brillo burlón en los ojos.

Y fue entonces cuando Han se dio cuenta de que había metido la pata hasta el fondo.

36

Zhara no sabía qué la emocionaba más: si el baile de máscaras del palacio con Han o conocer a los Hermanos Bangtan la Noche de los Siete. En persona. En carne y hueso. De tal forma que hasta se sabrían su nombre. O quién era ella.

—¿Estás prestando atención? —dijo Jiyi y chasqueó los dedos delante de su cara.

—Sí —respondió, centrándose de nuevo en el asunto en cuestión: los detalles de la huida de Suzhan y Zhara de Zanhei—. Los Hermanos Bangtan me encontrarán en la mascarada. Llevarán el colgante del sol de la dinastía Mugung. Suzhan y yo debemos unirnos a la procesión de animales, vestidas de urracas.

El plan era bastante sencillo: Han le conseguiría a Zhara una invitación para la Noche de los Siete, donde pasarían unas cuantas horas mezclades entre les asistentes enmascarades antes de que los hermanos se llevaran a las dos hermanas. Zhara intentó no pensar mucho en lo que pasaría después, porque el mundo más allá de Zanhei era demasiado extenso. ¿Dónde vivirían Suzhan y ella? ¿Cómo se sustentarían? ¿Aprendería a controlar esa extraña magia que existía fuera del vacío? ¿Tendría que participar en aspectos más políticos de les Guardianes del Amanecer? ¿Y quién cuidaría de Sajah? Muchas preguntas sin respuesta y, si Zhara dedicaba un segundo más a pensar en ellas, su ansiedad la inundaría de miedo. Tenía que seguir adelante, mantener la cabeza por encima del agua y concentrarse tan solo en el futuro inmediato.

Que era la Noche de los Siete.

Su decimoséptimo cumpleaños.

De repente, las puertas de los aposentos de Jiyi se deslizaron con un golpe.

—¿Es que nadie puede usar mi puerta como es debido? —gritó la cortesana a les recién llegades—. ¿Por qué siempre debéis abrirla con tanto dramatismo?

—Jiyi, necesitamos tu… Oh. —Han estaba en el umbral, pero la figura tras él no era Xu, sino otra persona, ataviada con ropa de estilo norteño y un sombrero puntiagudo—. Veo que no estás sola —dijo con vacilación y su mirada pasó con rapidez de Zhara a la cortesana.

—¿Cuándo te he dado permiso para hablarme con tanta informalidad? —gruñó Jiyi—. Uf, venga, entrad, entrad. —Ladeó la cabeza al ver a le desconocide detrás de Han—. ¿Y este quién es?

Han y le desconocide intercambiaron una mirada.

—¿Yuli? —preguntó Zhara con incredulidad. La chica no-fantasma le guiñó un ojo.

—Nos encontramos de nuevo, Jin Zhara. —Se giró hacia Jiyi—. Ah, deduzco que esta es la Princesa de Hielo de la Ciudad de las Flores —dijo, llevándose un puño al pecho, el saludo norteño—. Es más hermosa de lo que les poetas afirmaban.

—Preciada mujer, esta joven dama a mi lado es… eh… —Han carraspeó y miró a Yuli con incertidumbre—. ¿Cómo quieres que te presente?

Había algo raro y forzado en la forma en que Han hablaba a la pelirroja, con un tono más formal, aunque se dirigía a ella como si se conocieran.

—Con Yuli basta. —Sus dientes blancos destacaron en contraste con su piel bronceada cuando le dirigió una sonrisa coqueta a la cortesana—. Aunque esta hermosa dama puede llamarme suya, si así lo desea.

Para sorpresa y deleite de Zhara, Jiyi se tornó de un rojo manzana poco habitual por culpa de la galantería incesante de la norteña.

La cortesana tosió.

—Sí, bueno, es agradable conocer a Yuli —replicó con brusquedad, aunque el rubor no desapareció de sus mejillas—. ¿En qué puedo ayudaros?

—El príncipe Pastelito de Arroz dice que la preciada mujer sabe dónde podemos encontrar *Canciones de orden y caos* —contestó la chica sin rodeos.

—Yo no he dicho dónde…

—¿*Canciones de orden y caos*? —lo interrumpió Jiyi, sorprendida—. ¿Cómo sabe ella…?

Zhara frunció el ceño.

—¿«Príncipe Pastelito de Arroz»?

Los ojos marrón cobrizo de Yulana se centraron en ella y, durante un instante muy breve, a Zhara le pareció distinguir un relámpago de culpabilidad en el semblante de la otra chica.

—Ah, es solo un apodo que me vino a la cabeza cuando lo vi por primera vez. Lo hago mucho, Risitas —dijo con otro guiño—. Poner motes a la gente, quiero decir.

—¿Risitas? —preguntó Zhara.

—Por tu forma de reír.

Y, para demostrar que la norteña tenía razón, a Zhara le sobrevino otro ataque de la Risita de Gente Guapa. Han tenía pinta de haberse tragado una rana, con la boca un tanto arrugada por los celos. A Zhara le llegó otra ronda de carcajadas, provocada por otra persona en esa ocasión.

—¿Queréis dejar de flirtear y centraros en el asunto que tenemos entre manos? —les interrumpió Jiyi. Señaló a Yuli con un dedo—. ¿Qué sabe la señorita sobre *Canciones de orden y caos*?

Yuli se apoyó en el marco de la puerta, con las manos y las piernas cruzadas con naturalidad.

—Creo que aún no se me ha ofrecido un asiento. No sé cómo se hacen las cosas en el sur, pero, de donde yo vengo, la hospitalidad es lo más importante.

La cortesana profirió un sonido que era una mezcla de indignación y chirrido. Las mejillas se le enrojecieron más mientras despejaba un espacio alrededor de la mesa baja para que se sentara la pelirroja. Jiyi señaló los cojines vacíos con un gesto de desdén, sin poder mirar a Yuli a los ojos.

La norteña se sentó con las piernas cruzadas y una sonrisa.

—Muchas gracias —le dijo a la cortesana, asintiendo con la cabeza.

—¿*Canciones de orden y caos*? —preguntó Jiyi, irritada—. La joven dama ha dicho que lo estaba buscando.

—La preciada mujer puede dejarse de formalidades conmigo. En el norte no somos distantes con quienes deseamos estar más cerca. —Su tono se tornó serio—. Y sí, busco *Canciones de orden y caos*. Llevo mucho, muchísimo tiempo buscándolo.

—¿Por qué?

La mirada de Yuli se posó de nuevo en Zhara.

—Porque intento encontrar una forma de proteger a la gente contra la posesión.

Junto a la pelirroja, Han tragó aire con fuerza.

—Eso no me lo habías contado —le dijo con tono acusador. La norteña lo fulminó con la mirada.

—¿Y por qué te lo iba a contar? Tú no vas por ahí diciendo a desconocides que un demonio ha poseído a tu hermano, ¿verdad?

Al oír sus palabras, Han se tornó de un pálido mortal y el saludable brillo dorado de su piel adquirió un tono cetrino. Zhara recordó la noche que la había llevado a casa a caballito, cuando le había confesado que uno de sus mayores miedos era que la magia de su hermano pequeño hubiera sido corrompida. Estiró el brazo para tocarlo, pero Han se mantuvo rígido.

—Un momento, un momento —dijo Jiyi—. ¿Estáis diciendo que hay abominaciones sueltas por ahí? ¿Y no nos hemos enterado?

Han negó con la cabeza.

—No. Mi hermano no se ha convertido en un monstruo, aunque… —Sus palabras se precipitaron en un silencio incierto.

—¿Qué? —insistió Jiyi.

—Creo que… que el demonio que posee al chanciller está intentando poseer a mi hermano.

—Un demonio superior —susurró Zhara. Han asintió con tristeza.

—Hay cuatro reyes de Tiyok —dijo Yuli, mirando a la lejanía—. El demonio rana del Veneno y la Pestilencia, el demonio langosta del Hambre, el demonio víbora de la Discordia y le Antigüe. Vuestro chanciller es uno de esos, pero no sé cuál.

—¿Y tú cómo sabes eso? —preguntó Jiyi, que parecía impresionada, molesta y encantada a la vez. Yuli alzó la mirada para encontrarse con la de la cortesana.

—Porque la persona a la que ama un ser querido también ha sido poseída por un demonio superior. Y haría algo, lo que fuera, para impedir que se convirtiera en el siguiente receptáculo de esta monstruosidad. Por eso he venido a buscar el libro.

La persona a la que ama un ser querido, pensó Zhara. Pero no alguien a quien la norteña ame directamente.

—Protección de la posesión —dijo Jiyi con aire pensativo y miró a Zhara—. Si tenemos una cura, seguro que podemos tener algo para prevenirlo.

Zhara no sabía por qué la cortesana y Han la miraban con tanto interés. Se levantó más el cuello de la túnica alrededor de la garganta, porque se sentía curiosamente expuesta y vulnerable. Yuli siguió sus miradas y también la observó con los ojos perspicaces y penetrantes de un halcón.

—¿Por qué… por qué me miráis así?

—¿No se lo has contado? —le gruñó Jiyi a Han.

—¿Contarme el qué? —Zhara se sentía desconcertada.

—Que eres la Guardiana del Fuego.

Zhara parpadeó. La revelación cayó delante de ella como una piedra en un estanque y envió ondas de distorsión a todos lados, aunque les demás no parecían sorprendides por el anuncio.

—¿La… la guerrera elemental de la leyenda? —preguntó con un hilillo de voz.

—Sí —respondió la cortesana, que fulminaba a Han con la mirada—. La que puede transformar magues en monstruos y al revés. —Se cruzó de brazos—. ¿De verdad que no se lo has dicho?

—Tenía otras cosas en… eh… en mente —dijo Han con vergüenza y se tornó de un intenso color ciruela. A Zhara le cosquillearon los labios al recordar el roce de los suyos, suave al principio y luego más y más insistente, hasta igualar su entusiasmo. Sintió que se le calentaban las mejillas.

—Pero ¿cómo… cómo es eso posible?

Zhara se observó las manos, el fuego omnipresente que aguardaba justo debajo de su piel. Recordó la voz sibilante que le siseaba «Guardiana del Fuego» en el fondo de su mente cada vez que se encontraba con una presencia demoníaca, antes de que Thanh se convirtiera en una abominación y otra vez cuando se sentó delante del chanciller en la reunión con Suzhan, la segunda esposa y el maestro Cao.

—Uf, esto ya se lo he contado a Xu —dijo Jiyi, alzando las manos al aire de la frustración. Al otro lado de la mesa, Yuli le dedicó una sonrisa torcida. Era suave y amable, con el objetivo de consolarla en vez de conquistarla.

—Si hay demonios superiores poseyendo cuerpos de magues y caminando entre la gente de a pie, entonces es razonable que les Guardianes del Amanecer (les reales, no esta sociedad de apoyo mutuo o lo que sea) sean capaces de hacer lo mismo.

La norteña no parecía ni lo más mínimamente sorprendida, abrumada o agitada ante la idea de que unes guerreres elementales sacades de una leyenda caminaran entre elles.

Al fin y al cabo, si yo soy la Guardiana del Viento, entonces les Guardianes del Fuego, la Madera y el Agua también deben de estar pululando por el mundo, dijo la voz de Yuli dentro de su cabeza.

Zhara se sobresaltó y se quedó mirando a la pelirroja, que permanecía tranquila con una sonrisa serena en el rostro.

—¿C-cómo…?

Jiyi las estudió con los ojos entornados.

—¿Qué pasa?

Supe que también eras especial desde que nos conocimos, prosiguió Yuli. Su sonrisa se ensanchó. *Es bonito saber que ya no estoy sola*.

Ya no estaba sola. Una sensación de familiaridad recorrió los huesos de Zhara, más profunda que el reconocimiento que notaba al tocar a otre mague. Yuli también había conocido la soledad, y Zhara percibía la soledad que ambas habían soportado, pese a desconocer el motivo por el que se reflejaba en los ojos cobrizos de la norteña.

—Tú —jadeó. La pelirroja sonrió, no con alegría, sino con tristeza.

—Yo.

—¿Quiere alguien explicarme qué demonios está pasando? —exigió Jiyi. Yuli ignoró a la cortesana.

—¿Ese es tu poder, Risitas? —preguntó con suavidad—. ¿Puede la Guardiana del Fuego curar a une mague de la posesión?

Zhara recordó las veces que se había encontrado con abominaciones cara a cara: primero con Thanh y luego con Yao. Se acordaba poco de las peleas, pero rememoraba con claridad la sensación de sus poderes quemando la podredumbre que corrompía la magia, la sensación de su luz persiguiendo las sombras del caos.

—Sí —dijo con asombro—. Sí, sí que puedo.

La norteña soltó un suspiro de alivio.

—Si eso es posible, entonces también podrás proteger a une mague de la posesión. —Miró a Han—. Deberíamos intentarlo con tu hermano pequeño.

—¿Intentar el qué?

La mirada de Han pasaba de una a otra; sus ojos redondos se habían redondeado más por el desconcierto.

—No sabría por dónde empezar a… —dijo Zhara, aunque Jiyi la interrumpió.

—¿Podéis hacerme *el favor* de dejarme participar en la conversación? —dijo enfadada—. Porque soy la única persona aquí que conoce el idioma de las flores, la historia de la magia y todo lo demás, la verdad.

—Detestas no ser la única persona lista en la habitación, ¿eh, Princesa de Hielo?

Yuli le dirigió otra sonrisa a la cortesana, con el objetivo de desarmarla. Zhara se quedó pasmada por la amplia gama de sonrisas de la chica. La envidiaba un poquito.

—Anoche —relató Han con poco entusiasmo—, Xu y yo descubrimos a mi hermano pequeño vagando por los terrenos del palacio en trance. Estaba claramente bajo la influencia de una fuerza

demoníaca.

—Ahí fue cuando yo los encontré —intervino Yuli—. Había estado siguiendo al chanciller con la sospecha de que quizá fuera un rey de Tiyok disfrazado. —Apareció una arruga de preocupación en su ceño—. Por lo que parecía, el demonio superior había estado preparando al niño para poseerlo desde que descubrió que era mago. Está a medio camino de poseerlo, pero necesita un ritual para completar el proceso.

—Para eso serán las estructuras en la cueva bajo el monte Zanhei —dijo Jiyi.

—¿Qué estructuras? ¿Qué cueva? —preguntó Yuli.

Mientras Han le relataba en voz baja el crucero no demasiado relajante río arriba, la cortesana empezó a revolver sus aposentos. Volcó cajones, buscó debajo de cojines y miró detrás de estanterías. En todos los lugares que examinaba, aparecía otro montón de papeles.

—¡Ajá! —Jiyi agarró una hoja de papel de dentro de un libro y la estampó en la mesa entre elles—. ¿Veis esto? —Había hecho un dibujo burdo del escenario en la cueva bajo el monte Zanhei, además de un mapa tosco con las posiciones de los ataúdes de piedra según los puntos de la brújula, con la losa del centro y el estanque reluciente—. Según las notas de Li Er-Shuan, esta es una técnica antigua para invocar fuerzas superiores a la humanidad.

—Pensaba que coincidíamos en que en el monte Zanhei se celebró un ritual de invocación —comentó Zhara.

—Sí —dijo la cortesana con emoción—, aunque lo que encontramos allí no fue el típico círculo ritual. —Revolvió las notas de nuevo y sacó otro trozo de papel. Ese dibujo parecía casi idéntico al que había enseñado antes, pero Zhara se fijó en que había escrito el pictograma que habían visto tallado en los ataúdes de piedra—. Esto —dijo, señalando el carácter con el dedo— es nuevo, un hechizo nuevo. Tardé un rato en descifrarlo, pero es el carácter para «alma», modificado con un radical de fuego. —La explicación de la cortesana fue recibida con miradas de desconocimiento. Puso los ojos en blanco—. Uf. En tiempos antiguos, antes de que se codificara el idioma de las flores, el pictograma para «fuego» tenía otros significados, sobre todo cuando se añadía para modificar algún hechizo. —Cuando esta explicación también fue recibida con más incomprensión, alzó las manos al aire con frustración—. ¿Qué ocurre cuando metes tierra en el fuego? Que sacas metal. ¿O cuando hierves agua? Que consigues vapor. Aire. El fuego es la esencia de la transformación.

Yuli soltó un lento suspiro.

—Un hechizo para transformar almas. De ser humano… ¿a demonio?

Han frunció el ceño.

—Sigo sin entenderlo.

La mirada que le lanzó la cortesana fue casi de lástima.

—Pues claro que no lo entiendes. Al parecer, tu cerebro vive en los músculos de tus muslos, porque son más grandes que tu cabeza.

—Yah, trabajo duro por estos muslos —dijo Han y les propinó una palmada con orgullo. Luego sacudió la cabeza y retomó la conversación—. No, quiero decir que no entiendo el *por qué*, no el qué o el cómo. —Agitó la mano sobre los dibujos—. ¿Quién secuestró a estes magues? ¿Y con qué propósito?

Jiyi no tenía respuesta para eso.

—Cuando estábamos en medio del círculo de invocación —intervino Zhara—, era como si me drenaran la energía. —Recordó el sello misterioso en medio del suelo de la caverna, el vacío en el que su energía había desaparecido—. Como si alguien me *robara* el poder para usarlo elle.

La cortesana juntó las cejas.

—Magia como carburante, quizá. Múltiples fuentes de energía. —Se le ocurrió una idea de repente y empezó a revolver los papeles de nuevo—. Aquí está. —Miró con ojos entornados sus propios garabatos, hasta que comenzó a leer en alto con la voz entrecortada—. «Rituales, vínculos, invocaciones y exilios son lo mismo, y el número de magues necesario para cada hechizo será acorde según el poder de las fuerzas que habitan al otro lado de los reinos del orden y la razón. Une únique mague podrá encargarse de un demonio menor, pero para lidiar con un demonio de procedencia superior serán necesaries varies magues. El pago, como siempre, son las almas de les Dotades». —Calló y alzó la mirada hacia elles—. Es otra palabra para magues.

El silencio reinó en la habitación de nuevo. Zhara supo que todes estaban pensando en las implicaciones de secuestrar a tantes magues para un hechizo de invocación.

—«Cuando Tiyok resurge en la tierra —cantó Han en voz baja, más para sí que para las demás —, cae la oscuridad y el caos reina».

Sin pensar, Zhara completó el siguiente verso de la nana:

—«Otoño, invierno, primavera y estío, ascienden guardianes y justicia canta su himno». —Miró a sus amigues, ojiplática—. «Ascienden guardianes…».

Todes lo entendieron con horror.

—Si Zhara es la Guardiana del Fuego renacida —susurró Han— y Yulana es la Guardiana del Viento, ¿eso significa que…? —No terminó la frase.

Jiyi tragó saliva.

—¿Que la madre de diez mil demonios ha despertado? —concluyó.

Ningune se atrevía a responder en voz alta. Y aunque la mente de Zhara era un remolino de ansiedad por las posibles implicaciones de todo aquello, sus pensamientos no dejaban de tropezar con el hecho de que Han había llamado a Yuli por otro nombre. Un nombre que había visto en los anuncios de compromiso por toda la ciudad.

—Yuli —dijo despacio—. ¿Es un diminutivo de… Yulana?

La norteña dio un respingo y su mirada se dirigió a Han, que parecía conmocionado.

—Sí —respondió la chica—. Es un apodo que me puso mi obaji cuando era pequeña.

Zhara cerró los ojos.

—Obaji. ¿Es la palabra norteña para «abuelo»?

Silencio.

—Sí.

—¿Y ese abuelo no será por casualidad el Caudillo, el Gran Oso del Norte y actual emperador sentado en el Trono del Sol?

Otro silencio más largo.

—Sí.

Zhara miró a Han, que apartó los ojos sin poder mirarla a la cara.

—Príncipe Pastelito de Arroz —murmuró. *Príncipe*. Comprendió entonces por qué la relación entre Han y Yuli parecía tan rígida y forzada.

Estaban prometidos.

Porque Han era el heredero real de Zanhei.

37

Han percibió el momento en el que Zhara descubrió la verdad.

Dedicaron el resto de la reunión a hablar sobre la logística de entrar a Zhara en el palacio para que pudiera curar a Anyang de forma preventiva de la posesión y que el demonio superior que habitaba el cuerpo del chanciller no pudiera usar a su hermano pequeño como receptáculo. Pero la mente de Han no podía concentrarse en los detalles, solo en el rostro de Zhara, que parecía pálido y retraído sin su expresión vivaz habitual.

Jiyi y la princesa norteña se habían enzarzado en discusiones acaloradas sobre la naturaleza de los círculos de invocación (o quizás estuvieran flirteando, no lo sabía), aunque Zhara estaba inmóvil y en silencio. Bajo su piel, notaba los destellos de las emociones por sus venas, leves pero perceptibles para quien supiera qué buscar. La chica nunca había sido capaz de ocultar bien sus sentimientos y su curioso truco de poder convertirse en una columna viva de llamas no facilitaba las cosas.

Sin embargo, era la mirada en sus ojos lo que más le afectaba. Esos ojos que antes lo veían como a un chico, a un chico normal y corriente, ahora lo observaban como si fuera un desconocido. Han no sabía qué quería maldecir: a sí mismo por usar el nombre completo de Yulana o a Zhara por ser tan lista que había juntado las pistas que él había ido soltando sin darse cuenta.

En plena sesión de planificación, Zhara se puso en pie en silencio y salió por la puerta.

Han dejó a su prometida y a Jiyi con sus coqueteos irascibles y llegó al pasillo justo a tiempo de ver que Zhara doblaba la esquina. Sin ponerse siquiera los zapatos, fue tras ella en silencio.

La encontró agachada junto al estanque de meditación, acariciando la superficie oscura con los dedos para romper el reflejo de la luna en unas ondas plateadas. Unas carpas doradas aparecían de vez en cuando para mordisquearle los dedos, ya que estaban acostumbradas a que la clientela del Palacio Glicinia les diera de comer.

—Lo siento, pececitos —murmuró la chica—. No tengo nada para vosotros.

Han se quedó atrás, sin querer molestarla. Zhara se puso de pie, se sacudió las gotas de los dedos y alzó la cabeza al cielo nocturno. Dejó que la luz del río Resplandeciente, esa gruesa banda de estrellas que formaban un arco en los cielos, le bañara la cara. En cada lado del río se distinguían los puntos brillantes que eran el Príncipe de las Hadas y la Hija del Leñador, les amantes urraca cuyo reencuentro se celebraría en tres días.

—Sé que Su Excelencia está ahí —dijo Zhara con suavidad—. Y resulta un poco espeluznante que me observe sin decir nada.

Avergonzado, Han salió del pasillo cubierto al patio. Zhara le hablaba con formalidad y ese

distanciamiento en su voz era lo que más dolía. Han no se había percatado de cuánto apreciaba la intimidad entre les dos, la sensación de que eran algo más que compañeres, sino iguales e incluso… amigues.

—Zhara…

Pero no sabía qué decir.

Guardaron silencio durante un rato largo mientras contemplaban las carpas doradas que nadaban bajo el cielo estrellado.

—¿Acaso Su Excelencia iba a contar la verdad algún día? —preguntó la chica al fin. Han apretó los labios con fuerza.

—Sí. —Y entonces—: No. —Y entonces—: No lo sé.

—¿Por qué no?

Zhara mantenía la mirada apartada de él y solo le mostraba la curva de su mejilla y la línea de su cuello bajo la luz de la luna. Han quería tocarla, situar los dedos sobre su pulso en el cuello, sentir su corazón latir al mismo tiempo que el suyo.

Pero se contuvo.

—Porque… porque no quería.

Los ojos de Zhara transmitían tristeza cuando al fin se giró para mirarlo. Han recordó la noche en que la había llevado a casa por primera vez, cuando habían contemplado los farolillos de deseos elevarse hacia el cielo desde la cima de una colina. Los deseos se habían reflejado en los ojos de Zhara como estrellas.

—¿Por qué no?

Porque le gustaba la forma en que lo miraba a *él*. Solo a él, no al heredero real o a Su Excelencia o al futuro príncipe de Zanhei. Porque, para ella, solo era el maestro Ciruela, otro chico más. Y le había gustado. Le había gustado demasiado.

—Porque entonces no tendría que ser *él* —susurró.

—¿Él?

Han apartó la cara.

—El heredero real.

Notaba la mirada curiosa de Zhara, aunque no se atrevió a girarse para ver también su decepción.

—Pero Su Excelencia es el heredero real.

Han negó con la cabeza.

—Solo soy… yo. Han. Un chico normal al que le gusta hacer ejercicio, escribir poemas y leer novelas románticas.

Zhara tardó unos minutos en hablar.

—Pero también es el heredero del trono de Zanhei.

—Sí. —Ahí no podía contradecirla—. Y no quiero —replicó con fiereza—. Nunca lo he

querido.

Pero ¿era cierto? Durante mucho tiempo, había estado tan preocupado en mantener a su hermano a salvo, en ocultar la magia de Anyang, que no había tenido tiempo ni espacio en su vida para pensar en otra cosa. Cada vez que surgía la idea de ser el futuro soberano de Zanhei, Han la apartaba a un lado para pensar en ella otro día, porque solo quería tener un momento para descansar, para dedicarse a sí mismo y ser él.

Y eso solo lo había conseguido cuando sudaba en el patio de entrenamiento.

Y junto con doña Brandi.

—Da igual lo que Su Excelencia quiera o no quiera —dijo Zhara con suavidad—. Es lo que es, igual que yo soy lo que soy. Una huérfana, una maga… y la Guardiana del Fuego.

—Por favor. Solo Han. Llámame Han.

Zhara sacudió la cabeza.

—No sería apropiado que una chica de mi condición hablara así a otra persona muy por encima de ella.

Y por eso no le había revelado su auténtica identidad. Tenía ganas de gritar. Odiaba estar sentado en su torre, tan por encima del mundo, aislado por nacimiento y condición de cualquiera que pudiera ofrecerle una intimidad real. Ni siquiera Xu, su mejor amigue, podía escalar esa altura con facilidad. Hacer que lo llamase por su nombre y no por su título era como intentar despertarle tras una larga noche bulliciosa en la Ciudad de las Flores.

—Eso da igual —replicó Han con fiereza—. A mí no me importa.

Zhara cerró los ojos.

—Puede que a Su Excelencia no le importe, pero al resto del mundo sí. —Se envolvió el cuerpo con los brazos como si se abrazara contra el frío, aunque la noche era plácida y agradable —. El resto del mundo considera a la princesa Yulana como su igual.

—Sí, pero yo no…

—¿No la ama? —Por primera vez esa noche, apareció el asomo de una sonrisa en la comisura de los labios de Zhara—. Sí, parece que no dirige su afecto a personas con tendencias masculinas.

Han recordó que la cortesana y la princesa norteña seguían dentro del Palacio Glicinia y se preguntó si habrían pasado de discutir a algo más placentero.

—Ya —tosió.

—Pero sigue sin importar, tanto si la quieres como si no. Lo que importa es que ella es la única digna de ser tu esposa.

No se les escapó que Zhara había recuperado el tono íntimo con él sin pensarlo. La esperanza se encendió de nuevo en su pecho; era una llama pequeña, pero firme.

—No es más digna que tú —jadeó. Zhara abrió los ojos para observar de nuevo las estrellas.

—Pero yo no era lo bastante digna para saber la verdad, ¿no?

Han no sabía cómo responder. Si es que podía responder. Si es que debía.

—¿Vendrás… vendrás al palacio conmigo? —se aventuró a preguntar—. ¿La Noche de los Siete?

Zhara guardó silencio durante un rato largo.

—Iré al palacio por si puedo prevenir que posean a tu hermano. Al segundo heredero —murmuró, como si se percatara en ese momento de quién era Han.

—No quería… o sea, me encantaría que me ayudaras con Anyang, claro, pero… —Las palabras cayeron en la nada al ver la expresión de reproche de Zhara.

—No creo que eso sea apropiado. Ya no.

Un silencio incómodo se instaló entre les dos.

—Déjame acompañarte a casa —dijo Han al fin. *Déjame acompañarte por última vez*, pensó.

Zhara tardó varios minutos en contestar.

—De acuerdo.

Y, en esa ocasión, atravesaron el mercado cubierto hacia Zanhei en silencio. Ni a caballito ni con las manos entrelazadas. Caminaron a una distancia apropiada, como era de esperar de un chico soltero y una chica soltera sin más acompañantes.

Mientras atravesaban la plaza, Han vio un anuncio de su compromiso con la princesa Yulana, rematado con su imagen. Pero esa vez no se trataba de uno de los facsímiles burdos que había producido une de les ayudantes del maestro Kong, sino una imagen creada por la mano del mismísimo retratista real. Incluía hasta los hoyuelos de enfado.

Zhara se detuvo delante del cartel.

—Eres tú —dijo en voz baja.

Han no pudo negarlo.

—Sí.

No sabía qué más decir.

38

Para sorpresa de Zhara, al volver a casa se encontró con que Suzhan la esperaba junto a la chimenea sin encender.

—¿Mimi? —preguntó. Las brasas del fuego se habían apagado y en la cocina reinaba la oscuridad total, a excepción de la luna creciente que entraba por la ventana—. ¿Qué haces aquí?

No hubo respuesta. Zhara apenas distinguía la silueta de su hermana en la oscuridad de la cocina, desplomada sobre su taburete habitual y apoyada en su omnipresente bastón de bambú.

—¿Mimi? —repitió—. ¿Va todo bien?

Estiró la mano para tocarle el hombro a su hermana.

¡Bam! Zhara se giró y vio que las pesadas puertas de madera de la cocina se cerraban de golpe. Luego oyó el chirrido, crujido y chasquido del cerrojo encajando en su sitio. Debajo de su mano, la figura en el taburete se derrumbó al suelo, con lo que reveló unos sacos de arroz amontonados y cubiertos por una tela.

—¿Mimi?

—Lo siento —respondió su hermana en un sollozo apagado desde el otro lado de la puerta—. Lo siento, lo siento, lo siento.

—¡Suzhan! —Zhara corrió hacia las puertas de la cocina e intentó mover las enormes manijas de hierro. En los ocho años que habían vivido en ese piso minúsculo, nunca había cerrado esas puertas, porque el mecanismo pesaba demasiado para ella. Había un hueco tan ancho como su mano entre la parte inferior de la puerta y el alto umbral. Le pareció distinguir dos sombras—. ¿Madame?

Una de las sombras se alejó, pero la otra se quedó allí.

—Lo siento mucho, nene. Perdóname, por favor, por favor.

A Zhara se le puso el vello de punta en la nuca.

—Déjame salir, mimi —dijo y dio unos golpes suaves en la puerta con la palma—. ¿Qué está pasando?

—No puedo soltarte. No puedo dejarte salir.

Zhara golpeó con más fuerza.

—¿Mimi? ¿Qué haces?

Los únicos sonidos que le llegaban del otro lado eran unos sollozos apagados y angustiosos.

—Lo siento, nene. Lo siento muchísimo.

Zhara se puso de rodillas para intentar mirar por el hueco entre el umbral y la puerta. No veía la cara de su hermana desde ahí, pero le pareció distinguir una figura pequeña y enjuta que la esperaba en el portón del patio. Su estatura era demasiado baja para tratarse de la segunda

esposa.

—¿Mimi? —Deslizó la mano por el hueco, estirándose hacia su hermana—. Sácame.

—No puedo —replicó Suzhan con la voz rota. Se agachó junto a la puerta y tanteó con los dedos en busca del hueco—. Lo siento mucho. Lo siento.

Zhara le agarró la mano.

—¿Por qué? —preguntó con voz ronca—. ¿Por qué, mimi?

Suzhan tardó un momento en responder.

—¿Recuerdas cuando te dije que no me siguieras? ¿Que no sacrificaría mi felicidad por ti?

Zhara cerró los ojos.

—Sí —susurró y notó que unas lágrimas calientes se le deslizaban por las mejillas.

—¿Recuerdas la promesa que nos hicimos entonces?

A Zhara le costaba hablar por el nudo de la garganta.

—Que… que viviríamos nuestra verdad.

—Sí. —Suzhan aferró con fuerza los dedos de Zhara a través del hueco de la puerta—. Y eso es lo que estoy haciendo ahora.

—¡Ser la esposa del chanciller no puede ser tu verdad!

—No lo es. —Hipó y luego sorbió aire por la nariz—. Pero la academia en Jingxi sí que lo es.

La institución musical más importante de todos los Reinos del Alba. Justo lo que Suzhan dijo que haría.

—Pero ¿cómo es posible?

El silencio hablaba por sí solo.

—Lord Chan prometió pagar la matrícula y proporcionarme une acompañante a Jingxi si… —No terminó la frase.

Si traicionaba a Zhara.

—¿Cuán malos son los moratones? —preguntó en voz baja. Suzhan soltó una carcajada de desesperación.

—Digamos que, si no estuviera ciega de antes, lo estaría ahora.

Zhara cerró los ojos.

—Ay, mimi —dijo, llorando sin contenerse—. Ay, mimi.

—Lo siento mucho —fue lo único que pudo decir su hermana—. Lo siento mucho.

Y era justo como había dicho Suzhan: con sentirlo no bastaba.

Era asombroso lo rápidos y lo lentos que transcurrían los días cuando no había trabajo que hacer ni sitios a los que ir.

Zhara marcó el paso de las horas con líneas de tiza en las piedras de la chimenea: amanecer, alba, media mañana, mediodía, principios de la tarde, media tarde, larga sombra, atardecer,

crepúsculo, ocaso, noche, medianoche… Una y otra vez hasta que se rindió.

¿Qué pasaría la Noche de los Siete? ¿Cumpliría diecisiete sin que nadie celebrase su cumpleaños, excepto los ratones y la placa funeraria de su padre en la pared?

No, decidió. Al menos tendría los fuegos artificiales del palacio. Los había observado muchas veces de niña en esa misma cocina en la que la habían encerrado.

Al menos no le faltaba comida ni entretenimiento. Los montones de novelas románticas amarillentas le habían hecho buena compañía entre las visitas de la segunda esposa y su ejemplar de *El clásico de mil caracteres* demostró ser una gran opción para frustrarse con cada hechizo que intentaba hacer sin éxito.

—¿De qué sirve ser maga si no puedo *hacer* magia? —se quejó a la placa funeraria de su padre. Dejó el pincel de Jiyi a un lado y enterró la cara en la almohada—. ¡Es todo culpa tuya, baba!

Soltó un grito ahogado en las sábanas.

Alzó la cabeza y fulminó la placa de la pared con la mirada.

—Es todo culpa tuya, baba —repitió, esta vez en voz más baja—. Tu culpa por estar muerto y por dejarme aquí sin ningún sitio al que ir y sin nadie en quien confiar. —Pensar en Suzhan le provocaba pinchazos en el corazón, así que cerró los ojos para evitar el dolor. Esperaba que su hermana al menos fuera feliz de camino a Jingxi—. De esas dos cosas, lo peor es la soledad.

Zhara se puso en pie y apartó la placa de la pared. Acarició con suavidad las letras grabadas del nombre de su padre. Su madre no tenía una placa funeraria, ya que la cremaron y esparcieron sus cenizas según la costumbre de su pueblo.

—Siempre he sabido que era diferente —dijo, devolviendo la placa a su lugar—. Así que mantuve a todo el mundo a cierta distancia, con miedo de que, en cuanto conocieran a mi auténtico yo, me abandonarían. —Apartó la cara—. Igual que tú me abandonaste, baba.

«Sé buena, pequeña urraca. Sé buena y sé auténtica», le riñó la voz de su padre en su cabeza.

—Sé buena —dijo Zhara con amargura—. He sido buena, baba, y mira a dónde me ha llevado eso. Mi madrastra me ha encerrado en mi propia cocina y mi hermana me ha traicionado. A lo mejor tendría que haber sido auténtica en vez de buena. —Se sentó en el taburete bajo de Suzhan y se echó a llorar—. Si hubiera sido auténtica en vez de buena, me habría ido de la ciudad nada más descubrir que lord Chan era un demonio. Al fin y al cabo, mi hermana se ha mantenido auténtica y ahora va de camino a la academia de Jingxi a estudiar cítara para convertirse en una artista famosa. —A pesar de todo, sonrió—. Me alegro por ella.

Se oyó un cascabel y aparecieron dos ojos dorados en las sombras.

—¿Sajah? —Zhara se limpió las lágrimas—. ¿Eres tú de verdad?

El gato anaranjado se acercó a ella en silencio y estampó la cara contra su mano con afecto. Zhara lo agarró y enterró la cara en su pelaje a pesar de sus enérgicas protestas.

—No me has abandonado —repetía sin cesar en su suave y blanca barriga—. No me has

abandonado.

Miau, replicó el gato, molesto, y se retorció para escabullirse.

—¿Cómo has entrado? —preguntó, sosteniéndolo ante sí—. No sabía que había una abertura lo bastante grande para que entrara un gato.

Sajah la miró con cara de fastidio y entonces, antes de que Zhara pudiera ni siquiera parpadear, se transformó en un minúsculo ratón con la cola rubí.

Con un gritó, la chica soltó al roedor, que se transformó de nuevo en Sajah delante de sus narices.

—¿Q-qué…?

¡Toc, toc, toc!

Sajah se escabulló al oír los suaves golpes en la puerta. Zhara no sabía si se había transformado de nuevo en algo pequeño, pero sus delatores ojos dorados brillaban en la oscuridad.

¡Toc, toc, toc!

—Soy yo, niña —dijo una voz familiar, aguda y aflautada—. El maestro Cao.

Una calma profunda inundó a Zhara cuando las piezas del puzle al fin encajaron en su lugar. La conversación que había oído entre la segunda esposa y une desconocide. Le había parecido reconocer la voz. Y lo había hecho.

—«Tu hija tiene… otras ventajas» —murmuró.

—¿Qué has dicho? —preguntó el hombre. Zhara no respondió, solo observó las sombras por el hueco—. Te he traído comida —añadió el librero. Sonaba nervioso—. Toma, te la paso por debajo de la puerta.

—¿Dónde está mi madrastra? —preguntó. Su voz le sonaba ajena; extrañamente tranquila, calmada, fría.

Silencio.

—Se ha ido.

—¿Ido? —Aquello la sorprendió—. ¿A dónde?

—No estoy seguro. Pero se llevó el dinero que mi amo le dio y se marchó de Zanhei.

Su amo. Zhara bufó.

—¿Cómo has podido? —dijo, abandonando cualquier señal de educación—. ¿Cómo has podido trabajar para lord Chan si sabías lo que era?

—¿El regente de Zanhei?

—Un demonio. Un demonio superior, además.

—Ah. —Las sombras de los pies del maestro Cao se movieron de un lado para otro—. Bueno, sí. No supe que lord Chan era el demonio rana del Veneno y la Pestilencia hasta mucho después.

Zhara puso los ojos en blanco.

—Pero ¿sabías que era un demonio?

Pasó un momento antes de que el librero respondiera.

—Prometió que, mientras trabajase para él, estaría a salvo de la posesión.

La respuesta fue tan inesperada que Zhara no sabía qué contestar.

—¿De verdad te da tantísimo miedo convertirte en una abominación?

—No hay cura para la posesión —dijo el maestro Cao con dureza—. Lo vi de primera mano en alguien con quien compartía sangre. Mi hermano mayor. —Zhara no dijo nada—. ¿Sabes cuál es la peor parte de convertirte en abominación? Que lo sabes. La conciencia humana persiste bajo la forma monstruosa. Es tu propio poder el que te mantiene atrapado ahí. Veía a mi hermano en los ojos del monstruo en el que se convirtió. Sentí pavor. Era consciente de lo que pasaba y no podía hacer nada. Lo intenté todo para traerlo de vuelta. Todos los hechizos que se me ocurrieron. Pero, al final, la única cura fue la muerte.

Hasta que apareció la Guardiana del Fuego. Un brillo rosado relucía en las venas de sus manos.

—Yo te habría curado —dijo en voz baja—. Aunque no te lo merezcas.

El maestro Cao rio, pero sin humor.

—No lo sabía entonces. Nadie lo sabía. Por eso hice un trato y ahora debo vivir con ello. Si rompo mi acuerdo con lord Chan, me convertiré en un monstruo.

—Aún podría traerte de vuelta —dijo Zhara. Se puso en pie, se acercó a la puerta y apoyó una mano en la madera—. Si abres la puerta, si rompes tu juramento con lord Chan, te prometo que te curaré de la posesión. Por favor.

—No puedo —dijo el librero, y parecía arrepentido de verdad—. Mi amo te necesita lejos para el ritual de mañana.

—¿Un ritual?

—Algo sobre el segundo heredero. Me imagino que quiere poseer el cuerpo de un huésped más joven.

—¿Qué día es mañana?

—La Noche de los Siete.

La cabeza le daba vueltas. Llevaba dos días encerrada en la cocina.

—Por favor —suplicó, sin ánimo de seguir fingiendo orgullo—. Déjame salir, por favor.

Pensó en Han y en la promesa que le había hecho para intentar impedir que poseyeran a su hermano pequeño. Tenía que salir de allí. Tenía que intentarlo.

—Lo siento. De verdad que lo siento.

Y luego se marchó.

Zhara no supo cuánto tiempo pasó en un silencio pasmado, pero, al final, Sajah salió de las sombras con un tintineo de su collar.

Niang, dijo, restregando la cara contra sus pantorrillas.

Se observó las manos. El brillo seguía recorriéndole las venas. Se preguntó si podría usar las

habilidades de Guardiana del Fuego para transformar la materia de una cosa en otra y escapar.

Apretó las manos contra la puerta de la cocina y pensó en hielo, en agua derretida, en…

… piedra.

Retrocedió un paso y observó su obra de arte con desesperación. La puerta de madera se había transformado en un muro sólido de granito, excepto por un hueco entre la parte inferior y el umbral.

—Maldita sea. ¿De qué me sirve ser la Guardiana del Fuego si no puedo *usar* mi estúpida habilidad especial? —Suspiró—. Me pregunto cómo dominó Yuli su poder. —Y entonces ahogó un grito—. ¡Yuli!

Zhara se giró hacia el gato, que la miró inquisitivo.

—¿Puedes entregarle un mensaje a la princesa Yulana en el palacio? Te leerá la mente, ¿lah?

El gato ladeó la cabeza y movió la punta de la cola adelante y atrás.

—¿Eso es un *sí*? —preguntó Zhara con un hilillo de voz. —Sajah parpadeó despacio—. Dile a Yuli que estoy encerrada en mi casa y que deben proteger al segundo heredero cueste lo que cueste. Les Guardianes del Amanecer han sido traicionades por alguien de entre sus filas: el maestro Cao, el librero. Está trabajando en el palacio con el demonio superior, que planea llevar a cabo una especie de ritual con el chico mañana por la noche. En la Noche de los Siete. ¿Lo tienes? —Sajah parpadeó despacio de nuevo—. Bien. —Y se convirtió de inmediato en ratón—. ¿Cómo… cómo haces eso?

Sajah el ratón la miró exasperado y luego se transformó en un monstruo.

Un monstruo precioso, sin duda, no como las abominaciones con las que se había encontrado antes. Sajah se había convertido en una enorme criatura leonina del tamaño de un poni, con la melena de un león hecha de fuego, la cola de un pavo real y dos pequeños cuernos redondeados en la parte superior de la cabeza. Su pelaje era una mezcla increíble de dorado, escarlata, bermellón y naranja, y en lo profundo de su manto parpadeaban rayos de electricidad.

—¿Sajah? —preguntó Zhara con incredulidad. El felino puso los ojos en blanco y movió la cola de pavo hacia ella, con lo que el cascabel de su cuello tintineó. El cascabel que le había atado cuando lo conoció de cría, cuando lo adoptó como suyo—. Sajah —repitió maravillada y acarició una de las protuberancias como cuernos—. Eres… el León del Sur. —El animal suspiró —. «El León del Sur puede adoptar cualquier forma, pues su poder, al igual que el de su señore, es el de la transformación». Mi poder. El poder de la Guardiana del Fuego.

Ahora comprendía por qué el gato había acudido a ella y se percató de que Sajah siempre la había cuidado en sus múltiples formas.

Sajah centró sus dorados ojos impacientes en Zhara.

—Vale, vale. Ya te dejo ir.

Se transformó enseguida en un ratón y echó a correr por el agujero bajo la puerta. Acto seguido, un pájaro escarlata con un cascabel en el cuello pasó volando por la ventana, camino al

palacio y a la princesa Yulana.



Un golpe estruendoso y una luz cegadora sacaron a Zhara de la cama.

—¿Zhara? —dijo una voz familiar—. Zhara, ¿estás aquí?

Los golpes y la luz procedían de detrás de la puerta. Un pictograma brillante había empezado a comerse la sólida puerta de piedra y ardía rojo como el fuego. Un hechizo. Zhara no sabía leerlo, pero reconoció lo que era: el idioma de las flores.

—¿Xu? —graznó.

—¡Sí, soy yo! ¡Hemos venido a sacarte de aquí!

—Es mejor que se aparte —dijo una voz distinta—. Vamos a sacar a la dama de ahí, pero esto podría ser… eh… un poco desastre.

—Eso es porque eres la persona más torpe que conozco, Junseo —comentó una tercera voz, grave y sosegada. Zhara frunció el ceño e intentó contar las sombras que había bajo el umbral.

—¿Quiénes sois?

—¡Atrás! —gritó Junseo—. Este hechizo tiene tendencia a… —¡Cataplam! ¡Bum! Zhara se agachó y se tapó la cabeza cuando los fragmentos de la puerta salieron volando hacia ella y la cubrieron de arena y gravilla—. Explotar —terminó Junseo, tosiendo un poco.

Zhara alzó la cabeza y miró con los ojos entornados las siluetas recortadas en la luz. Contó ocho en total.

—¿Xu?

Le joven esbelte se arrodilló junto a ella y la ayudó a ponerse en pie.

—A tu servicio, querida.

—¿Cómo… cómo me habéis encontrado?

—Bueno —respondió Xu, acariciándose la barbilla—, recibí un mensaje muy interesante que me entregó un pájaro muy interesante que envió una persona muy interesante de palacio.

Zhara frunció el ceño.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Yuli recibió tu mensaje —aclaró Xu con una sonrisa. A Zhara le escocieron los ojos por las lágrimas.

—Me alegro.

—Yo también. Y ahora vámonos, tu carruaje te espera.

—¿A dónde?

—Al Palacio Glicinia. Si no me equivoco, debes prepararte para un baile.

Una emoción entre la felicidad y el pesar se removió en el pecho de Zhara; le hacía cosquillas y dolía a la vez.

—¿Sí?

—Pues claro que sí —declaró Xu—. Porque estos chicos de aquí —señaló a los siete hombres jóvenes que había en el patio— van a ser tus escoltas.

El más alto sonrió y señaló a sus hermanos con un pincel.

—¡Dos, tres!

Los siete hicieron una reverencia a la vez.

—¡Hola, somos los Hermanos Bangtan!

Zhara estaba patidifusa.

—¿Cómo?

Xu sonrió.

—Parece que este es tu día de suerte.

39

Zhara no sabía si los Hermanos Bangtan siempre eran así de caóticos o aquello se debía a los nervios previos al espectáculo.

En los aposentos de Jiyi reinaba el caos absoluto mientras siete chicos (hombres jóvenes, más bien) se hallaban en varios estados de preparación para la Noche de los Siete. Entre vestirse y maquillarse, se robaban comida de los platos, jugaban a juegos y se gastaban bromas. En general, se comportaban como siete hermanos rebeldes en vez de siete actores profesionales.

Xu no contribuía en absoluto a mejorar ese caos mientras revoloteaba de un chico al siguiente para intentar que todos le firmaran el abanico.

—¡Queréis callaros de una vez! —bramó la cortesana cuando los gritos, canciones y carcajadas se intensificaron tanto que ya costaba oírse pensar y más coordinarse con varies criades que sufrían distintos arranques de emoción por tener a los Hermanos Bangtan en los salones del Palacio Glicinia—. ¡Xu, deja en paz a esos muchachos y ven a ayudar a Zhara a prepararse!

—Un segundo —dijo mientras le ponía ojitos al segundo más alto—. Solo necesito un autógrafo del más guapo.

Zhara creía que su nombre era Bohyun, el mayor. Al chico se le enrojecieron las orejas por el coqueteo incesante de Xu, aunque obedeció con amabilidad y escribió un garabato ininteligible en tinta sobre el abanico extremadamente caro de seda de Wulin.

—¡Chan Xuhei! —chilló Jiyi—. Deja de flirtear y mueve el culo hasta aquí. ¡Uf! —Alzó las manos al aire y puso los ojos en blanco—. No sé a qué viene tanto entusiasmo —replicó con amargura—. Hay mucha gente atractiva en el mundo. No sé por qué pierden la cabeza con estos chicos en concreto.

Zhara sospechaba que Jiyi era inmune a sus encantos en parte porque estaba encandilada por la princesa Yulana, pero no dijo nada.

—A mí me parecen muy tiernos —dijo con una sonrisa. Se ruborizó un poco cuando uno de ellos (*Mihoon*, pensó) le trajo un plato de melón amargo azur que había pelado y troceado él mismo. De los siete, parecía el más tranquilo, menos interesado en participar en los preparativos bulliciosos de los demás y más concentrado en leer un libro o echarse una siesta—. Muchas gracias.

En cuanto Xu hubo terminado de molestar a los Hermanos Bangtan para que le firmaran el abanico, acudió a donde Zhara permanecía sentada en el suelo, ya vestida con el conjunto rosa y blanco que había comprado con Han. El peso de la seda y de la chaqueta de ramio la calmaba y agobiaba a la vez. Nunca había prestado tanta atención a su vestimenta ni había fingido ser alguien que no era.

—Anímate —dijo Xu mientras le peinaba el pelo—. Es la noche más romántica del año y vas a ir a un baile de máscaras con siete de los jóvenes más atractivos de los Reinos del Alma. ¿Qué más podría pedir una chica?

Zhara intentó sonreírle, pero las comisuras de la boca pesaban más de lo esperado. Pese a que todos sus sueños se habían hecho realidad, una bola de hielo le ocupaba el estómago y propagaba entumecimiento por todas sus venas. Se observó los pies, los zapatos blancos que Han (el heredero real) le había regalado y la insensibilidad aumentó.

—¿Zhara? —Las manos de Xu era gentiles sobre su pelo mientras desenredaba con cuidado sus ondas rebeldes—. ¿Va todo bien?

—Xu, ¿por qué no me lo dijiste?

Los dedos de le chique se detuvieron sobre su cabeza.

—¿El qué? —preguntó con ligereza, pero Zhara percibió su titubeo, su estremecimiento por la anticipación de lo que iba a decirle. Se abrazó las piernas contra el pecho.

—Han y tú. Quiénes… quiénes sois en realidad.

—Ah. —Xu siguió jugueteando con su cabello durante unos minutos más sin hablar—. Conque te lo ha dicho.

Zhara negó con la cabeza y notó que Xu le tiraba de los mechones para que se mantuviera quieta.

—Sí —dijo, pero entonces se lo pensó mejor—. No. Se le escapó.

—Comprendo. —Con el cepillo, repartió aceite de almendras para prepararle el pelo antes de la cera moldeadora—. ¿Cómo?

Zhara cerró los ojos y permitió que los suaves movimientos repetitivos del cepillo la condujeran a la calma, aunque tan solo fuera por un instante.

—La llamó Yulana en vez de Yuli.

—Con eso bastaría, sí —suspiró Xu—. De verdad que me desespero por conseguir que mi príncipe llegue a la mayoría de edad vivo. —Une criade trajo una bandeja con un cuenco y dos palos de cera caliente moldeadora. Xu volvió a hablar, dudose—. Zhara… Han no ama a…

—¿La princesa? Lo sé.

Algo caliente le goteó por la cara y le sorprendió ver que estaba llorando. No sentía nada, ni tristeza, ni decepción ni dolor, pero las lágrimas fluían por sus mejillas, cálidas y ardientes.

—¿Lo sabes?

Zhara asintió de nuevo y se ganó otra reprimenda.

—No estoy triste por el compromiso —explicó, aunque, en algún lugar al otro lado del entumecimiento, sabía que eso era mentira. El recuerdo de los ojos de Han, grandes y anhelantes bajo la luz de la luna cuando se inclinó para besarla le volvió a la mente, como un fantasma—. Es solo que… —Se mordió el labio.

—Te mintió.

Notó un nudo en la garganta y más lágrimas descendieron por las mejillas.

—Sí.

—Ay, Zhara —dijo le chique, y fue la amabilidad en su voz lo que la deshizo. Enterró la cara en las manos y el entumecimiento desapareció en un mar de lágrimas.

—Sé que es una tontería —dijo, y el aliento se le atascó en el pecho—. Sé por qué lo hizo. Mintió para proteger al segundo heredero. A su hermano.

Anyang. Se percató de que ni siquiera había sabido los nombres de la familia real de Zanhei, de que casi ningune ciudadane de a pie, ni en la ciudad ni en las Fosas, los conocía. Zhara intentó conciliar la idea del hijo más joven del príncipe Wonhu, un niño protegido y mimado que vivía en un palacio dorado, con la realidad del hermano pequeño de Han tal y como se lo había descrito: tierno, sensible, un poco a la defensiva y emocionalmente unido a cualquiera que le mostrase aunque fuera un poquito de amor.

—Sí —dijo Xu—. Lo hizo por eso. Su madre, la consorte real, ya había sufrido una muerte terrible a manos del Halconero. No quería arriesgarse a que su hermano pequeño tuviera el mismo destino.

—Eso lo sé. Es que… —Observó los aposentos privados de Jiyi, donde Xu, Han y ella habían pasado muchas tardes riéndose y disfrutando de su mutua compañía—. Confiaba en todes vosotres. Os confié todos mis secretos, incluso los que podían destruirme. Lo hice porque pensé… porque *creí* que estaba a salvo con vosotres. Con todes.

Xu no respondió y siguió cepillándole aceite de almendras en el pelo.

—La confianza no es un río que fluya en tan solo una dirección —dijo con amabilidad al cabo de un rato largo—. No se puede recibir nada sin dar algo a cambio.

Confianza. Recordó el fantasma del beso que había compartido con Han y las dudas se introdujeron en su mente. ¿Qué era la intimidad sin la confianza? Sin la confianza, solo había deseo, una cosa superficial y efímera que se podía borrar con la aparición de otra persona más guapa, más divertida. Pensó en cómo los ojos grandes e inocentes de Han se redondeaban de vergüenza cada vez que ella bromeaba, cómo arrugaba la nariz cuando sonreía, cómo los hoyuelos aparecían tanto cuando estaba feliz como enfadado. Era, seguramente, el chico más guapo que había conocido nunca, y le resultaba más atractivo porque era tierno, amable y solo un poquito duro de mollera. Le dolía el corazón de afecto cuando pensaba en él, porque le importaba. Porque había confiado en él. Y ahora todo aquello era cenizas en su boca.

Xu suspiró y recogió la mitad de su cabello en un moño sobre la coronilla. El resto lo enroscó en formas elegantes y rizos.

—Yo quería decírtelo. Me parecía una tontería que fueras la última en saberlo, sobre todo por la intimidad que había crecido entre les tres, aunque en especial entre vosotres dos. —Empezó a prenderle flores de adorno hechas de seda y madreperla en la masa de pelo sobre su cabeza—. Aunque no siempre puedes obligar a alguien a admitir algo antes de que esté liste.

De forma espontánea, la imagen de los ojos vidriosos y llenos de lágrimas de su hermana apareció en la mente de Zhara. Durante años, le había ocultado su magia y, durante mucho tiempo, se había dicho que no era porque no confiase en Suzhan, sino porque quería protegerla.

Pero ¿era cierto? Tras la repentina traición de su hermana, Zhara se preguntó si, después de todo, no había tenido razón respecto a Suzhan. Por mucho amor que existiera entre dos personas, si no había confianza, no había nada asegurado.

—Lo sé —dijo en un hilillo de voz—. Pero pensé que… pensé que yo… que era… digna.

Las manos de Xu se detuvieron sobre su cabello y luego prosiguieron.

—Eres digna, Zhara —le aseguró en voz baja.

—¿Lo soy? —Recordó sus relaciones rotas, la voz angustiada de Suzhan cuando Zhara admitió que había sido ella quien le había perjudicado la visión para siempre—. Entonces, ¿por qué no me siento así?

Xu no tenía respuesta para eso. La ayudó a prepararse para el baile en silencio y la maquilló con toques delicados: le coloreó los labios y las mejillas, le oscureció las cejas y las pestañas con kohl y le dibujó una pequeña flor de loto entre las cejas con pintalabios rojo.

—Ya está. —Le colocó la máscara en la cara—. Estás preciosa. Serás la chica más guapa del baile y Han se arrepentirá de haberte hecho daño.

Los espejos estaban ocupados por los Hermanos Bangtan, que se arremolinaban a su alrededor y peleaban por un hueco, aunque daba igual. Daba igual si no la veía nadie esa noche, porque la única persona que quería que la viera no podía mirarla. Siempre había sabido que no tendrían un final de cuento de hadas, pero la realidad no dolía menos por ello.

—Gracias, Xu.

Elle agitó la mano.

—No ha sido nada.

—No, no es solo por esto —dijo, señalándose el peinado y el maquillaje—. Sino por ser mi amigue también.

Xu le dio una palmadita en la espalda y le entregó los zapatos de seda blanca que Han le había comprado la noche en que se besaron por primera (y seguramente última) vez. Eran ligeros y cómodos, como la primera vez que se los había puesto. No sentía que llevase nada en los pies.

—Los zapatos de baile están listos. —Xu sonrió—. Y ahora ve a disfrutar.



A pesar de las terribles circunstancias en las que se encontraba, Zhara se lo estaba pasando en grande.

La mascarada de la Noche de los Siete era todo lo que había soñado de niña. Habían adornado las vigas y columnas del palacio con farolillos de papel y lucecitas (velas pequeñas colgadas en soportes minúsculos) que pintaban de oro los mosaicos de cristal en los pórticos hasta el punto de

que parecían parpadear con vida. Las formas cortadas en los farolillos arrojaban sombras danzarinas en las escenas que retrataban la creación de Zanhei por parte del Rey Mono, el fundador de la Casa Wonhu, mientras que las velas iluminaban la oscuridad como estrellas terrestres.

Pero fue la gente, ¡ah, la gente!, lo que le llamó más la atención y despertó su imaginación. Aunque Zhara estaba acostumbrada a la diversidad de culturas y tonos de piel dentro de las Fosas, ver en un único lugar la amplia gama de rostros y rasgos procedentes de todos los rincones de los Reinos del Alba resultaba abrumador, sobre todo cuando lucían ropajes tan bonitos. Vestidos de seda y gasa se mezclaban con trajes de brocado y tul, túnicas y pantalones de cuero, armaduras y joyas doradas. Aunque el baile era una mascarada, no todo el mundo se había molestado en llevar máscara; algunas personas la sostenían en la mano, más como un complemento o un abanico; y otras se habían adornado los rostros con dibujos intrincados en oro, plata y más colores.

—Vuelve a meterte los ojos dentro de la cabeza —bromeó Taeri, uno de los acróbatas de la compañía. Estaba sentado con Zhara, Jiyi y Mihoon, el encargado de la música, en su carromato pintado, donde también iba el decorado, los paisajes y los instrumentos musicales. Entrar en el palacio había sido bastante fácil; el líder, Junseo, solo había tenido que enseñar un identificador a le guardia de la puerta oriental, que les dejó pasar sin inquirir más, demasiado aturdide o borrache para ser concienzude o meticulose. Era la noche más romántica del año y todo el mundo estaba más concentrado en el placer que en el orden.

—Es una lástima que esta noche no actuemos de verdad —comentó con melancolía Sungho, el otro acróbata, payaso y director de escena. Examinó el enorme patio con unos ojos entusiastas que relucían bajo la luz de las velas—. Siempre he querido actuar en un sitio tan bonito como este.

—Algún día lo haremos —dijo Junseo—. Cuando el mundo sea seguro para gente como nosotros.

Los hermanos murmuraron su asentimiento mientras empezaban a prepararse para la noche.

—Recordad el plan, chicos —dijo Jiyi al saltar del carromato. Sus años bailando en el Palacio Glicinia le habían ido genial para su disfraz de doncella celestial. Su vestido blanco diáfano, con las largas mangas que iba arrastrando por el suelo y le tapaban las manos, revoloteaba y fluía a su alrededor como agua burbujeando en un riachuelo—. La familia Ha, les gemeles Chu y las hermanas Lok van vestides de urraca y llevan el collar del sol en el cuello. Mezclaos con les asistentes para buscarles e intentad no llamar demasiado la atención. Nos reuniremos de nuevo aquí cuando la campana dé la medianoche para marcharnos.

Uno a uno, los Hermanos Bangtan hicieron una reverencia ante la cortesana y se fundieron con la multitud de la Noche de los Siete para buscar a les refugiades que debían sacar de Zanhei. Zhara los observó marcharse con un pinchazo inesperado en el corazón. En otro mundo, Suzhan

y ella serían dos de les refugiades que abandonarían el imperio para empezar una nueva vida entre los pueblos libres del oeste. En otra vida, Zhara quizás habría estado allí con Han para buscar entre la gente a les magues y sus parientes mientras se besaban un par de veces bajo las estrellas y esperaban a que empezaran los fuegos artificiales. Igual que la noche en la que habían presenciado los farolillos de deseos flotar hacia el cielo desde la colina con vistas a la ciudad.

Pero esa vida era una mentira. Siempre lo había sido.

—¡Zhara! —siseó Jiyi—. Deja de perder el tiempo y sígueme. Alcanzar al estrado real no será fácil, sobre todo porque no tenemos una dispensación especial para acercarnos al príncipe y su familia.

Las dos chicas avanzaron por los bordes del gran patio, siguiendo la ruta más larga posible hasta el pabellón de la Sabiduría Celestial, en el centro del palacio. Incluso desde tan lejos, Zhara distinguía la plataforma con un dosel de borlas sobre las escaleras que conducían al pabellón donde el príncipe y sus herederos daban audiencias. Debajo del dosel había cuatro sillas: una para el príncipe Wonhu, dos para sus hijos y, a los pies del soberano, un taburete pequeño para el chanciller. En ese momento, los asientos estaban vacíos, pues los miembros de la familia real no saldrían hasta que el sol se hubiera puesto por completo para dar comienzo a la celebración con la procesión de animales.

Zhara se ajustó la máscara sobre la cara y se abrió paso hasta la plataforma.

Un estruendo repentino de gongs y la vibración rítmica de unos tambores resonó por el patio. Se hizo el silencio en la multitud a medida que se apagaban las antorchas y otras lámparas y velas cobraban vida. *¿Esto es cosa de magia o una puesta en escena muy ingeniosa?*, se preguntó Zhara. Cualquier cosa era posible con los Hermanos Bangtan, sobre todo ahora que sabía que los siete eran magos.

A través de la puerta meridional abierta llegó una procesión de criaturas del otro mundo. Zhara las contó: había al menos doce, lo que significaba que los hermanos habían conseguido encontrar a todes les refugiades que debían escoltar a las afueras de la ciudad. Al frente de la procesión, Taeri y Sungho, los dos mejores acróbatas de la compañía, giraban por el paseo y sus largas mangas volaban a su paso. Zhara no sabía quién era quién debajo de las máscaras idénticas de espíritus que llevaban, pintadas en blanco con expresiones exageradas que representaban a criaturas del más allá. Una persona alta con un pellejo moteado de ciervo y un tocado de astas de madera encabezaba la procesión desde la puerta, mientras que una figura solitaria de azul y marrón descendía los peldaños del pabellón de la Sabiduría Celestial, con un enorme estandarte de seda plateada tras elle. Zhara no reconoció a nadie.

—El Príncipe de las Hadas —murmuró la multitud con admiración—. ¡Y la Hija del Leñador!

Zhara observó a les heroínes del cuento bailar en cada extremo del estandarte de seda, intentando alcanzarse a través del río Resplandeciente que separaba el mundo de los seres humanos del mundo de los espíritus. Dos personas, vestidas de negro y blanco con máscaras de

pájaro, saltaron por encima del estandarte plateado: urracas que atravesaban la división entre lo mortal y lo feérico. Le pareció que eran refugiades, porque se movían con rigidez y torpeza, nervioses por no estar acostumbrades a actuar delante de un gran público.

Las puertas del pabellón de la Sabiduría Celestial se abrieron con un toque de gong estruendoso y de dentro surgió una figura ataviada con el rojo real y acompañada de otras dos, vestidas con el azul principesco, y de una tercera que lucía el dorado imperial. Incluso desde lejos, Zhara enseguida distinguió a Han en la plataforma; su altura y sus músculos lo delataban debajo de la túnica azul con un estampado dorado de monos y el alto tocado con una cortina de cuentas. No iba disfrazado, a menos que el traje de heredero real de Zanhei contase como disfraz. Al acercarse, se percató de que el chanciller no estaba en la plataforma con el resto de la familia real; la cuarta silla, la que había deducido que era para lord Chan, estaba destinada en realidad a la princesa norteña, la que iba ataviada con la túnica de dorado imperial y ribetes de pelo negro que parecía demasiado calurosa y pesada para la noche veraniega.

No supo por qué le dolió ver a Yuli de pie en la plataforma junto a Han. Zhara sabía que no existía afecto entre elles, que su matrimonio concertado era justo eso; pero el hecho de que la princesa hubiera sido cómplice a la hora de ocultarle la verdad le dolió. Sabía que nada de lo que había ocurrido era culpa de Yuli, pese a que sus sentimientos eran igual de impredecibles y caóticos como su magia y se encendían y apagaban a voluntad.

Como si hubiera oído los pensamientos de Zhara (algo totalmente posible), la pelirroja giró la cabeza y la miró a los ojos a través de la multitud.

Risitas, dijo de buena gana una fría voz en su cabeza.

Zhara la saludó con la mano, pero Yuli negó ligeramente con la cabeza.

Cernícalos. Hasta la voz mental de la pelirroja sonaba lúgubre. *Esta noche van de paisano. Y no intentes comunicarte conmigo; no puedo oírte. Solo puedo proyectar mi conciencia a la tuya. Asiente si lo has entendido.*

Zhara asintió de un modo apenas perceptible.

Bien. No sé dónde está el chanciller, pero Han y yo creemos que aún se está preparando. Se tarda en subir al monte Zanhei desde aquí, así que tendrá que hacer su jugada pronto si quiere llegar al volcán con el segundo heredero antes de medianoche para completar el ritual. Ven aquí y encontraremos un modo de bajar «por accidente» para reunirnos contigo y que puedas tocar al chico y obrar tu magia de Guardiana del Fuego. Asiente si lo has entendido.

Zhara asintió de nuevo.

—Ah, disculpe.

La sensación de reconocimiento mágico recorrió la columna de Zhara cuando una persona corpulenta ataviada con un disfraz de oso chocó contra ella. ¿Otre de les refugiades? No llevaba el colgante del sol en el cuello. Para su espanto, vio el detalle sutil de unas alas negras bordadas en la manga del oso.

Un Cernícalo.

Un Cernícalo cuyo contacto hacía sonar la misma campana de familiaridad dentro de sus huesos que Thanh, que Yao y que… que Han. Une mague… que, al mismo tiempo, no lo era.

De repente comprendió cómo el Halconero había localizado y descubierto a tantes magues durante muchos años.

Los Cernícalos eran antimagos.

—Atrapadla —dijo una voz a su derecha. Zhara se dio la vuelta y se encontró al maestro Cao detrás de ella, disfrazado de urraca. Otras dos figuras con disfraces de oso la flanquearon y, cuando le rozaron la piel, supo lo que eran.

Las tropas de paz del Caudillo.

—Ni el segundo heredero ni tu hermana eran importantes —dijo el maestro Cao, y su voz sonó casi triste—. Tú eras el objetivo, Jin Zhara. Siempre lo has sido.

Con un movimiento demasiado rápido, el librero sacó el pincel y trazó un pictograma en al aire delante de su cara que dejó un rastro de luz lavanda. De repente, todo lo que la rodeaba empezó a oscurecerse a medida que perdía el conocimiento.

—No —dijo, aunque notaba los labios demasiado gruesos, la lengua demasiado hinchada para formar palabras.

—Lo siento —dijo el maestro Cao. El dolor en su voz parecía genuino—. Lo siento de verdad. Pero te esperan en las laderas del monte Zanhei y no podemos llegar tarde.

¡Yuli!, intentó gritar con su mente, aunque recordó demasiado tarde que la pelirroja no podía oírla. *¡Yuli!* Zhara se resistió con todas sus fuerzas contra los Cernícalos y su agarre, pero el hechizo del maestro Cao había funcionado y estaba perdiendo el conocimiento.

Y, mientras todo el mundo observaba la maravillosa actuación de los Hermanos Bangtan, el maestro Cao y sus Cernícalos sacaron a Zhara a escondidas del palacio. A su paso, tan solo dejó un zapato perfecto y prístino de seda blanca.

40

La actuación de los Hermanos Bangtan estaba terminando y Zhara no había aparecido.

—¿Estás segura de que le entregaste bien el mensaje? —musitó Han entre dientes a la pelirroja que tenía al lado—. ¿Seguro que te oyó?

Que sí. El ligero roce irritado de la voz de Yulana en su cabeza casi le hizo tropezar con la silla. La sensación de tener a otra persona en su mente le resultaba inquietante e invasiva, como si su prometida hubiera entrado en su cuarto mientras se vestía. Se preguntó si acaso podría leerle los pensamientos y se apresuró a ocultarlos del mismo modo que se taparía con una toalla al salir del baño.

No, no puedo leerte los pensamientos.

Han dio un respingo.

Pero tu cara lo dice todo.

Las carcajadas de otra persona dentro de su cabeza cosquilleaban. Tuvo ganas de estornudar.

Hubo varios estallidos y chasquidos de petardos en el suelo del patio, por debajo de la tarima en la que Han estaba con su hermano y la princesa Yulana. El espectáculo había terminado por fin.

—Gogo —dijo Anyang y tiró de su mano—. Pensaba que iba a venir una persona a echar al demonio rana de mi mente.

—Calla. —Yulana le había advertido que había Cernícalos de paisano entre les asistentes del baile—. Sí, estará entre la multitud.

—¿Dónde? —Su hermano ladeó la cabeza—. ¿Qué aspecto tiene?

—Es guapa —contestó la princesa—. Bastante guapa.

Han intentó no poner mala cara.

—Sí que lo es.

¡Bum!

Todo el patio tembló y se sacudió. Las campanas y los carillones que colgaban de las columnas y las vigas soltaron una cacofonía de tintineos.

—¿Eso ha sido un… un terremoto? —preguntó Yulana con el ceño fruncido.

¡Bum!

La multitud chilló y gritó, pero Han no veía la causa de la conmoción. El suelo se agitó y corcoveó debajo de sus pies de nuevo. Han se lanzó sobre Anyang para protegerlo de los escombros.

—¡Abominaciones! —jadeó el príncipe Wonhu. El padre de Han estaba pálido como la tiza y los bigotes de su rala barba negra se habían chafado y destacaban sobre su piel exangüe.

—¿Dónde…? —empezó a preguntar Han, pero lo interrumpió otro grito de la multitud.

Varias figuras grotescas brotaron de unos disfraces de urracas. Los cuerpos triplicaron su tamaño y rasgaron las costuras de la ropa y de su piel humana.

—Mi príncipe —exclamó Xu, entre jadeos y resoplidos mientras subía corriendo las escaleras, sin prestar atención a les guardias que le gritaban que no se acercara—. ¡Mire!

Sostenía en la mano algo pequeño y blanco y, con el corazón encogido, Han se dio cuenta de que era uno de los zapatos que le había comprado a Zhara la noche en que se besaron. Zhara sí que había ido al palacio. Pero se había marchado.

—¡Es un círculo de invocación! —gritó Jiyi, que llegaba detrás de Xu—. Todo el patio del palacio. ¡Es un círculo de invocación!

Desde su posición elevada, Han veía que las estructuras de piedra que había tomado por decoraciones formaban un círculo perfecto. Cualquier persona con magia que se hallara en su interior se retorcía y se rasgaba la ropa y la piel por el dolor mientras de sus cuerpos surgían espinas, dientes, pelo y plumas. Los ecos de los huesos al romperse rebotaban en los muros del patio.

Hubo otro grito de alarma cuando por la puerta principal entró una criatura con el pelaje hecho de rayos y una melena de león en llamas alrededor del cuello. Llevaba también un pequeño cascabel.

Han estornudó.

—¿Sajah? —preguntó con asombro. La enorme quimera leonina giró la cabeza hacia él y frunció el ceño. Han negó la cabeza. Sí que era Sajah, sí.

—El León del Sur —se maravilló Yulana.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Xu.

—Todes les Guardianes del Amanecer tienen a una criatura por acompañante.

—Sí, sí, eso está muy bien, pero no nos podemos quedar aquí mirando. —Han se agachó cuando un escombro enorme se rompió sobre su cabeza—. El monte Zanhei está a varias horas de distancia río arriba. —Contempló el caos que reinaba a su alrededor: las abominaciones destrozaban los terrenos del palacio como si las piedras y las vigas fueran tofu blando, mientras que los Hermanos Bangtan blandían sus pinceles y dibujaban hechizos de protección. La criatura conocida como Sajah atacaba a las abominaciones con sus poderosas patas—. ¿Qué hacemos?

—Por suerte, yo tengo una solución para eso —dijo Yuli. Alzó la cara al cielo y los ojos se le pusieron en blanco antes de cerrarlos. Luego levantó las manos por encima de la cabeza.

Les demás aguardaron.

Y aguardaron.

Y aguardaron un poco más.

—Eh… ¿se encuentra bien? —le susurró Xu a Jiyi.

La princesa norteña juntó las palmas y bajó despacio las manos para tocarse con los pulgares la

frente, los labios, la garganta y el corazón. Abrió los ojos de nuevo. Sus pupilas de un oscuro marrón habían desaparecido, reemplazadas por un azul tan pálido que casi era blanco. Xu gritó de sorpresa, agarró los hombros de Jiyi y se ocultó detrás de la cortesana, presa del miedo. Jiyi le apartó a un lado para agarrar a Anyang y lo rodeó con los brazos en actitud protectora.

—¿Qué es esto? —gritó—. ¡Han!

Han se situó delante de su hermano, con la mano sobre la daga ceremonial que llevaba al cinturón, pero no creía que Yulana quisiera hacerles daño. Observó que la princesa norteña mantenía la postura, con los ojos azules y ciegos fijos en algo que ningune de elles podía ver.

Y entonces un grito agudo y penetrante atravesó la noche.

Todes levantaron la cabeza y Han captó una sombra tenue en forma de pájaro que sobrevolaba sobre elles. Parpadeó y se frotó los ojos, porque no sabía si se estaba imaginando cosas o el pájaro tenía dos pares de alas. Miró a Yulana, cuyas pupilas habían recuperado su marrón terroso normal. La joven le sonrió y guiñó un ojo. Luego señaló el cielo con la barbilla.

A simple vista, el pájaro parecía una especie de ave rapaz, un águila o un halcón, quizás, aunque ya no estaba tan seguro. Dos cintas largas, como las de una cometa, volaban como serpentinas atadas a su cola. Su largo cuello era casi igual de serpentino cuando bajó a encontrarse con elles. Pero fue su tamaño lo que más sorprendió a Han: era enorme… y se iba haciendo más y más grande conforme descendía.

Han se tapó los ojos con los brazos para protegerse de las nubes de polvo que alzaron las alas gigantescas del pájaro al aterrizar. No se parecía a ninguna otra criatura en la tierra. Pero luego miró a su espalda, al inmenso felino brillante que les protegía de las abominaciones.

—Saludad a Temur, el Águila del Norte —dijo Yulana. Se adelantó sin miedo y acarició con afecto el pico de la criatura. En el suelo, Han veía que era casi del tamaño de un caballo, con las plumas de marfil con motas de bronce, plata y dorado. Tenía la cabeza y el pico de un águila, el cuerpo y la cola de un pavo real con dos cintas y dos pares de alas de halcón—. ¿No os he dicho que todes les Guardianes del Amanecer tienen criaturas como acompañantes? Temur va a todas partes conmigo, ¿verdad que sí, amiga?

—No es que quiera tachar de mentirosa a Su Alteza —dijo Han—, pero creo que recordaría a una enorme ave mítica si hubiera seguido a la princesa…

Perdió el hilo de lo que decía al encontrarse con la mirada azul cielo de la criatura. Con un sobresalto, se percató de que eran del mismo color que los ojos del ave de rapiña que solía ver encaramada sobre el hombro de Yulana.

La joven le dio una palmada en la espalda.

—Ya lo estás entendiendo, príncipe Pastelito de Arroz.

—¿Temur es… un fénix? —preguntó Anyang en voz baja y con asombro.

—Temur es única en su especie —dijo, dándole una palmada en el pecho. Han parpadeó al ver que la criatura se pavoneaba—. Supongo que los fénix de los cuentos de hadas están basados en

ella, pero, por lo que sé, solo hay una Temur y es real.

—No es por interrumpir este momento precioso —intervino Jiyi—, pero la princesa no nos ha contado exactamente cómo esta… esta *Temur*… va a solventar el problema de alcanzar a Zhara a tiempo. Por no mencionar —señaló la destrucción que les rodeaba— que también debemos… lidiar con todo *esto.*

Un rayo mágico partió una de las atalayas en los muros del palacio y todo el mundo dio un respingo.

—Pensaba que era obvio —dijo la princesa—. Han y yo iremos sobre Temur hasta el monte Zanhei.

—¿Que voy a hacer qué?

—¿Y les demás? —preguntó Xu con pánico—. Necesitamos toda la ayuda mágica que podamos hasta que Zhara regrese y pueda transformar a la gente de nuevo. Los Hermanos Bangtan y esta… eh… bestia —miró hacia Sajah— no serán capaces de contener las abominaciones para siempre.

En el amplio patio, dos personas más se convulsionaron y agitaron antes de estallar en escamas, garras y dientes.

Yulana se mordió el labio, indecisa.

—Supongo que Han y Temur pueden ir por delante. Yo me quedaré y ayudaré con la lucha…

—Ni se te ocurra obligarme a montar solo en esta criatura infernal —exigió Han. Temur le picoteó el codo—. ¡Aiyo! ¡Para! —El pájaro gigante lo volvió a hacer—. ¡Yah!

—Discúlpate con ella —dijo Yulana—. Y parará.

El pájaro lo miró expectante con un enorme ojo azul cielo y lo picoteó de nuevo para darle más énfasis al asunto.

—Vale —chilló Han—. Siento haberte llamado «criatura infernal». Y ahora, ¿podemos seguir?

Yulana dudó.

—Temur puede cargar hasta seis personas, pero irá más rápida con menos.

—Detener al chanciller es más importante que pelear contra abominaciones —dijo Jiyi—. Tenemos que cortar la cabeza para parar al resto.

—¿Es que nadie ha oído lo que he dicho? —preguntó Han y se le quebró la voz por el pánico —. ¿Tengo que *volar* al monte Zanhei? ¿Y luego qué? ¿Pelear con el chanciller y los esbirros demoníacos que lo acompañen? ¿Con qué ejército? ¿Con qué armas?

—Conmigo —dijo Yulana, en el tono enérgico de alguien que está acostumbrade a tomar decisiones rápidas en el campo de batalla—. Yo soy el arma. Soy maga y la Guardiana del Viento. Si alguien tiene posibilidades de detener a un demonio superior, esa soy yo.

—Entonces, ¿por qué tengo que ir? —Han sabía que estaba lloriqueando, pero la idea de volar más allá de Zanhei sobre el lomo de un pájaro gigante lo ponía enfermo.

—Porque necesito algo para frenar al demonio mientras averiguo una forma de destruirlo.

Además —añadió Yulana con una sonrisa maliciosa—, si sobrevives, príncipe Pastelito de Arroz, estoy segura de que Risitas te recompensará tu valor con un beso.

—¡Ahora no es el momento para eso!

—Han. —Xu le apoyó las manos sobre los hombros—. Sé que tienes miedo. Yo también tengo miedo por ti. Pero el tiempo apremia. Cuanto antes te marches, más posibilidades tendrás de impedir que alcancen el monte Zanhei.

Han cerró los ojos. Sabía que su mejor amigue tenía razón. Sabía que debía marcharse de inmediato. Pero había algo más aparte del miedo a lo que le esperaba en las laderas del volcán. También estaba aterrorizado por lo que le pudiera pasar a Anyang si no estaba allí para protegerlo.

—Tengo fe en ti, gogo —dijo su hermano con suavidad—. Tú también puedes tenerla en mí. —Alzó las manos; las puntas de los dedos le relucían de púrpura cuando invocó a su magia—. Puedo hacerlo. Y tú también.

Se le formó un nudo en el estómago al asentir.

—De acuerdo —dijo con voz ronca—. Vamos allá.

Yulana le enseñó a subir al lomo del pájaro y le indicó cómo sentarse y agarrarse. Han intentó seguir sus instrucciones lo mejor posible sin caer. Le temblaban tanto las manos al aferrarse a las plumas del pájaro que temía arrancárselas.

—Supongo que Temur no tendrá una silla o algo, ¿verdad? —preguntó con un hilillo de voz.

—Demasiado peso —respondió Yulana mientras subía al lomo detrás de él—. No te preocupes, príncipe Pastelito de Arroz. Yo te protegeré. —Le guiñó un ojo, pasó los brazos por debajo de los suyos y alrededor de su cintura para agarrar las plumas de la nuca de Temur—. No te preocupes, nunca ha dejado caer a nadie. —Luego sonrió—. Por ahora. —Cambió de sitio el peso detrás de él para que el príncipe estuviera seguro entre sus brazos—. Vale, chica. Nos vamos.

Con un enorme salto, la criatura despegó y batió con fuerza las cuatro alas, que llevaron a Yulana y a Han más y más alto hacia los cielos. El chico cerró los ojos, pero oía el viento silbar en sus oídos. Rezaba mientras se aferraba a las plumas con todas sus fuerzas.

—Supongo que este no es un buen momento para mencionar que tengo miedo a las alturaaaaaaaaaaaas.

41

Fue la intensísima y abrumadora hediondez del azufre lo que despertó a Zhara. Durante un momento, se preguntó si habría hervido los huevos demasiado tiempo, aunque entonces abrió los ojos legañosos y se encontró con oscuridad. La boca le sabía mal y le dolía la cabeza, con un fiero martilleo detrás de los ojos y las sienes que amenazaba con ahogar la razón. Imágenes de un baile de máscaras, bailarines vestides como criaturas fantásticas del más allá y fuegos artificiales sobre un tejado dorado persistían en su mente como los restos de un sueño que quería conservar.

Y entonces vio a Suzhan, atada, amordazada e inconsciente a su lado.

Presa del pánico, Zhara quiso levantarse, pero descubrió que sus manos y pies también estaban atados con cadenas.

—¡Suzhan! —gritó, ahogándose en el nombre de su hermana y los vapores que la rodeaban. Se puso bocabajo para arrastrarse poco a poco por la gravilla y la roca hasta alcanzarla—. Suzhan, mimi, despierta —suplicó, sacudiéndole el hombro—. Despierta, por favor.

Suzhan gruñó y se movió.

—¿Nene? —dijo, adormilada. Intentó abrir los ojos, pero se le ponían en blanco sin cesar y se le cerraban las pestañas. Zhara le dio unas palmaditas en la mejilla.

—No, no, mimi. No te duermas. Quédate conmigo. No…

—Déjala —ordenó una voz suave a su espalda—. Esa dosis ha sido bastante fuerte. Estará dormida un rato.

Zhara se dio la vuelta y se encontró a lord Chan, el chanciller, de pie ante ella con las manos juntas y una sonrisita en su rostro de rana.

—¿Qué le has hecho a mi hermana?

—Mi querida esposa estará bien —dijo con un ademán—. El librero le puso un sedante en el té. Se despertará más tarde, no te preocupes.

Pero Suzhan debería estar de camino a Jingxi desde hacía varios días.

—La academia. ¿Era mentira?

—Por supuesto. Tenía que hacer que te entregara de algún modo, así que le dije lo que quería oír.

La rabia atravesó a Zhara y el poder encendió la sangre en sus venas. Las cadenas alrededor de sus muñecas y tobillos brillaron candentes, pero gritó de dolor cuando el metal le quemó la piel.

—Fascinante —murmuró el chanciller… el demonio—. Así que la Guardiana del Fuego ha despertado de verdad.

Las lágrimas fluyeron por el rostro de Zhara a medida que la piel de las muñecas y los tobillos

se llenaba de ampollas.

—Por favor. No sé qué es lo que quieres, pero prometo que me portaré bien. Por favor, por favor.

Alzó los brazos hacia el chanciller, entre sollozos y gritos.

—A veces me olvido de lo frágiles que son los cuerpos humanos —suspiró. Con un chasquido de los dedos, los grilletes cayeron de sus manos y sus pies, aunque el dolor no desapareció, sino que se intensificó. Zhara pensó que se volvería loca. El chanciller se inclinó y le rodeó las muñecas con los dedos y luego los tobillos. El fuego se enfrió enseguida, igual que su magia, que se apagó como si alguien la hubiera sofocado. Cuando el demonio apartó las manos, Zhara vio que le había curado las heridas y le había dejado una superficie irregular de cicatrices—. Ya está. Ahora podemos hablar.

Zhara se tragó un sollozo. Se le entrecortaba la respiración.

—¿Qué quieres de nosotras? —susurró.

—¿De ella? —miró a Suzhan, aún inconsciente—. Nada. —Enfocó sus ojos bulbosos en Zhara —. ¿De ti? —La punta de la lengua salió veloz para rozar el labio superior como una rana atrapando a una mosca—. Lo quiero todo.

La invadió la marea del miedo, pero su magia no respondió. La notaba espesa, lenta, adormilada, como si alguien también hubiera drogado sus poderes con un sedante.

—¿Qué me has hecho? —graznó.

—Me temo que tus habilidades y las mías son radicalmente opuestas, aunque similares en cierto modo —explicó el chanciller—. Como imanes que se atraen o se repelen, según de qué cara estén. Como resultado, cuando he usado mi magia para curarte, eso dejó nuestros dos poderes un poco… cansados. Se pasará.

A medida que su pulso se ralentizaba, Zhara pudo discernir mejor su entorno. Parecían estar en un promontorio bastante estrecho en la cima de una montaña. A lo lejos, vio un enorme lago que reflejaba la media luna y detrás de ella…

… un mar burbujeante de fuego.

Estaban en la cima del monte Zanhei.

Zhara ahogó un grito y se apartó del borde cuando el cráter eructó el hedor a azufre hacia ella.

—¿Por qué me has traído aquí?

—Pensaba que era obvio. Tú, mi querida niña, serás un sacrificio. Una ofrenda a Tiyok, madre de diez mil demonios, para que pueda entrar en este mundo usando tu cuerpo como receptáculo.

—¿Cómo receptáculo? En plan… ¿posesión?

—Nada tan vulgar —dijo el chanciller con un gesto desdeñoso de su mano regordeta y enjoyada—. Me refería a que consumirá tu esencia, es decir, tu alma, y habitará tu cuerpo.

Un escalofrío recorrió a Zhara a pesar del calor abrasador del volcán.

—¿Eso es lo que le hiciste a lord Chan? —murmuró—. ¿Consumir su esencia? ¿Y habitar su

cuerpo?

—Ah. —El hombre esbozó una viscosa mueca que se extendió más de lo que debía—. No exactamente. Lo que yo estoy haciendo sí que es posesión, pero, como demonio superior, sé cómo mantener la forma original de mi huésped. —Sacó pecho—. Soy el primer lord de Tiyok, el demonio rana del Veneno y la Pestilencia.

La miró como si esperase que se maravillara o asustara.

—Eso ya lo sabía —suspiró Zhara—. Me lo contó el maestro Cao.

—¿Quién? —El chanciller parecía desconcertado.

—El librero. —Zhara apretó los puños—. El traidor.

—Ah, ese. El hombrecito del color de las nueces. Sí, se llamaba así, ¿verdad?

Zhara receló enseguida.

—¿Qué le has hecho?

El chanciller se encogió de hombros.

—Ya tuvo su utilidad, así que he prescindido de él.

El miedo le puso el vello de la nuca de punta.

—¿Dónde está?

El demonio señaló a su espalda, hacia el mar de fuego. La lástima por el destino del librero le constriñó el corazón. Había tenido tanto miedo de la posesión que estuvo dispuesto a hacer tratos con un lord de Tiyok. Zhara observó las profundidades del cráter burbujeante, a varios centenares de metros por debajo del saliente en el que se hallaban.

—¿Te sientes como si volvieras a casa? —le preguntó el demonio rana, situándose a su lado—. Se dice que el monte Zanhei es el lugar de descanso de le Guardiane del Fuego.

Zhara observó el foso reluciente de lava.

—La verdad es que no. Solo he venido aquí una vez.

—No te acuerdas, ¿eh? —El chanciller le dirigió una mirada curiosa, entre la lástima y el anhelo—. A ti no te hace falta poseer cuerpos, renaces en ellos.

—Dicen que, cuando el mundo está desequilibrado, las almas de les Guardianes del Amanecer renacen. Ah, pobre maestro Cao.

—Debo admitir que estoy un poco celoso. Ser completamente humana, además de la Guardiana del Fuego, es como un don. Tú *eres* Jin Zhara. Yo solo llevo la cara de Chan Gobu.

Zhara se giró hacia él.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué poseíste al chanciller?

—Chan Gobu me invocó *a mí* —la corrigió el demonio—. Bueno, en realidad estaba intentando invocarte *a ti*, pero la cosa no fue como planeó, ya que a vosotres no os pueden invocar.

—¿Por qué intentaba invocar a le Guardiane del Fuego?

—Lo cierto es que él y sus tres amigues magues intentaban invocaros a les cuatro, Fuego,

Madera, Viento y Agua, pero nos recibieron a mis hermanes y a mí. —Los rasgos del chanciller parecían tornarse más rana por momentos—. Verás, en los últimos cien años o así, el equilibrio entre el orden y el caos se ha ido inclinando hacia Yan. Ocurre cuando se producen injusticias en el reino mortal. Cuando les riques se alimentan de les pobres, cuando la gente al mando pisotea los cuellos de les indefenses, cuando contaminan y envenenan la tierra que les da de comer, el caos reina. Y cuando el caos reina, Tiyok crece. —Zhara buscó de nuevo el pozo de poder en su interior. Casi estaba. Ya casi. No sabía qué haría cuando su magia recuperase las fuerzas, pero al menos tendría algo en lo que trabajar—. Tiyok crece, al igual que la presencia de demonios en la tierra. Vuestro emperador (el Caudillo no, el otro), acabó poseído por une de mis hermanes menores más emprendedores. Por desgracia, la posesión de un demonio menor suele convertir a los seres humanos en abominaciones.

—Y por eso el Caudillo pasó a cuchillo a todes les magues del reino —suspiró Zhara—. Más caos.

El chanciller sonrió.

—El Caudillo quiere lo mejor para el imperio, la verdad. Pero no acertó con la fuente de los problemas. Pensaba que el problema era la magia, no la injusticia.

—¿Y Chan Gobu? ¿Qué pasó con él?

—Ah, sus amigues y él acertaron con la fuente, aunque no con los medios. Cuando intentaron invocar a les Guardianes del Amanecer, abrieron un portal a Tiyok. Y por eso estoy yo aquí —dijo el demonio feliz.

Zhara empezaba a notar un leve cosquilleo en la base de la espalda. Solo necesitaba un poco más de tiempo.

—Has dicho que eses cuatro magues intentaron invocar a les Guardianes del Amanecer, pero que os invocaron a tus hermanes y a ti. ¿Quiénes son?

—Los lores de Tiyok.

—No. —Zhara negó con la cabeza—. ¿Dónde están? ¿Y *quiénes* son?

El demonio rana se encogió de hombros. Su piel había adquirido un tono morado y sus ojos saltones habían empezado a migrar poco a poco a cada lado de la cabeza.

—Están por aquí y por allá. El monte Zanhei no es el único portal a Tiyok que se ha abierto. Chan Gobu y sus amigues intentaron invocar a les cuatro Guardianes y cada une tenía un lugar de descanso distinto. No sé qué forma han adoptado mis hermanes, aunque seguro que están buscando un buen receptáculo que ofrecerle a nuestra madre. Pero el mío es el mejor —dijo con orgullo—. Porque mi regalo eres tú.

—¿Tiyok podría poseer a cualquiera? —preguntó Zhara. El cosquilleo bajo su piel se había intensificado hasta el punto de que casi podía usar su magia de nuevo.

—A cualquier mague, sí. Pero, obviamente, cuanto más poderose, mejor. Verás, al principio mi intención fue valerme del segundo heredero como receptáculo. El chico crecerá para

convertirse en un mago bastante poderoso, igual que su madre. De hecho, intenté usarla a ella, pero reveló sus poderes a los Cernícalos y la ejecutaron. Qué chica tan obstinada.

La consorte real. Pobre Han.

—¿Y qué me dices de les magues en las cavernas bajo la montaña? —preguntó, desesperada por hacer que siguiera hablando—. ¿Para qué son?

—Ah, esa gente. —El demonio agitó la mano. Había empezado a crecerle una membrana entre los dedos—. Condumio. Combustible. Comida. El ki mágico mantiene el portal abierto. —Zhara reunió la magia en sus manos, preparada para luchar. Ya estaba cerca—. Bueno —añadió el demonio rana, mirando las estrellas—. Casi es la hora. Nunca he visto a mi madre en el reino físico. Será emocionante comprobar qué puede hacer.

—¿Qué va a pasar ahora?

El demonio señaló el mar de fuego.

—Te tirarás, por supuesto.

—¿Qué te hace pensar que obedeceré?

Una sombra pasó sobre la cara de la luna y Zhara alzó la vista. Una silueta pálida y sinuosa se retorcía en el cielo. Le pareció oír a alguien gritar.

—Ah, ahí es donde entra tu hermana. —El demonio sonrió. La boca se le alargó hasta las orejas y reveló varias filas de dientecillos amarillentos. Alzó a Suzhan por el brazo, que seguía inconsciente, y la sostuvo sobre el borde del cráter—. Si no te lanzas, sacrificaré a tu hermana por ti.

—No… —Zhara avanzó, aunque se detuvo—. Pensaba que el receptáculo debía ser mágico.

—Y debe serlo. Pero eso no significa que mi madre no aprecie un pequeño tentempié humano. El ki no mágico no llena tanto, pero servirá en caso de necesidad.

—¿Qué te hace pensar que me preocupa si la tiras o no? Ni siquiera somos parientes.

—Venga ya —resopló el demonio—. Cuando era el prometido de tu hermana, vi que moverías cielo y tierra por ella. La quieres. No lo entiendo, aunque supongo que eso es lo que ocurre cuando renaces como ser humano, que consigues también todos los sentimientos blandengues. Y eso es muy fácil de manipular.

—¿Por qué tengo que tirarme yo? Podrías agarrarme y tirarme tú mismo.

—Cierto. Pero es más divertido de esta forma.

El grito se estaba intensificando. En esa ocasión, el demonio rana levantó la cabeza y vio el enorme pájaro blanco de cuatro alas que se dirigía directo hacia elles. Había alguien en el lomo de la criatura, un alguien que gritaba de miedo a pleno pulmón.

—¡Doña Brandiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiii!

—¿Han? —pregunto la chica con asombro.

El pájaro blanco pasó volando cerca. Han saltó del lomo y derribó al demonio rana. Zhara se adelantó para agarrar a Suzhan antes de que cayera y las dos rodaron hasta un sitio seguro. A su

espalda, Han y el demonio peleaban mientras el pájaro viraba para dar otra vuelta. Había una segunda persona sobre él. Han se ahogaba enfrentándose al demonio.

—¡Yuli! —dijo con la voz estrangulada. Detrás de él, el enorme pájaro blanco se abalanzó a por el demonio. Una flecha surcó el aire y se clavó en el hombro de la criatura. Con un gruñido, el chanciller se giró para enfrentarse a su nueva atacante, la princesa Yulana, cuya melena pelirroja ondeaba al viento. Preparó otra flecha en el arco y la lanzó.

Esa vez consiguió clavarla bien profunda en la garganta del demonio rana, que soltó otro gruñido y apartó a Han a un lado como si no pesara nada. Luego se arrancó la flecha y, en vez de sangre humana, emanó un lodo espeso y negro de la herida. Yuli saltó del pájaro y aterrizó rodando con elegancia. Levantó una pierna y pateó al demonio en toda la cabeza con un movimiento fluido y sencillo. El chanciller retrocedió unos pasos antes de propinarle un golpe debajo de la barbilla que la envió volando.

—Bueno, bueno, bueno, ¿qué tenemos aquí? —preguntó, con la voz distorsionada y retorcida por la herida de la garganta—. Parece que he atrapado a otra Guardiana. —Agarró a la princesa norteña por el pelo—. ¿Quién eres tú, pelo de fuego? —Alzó la mirada hacia el pájaro que les sobrevolaba—. ¿Viento?

—¡Yuli!

Zhara invocó su fuego. Echó a correr hacia el demonio y le envolvió la garganta con las manos ardientes.

—¿Eso es todo lo que sabes hacer? —rio la criatura con un sonido acuoso y burbujeante a través de la piel rota del cuello—. No te has dado cuenta del auténtico alcance de tus poderes, ¿verdad, Jin Zhara? —Más rápido de lo que su ojo pudo captar, el demonio estiró un brazo y la agarró por la garganta. Su magia chisporroteó y murió, ahogada contra la marea de corrupción. Se aferró a las manos de su atacante y luchó por respirar mientras le pateaba el pecho sin éxito—. La última vez que nos enfrentamos, dabas forma al mundo según tus deseos. Ponías un poco de tu fuego en todo lo que tocabas y transformabas lo mundano en mágico. Podías hechizar una espada para que curase la posesión. Otorgabas poderes a un ser humano normal y se los arrebatabas a quienes nacían con ellos. Cambiabas de forma, como ese león amigo tuyo que siempre te acompañaba. Pero ya no eres la guerrera antigua que recuerdo. Ahora solo eres una niñita, ¿eh?

Han lo atacó en ese momento desde el lateral y lo tomó por sorpresa. Zhara tosió e intentó respirar mientras peleaba contra el veneno en su magia y sus oídos. Probó a invocar sus poderes, ese fuego que había mencionado el demonio, pero no sabía cómo. Solo era una niña. Aún no era la Guardiana del Fuego.

—Basta. —El demonio estiró el brazo y agarró otra vez a Suzhan del suelo—. Es hora de ponerle fin a esto.

Y lanzó a la chica por el borde del cráter.

—¡No! —chilló Zhara. Sin pensárselo dos veces, echó a correr detrás de su hermana.
—¡Doña Brandi! —gritó Han e intentó agarrarla de la mano.
Pero era demasiado tarde.
Zhara saltó.
Y desapareció.

42

LA CAÍDA FUE LARGA.

El aire estaba caliente, demasiado caliente, y le abrasó los pulmones cuando intentó respirar. Notaba que su magia intentaba liberarse de las ataduras que le había puesto el demonio rana. Zhara trató de llamarla, usar todo el poder de su miedo y su desesperación para que cobrara vida. La mente dominaba la magia. Podía hacerlo. Podía hacerlo.

Y, sin embargo, todos sus intentos fracasaron. El miedo no era una motivación, sino que lo atenuaba todo y la paralizaba.

«Sé buena y sé auténtica».

Lo intenté, baba, pensó. *Intenté ser tanto buena como auténtica, pero, al final, dio igual.*

Aceptar la muerte traía paz. Por una vez, saber que estaba indefensa no era el fin del mundo, pues el fin de su mundo ya había llegado. Y esa paz trajo claridad. Calma. Control.

Su magia parpadeó hasta cobrar vida de nuevo.

La esperanza inundó sus meridianos y eliminó el veneno del demonio rana. Zhara cerró los ojos y pensó en agua fría, nieve, hielo. Pensó en el río Infinito que serpenteaba desde el mar Dulce hasta el mar Luminoso, en el río Resplandeciente de estrellas en el cielo.

A su alrededor, el horno empezó a enfriarse.

Zhara pensó en plumas, nubes, almohadas. Pensó en su cocina, en su jergón junto a la chimenea, en su hermana acurrucada a su lado mientras le leía antes de dormir. Pensó en la suavidad del pelaje de Sajah, en la sensación de la seda deslizándose entre sus dedos, en el roce tierno, tiernísimo, de los labios de Han sobre los suyos.

Su descenso se ralentizó, amortiguado por el aire espeso que la rodeaba.

Pensó en el manto de humedad que cubría el delta del río Infinito en esa época del año y se lo imaginó convirtiéndose poco a poco en una niebla. Una fina bruma la rodeaba, cada vez más y más espesa hasta que ya no supo hacia dónde estaba el cielo. Era como si hubiera dejado de caer por completo, suspendida en un vacío anodino. Sintió vértigo y de repente no sabía dónde estaba. ¿Era un sueño? ¿Se moría? ¿O aquello era real?

Zhara se llevó la mano delante de la cara. La magia le iluminaba la piel con su brillo rosa dorado. El demonio había dicho que le Guardiane del Fuego podía dar forma al mundo según su voluntad, así que agarró el vacío y empezó a moldearlo: un burdo taburete, un jergón y un libro empezaron, poco a poco, a solidificarse hasta que la cocina de su madrastra apareció ante ella.

Examinó su nuevo entorno. Los detalles eran perfectos, desde la placa funeraria de su padre sobre el fogón hasta la ligera capa de ceniza sobre su jergón delante de la chimenea. Se preguntó si debería sorprenderse más, pero, como no sabía si estaba muerta o soñando, se permitió

ajustarse a esa nueva realidad.

—Bueno, ¿por qué he elegido este escenario? —inquirió con voz ronca. El dolor en sus pulmones abrasados le indicaba que seguía con vida, aunque lo ignoró y decidió explorar la cocina. El delantal estaba colgado de su gancho junto al umbral y, cuando quitó la placa de su padre, encontró en su escondite habitual la caja esmaltada de palisandro que contenía sus pertenencias. Junto al jergón había un ejemplar de *La doncella amada por la Muerte* (la segunda entrega, la que nunca había llegado a leer). Recogió el libro y lo abrió emocionada, pero le decepcionó ver que las páginas estaban en blanco.

—Nunca lo leíste, por eso está vacío. —Se dio la vuelta y encontró a la segunda esposa sentada en el taburete bajo, el asiento habitual de Suzhan. Su madrastra iba ataviada con su elegante pero deshilachado batín, con el pelo recogido en una coleta floja en la nuca. Se levantó de su asiento—. Tu mente no puede llenar las páginas, aunque conjure el título.

—¿Qué…? —Zhara retrocedió—. ¿Qué hace Madame aquí?

—Este es tu mundo, Guardiana del Fuego. Tú le has dado forma. —La segunda esposa observó el escenario con interés—. Los seres humanos son extraños. Vuestras blandas emociones resultan de lo más curiosas. En los instantes previos a la muerte, ¿esto es lo mejor que tu cabecita limitada puede conjurar?

—No eres la segunda esposa —dijo Zhara al caer en la cuenta—. Eres… —No pudo terminar ese pensamiento.

—La madre de diez mil demonios.

La segunda esposa (o el demonio primigenio que llevaba su rostro) juntó las manos e hizo una reverencia. Si Zhara no hubiera sabido que estaba soñando (o muerta), entonces se habría dado cuenta en ese instante, pues su madrastra nunca le había ofrecido tanto respeto.

—¿Me he muerto? —preguntó—. ¿Has consumido mi esencia mágica?

La madre de diez mil demonios negó con la cabeza.

—Aún no.

—¿Y por qué no?

La mujer apretó los labios en una fina línea.

—Verás, me has complicado bastante las cosas, Guardiana del Fuego.

—¿Ah, sí?

—Pues sí —replicó con ironía la segunda esposa. Zhara no podía pensar en ella de otra forma —. Cuando transformaste el mar de fuego en esto —señaló a su alrededor—, conseguiste mantenerte en el plano físico. Estás en el umbral de mi reino y no puedo atravesarlo.

—No lo entiendo.

Su madrastra suspiró.

—A veces me olvido de cuán limitada es la capacidad mortal para comprender cosas que superan el plano material. Digamos que has caído en el corazón del caos, pero has transformado

ese caos en orden.

Zhara examinó las familiares vistas y olores reconfortantes de la cocina: la sensación de la tierra compacta bajo los pies, el sonido del fuego crepitando en la chimenea, el suave tintineo musical de las cuentas y los cristales de colores que había colgado en la ventana para tener algo bonito. Acarició la superficie astillada de la mesa y notó que las puntas de los dedos se le quedaban enganchadas en los tablones ásperos. Dio unos golpes y oyó el sólido toc, toc, toc de sus nudillos contra la madera. Todo era tan tangible, tan *real*.

—Entonces, ¿estoy en Tiyok? —preguntó con incertidumbre.

—Sí —respondió la segunda esposa— y no.

—No lo entiendo.

Su madrastra profirió un quejido de impaciencia.

—Tiyok no es un *lugar*. Es una idea. Un *estado* existencial. O no existencial, si lo prefieres. —Abarcó la cocina en un gesto—. Antes, esto no era nada, solo caos. Vacío. Pero, de algún modo, has conseguido convertir la nada en algo… ¿Cómo lo decís los seres humanos? En algo *real.*

—Real —repitió Zhara en un murmullo. Acarició las cicatrices jaspeadas de sus muñecas, sintió la fiebre bajo su piel, las quemaduras en sus pulmones. Estaba allí y estaba presente—. Así que no es un sueño.

—Bueno. Sí y no. Ahora mismo estamos en un lugar intermedio, en espacios liminares. Estamos donde el orden se junta con el caos, donde la razón y los sueños se entremezclan.

Zhara miró el umbral de la cocina. Al otro lado no había nada, solo un vacío impreciso.

—¿Puedo marcharme? ¿Qué hay ahí fuera?

—Mi reino. Si sales, podría poseerte.

—Comprendo. —Se sentó en el taburete delante del fuego—. Así que estamos atrapadas aquí.

—Sí. Bueno, tú lo estás, Guardiana del Fuego. Yo puedo ir y venir como me plazca, pero en cuanto pongas un pie fuera de este lugar, devoraré tu esencia mágica. —La segunda esposa examinó la cocina y sus ojos se detuvieron en el jergón viejo, en las sábanas raídas, en los míseros estantes de la despensa—. ¿Por qué elegiste este lugar? —preguntó con curiosidad—. La mayoría de seres humanos habrían creado algún tipo de palacio, un retiro hermoso o algo así.

Zhara pensó en el baile de máscaras en la Noche de los Siete: los disfraces, los fuegos artificiales, la pompa, la diversión. Pensó en el Palacio Glicinia, con sus pasarelas de ébano pulido, el estanque, la lavanda que flotaba sobre el agua como nieve. Luego miró la placa funeraria de su padre, el libro a su lado, el cuenco con nenúfares frescos que había recogido en la ribera del río y el juego de luces de colores en la pared frente a la ventana.

—Supongo que lo creé porque es mi hogar.

—Hogar. —La segunda esposa parecía sorprendida—. ¿Este lugar donde tu madrastra te maltrató durante tanto tiempo?

La palabra «maltratar» acertó en unas heridas tiernas que no sabía que tenía.

—Yo no lo llamaría así.

—¿No? —El demonio primordial ladeó la cabeza mientras estudiaba a Zhara—. ¿Estamos hablando de la mujer que solo se aprovechó de tu naturaleza amable, de tu deseo de ser buena, del amor por tu familia sin dar nada a cambio? ¿Esa persona egoísta que te usó por tu magia cuando le resultó conveniente y luego te desechó cuando no?

Zhara se estremeció. Su alma escarbaba en las sombras como si pudiera escapar de la verdad.

—Me dio un lugar en el que vivir —susurró—. Me alimentó. Me vistió. Me protegió cuando podría haberme entregado a los Cernícalos por mi magia. Me mantuvo a salvo porque… —Se atragantó, sin poder terminar la frase.

—¿Porque te quería? —La voz de la segunda esposa sonó inesperadamente amable, y esa amabilidad fue peor que su frío desprecio habitual, su monótona indiferencia y las rabietas de violencia a la vez.

Zhara no podía responder porque conocía la respuesta. Desde que era niña, desde que los Cernícalos se habían llevado a su padre y la dejaron huérfana, se había aferrado a la única persona que le había ofrecido un refugio. La única persona que no parecía temer sus poderes, la única persona que no la consideraba un monstruo. Pero sabía, y siempre lo había sabido, que esa tolerancia no era aceptación. No era amor, pese a que Zhara se había matado de hambre buscando los mínimos restos de aprobación, por miedo a no comer de nuevo. Las lágrimas le escocían en los ojos, calientes y punzantes, y se giró hacia el demonio que lucía la cara de su madrastra.

—¿Por qué? —graznó, con la voz rota y suplicante—. ¿Por qué no me querías? ¿Por qué no podías quererme?

La segunda esposa la estudió.

—Porque nadie puede quererte.

Y Zhara se rompió.

Enterró la cara en las manos y los sollozos le recorrieron el cuerpo. Cayó del taburete y se quedó de rodillas en el suelo. El dolor la atravesaba entera mientras lloraba la pérdida de la amorosa madrastra que nunca había existido. El amor y la tristeza se entremezclaban, su magia crecía para encontrarse con la fuerza abrumadora de sus emociones que peleaba en su interior. Pero en cuanto la tristeza menguó, solo quedó calma. Paz. Aceptación.

—Interesante —comentó la segunda esposa en cuanto las lágrimas remitieron—. Eso era lo último que querías oír de tu madrastra, aunque me has obligado a decirlo de todas formas.

Zhara alzó la cabeza, sorprendida.

—¿Que *yo* te he obligado a decirlo?

La madre de diez mil demonios se encogió de hombros.

—Aquí dentro, solo soy una idea con el rostro de tu madrastra. No tengo peso ni sustancia. —Para demostrar lo que quería decir, intentó agarrar el ejemplar de *La doncella amada por la*

Muerte. Su mano atravesó el libro como si fuera un fantasma—. Tú eres la señora de este pequeño rincón de orden dentro del caos. Yo solo soy una visitante.

Zhara miró el taburete en la esquina.

—Si soy la señora de estos dominios, entonces ¿dónde está mi hermana?

La segunda esposa señaló el jergón con la cabeza y la silueta inconsciente de Suzhan se materializó delante de la chimenea.

—¡Mimi! —exclamó Zhara y se arrastró a su lado—. ¿Está viva?

—Por ahora.

Suzhan murmuró y se removió en el jergón. Soltó una tos estrangulada, borboteante, y Zhara la puso de costado.

—Despierta, mimi —suplicó—. Despierta.

—No se despertará. Puede que su cuerpo esté aquí físicamente, pero el resto de ella, sus pensamientos, sentimientos y fantasma, está conmigo.

—¡No!

Zhara la agarró entre sus brazos y llamó a su magia. Suzhan se sacudió cuando el poder de Zhara atravesó sus meridianos, pero no había ninguna corrupción que quemar ni magia que resonara con la suya.

Su madrastra las observó con algo semejante a la lástima.

—La chica no está poseída. Solo perdida.

Zhara tumbó de nuevo a Suzhan en el jergón con gentileza. Las lágrimas se le derramaban por el rostro.

—¿Qué puedo hacer para salvarla? ¿Qué puedo darte para salvar su alma?

La segunda esposa se encogió de hombros.

—Sospecho que ya conoces la respuesta a eso.

Sí, la conocía.

—Quieres poseerme —susurró.

—Esa es una palabra muy vulgar, pero sí.

Zhara observó el cuerpo de su hermana.

—Si dejo que me poseas, ¿prometes devolver a Suzhan, sana y salva, al mundo del orden?

La segunda esposa hizo un gesto de impaciencia.

—Sí, sí, por supuesto.

—¿Cómo sé que cumplirás con tu palabra?

—No lo sabes. —La mujer ladeó la cabeza—. Pero eso es cierto con cualquiera, Guardiana del Fuego, no solo con la madre de diez mil demonios. Debes tener fe.

«Fe» parecía una palabra muy extraña en labios de un demonio, pero más rara aún cuando procedía de la boca de su madrastra. La segunda esposa nunca había confiado en la fe ni en las plegarias, siempre se había abierto su propio camino. Había peleado y peleado y peleado, y luego

protestó y protestó y protestó cuando las cosas no salían como ella quería.

—Si debo tener fe, entonces debes ofrecerme un gesto de fe a cambio. Enséñame el alma de Suzhan.

La segunda esposa se encogió de hombros.

—De acuerdo.

Fuera de la cocina, en el vacío exterior, poco a poco fue emergiendo una sombra que se solidificó, creció y estiró hasta que al fin formó la silueta, vaga e imprecisa, de lo que parecía una chica joven que aguardaba junto a la cocina.

—¿Mimi?

Zhara se puso de pie y se acercó al umbral.

La silueta no dijo nada, pero Zhara *sabía* que era el fantasma de su hermana. Percibía la frustración familiar, la rabia, la amargura, el resentimiento, el miedo y la ansiedad que se revolvían en la superficie, tanto que casi sobrepasaban la determinación, la lealtad y la ternura del centro. Zhara se giró hacia la figura inconsciente en el jergón junto a la chimenea. El cuerpo y el espíritu eran Suzhan y no lo eran a la vez.

—No sé por qué te preocupa tanto salvar la vida de tu hermana —comentó la segunda esposa —. Al fin y al cabo, una vez que tome tu cuerpo, gobernaré el reino mortal.

Zhara alisó los pelos sueltos del cabello de Suzhan.

—Si muere en cuanto me poseas, al menos su alma regresará al lugar de los comienzos y los finales para renacer. —Acarició la frente de su hermana—. Se lo debo.

—Eres humana de verdad, ¿eh? —La madre de demonios parecía intrigada—. Incluso cuando no hay ninguna posibilidad de un final feliz, insistes en esa nobleza errónea.

—«En esta vida o en la siguiente, no hay final cuando existe amor» —citó Zhara. Era su frase favorita de *La doncella amada por la Muerte*—. Mi hermana y yo seguiremos peleando. Quizás en la próxima vida escribamos nuestro final feliz.

—Pero no hay ninguna otra vida más para ti, Jin Zhara. —La segunda esposa sacudió la cabeza —. No tienes un alma normal y corriente. Puede que tu fantasma y tu cuerpo sean humanos, aunque, a diferencia de otras personas, tu alma no procede del lugar de los comienzos y los finales. Eres la Guardiana del Fuego. La tuya no es un alma que se vaya a disolver y rehacer en el caldero del universo, sino una que aguardará envuelta en llamas hasta que se la necesite de nuevo. Pero esta vez eso no pasará. Consumiré tu alma y les Guardianes del Amanecer nunca me volverán a encerrar bajo la tierra. —Guardó silencio un momento—. Metafóricamente hablando.

Nada de renacer, solo olvido. Zhara pensó en el dolor que le había causado a su hermana y se preguntó si sería suficiente para expiar sus pecados.

—¿Qué harás una vez que ocupes mi cuerpo?

Su madrastra sonrió.

—Sembrar caos, por supuesto. A diferencia de los seres humanos, es mi naturaleza. Así me

creó Yan. Apenas pise el reino mortal, la batalla eterna entre el orden y el caos terminará. Y el caos ganará.

El fin del mundo. Zhara quería echarse a reír. Sonaba muy melodramático, como algo que diría le villane en una obra de teatro de los Hermanos Bangtan. Y, aun así, sabía que era cierto.

—Comprendo. Bueno, pues entonces no importa si salvas a Suzhan. Puede que viva, pero la vida tal y como la conoce terminará.

La segunda esposa se encogió de hombros.

—Es lo que hay.

Zhara cerró los ojos y levantó el cuerpo de Suzhan. Su hermana le sacaba media cabeza, pero era delgada y casi no pesaba nada. Avanzó a paso lento y agónico hacia el umbral de la cocina, donde el fantasma de Suzhan aguardaba con paciencia.

—¿Qué haces? —preguntó la segunda esposa.

Zhara se giró y miró a su madrastra directamente a los ojos para decir las palabras que siempre había querido decirle.

—Voy a escribir mi final feliz.

Y salió al vacío.

En la nada, Zhara tuvo que pelear para mantener su cuerpo. Para recordar su parte física, para saber que tenía ojos y labios y pulmones y piel. Aunque hubiera dolor. Aunque todo doliera. Eso le recordaba que estaba viva y que los demonios no podían tocarla. De lo contrario, se disolvería, se disiparía, desaparecería en el olvido.

El portal, dijo una voz que no era una voz. Era la idea de una voz, el concepto de sonido, palabras, significados, pero no la realidad. *Tienes que cerrarlo.*

Zhara intentó responder, aunque no recordaba la idea de boca, palabras o conversación. Se recompuso, literal y figuradamente, y se obligó a preguntar:

—¿Dónde está el portal?

A tu alrededor, respondió la voz que no era voz. *El vacío es el portal. Convierte el caos en orden y sellarás el portal, nene.*

—¿Suzhan?

El fantasma de su hermana se materializó a su lado.

Estoy aquí. Debes cerrar el portal a Tiyok. Ahora.

—No puedo —dijo Zhara con impotencia. Estaba muy, muy cansada—. Solo soy una chica.

Sí que puedes. Eres la Guardiana del Fuego.

La Guardiana del Fuego, cuyo poder era la transformación. Era una guerrera elemental y Jin Zhara a la vez, una chica y una Guardiana del Amanecer. Pero, aunque lo intentó, no encontró esa chispa de llama en su interior.

Te ayudaré, nene.

Suzhan la rodeó con sus brazos ingrávidos. El fantasma era la idea de una persona, tan insustancial como el pensamiento, pero Zhara *sintió* el amor y la fuerza enjuta de su hermana como algo tangible. Suzhan poseyó su espíritu con determinación, deseo y rabia y le permitió profundizar en los rincones de su propia alma.

Agarrada a la forma física de su hermana, se adentró en el vacío e imaginó que la niebla amorfa se juntaba, se fusionaba y se enfriaba en rocío. En lluvia. En charcos. En lagos. Unas gotas de agua le cubrían la piel.

¡Sí, nene, sí!

Su concentración flaqueó y el agua se evaporó. Notó que Suzhan se asía aún más a ella y le transmitía más fuerza. Zhara reunió sus recursos y se concentró una vez más en transformar la nada a su alrededor en algo. La niebla en rocío, luego en lluvia y luego en agua. Concentrada, sentía que las últimas reservas de su magia se acababan rápido; ese enorme acto de poder no solo drenaba su magia, sino también su fuerza vital, su ki.

Aguanta, nene, le susurró el fantasma de Suzhan al oído.

El agua le cubría las manos como una burbuja que se expandía por los brazos, los hombros, el pecho, el abdomen, alrededor del cuerpo de Suzhan y por las piernas de Zhara. La burbuja crecía y crecía y crecía y crecía hasta que le envolvió la garganta, la boca, la nariz, los ojos y acabó completamente sumergida.

No pares.

Zhara no podía parar. Al otro lado del vacío, percibía la forma del cráter en el que había caído. Ya casi había llegado. El sabor a sangre le llenó la boca, pero siguió empujando y empujando y empujando y empujando hasta que el último retazo de nada desapareció, transformado en agua dentro del corazón del monte Zanhei.

El portal a Tiyok estaba cerrado.

Zhara se derrumbó y el cuerpo de Suzhan se alejó flotando de sus brazos. Se estiró para agarrarle la mano y subir a la superficie. La luz de la media luna era como un faro sobre ella. Se hallaba cerca, muy cerca…

Salió a la superficie boqueando. Le ardían los pulmones, escaldados por el aire del volcán y por el esfuerzo de haber aguantado la respiración tanto tiempo. Buscó un lugar donde descansar, pero no había ninguno. Solo una larga y suave expansión de agua oscura a su alrededor. Zhara estaba agotada, física, mental y mágicamente, pero cerró los ojos e imaginó una silla, un banco, una barca. Las aguas a su alrededor empezaron a burbujear a medida que el líquido se transformaba en sólido y luego se solidificaba más en madera. Una balsa.

Con las últimas fuerzas que le quedaban, aupó a Suzhan a la balsa antes de subir ella misma. Cayó de bruces en la rugosa madera y cerró los ojos. Quería quedarse allí tumbada para siempre y no levantarse jamás, aunque se obligó a arrastrarse junto a su hermana para comprobarle el

pulso y la respiración. Suzhan estaba viva… por los pelos. Desconocía la gravedad de sus heridas o si podría sobrevivir a ellas, pero, por el momento, el hecho de que su hermana no estuviera muerta era suficiente. El hecho de que ella tampoco lo estuviese también era suficiente.

Habían sobrevivido.

Se tumbó bocarriba y observó el cielo. El cráter era un círculo casi perfecto, como un espejo o un plato, y desde ahí podía contemplar el cielo estrellado. La media luna de les amantes urraca se hallaba justo en el centro. Se parecía al símbolo de Mara: un círculo con un punto en el medio, la representación del ojo que todo lo ve de le Séptime Inmortal. Zhara no solía rezar, pero comprendía mejor lo que la gente religiosa quería decir cuando hablaban de entregar su destino a un poder superior. Había hecho lo que había podido. El resto dependía de les dioses. Estaba cansada de sobrevivir. Quería descansar.

A medida que su mente se alejaba a la deriva, las imágenes se acumulaban en los bordes de su visión como sombras. Faroles en un río de deseos hacia las estrellas. El juego de luces arcoíris en la pared de la cocina cuando el sol matutino se reflejaba en las cuentas de colores. Las páginas nítidas y limpias de la nueva entrega de una novela. Las cintas que giraban en las mangas de los acróbatas Bangtan durante su actuación en el palacio.

Zhara parpadeó. Veía esas formas sinuosas ante ella mientras algo grande y blanco daba vueltas sobre su cabeza. Un pájaro. Un pájaro con cuatro alas que volaba en lentos círculos alrededor del cráter. Con cada vuelta, crecía un poco más. A medida que la oscuridad invadía sus pensamientos, Zhara pensó en Han por última vez y se imaginó sus enormes ojos redondos y su sonrisa con hoyuelos. Hasta le pareció verlo en el lomo de esa criatura celestial, con la mano estirada hacia ella.

—¡Doña Brandi!

Mientras el mundo se desvanecía, creyó oír su voz, sentir la fuerza de sus brazos alrededor del cuerpo, ese contacto que podía avivar y apagar las llamas en su interior. La ingravidez se apoderó de sus huesos y se sintió flotar, con el viento alborotándole el pelo y aliviándole la piel.

—Zhara. —Oyó de nuevo la voz de Han, cerca en esa ocasión; le susurraba al oído—. Estás conmigo. A salvo.

A salvo. Pero ella había superado la necesidad de seguridad. Se había enfrentado a la madre de diez mil demonios y seguía viva. Si sobrevivía, pensaba vivir mucho más. Para ser auténtica consigo misma.

—¿Se pondrá bien? —preguntó Han, preocupado.

Zhara parpadeó y se vio rodeada por un cielo infinito tachonado de estrellas. Y entonces, una cara bonita apareció ante ella. Una nariz fuerte, una mandíbula más fuerte aún, ojos grandes y una sonrisa con hoyuelos. Una sensación ligera y burbujeante le subió por la garganta y se echó a reír.

—Ah, diría que sí —respondió otra voz distinta, con un tono divertido e irónico. Tenía acento

norteño. Yuli—. Le ha dado la Risita de Gente Guapa.

Epílogo

El día que debían partir de Zanhei, no había humedad.

—¿Estás lista, nene? —le preguntó Suzhan.

Zhara observó sus aposentos en el Palacio Glicina, el que había sido su hogar en las últimas seis semanas. En cierto sentido, el mundo había cambiado radicalmente desde la Noche de los Siete, pero en otros seguía siendo igual. Tras cerrar el portal a Tiyok en el centro del monte Zanhei, todas las abominaciones de la ciudad habían recuperado su forma humana y no recordaban lo que había ocurrido. El palacio estaba en ruinas y los Reinos del Alba se hallaban al borde de la guerra, confrontados una vez más con la existencia de magues. Habían expulsado a los Cernícalos de las provincias del sur y la alianza entre la Casa Wonhu y el emperador se había roto, además del compromiso entre Han y la princesa Yulana.

Zhara no estuvo consciente para presenciar todo aquello. Después de su enfrentamiento con la madre de diez mil demonios, se había pasado casi dos semanas durmiendo. Según Jiyi, les demás tenían miedo de perderla por completo. De perder a la Guardiana del Fuego.

La Guardiana del Fuego.

Les Guardianes del Amanecer incluso trajeron a un sanador mágico desde Mingnan, una de las poblaciones fronterizas en el oeste más lejano, pero el hombre constató que no podía hacer nada por su ki mágico. Solo debían esperar.

Y así, mientras esperaban, llevaron al chanciller ante la justicia… o lo que quedaba de él, al menos. El demonio rana del Veneno y la Pestilencia había desaparecido junto con las abominaciones y solo dejó el cuerpo roto y destrozado del mago al que había poseído hacía veinte años. Vivió el tiempo suficiente para despedirse de su hije, Xu, antes de que lo decapitaran por sus crímenes contra la Casa Wonhu. El príncipe gobernaba Zanhei una vez más. Nada de regentes. Nada de esconderse del mundo por el dolor.

Cuando Zhara despertó al fin, abrió los ojos para presenciar una nueva realidad.

La magia ya no estaba prohibida en Zanhei y ella estaba lista para vivir su auténtica vida.

—Sí. Estoy lista —respondió en voz baja. Se giró para encontrarse con la mirada temblorosa de su hermana y luego bajó los ojos hacia la cítara en sus brazos, guardada en una preciosa funda de madera con grabados de nubes y ríos—. ¿Y tú, mimi?

Suzhan se removió y toqueteó nerviosa el cierre de la funda.

—Sí. Creo que sí.

La academia musical en Jingxi había aceptado a Suzhan entre sus filas y accedieron a eximirla de la matrícula después de que la artista itinerante que le había hecho una audición abogara por su incorporación. Era la oportunidad de toda una vida y la culminación de un sueño secreto. Sin

embargo, su hermana no parecía emocionada, sino asustada.

—Anímate —dijo Zhara y le apartó con cuidado el pelo de la cara. Luego le retorció la nariz —. ¿No es lo que siempre habías querido?

Suzhan se revolvió.

—Bueno, sí. Es que… —No acabó la frase.

—Es que ¿qué, mimi?

Su hermana apartó la cara.

—Pensé que nunca pasaría. No después de lo que te hice.

El silencio se instaló entre ellas mientras recordaban la Noche de los Siete. La llave girando en la cerradura, el sonido de la traición. Algunas heridas seguían tiernas al tacto.

—El pasado, pasado está —replicó Zhara con amabilidad—. No podemos retroceder, solo avanzar. —Acarició con ligereza los pómulos de su hermana y sus dedos rondaron los ojos ciegos de Suzhan—. Siento lo que te hice hace años. Y… ¿quieres que te cure? ¿Que te devuelva los ojos que tenías?

Suzhan guardó silencio durante unos minutos.

—No podemos retroceder, solo avanzar —dijo con una sonrisa—. No recuerdo mis ojos antes de esto, pero estaba claro que me iba a quedar ciega de todas formas. —Agarró la mano de Zhara —. No tienes que arreglarme, porque no quiero que nadie me arregle. Me llamo Suzhan. Y soy ciega.

Las dos hermanas se sentaron juntas en los escalones del Palacio Glicinia mientras aguardaban a sus respectivos vehículos para salir de Zanhei. Zhara se dirigía al oeste más lejano; viajaría con los Hermanos Bangtan y con Han en busca de Li Er-Shuan y de *Canciones de orden y caos*, mientras que Meng Kam, uno de los bisnietos de la matriarca Buri, escoltaría a Suzhan a los muelles, donde tomaría un barco río arriba hacia la provincia de Jingxi.

—Supongo que, al final, estamos siguiendo nuestras verdades, ¿no crees? —dijo Suzhan en voz baja. A Zhara le costaba hablar por culpa del nudo que tenía en la garganta.

—Sí —respondió con voz ronca—. Estamos manteniendo nuestra promesa.

—Te echaré de menos, nene.

—Yo también te echaré de menos, mimi.

Tanto. Tantísimo por decir y sin tiempo para decirlo. Así que Zhara pasó un brazo por encima de los hombros de su hermana pequeña y la abrazó. Suzhan era mucho más alta que ella, pero le parecía pequeña y ligera. Cuando Meng Kam llegó silbando por la carretera con un rickshaw tras él, Zhara soltó a su hermana.

—Te escribiré —dijo mientras el chico buri ayudaba a Suzhan a subir al vehículo. Suzhan sonrió.

—Cuéntame historias, nene.

Zhara le devolvió la sonrisa.

—Me temo que solo conozco historias de amor.

—Mejor —respondió su hermana mientras Meng Kam arrancaba hacia el muelle—. Solo quiero que esas historias de amor sean tuyas.



Otras despedidas fueron más sencillas y más difíciles.

Como Zanhei rebosaba ahora de magues jóvenes y viejes (aunque sobre todo jóvenes) que necesitaban enseñanza y orientación, les Guardianes del Amanecer habían estado ocupades estableciendo colegios y buscando estudiantes por la provincia. Cómo no, eligieron a Jiyi para el colegio de la ciudad y se ganó la fama de ser una profesora bastante dura. A pesar de ello, sus estudiantes la adoraban, algo que no sorprendía a la antigua cortesana. En sus días como artista, varies clientes pagaron sumas exorbitantes de dinero solo por el dudoso privilegio de que la mujer les diera órdenes.

—Odio las despedidas —dijo la cortesana esa mañana, antes de marcharse a la escuela recién construida junto al canal—. Así que no me despediré, solo te desearé un buen *hasta la próxima*.

—¿Y eso cuándo será? —preguntó Zhara. Jiyi esbozó una sonrisa auténtica de lo más insólita.

—Más pronto de lo que crees.

Varies de les magues que habían encontrado eran huérfanes de la Guerra Justa, así que, además de colegios, debían encontrarles hogar y cuidados. Cientos de personas llegaron a la ciudad procedentes de todos los rincones de los Reinos del Alba y trajeron consigo una gran diversidad de acentos, sabores y culturas al sur. Llegaban a centenares, pero Zhara se marchaba.

—Ten cuidado allá fuera —le dijo Jiyi—. Les bandides están asaltando muchas caravanas en la carretera y dicen luchar bajo el estandarte del Dragón de Cuatro Alas.

El estandarte de batalla de la familia Mugung.

—Pero pensaba que todes les Mugung habían muerto. Que la última princesa solo era un bebé cuando el Caudillo arrasó el palacio imperial. Y que lo único que encontraron en las ruinas humeantes fueron unos huesos y algunos pelos.

—Pero no la Estrella del Resplandor —respondió Jiyi en voz baja—. Nunca encontraron la joya imperial entre los restos.

—¿Eso es importante?

—Es el corazón y el alma de la tierra, la pieza que fundó los Reinos del Alba. Sin ella, nunca estaremos unides de verdad.

—¿Por qué no?

—Los pueblos libres del oeste no reconocen a ningune líder, solo al rey Unicornio, y el Qirin Tulku ha jurado lealtad a quien empuñe la Estrella del Resplandor. —Jiyi suspiró—. Pero, además, es un símbolo de nuestro imperio.

—Me pregunto por qué el Caudillo nunca mandó fabricar otro cristal para hacerlo pasar por la

Estrella del Resplandor —dijo Zhara con aire pensativo. La cortesana se encogió de hombros.

—Al parecer, la joya posee un ki potente propio que resulta reconocible enseguida, y por eso las manos mortales no la pueden recrear. No sé si es cierto. Aun así, el impacto de una buena historia es indudable. ¿Una gema mítica que derrotó a las fuerzas de la oscuridad, pasada de una generación de Mugung a otra? La Estrella del Resplandor posee mucho poder, sí, pero solo porque nosotres, la gente, le damos importancia.

Zhara no dijo nada. Sí que vivían en una época política.

—Lo importante es *Canciones de orden y caos* —dijo la profesora Hu al salir del Palacio Glicinia—. No dejes que esta cháchara sobre la Estrella del Resplandor te distraiga. Necesitamos aprender más sobre esos reyes de Tiyok, dónde están y cómo podemos eliminarlos de este plano existencial de una vez por todas. —Despedirse de la profesora Hu era más o menos difícil según cómo lo mirase. La mujer la abrazó, algo insólito—. ¿Estás segura de que no puedes quedarte, niña?

A Zhara se le cerró la garganta.

—Sabe que no puedo. Soy una Guardiana del Amanecer, en más de un sentido. Tengo que encontrar a les demás y advertirles sobre los reyes de Tiyok.

—Lo sé. —La apotecaria suspiró—. Solo quiero que sobrevivas.

La sonrisa de Zhara fue triste.

—Y yo quiero vivir.

Unas horas más tarde, Han llegó al Palacio Glicinia. Había resuelto todos los asuntos palaciegos antes de partir con Zhara y los Hermanos Bangtan. Les acompañaría en su viaje al oeste más lejano para buscar a Li Er-Shuan y *Canciones de orden y caos*. Por una vez, Jiyi fue amable y no se fijó en sus ojos enrojecidos ni en su nariz moteada. Tampoco dijo nada sobre las lágrimas que aún fluían por su rostro tras despedirse de Anyang.

—¿Estás seguro de que no puedes quedarte, gogo? —le había preguntado el segundo heredero con malhumor—. No quiero que te vayas.

Han apoyó las manos en los hombros de su hermano.

—Lo sé, didi. Y yo no quiero dejarte. —Lo estrechó en un abrazo—. Pero tengo que irme. El tío Li no reconocerá a nadie más. Además —le susurró al oído—, alguien tiene que cuidar de nuestro padre mientras esté fuera.

El príncipe Wonhu se había despertado de su periodo de duelo tras la muerte del regente y había empezado a dedicarse a gobernar la provincia. Lo ayudaba Xu, que acababa de comenzar su nuevo trabajo en el Ministerio de Interior.

—Ojalá pudiera ir contigo —había dicho Xu con pesar—. Pero este nuevo puesto consume mi tiempo.

Han le sonrió con afecto.

—La responsabilidad te sienta bien —bromeó—. A lo mejor te nombro regente en cuanto ascienda al trono.

Para espanto de Han, eso hizo lagrimear a Xu.

—Ay —dijo con voz temblorosa—. ¿Cómo llegará Su Excelencia a la mayoría de edad sin mí?

—Me las apañaré. Solo faltan dos meses.

—Pueden pasar muchas cosas en dos meses —replicó Xu en un tono inquietante—. Vuelva sano y salvo, mi príncipe.

—Lo haré. De verdad. Ahora tengo que soltarte o moriré asfixiado antes de llegar a la mayoría de edad.



Y, al fin, estaban listes para partir.

Los Hermanos Bangtan cargaron su carromato pintado y lo ataron a su jaco, Nube, al que cuidaba Alyosha, uno de los miembros más jóvenes de la compañía.

—Tenemos una tradición antes de comenzar un viaje —dijo Junseo con cierta vergüenza—. Un lema para animarnos. Uníos si queréis.

Los siete hermanos, junto con Han y Zhara, formaron un círculo, con las manos estiradas hacia el centro.

—Bangtan, Bangtan —gritaron—. ¡Bang-Bangtan!

—Adiós —dijo Yuli con regocijo—. Me veréis pronto. Bueno, en espíritu, no en persona.

La princesa norteña había prometido reunirse con elles al menos una vez a la semana mientras Zhara y Han viajaban al territorio del Qirin Tulku y ella regresaba a Urghud con su séquito. Para compartir noticias, pero también para disfrutar de su compañía.

—Os echaré de menos, blandengues del sur. —Sonrió y le revolvió el pelo a Zhara—. Ya os tengo cariño.

La chica le devolvió la sonrisa.

—Nosotres también te echaremos de menos, Yuli. —Frunció el ceño—. ¿Qué le vas a decir a tu abuelo sobre que ya no estás prometida?

Yuli se encogió de hombros.

—A obaji le dará igual. Pero digamos que hay varias personas en mi clan que están bastante enfadadas porque ahora han retrocedido un puesto en la cola para ser Gommun Kang. —Le guiñó un ojo—. Qué lástima. Creo que el príncipe Pastelito de Arroz y yo nos lo habríamos pasado bastante bien.

—¿Qué? —preguntó Han con pánico. Zhara y Yuli se rieron.

—Cuidaos —dijo la princesa norteña y abrazó a la chica.

—Lo haremos. Pero ¿y tú? ¿Tienes a una preciosa dama esperándote en casa?

Los ojos cobrizos de Yuli estaban tristes.

—Antes sí. —Sacudió la cabeza—. Pero eso no importa. Será mejor que os pongáis en marcha pronto. Tenéis que llegar a la siguiente localidad antes de que se haga de noche.

Zhara y Han rechazaron la oferta de ir sobre el carromato de los Hermanos Bangtan, aunque Sajah no se negó. El gato (el León del Sur, mejor dicho) iba en la parte trasera junto con todas sus cosas. Se había hecho un nidito muy cómodo en la cama de Han. En cuanto acamparan, al chico le aguardaba una desagradable sorpresa.

Cerca del mediodía, se detuvieron a comer. Han llevó a Zhara a un aparte.

—Toma —dijo, dándole una cajita con forma de almeja hecha de madreperla. Al abrirla, se encontró con un brazalete de cuarzo rosa en el que habían incrustado siete perlas de agua dulce con la forma de una gota perfecta—. Quería esperar hasta que tuviéramos algo de privacidad para dártelo.

Eran las lágrimas de la noche de su primer beso.

—Oh —dijo Zhara en voz baja y un hipido se le encajó en el pecho—. No sé…

—Quería dártelo la Noche de los Siete por tu cumpleaños —replicó Han con ironía—. Pero… bueno. Ahora es un regalo de disculpa.

—¿De disculpa por qué? —preguntó Zhara con sorpresa.

—Por dos cosas. La primera y más importante: siento haberte mentido. Sobre mi identidad. —Sacó el brazalete de la caja y se lo puso a Zhara en la muñeca—. Puede que mi intención fuera buena, pero te hice daño y lo lamento. —Zhara le sostuvo la mirada, con el corazón tan henchido que no podía hablar—. La segunda… bueno, nunca te di tu ejemplar de *La doncella amada por la Muerte.*

Zhara rio y se atragantó un poco con los sollozos. Rodeó el cuello de Han con los brazos, se puso de puntillas y apretó los labios contra los de él. Ese beso fue más dulce por toda la amargura del pasado.

—Anda, mira —dijo Han al separarse. Le enseñó otro puñado de perlas—. Parece que tendré más promesas que guardar, ¿eh?

Zhara rio y lo besó de nuevo.

—Sí que las tienes, sí.

—Ay, la Risita de Gente Guapa. Seguro que te gusto mucho.

—Sí que me gustas, sí.

Por delante de elles no había nada, solo la larga e incierta carretera, con un final que desconocían. Pero siguieron al carromato de los Hermanos Bangtan, caminando de la mano hacia el sol poniente, hacia el día de mañana y hacia el resto de sus vidas.

En el oeste más lejano…

SE HABÍAN PASADO TODA LA NOCHE REZANDO.

El viejo soldado Okonwe observaba las ceremonias desde su puesto sobre los tejados almenados del castillo Dzong, con los brazos cruzados y el rostro adusto. El Qirin Tulku estaba con su gente en la plaza de la ciudad (o lo que pasaba por plaza en ese remoto lugar), cantando y ofreciendo libaciones al Pilar para purificar la tierra. Era insólito ver al rey-chamán fuera de su palacio, y más insólito aún verlo realizar viejos rituales que llevaban tiempo olvidados. Una ligera aprensión recorrió la columna de Okonwe y el viejo soldado se estremeció.

—Todo es una farsa —dijo una voz ronca detrás de él—. Ninguna jeringonza de esas servirá.

Une joven esbelte se materializó junto a Okonwe. Observaba la ceremonia con los brazos cruzados en una postura y una actitud muy familiares. El viejo soldado sacudió la cabeza para ocultar su sonrisa. *Niñes*, pensó con ironía. Un ejemplo de que no todas las familias eran de sangre.

—¿Ah, no? —preguntó con suavidad—. ¿Cómo puede estar tan segure mi señore?

Le joven giró el rostro hacia el este y hacia la luz del sol naciente. El alba iluminó la horrible quemadura que le marcaba el lado izquierdo de la cara, una reliquia de una vida pasada. Okonwe sabía que la cicatriz era un motivo (uno de muchos) por el que la gente llamaba «Bestia» a su protegide. Había intentado impedirlo, pero Bestia lo contuvo. «Deja que la gente me llame como quiera. Así no me llamarán por mi nombre de verdad», le dijo le muchache.

—Porque el Qirin Tulku me lo ha dicho en persona.

El viejo soldado no respondió, aunque apretó el pulgar sobre los labios para mantener a raya a los espíritus malvados. Abundaban los rumores sobre demonios y, aunque Okonwe no creía en ellos, tampoco había nada malo en ser precavido.

Le joven miró a su mentor con su ojo bueno y reconoció el gesto.

—No sabía que eras un hombre supersticioso, Okonwe. Qué raro.

—Son tiempos raros, mi señore.

Bestia descruzó los brazos y se observó la mano enguantada.

—Sí que lo son, amigo mío —dijo. En la palma tenía una flor maldita, con el tallo compuesto por una extraña roca viva. La flor tenía unos pólipos como heridas o llagas abiertas. Ver esas plantas impías era cada vez más habitual, y a Okonwe le ponía los pelos de punta—. Sí que lo son.

Bestia echó el brazo hacia atrás para tirar la flor por el filo del parapeto y el soldado vislumbró un poco de piel escamosa con motas negras y marrones entre el borde de la manga y el guante.

—Mi señore —susurró y agarró la muñeca de le joven. Bestia se resistió, pero Okonwe le

sacaba varios kilos y varios años. Apartó con cuidado la manga para revelar un brazo maldito con la misma plaga extraña que la flor—. Lo prometiste —dijo Okonwe, y tiró por la borda toda cortesía para dar paso a un pánico paternal—. ¡Prometiste que me dirías si empeoraba!

Bestia se zafó de la mano de su mentor.

—Lo tengo bajo control.

Okonwe oyó el tono defensivo en la voz de su protegide y supo que esas palabras eran mentira.

—¿De verdad?

Elle no respondió, y con eso obtuvo su respuesta.

Los zumbidos y cantos del ritual se desvanecieron a medida que el sol coronaba el horizonte e iluminaba el valle a sus pies. Okonwe miró a les peregrines que habían llegado desde todos los rincones del oeste ignoto para rezar, suplicar y pedir salvación. Al otro lado de las puertas de la ciudad, había un barrio de chabolas, cuyos límites irregulares crecían cada día con la llegada de refugiades de todos los puntos de los Reinos del Alba, gente que huía de la justicia del Caudillo. Oía el toc, toc, toc rítmico de sus cuencos de mendigues pidiendo atención a les peregrines que recorrían y serpenteaban por las calles.

—No es suficiente —dijo Bestia en voz baja. Okonwe le dirigió una mirada audaz.

—¿El qué?

—Todo. —Los ojos le brillaban con la luz del amanecer—. No hay suficiente comida. No hay suficientes refugios. No hay suficiente. —Cerró los puños—. No soy suficiente.

El dolor y el orgullo constriñeron el corazón de Okonwe.

—Esto no es culpa tuya, muchache.

—¿No lo es?

La mirada de Bestia se endureció.

Okonwe no añadió nada porque no podía decir las palabras que le pesaban en el pecho. *No puedes huir de tu auténtico nombre y ser quien debes ser a la vez, queride.*

Apoyó una mano de piel oscura en el hombro de su protegide.

—El Qirin Tulku y sus clérigues encontrarán una forma.

Bestia observó a les sabies ataviades con sus ropajes de color salvia mientras subían los ochocientos ochenta y ocho peldaños del castillo Dzong.

—¿Lo harán? —preguntó con amargura—. Las Manos ni siquiera han admitido ante la gente que el Pilar está muriendo.

Okonwe se encogió. Detrás de elles, en el patio de abajo, un enorme árbol retorcido y maltrecho crecía en medio de unas piedras. El Pilar. El lugar más sagrado de todo el oeste ignoto y quizá de todos los territorios donde llegase el sol naciente.

—Las Manos están buscando en cada libro de magia y de historia de la biblioteca —contestó el viejo soldado—. Seguro que encontrarán una cura.

Bestia resolló.

—Lo que necesitan es un libro que lleva miles de años perdido. —Sacudió la cabeza—. No, no necesitamos magia, sino un milagro.

Okonwe observó los campos de refugiades que rodeaban la ciudad.

—Lo que necesitamos son más pares de ojos.

Su protegide siguió su mirada.

—¿Crees que encontraremos a alguien que sepa leer el idioma de las flores entre esa *gente*? —Bestia sonaba escéptique—. El Caudillo quemó más que libros. También quemó a cualquiera que pudiera leerlos.

—Nunca se sabe, mi señore.

—Es lo que siempre dices —farfulló le muchache y luego agitó la mano—. Vale. Hablaré con el rey Unicornio sobre conceder acceso a la biblioteca por si hallamos a otre traductore.

El viejo soldado asintió. Solo las personas consagradas y las que disponían de una dispensa especial del mismísimo Qirin Tulku tenían permitido pisar el suelo sagrado del castillo Dzong.

—Empezaré hoy con mi búsqueda.

Bestia estudió las raíces del Pilar. Una plaga escamosa se expandía desde el patio y subía por las ramas hasta el tronco. La corteza con motas negras y marrones era idéntica a la piel de su brazo. Cohibide, se tiró de la manga.

—Vete —le dijo a Okonwe en voz baja—. Sé discreto. Y rápido. —Fijó la mirada en la única flor blanca que crecía en forma de estrella en una de las ramas más altas del árbol sagrado. Se quitó el guante para estudiarse la mano maldita—. Creo que nos estamos quedando sin tiempo.

Agradecimientos

Escribir los agradecimientos es más difícil que escribir un libro.

Y eso que escribir libros es muy, muy difícil.

El trabajo de une autore consiste en evocar, atrapar o describir el alcance y la profundidad de la experiencia humana con palabras, pero yo no consigo nada de esto cada vez que me siento a escribir los agradecimientos. Nunca encuentro las palabras adecuadas para expresar la intensidad y la proporción de mi gratitud hacia la gente que me ha acompañado en los altibajos de publicar este libro. No obstante, lo haré lo mejor que pueda, y espero que las siguientes personas sepan que la magnitud de mis sentimientos es más profunda y grande de lo que puedo escribir aquí.

En primer lugar, quiero dar las gracias a mi editora, Eileen Rothschild, y a mi agente, Katelyn Detweiler. Nunca han existido defensoras tan fieles, gentiles y *pacientes*. Las dos me habéis sujetado la mano durante cada borrador en bruto y cada versión de *Zhara*, me habéis animado cuando necesitaba amabilidad y presionado cuando necesitaba una charla estricta. Habéis cuidado mi salud mental y me habéis dado espacio para encontrar la historia adecuada, aunque haya tardado un tiempo. Y, por todo eso, estaré siempre en deuda con vosotras.

Mil gracias a Denise Page y Sam Farkas en Jill Grinberg Literary, y a Lisa Bonvissuto, Rivka Holler, Meghan Harrington y Brant Janeway y todo el equipo de Wednesday Books, por ayudarme a convertir la historia en mi cabeza en una historia que pudiera compartir con el mundo.

En segundo lugar, gracias a Lemon, Renée y Rosh. Hay amistades que existen por una razón, una temporada y una vida, y la vuestra es para toda esta vida y más allá.

Y por último, pero no por ello menos importante, gracias a mi familia. A mis padres, Sue Mi y Michael, y a mi hermano pequeño, Taylor: gracias por ser mi lugar seguro. Y a Bear, por ayudarme, jugar con White-Harp y ser le progenitore divertide de Castor y Pollux. Te quiero.